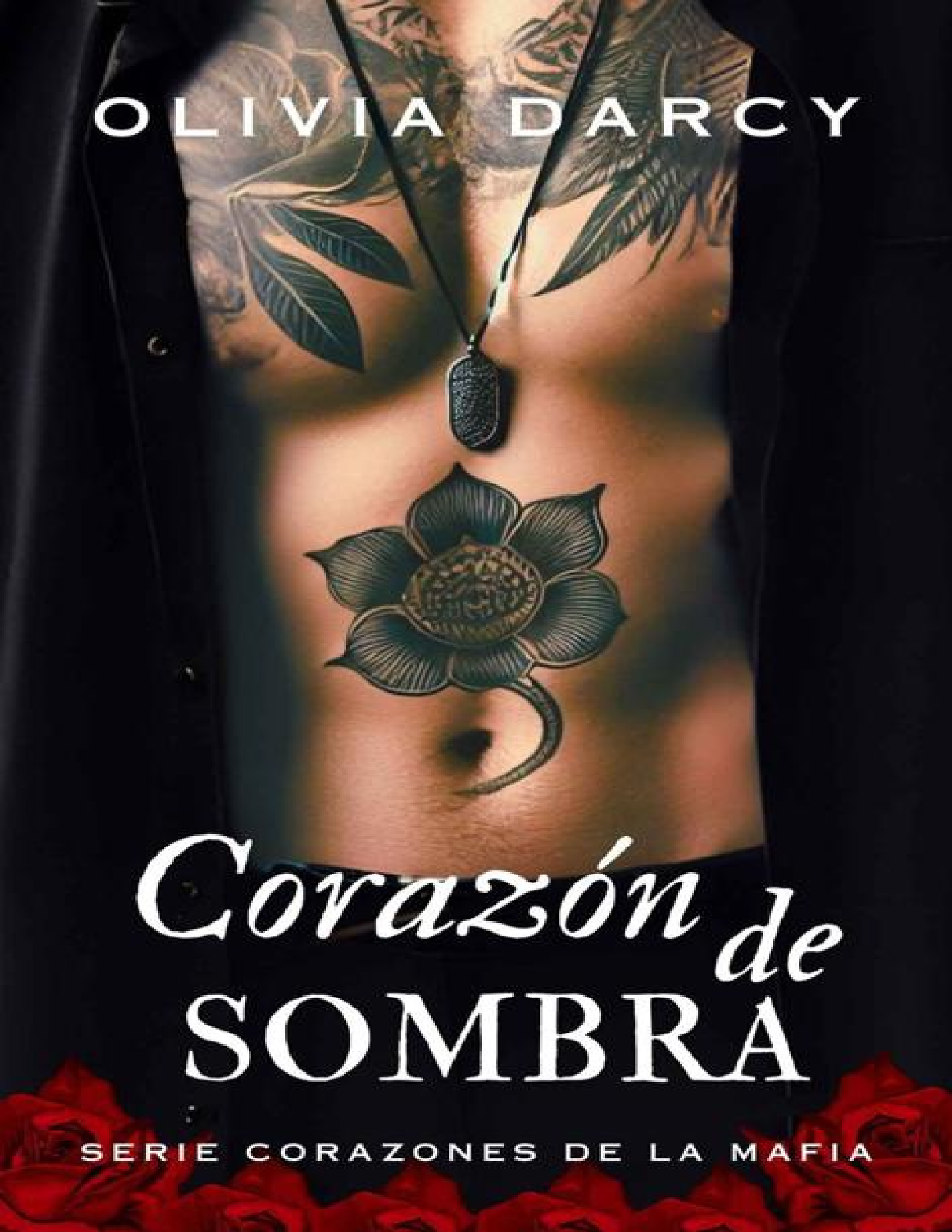


A close-up photograph of a person's midsection. They have a large, detailed tattoo of a lotus flower on their navel. Above it, on their upper abdomen, are two large, symmetrical tattoos of leaves or feathers. A black cord necklace with a silver dog tag hangs from their neck. The person is wearing a dark, open jacket. The background is dark and moody.

OLIVIA DARCY

Corazón de
SOMBRA

SERIE CORAZONES DE LA MAFIA

A decorative border at the bottom of the poster featuring several vibrant red roses.

CORAZÓN DE SOMBRA

CORAZONES DE LA MAFIA

LIBRO 2

OLIVIA DARCY

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[EPÍLOGO](#)

Copyright © 2024 por Olivia Darcy

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Me gusta escribir y me gusta que me lean, y me encantaría que me siguieras en Amazon para estar al tanto de mis lanzamientos.

Y millones de gracias por tener este libro entre tus manos.

Escanea el código QR



O pulsa [AQUI](#)

PRÓLOGO

ENZO

La veo bajar del avión y todo se va a la mierda. Meses de planificación, de autocontrol, se desvanecen con solo una mirada de Chiara. Joder, creí que estaba preparado para su regreso, pero me equivocaba. No hay forma de estar listo para un huracán como ella.

Intento mantener la compostura, ser el Enzo que todos conocen: frío, calculador, implacable. Pero es inútil. Con cada paso que da hacia su familia, siento que mis defensas se derrumban.

Hay una lista interminable de motivos por los que no debería querer a la hermana pequeña de mi mejor amigo. Motivos que me repito cada noche, como un mantra, intentando convencerme de que esto es una locura.

No sabría decir el momento exacto en el que pasé de verla como una niña a la que quería proteger a una mujer a la que no me puedo resistir. Quizás fue durante una de sus visitas a casa, cuando la vi reír con Alessandro, tan libre, tan llena de vida. O tal vez fue en alguna de nuestras conversaciones telefónicas, cuando me contaba sus aventuras en la universidad con tanto entusiasmo que casi podía sentir su energía a través del teléfono.

El problema no es solo que la encuentre increíblemente atractiva. Es que la quiero. Cada pequeño detalle de su forma de ser. La fuerza de su personalidad. Su descaro. Esa manera que tiene de ver la vida tan intensa. De blancos y negros.

Pero no debería quererla. Es demasiado joven, demasiado pura para alguien como yo. Es la hermana de Adriano, por el amor de Dios. El hombre que me sacó de las calles, que me dio un propósito, una familia. ¿Cómo puedo traicionarle así?

Soy el puto ejecutor de la mafia, un asesino sin remordimientos que encuentra alivio al acabar con otros. Tengo la cara destrozada por cicatrices que cuentan historias que preferiría olvidar. Y ella... ella es la mujer más hermosa del mundo. No soy suficiente para Chiara y nunca lo seré.

La lista de razones sigue y sigue hasta el infinito. Cada una más contundente que la anterior. Cada una un recordatorio de por qué esto es imposible.

¿El problema? Que ella no me lo pone nada fácil.

Siempre fue muy cariñosa conmigo, incluso cuando era una niña. Y ahora, que es ya una mujer, ha puesto el punto de mira en mí y planea quebrar mi voluntad. Lo veo en sus ojos, en la forma en que me busca entre la multitud. Como si pudiera ver a través de todas mis barreras, directamente a mi alma jodida y rota.

Me quedo en las sombras, donde pertenezco, observándola mientras saluda a su familia. Adriano la abraza con fuerza, Alessandro bromea con ella, Elena le da la bienvenida con una sonrisa cálida. Y yo... yo me mantengo al margen, como siempre.

Mientras la observo reír con su familia, mi mente vuelve inevitablemente a su decimoctavo cumpleaños. El día que todo cambió. El día que me di cuenta de que ya no era la niña que había visto crecer, sino una mujer. Una mujer que despertaba en mí sentimientos que no debería tener.

Y ahora está aquí, de vuelta en casa, y no sé cómo voy a sobrevivir. Cómo voy a mantener esta fachada de indiferencia cuando todo lo que quiero es tomarla en mis brazos y no soltarla jamás.

Pero no puedo. No lo haré. Porque sé que no me la merezco. Sé que solo la arrastraría a mi mundo de oscuridad y sangre. Y ella merece luz. Merece alguien que pueda darle una vida normal,

feliz. Alguien que no tenga las manos manchadas de sangre.

Así que haré lo que siempre he hecho. Me mantendré alejado. La cuidaré desde las sombras, donde siempre he estado destinado a estar. Velaré por su seguridad, me aseguraré de que sea feliz, aunque eso signifique verla en brazos de otro hombre algún día.

Porque eso es lo que hago. Protejo a los que amo, incluso si eso significa protegerlos de mí mismo. Y amo a Chiara más de lo que he amado a nadie en mi vida.

Mientras la veo alejarse con su familia, siento cómo una parte de mí se va con ella. Pero me mantengo firme. Es lo mejor para ella. Es lo único que puedo hacer.

Porque al final del día, soy Enzo Falcone. El ejecutor. El hombre de las sombras. Y es ahí donde debo permanecer.

Lejos de ella. Lejos de la única luz que ha iluminado mi oscura existencia.

Es el precio que debo pagar por amarla. Y lo pagaré gustoso, si eso significa que ella podrá ser feliz.

Aunque eso me destroce por dentro.

CAPÍTULO 1

CHIARA

Me detengo frente a la puerta del despacho de Adriano. El corazón me late con fuerza, como si quisiera salirse del pecho. Llevo una semana en casa, intentando reunir el valor para tener esta conversación. Siete días observando a Enzo de lejos, sintiéndome invisible para él. Siete noches sin poder dormir, dándole vueltas a cómo decirle a mi hermano que no pienso volver a la universidad.

Respiro hondo, intentando calmar los nervios que me atenaza el estómago. Las palmas de las manos me sudan y tengo que secarlas en la falda del vestido. «Vamos, Chiara», me digo a mí misma. «Puedes hacerlo».

Alzo la mano para llamar, pero me detengo a medio camino. ¿Y si Adriano se enfada? ¿Y si me obliga a volver? No, no puedo permitirlo. No ahora que por fin he tomado una decisión. No ahora que estoy tan cerca de Enzo.

Cierro los ojos un momento, recordando la mirada que me dedicó en mi decimoctavo cumpleaños. Esa mirada cargada de deseo que me ha perseguido desde entonces. Esa mirada que me da esperanzas.

Con ese recuerdo dándome fuerzas, toco a la puerta.

—Adelante —dice la voz de mi hermano al otro lado.

Entro con una sonrisa que espero que parezca natural. Adriano levanta la vista de sus papeles y me mira con esa intensidad que siempre me ha intimidado un poco. Es como si pudiera ver a través de mí, aunque no tiene ni idea de lo que estoy a punto de decirle.

—Chiara, qué sorpresa —dice, señalándome el sillón frente a su escritorio—. ¿Qué te trae por aquí?

Me siento y cruzo las piernas, intentando parecer más segura de lo que me siento.

—Hola, Adriano —saludo, y me maldigo internamente porque la voz me tiembla un poco—. Quería hablar contigo de algo importante.

Mi hermano arquea una ceja, intrigado.

—Te escucho.

Respiro hondo. Es ahora o nunca.

—Verás... He estado pensando mucho estas semanas y... —hago una pausa, buscando las palabras adecuadas—. He decidido que no voy a volver a la universidad.

La expresión de Adriano cambia al instante. Su ceño se frunce y veo cómo aprieta la mandíbula. No está contento, eso está claro.

—¿Cómo que no vas a volver? —pregunta, con un tono que intenta ser calmado pero que no logra ocultar su molestia—. Chiara, llevas solo un semestre. Ni siquiera le has dado una oportunidad.

Me muerdo el labio, nerviosa. Lo que de verdad quiero decirle se me atraganta en la garganta: «Llevo toda la vida enamorada de tu mejor amigo, Enzo, tu ejecutor serio y distante, y me he dado cuenta de que no aguanto un solo día más alejada de él. Es más, todavía no lo sabéis ninguno, en especial él, pero he vuelto absolutamente decidida a conquistarlo. A que se enamore de mí porque, siempre pensé que jamás se fijaría en mí, pero en mi decimoctavo cumpleaños vi que el deseo brillaba en sus ojos y desde entonces no he podido quitarme esa imagen de la cabeza».

Pero claro, eso no se lo puedo decir así. Me conformo con mantener la mirada fija en él,

intentando no derrumbarme.

—Le he dado una oportunidad, Adriano —respondo, con toda la convicción que puedo reunir—. Y me he dado cuenta de que no es lo que quiero.

—¿No es lo que quieres? —repite él, incrédulo—. Chiara, ¿te das cuenta de la oportunidad que estás desaprovechando? Casi ninguna mujer en nuestro mundo puede hacer lo que tú estás haciendo. Formarte, tener un futuro fuera de... todo esto.

Sus palabras me duelen, aunque sé que las dice con buena intención. ¿Cómo explicarle que mi futuro está aquí, con cierto hombre de ojos verdes que me vuelve loca?

—Lo sé, y te lo agradezco —digo, inclinándome hacia delante—. Pero prefiero formarme desde casa, con mi familia. Puedo estudiar online, o buscar otras opciones. Pero quiero estar aquí.

Adriano me mira fijamente durante lo que parecen horas. Veo la lucha interna en sus ojos, el debate entre su deseo de protegerme y su respeto por mis decisiones.

—¿Por qué, Chiara? —pregunta finalmente—. ¿Por qué quieres quedarte? Y no me digas que es solo por la familia. Te conozco, hermanita. Hay algo más.

Siento que me sonrojo. ¿Tan transparente soy? Desvío la mirada, incapaz de sostener la suya.

—Es... complicado —murmuro.

—Tengo tiempo —responde él, recostándose en su silla—. Explícamelo.

Trago saliva. ¿Cómo le explico algo que ni yo misma entiendo del todo?

—Siento que mi lugar está aquí —digo al fin—. Que puedo ser más útil, más... yo misma. En la universidad me sentía fuera de lugar, como si estuviera interpretando un papel que no me correspondía.

No es toda la verdad, pero tampoco es mentira. Adriano me observa en silencio, evaluando mis palabras.

—¿Y qué piensas hacer si te quedas? —pregunta—. No voy a permitir que desperdicies tu potencial, Chiara.

—Podría ayudar en el negocio —sugiero, aunque sé que es una idea arriesgada y lo más seguro es que a mi hermano le horripile—. Aprender desde dentro. Y seguir estudiando, claro, pero a mi ritmo.

Veó cómo la idea va calando en él. No está convencido, eso está claro, pero al menos está considerándolo.

—Ya hablaremos de esto más adelante, Chiara —dice finalmente—. No creas que voy a ceder tan fácilmente. Quiero que lo pienses bien, que consideres todas las consecuencias.

Asiento, sabiendo que es lo máximo que voy a conseguir por ahora. Me levanto, sintiéndome más ligera ahora que por fin he soltado lo que llevaba dentro.

—Gracias por escucharme, hermano —digo, dirigiéndome a la puerta.

—Chiara —me llama antes de que salga. Me giro para mirarlo—. Sea lo que sea lo que estés planeando, ten cuidado. Este mundo... no es fácil.

Asiento de nuevo, conmovida por su preocupación. Si él supiera...

Salgo del despacho con una mezcla de alivio y nerviosismo. Primera parte del plan completada. Y entonces, como si el destino quisiera ponerme a prueba, me cruzo con él en el pasillo. Enzo.

El corazón me da un vuelco al verlo. Está aún más guapo de lo que recordaba, con ese aire serio y misterioso que siempre me ha fascinado. Va caminando tranquilamente, pero en cuanto me ve, su cuerpo entero se tensa. Como si mi mera presencia le incomodara.

No puedo evitar sonreír, entre divertida y dolida por su reacción.

—Hola, Enzo —le saludo, intentando que mi voz suene casual—. ¿Qué tal?

Y él, en lugar de responderme, murmura algo ininteligible y prácticamente sale corriendo hacia el despacho de Adriano. Me quedo ahí plantada, con una sonrisa que no llega a mis ojos, sintiendo cómo se me encoge el corazón.

¿Por qué es tan distante ahora? Antes siempre había sido cercano, casi cariñoso conmigo. Y ahora... ahora parece que no soporta estar en la misma habitación que yo. ¿Qué ha cambiado? ¿Es por lo que pasó en mi cumpleaños?

Mientras lo veo desaparecer tras la puerta del despacho tomo una decisión, voy a averiguar qué le pasa, voy a derribar esos muros que ha construido a su alrededor. Y cuando lo consiga, cuando por fin pueda ver al verdadero Enzo... Bueno, entonces veremos si esa mirada de deseo que vi en mi cumpleaños significa algo más.

Porque yo, Chiara Caruso, estoy completamente decidida a conquistar a Enzo Falcone. Y que Dios le ayude, porque no voy a parar hasta conseguirlo.

CAPÍTULO 2

ENZO

Joder, estoy perdido. Completamente jodido.

Camino por los pasillos de la mansión Caruso como un animal enjaulado, intentando no pensar en ella. En Chiara. Pero es inútil, porque mis ojos la buscan constantemente, como si tuvieran voluntad propia. Y eso me está volviendo loco.

No es solo deseo, aunque Dios sabe que eso también me está matando. Es algo más profundo, más aterrador. Algo que se me ha metido en el alma y no me deja respirar. Amor. Estoy enamorado de Chiara Caruso, y eso me hace sentir el ser más miserable del planeta.

Apenas lleva una puta semana en casa y ya siento que me ahogo. Que las paredes se me vienen encima. Necesito que acabe el verano, que vuelva a la universidad, que se aleje de mí. Porque tenerla tan cerca... es una tortura dulce y amarga a la vez.

Me paso la mano por el pelo, frustrado. ¿Cómo coño he llegado a este punto? Yo, el ejecutor de la familia Caruso, el hombre sin miedo, temblando como un crío por una chica de diecinueve años. La hermana pequeña de mi mejor amigo, joder.

Pero es que Chiara no es una chica cualquiera. Es... joder, es como una diosa. Con esos ojos que parecen ver directamente en mi alma, esa sonrisa que ilumina toda la habitación. Y yo soy un cabrón por mirarla así, por desearla, por amarla en secreto.

Cada vez que la veo, siento que mi corazón se detiene por un segundo antes de empezar a latir como loco. Quiero protegerla, hacerla reír, ser el motivo de su sonrisa. Y al mismo tiempo, quiero besarla hasta dejarla sin aliento, recorrer cada centímetro de su piel con mis manos, mis labios...

Sacudo la cabeza, intentando deshacerme de esos pensamientos. No puedo permitirme sentir esto. No por ella. No por la hermana de Adriano.

Necesito una distracción, y la necesito ya. Por eso me dirijo al despacho de Adriano. Necesito acción, necesito que me mande a hacer algo, lo que sea. Matar a alguien, torturar a un traidor, negociar con los rusos... cualquier cosa es mejor que seguir aquí, rondando como un puto fantasma, intentando evitar a Chiara.

Y entonces, como si el universo quisiera joderme aún más, la veo. Está saliendo del despacho de Adriano, y por un momento nuestras miradas se cruzan. Siento que el aire se me escapa de los pulmones.

—Hola, Enzo —me saluda, y su voz es como una caricia que me eriza la piel—. ¿Qué tal?

Intento responder, pero las palabras se me atascan en la garganta. Verla así, tan cerca, tan hermosa... es demasiado. Siento que me falta el aire, que el corazón se me va a salir del pecho.

—Eh... bien —consigo murmurar, desviando la mirada porque no puedo soportar la intensidad de la suya—. Tengo que... tengo que ver a Adriano.

Y sin esperar respuesta, prácticamente salgo corriendo hacia el despacho. Soy un cobarde, lo sé. Pero es que no puedo... no puedo estar cerca de ella sin querer besarla, sin querer confesarle todo lo que siento.

Cada vez me siento más al límite.

Entro al despacho sin llamar, cerrando la puerta tras de mí como si eso pudiera protegerme de mis propios sentimientos. Adriano levanta la vista de sus papeles y me mira con esa expresión suya que

parece leerme el pensamiento. Joder, espero que no.

—Enzo, ¿qué pasa? —me pregunta, y noto cierta preocupación en su voz.

—Necesito algo que hacer —suelto sin rodeos—. Lo que sea. Estoy... jodidamente aburrido.

Adriano arquea una ceja.

—¿Aburrido? Pensé que estarías contento de que las cosas estén tranquilas después de la limpieza que hicimos.

Gruño por lo bajo. Sí, nos deshicimos de todos los traidores de la organización. Fue un baño de sangre, pero necesario. Y ahora... ahora todo está demasiado tranquilo. En otro momento lo habría agradecido, pero ahora... ahora necesito esa adrenalina para no pensar en ella.

—Ya, bueno, pues me equivoqué —respondo, paseando por el despacho como un león enjaulado—. Necesito acción, Adriano. Dame algo, lo que sea.

Mi amigo me mira fijamente, como si intentara descifrar qué coño me pasa. Y yo rezo para que no lo consiga, porque si se entera de que me paso el día pensando en su hermana pequeña, en amarla, en protegerla... estoy muerto.

—¿Qué te pasa, Enzo? —me pregunta al fin—. Estás... raro.

Me tenso. Mierda, ¿tan obvio soy?

—Nada —respondo, quizás demasiado rápido—. Solo necesito acción, ¿vale?

Adriano no parece convencido, pero asiente lentamente.

—Vale, déjame ver qué puedo encontrar para ti —dice, revisando unos papeles—. Creo que los Genovese están dando problemas en el puerto. Podrías ir a... *negociar* con ellos.

Asiento, aliviado. Por fin, algo que hacer. Algo en lo que centrarme que no sea el cuerpo de Chiara, su risa, la forma en que me mira... La forma en que me hace sentir vivo por primera vez en años.

—Perfecto —digo, dirigiéndome a la puerta—. Me pongo en ello ahora mismo.

—Enzo —me llama Adriano antes de que salga. Me giro para mirarlo—. Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, ¿verdad?

Trago saliva. Si él supiera...

—Lo sé —respondo, forzando una sonrisa que no siento—. Estoy bien, de verdad.

Y salgo de allí antes de que pueda hacerme más preguntas. Porque sé que, si sigo hablando, acabaré confesando. Y no puedo. No puedo decirle que me estoy volviendo loco por su hermana pequeña. Que cada vez que la veo siento que me falta el aire. Que daría mi vida por una sola noche con ella. Que la deseo tanto que duele.

Mientras camino hacia mi habitación para prepararme, no puedo evitar pensar en cómo hemos llegado a este punto. Recuerdo la primera vez que vi a Chiara, cuando era solo una niña. Yo tenía dieciséis años y acababa de entrar en la familia Caruso. Ella tenía siete y me miró con esos enormes ojos marrones llenos de curiosidad.

A lo largo de los años, la vi crecer, convertirse en una adolescente preciosa y luego en una mujer impresionante. Y en algún momento, sin darme cuenta, dejé de verla como la hermana pequeña de Adriano y empecé a verla como... algo más.

Fue en su fiesta de mayoría de edad cuando todo cambió. Llevaba un vestido rojo que le quedaba como un guante, y cuando nuestras miradas se cruzaron... joder, sentí que el mundo se detenía. Vi deseo en sus ojos, un deseo que reflejaba el mío propio, y eso me aterró.

Desde entonces, he intentado mantener las distancias. Ser frío, distante. Porque sé que, si le doy la

más mínima oportunidad, si bajo la guardia aunque sea por un segundo... estaré perdido.

Y no puedo permitirme eso. No puedo traicionar a Adriano, el hombre que me salvó de las calles, que me dio un hogar, una familia. No puedo arriesgar todo por lo que he trabajado estos años.

Pero joder, cómo duele. Cómo duele verla todos los días y no poder tocarla. Cómo duele oír su risa y no ser yo quien la provoque. Cómo duele amarla en silencio, sabiendo que nunca podré tenerla.

Llego a mi habitación y cierro la puerta tras de mí, apoyándome en ella y cerrando los ojos. Respiro hondo, intentando calmar el torbellino de emociones que me atraviesa.

Tengo que ser fuerte. Tengo que resistir. Por Adriano, por la familia... y por Chiara. Porque ella se merece algo mejor que yo. Se merece a alguien que no tenga las manos manchadas de sangre, alguien que pueda darle una vida normal, feliz.

Me aparto de la puerta y empiezo a prepararme para la misión. Me pongo el traje negro que uso para los negocios, me ajusto la pistola en la sobaquera y me miro al espejo.

El hombre que me devuelve la mirada es el Enzo Falcone que todos conocen. El ejecutor sin miedo, el hombre de confianza de Adriano Caruso. No hay rastro del hombre vulnerable y enamorado en el que me convierto cuando estoy cerca de Chiara.

Y así es como debe ser. Porque ese Enzo, el que desea a Chiara más que a su propia vida, no puede existir. No en este mundo, no en esta realidad.

Salgo de la habitación, listo para enfrentarme a los Genovese. Listo para sumergirme en la violencia y la adrenalina que, espero, me hagan olvidar por un momento el dolor que llevo en el pecho.

Porque necesito una distracción, lo que sea, para no pensar en la diosa que vive bajo mi mismo techo. En Chiara, la única mujer que ha conseguido hacerme sentir algo en años. La mujer que nunca podré tener.

Y eso, joder, me aterra más que cualquier enemigo al que me haya enfrentado jamás. Porque sé que, tarde o temprano, este amor imposible acabará destruyéndome.

Pero por ahora, me conformo con ser el Enzo que todos esperan que sea. El Enzo que puede hacer el trabajo sucio sin pestañear. El Enzo que no siente, que no ama, que no sufre.

Aunque por dentro, con cada latido de mi corazón, solo pueda pensar en ella. En Chiara.

CAPÍTULO 3

CHIARA

Pasado

Por fin ha llegado el día. Mi decimoctavo cumpleaños. La fecha que he estado esperando durante tanto tiempo. Hoy, oficialmente, soy una mujer adulta. Y no puedo dejar de sonreír.

Me miro en el espejo una vez más, alisando el vestido rojo que elegí con tanto cuidado. Es atrevido, pero elegante. Perfecto para la ocasión. Perfecto para que él me vea como lo que soy ahora: una mujer.

Enzo. Solo pensar en su nombre hace que mi corazón se acelere. He estado enamorada de él desde... bueno, desde siempre. Desde que era una niña y lo veía como un héroe, hasta ahora, que lo veo como el hombre que hace que mi mundo gire. Pero hasta este momento, sé que solo me ha visto como la hermanita pequeña de Adriano. La niña a la que había que proteger.

Pero eso se acabó. Esta noche, estoy decidida a que me vea de otra manera. Quiero que me mire y vea a una mujer. Una mujer que está lista para él.

Giro frente al espejo, observando cómo el vestido se ajusta a mis curvas. Me he maquillado con cuidado, resaltando mis ojos y mis labios. Mi cabello negro cae en suaves ondas sobre mis hombros. Me siento hermosa, segura. Lista para enfrentar el mundo. Lista para enfrentarlo a él.

Respiro hondo, intentando calmar los nervios que revolotean en mi estómago. He esperado este momento durante años. He soñado con esta noche, con la posibilidad de que Enzo por fin me vea como algo más que la hermana de su mejor amigo.

Bajo las escaleras lentamente, saboreando el momento. Puedo oír la música y las voces que llegan desde el salón. Mi fiesta de cumpleaños está en pleno apogeo, y por un momento, me permito disfrutar de la anticipación.

Entro en el salón y el bullicio me envuelve. La música, las risas, las conversaciones... todo se mezcla en un zumbido alegre. Veo a Adriano, que me saluda con una sonrisa orgullosa. A Alessandro, que levanta su copa en mi dirección. A Rosetta, nuestra cocinera, que me guiña un ojo con complicidad.

Pero mis ojos lo buscan a él. Recorro la habitación con la mirada, esperando ver su figura alta y atlética, esos ojos verdes que me quitan el aliento. Pero no lo veo por ninguna parte.

Intento no sentirme decepcionada. Todavía es pronto, me digo. Ya aparecerá. Tiene que aparecer.

Adriano se acerca y me abraza con fuerza. «Feliz cumpleaños, hermanita», me dice al oído. «Estás preciosa». Le devuelvo el abrazo, agradecida por su cariño, pero una parte de mí sigue buscando a Enzo. Paso la siguiente hora saludando a los invitados, recibiendo felicitaciones y regalos. Bailo con Adriano, con Alessandro, incluso con algunos de los hombres de la familia. Cada vez que se abre la puerta, mi corazón da un vuelco, esperando que sea él. Pero el tiempo pasa y Enzo no aparece.

Finalmente, necesito un respiro. El calor, la emoción, la ansiedad... todo se mezcla y siento que me falta el aire. Me disculpo con un grupo de invitados y me dirijo hacia el jardín.

La noche es fresca y clara. Respiro hondo, dejando que el aire frío llene mis pulmones. Las estrellas brillan en el cielo, y por un momento, me permito soñar. Soñar con él, con nosotros.

Recuerdo la primera vez que lo vi. Yo tenía siete años y él dieciséis. Acababa de llegar a nuestra casa, traído por Adriano. Recuerdo haber pensado que era el chico más guapo que había visto jamás.

A lo largo de los años, ese enamoramiento infantil se fue transformando en algo más profundo, más real.

He visto cómo se ha convertido en el hombre que es ahora. Fuerte, leal, valiente. El brazo derecho de mi hermano, respetado y temido por todos. Pero yo he visto más allá de esa fachada dura. He visto su amabilidad, su sentido del humor, la ternura con la que trata a Mia, nuestra sobrina.

Y con cada año que pasaba, mis sentimientos por él se hacían más fuertes. Hasta llegar a este momento, en el que siento que mi corazón va a estallar de amor por él.

Y entonces, como si mis pensamientos lo hubieran invocado, lo oigo.

—Feliz cumpleaños, Chiara.

Su voz, grave y suave a la vez, me hace estremecer. Me giro lentamente, y ahí está él. Enzo. Tan guapo que duele mirarlo. Lleva un traje negro que le sienta como un guante, y sus ojos... sus ojos brillan de una manera que nunca antes había visto.

Las cicatrices en su rostro capturan mi atención, como siempre lo hacen. Lejos de restarle atractivo, solo lo hacen más fascinante. Me pregunto, como tantas veces antes, cómo se las hizo. Desearía que confiara en mí lo suficiente para contármelo, para abrirse y compartir esa parte de su pasado conmigo.

—Enzo —digo, y me sorprende lo ronca que suena mi voz—. Gracias. Pensé que no vendrías.

Él da un paso hacia mí, y siento que el estómago me da un vuelco. Mariposas. No, esto es más intenso. Es como si tuviera un ejército de colibríes revoloteando dentro de mí.

—No me lo perdería por nada del mundo —responde, y hay algo en su tono que me hace contener la respiración—. Te ves... hermosa.

Siento que me sonrojo, y doy gracias a la oscuridad que oculta mi reacción. Pero no puedo ocultar mi sonrisa.

—Gracias —murmuro—. Tú también te ves muy bien.

Nos quedamos en silencio por un momento, mirándonos. Y en ese instante, siento que algo cambia entre nosotros. La forma en que me mira... ya no es la mirada protectora de siempre. Hay algo más. Algo que hace que mi corazón lata tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo.

—Chiara —dice, y da otro paso hacia mí. Ahora está tan cerca que puedo oler su colonia, sentir el calor que emana de su cuerpo—. Tengo algo para ti.

Mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca una pequeña caja. Mi corazón se acelera aún más, si es posible. Cuando la abre, veo una cadena de oro con un hermoso colgante de un colibrí.

—Porque siempre has sido como un torbellino —explica con una sonrisa torcida—. Todo fuerza y acción.

Me quedo sin palabras. El hecho de que recuerde ese detalle, de que haya elegido algo tan personal... me emociona más de lo que puedo expresar.

—Enzo, es... es precioso —logro decir finalmente—. ¿Me lo pones?

Él asiente y se acerca aún más. Puedo sentir el calor de su cuerpo, oler su colonia mezclada con ese aroma que es únicamente suyo. Mis manos tiemblan ligeramente mientras aparto mi cabello para que pueda colocarme el colgante.

Sus dedos rozan mi cuello y siento que una corriente eléctrica me recorre de pies a cabeza. Se me cierran los ojos por la intensidad del momento. Cuando termina, no se aleja inmediatamente. Se queda ahí, tan cerca que puedo sentir su aliento en mi mejilla.

—Chiara —susurra, y hay algo en su voz que me hace contener la respiración—. Yo...

ENZO

La veo allí, en el jardín, y siento que el aire se me escapa de los pulmones. Chiara. La pequeña Chiara. Solo que ya no es tan pequeña, ¿verdad?

El regalo que llevo en el bolsillo me pesa como si fuera de plomo. He estado dándole vueltas toda la noche, preguntándome si debería dárselo. ¿No es demasiado personal? ¿No parece más el tipo de regalo que le harías a una novia que a la hermana de tu mejor amigo?

Pero ya es tarde para echarse atrás. Mis pies me llevan hacia ella como si tuvieran voluntad propia.

—Feliz cumpleaños, Chiara —digo, y mi voz suena más ronca de lo que esperaba.

Ella se gira y... joder. Ese vestido rojo. Esa sonrisa. Es como si la viera por primera vez. Y de repente, todos esos pensamientos confusos que llevo semanas intentando ignorar cobran sentido.

La deseo. La deseo de una forma que va más allá de lo puramente amistoso, más allá de lo fraternal. Es un deseo carnal, intenso, que me golpea como un puñetazo en el estómago.

—Enzo —dice ella, y el sonido de mi nombre en sus labios me hace estremecer—. Gracias. Pensé que no vendrías.

Me acerco a ella, atraído por una fuerza invisible que no puedo resistir. Está tan hermosa que duele mirarla. La luz de la luna juega con las sombras en su rostro, resaltando sus rasgos de una manera que me deja sin aliento.

—No me lo perdería por nada del mundo —respondo, y me sorprende la sinceridad en mis palabras—. Te ves... hermosa.

La veo sonrojarse y siento una oleada de ternura. Mezclada con algo más oscuro, más peligroso. Un deseo que amenaza con consumirme por completo.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Y siento que algo cambia entre nosotros. La forma en que me mira... ya no es la mirada inocente de siempre. Hay algo más. Algo que hace que mi corazón se acelere y que una parte de mí quiera salir corriendo.

Pero no puedo. Estoy atrapado en su órbita, incapaz de alejarme. Es como si toda mi vida hubiera estado esperando este momento, sin ni siquiera saberlo.

—Chiara —digo, acercándome aún más. La distancia entre nosotros se reduce a casi nada, y puedo sentir la electricidad en el aire—. Tengo algo para ti.

Saco la caja del bolsillo, consciente de que estoy cruzando una línea. Cuando se la entrego y veo sus ojos iluminarse, sé que ya no hay vuelta atrás. He cruzado un umbral del que no podré regresar.

—Porque siempre has sido como un torbellino —explico, intentando que mi voz suene normal, aunque por dentro soy un caos de emociones—. Todo fuerza y acción.

Su reacción me conmueve. La emoción en sus ojos, la forma en que sus dedos acarician el colgante... De repente, me siento vulnerable, expuesto. Como si le hubiera entregado no solo un regalo, sino una parte de mí mismo.

—Enzo, es... es precioso —dice ella, y su voz está cargada de una emoción que no me atrevo a interpretar—. ¿Me lo pones?

Asiento, incapaz de negarle nada. Me acerco aún más, si es posible. El aroma de su perfume me envuelve, mezclándose con el olor de las flores del jardín. Mis manos tiemblan ligeramente mientras le coloco el colgante. Rozo su cuello con los dedos y siento como si me hubiera electrocutado.

Su piel es suave, cálida. Tengo que luchar contra el impulso de dejar mis dedos allí, de acariciar la curva de su cuello, de enterrar mi rostro en su cabello.

Cuando termino, no me alejo inmediatamente. Me quedo ahí, tan cerca que puedo sentir su aliento en mi mejilla. Quiero besarla. Quiero abrazarla y no soltarla nunca. Quiero...

—Chiara —susurro, y mi voz está cargada de emociones que no me atrevo a nombrar—. Yo...

Me detengo, consciente de que estoy al borde de un precipicio. Si doy un paso más, si me dejo llevar por lo que siento, nada volverá a ser igual. Todo lo que he construido, todo lo que soy, podría desmoronarse en un instante.

Puedo ver el reflejo de las estrellas en sus ojos, la forma en que me mira con expectación. ¿Qué espera que diga? ¿Qué espera que haga? ¿Y qué estoy dispuesto a arriesgar?

Por un momento, me permito imaginar cómo sería.

Cómo sería inclinarme y besarla, sentir sus labios contra los míos. Cómo sería abrazarla, sentir su cuerpo contra el mío. Cómo sería amarla libremente, sin culpa, sin miedo.

Pero la realidad se impone. Soy el ejecutor de la familia Caruso. El mejor amigo de Adriano. El hombre en quien confía para proteger a su familia. Y Chiara... Chiara es intocable. Sagrada.

Con un esfuerzo sobrehumano, me aparto. El frío que siento al alejarme de ella es casi físico, como si me hubieran arrancado una parte de mí mismo.

—Feliz cumpleaños —digo, forzando una sonrisa que no siento—. Disfruta de tu fiesta.

Veo la confusión en sus ojos, el dolor. Y me odio por ser la causa. Pero es mejor así. Es mejor que me odie a que... a que suceda lo que no debe suceder.

Y me voy, dejándola allí en el jardín. Cada paso que me aleja de ella es una tortura. Mis pies parecen pesar toneladas, y tengo que luchar contra el impulso de dar media vuelta y volver a su lado.

Pero sé que es lo correcto. Tengo que poner distancia entre nosotros. Tengo que curarme de este sentimiento antes de que sea demasiado tarde. Antes de que haga algo de lo que ambos nos arrepintamos.

Porque si me permito sentir esto, si me dejo llevar... Sé que acabaré cometiendo una locura. Y no puedo hacerle eso a Adriano. No puedo hacérselo a Chiara. No puedo destruir todo lo que hemos construido por un momento de debilidad.

Así que me voy, con el corazón pesado y la certeza de que, a partir de ahora, nada volverá a ser como antes. Tendré que ser más fuerte, más frío. Tendré que construir muros alrededor de mi corazón para mantenerla fuera.

Porque Chiara Caruso es peligrosa. Es como un fuego que amenaza con consumirme. Y yo... yo no puedo permitirme arder.

Mientras me alejo, escucho la música de la fiesta, las risas de los invitados. La vida sigue, ajena a la tormenta que se desata en mi interior. Y yo seguiré también, como siempre lo he hecho. Cumpliré con mi deber, protegeré a la familia, seré el hombre que todos esperan que sea.

Pero una parte de mí se queda allí, en ese jardín, con Chiara. Una parte de mí que, sospecho, nunca podré recuperar.

CAPÍTULO 4

ENZO

La música retumba en el salón de Marco. El aire está cargado de humo de cigarros y el tintineo de los vasos de whisky. Estoy de pie junto a Adriano y Alessandro, escuchando atentamente, pero mi atención está dividida. Siempre dividida cuando ella está cerca.

—Esta mañana recibí una llamada interesante —dice Adriano, inclinándose hacia nosotros con aire conspirador. Su voz es baja, apenas audible por encima de la música, pero cargada de una tensión que reconozco bien—. Era Dmitry, el Pakhan de Chicago.

Alessandro arquea una ceja, intrigado. Su mano se detiene a medio camino de llevarse el vaso de whisky a los labios.

—¿Y qué quería el ruso?

—Estaba preguntando sobre cómo hicimos la limpieza en nuestra organización —responde Adriano, sus ojos recorriendo la habitación como si buscara oídos indiscretos—. Cree que tiene un topo en sus filas.

La conversación continúa, pero mis ojos se desvían inevitablemente hacia ella. Chiara. Está en el centro de la pista de baile, riendo con Elena mientras hacen girar a la pequeña Mia entre ellas. Es como si emitiera su propia luz, atrayendo todas las miradas hacia ella.

Su vestido negro se ciñe a su cuerpo de una manera que debería ser ilegal. Cada movimiento suyo es una tortura, un recordatorio constante de lo que no puedo tener. Su cabello oscuro cae en ondas sobre sus hombros, y su sonrisa... joder, su sonrisa ilumina toda la maldita habitación. Me pregunto si ella es consciente del efecto que tiene en todos los que la rodean. En mí.

—¿Tú qué opinas, Enzo? —la voz de Adriano me saca de mi ensimismamiento. Me giro hacia él, intentando ocultar mi distracción.

—¿Sobre qué? —pregunto, forzando mi atención de vuelta a la conversación. Adriano me mira con el ceño fruncido, una expresión que conozco bien. Desaprobación. Sospecha.

—Sobre la situación de Dmitry —repite, su voz teñida de impaciencia—. ¿Estás bien? Pareces distraído.

Asiento, enderezándome y forzando mi mente a concentrarse en el tema en cuestión. No puedo permitirme estos deslices. No en mi posición.

—Estoy bien. Solo pensaba en las implicaciones. Si Dmitry tiene un topo, podría afectar nuestros negocios con él.

Pero incluso mientras hablo, siento cómo mis ojos vuelven a buscarla. Es como un imán, atrayéndome constantemente. Ahora está hablando con un grupo de hombres, todos pendientes de cada palabra que sale de sus labios. No puedo culparlos. Chiara tiene un aura que atrae a todos a su alrededor. Es como un torbellino de energía y alegría, imposible de ignorar.

La veo reír de algo que dice uno de los hombres, echando la cabeza hacia atrás, exponiendo la línea de su cuello. Siento una punzada de celos. Mierda, esto se está saliendo de control. Aprieto el vaso en mi mano, intentando anclarme en algo, cualquier cosa que no sea ella.

—Yo podría ir a Chicago —se ofrece Alessandro de repente, su voz cargada de entusiasmo juvenil—. Podría ayudarle con su problema.

Adriano niega con la cabeza, su expresión seria.

—De momento no, Alessandro. Dmitry no ha pedido ayuda explícitamente. Solo estaba tanteando el terreno.

Siento una punzada de culpabilidad atravesándome. Debería ser yo quien se ofreciera a ir. Es lo que se espera del ejecutor de la familia. Es mi deber, mi responsabilidad. Pero la idea de alejarme de Chiara, aunque sea por poco tiempo... No puedo. No cuando le queda tan poco tiempo en casa antes de volver a la universidad. La culpa se mezcla con un alivio egoísta, y me odio un poco por ello.

—Enzo, ¿me estás escuchando? —la voz de Adriano suena molesta ahora, cortando mis pensamientos como un cuchillo.

—Lo siento, jefe —murmuro, obligándome a concentrarme. Puedo sentir la mirada penetrante de Adriano, buscando algo en mi rostro—. ¿Qué decías?

Adriano sigue mi mirada y veo cómo sus ojos se estrechan ligeramente cuando se da cuenta de a quién estoy mirando. Mierda. Intento mantener mi expresión neutral, pero sé que he cometido un error. Adriano es demasiado perceptivo para su propio bien.

—Decía que tenemos que estar atentos —dice, su voz ahora fría, cargada de una advertencia velada—. Si la situación en Chicago se complica, podría afectarnos.

Asiento, intentando concentrarme en la conversación y no en la forma en que Chiara se mueve en la pista de baile. Su cuerpo se balancea al ritmo de la música, hipnótico, tentador.

—Por supuesto. Mantendremos los ojos abiertos.

Vuelvo a mirar a Chiara, incapaz de resistir la atracción. Ahora está bailando con Elena, riendo mientras giran juntas. La luz juega con su cabello, creando destellos que me hipnotizan. La idea de que pronto volverá a la universidad me produce una mezcla de alivio y dolor que me desgarran por dentro.

Quizás eso es exactamente lo que necesito. Distancia. Tiempo para aclarar mi mente y deshacerme de estos sentimientos que no tienen cabida en mi vida. Pero incluso mientras pienso esto, sé que es una mentira. No hay distancia suficiente en el mundo para borrar lo que siento por ella.

La conversación continúa a mi alrededor, pero es como si estuviera sumergido bajo el agua. Las voces de Adriano y Alessandro llegan amortiguadas, distantes. Todo mi ser está enfocado en ella, en cada uno de sus movimientos, en la forma en que su risa corta el aire como una campanilla.

Me obligo a apartar la mirada, a concentrarme en el vaso de whisky en mi mano. El líquido ámbar refleja las luces de la fiesta, creando patrones hipnóticos. Lo giro en mi mano, buscando una distracción, cualquier cosa que me impida seguir mirándola.

Pero es inútil. Mis ojos vuelven a ella como si tuvieran voluntad propia. La veo ahora con Mia en brazos, bailando suavemente con la niña. La ternura en su rostro me golpea como un puño en el estómago. Por un momento, me permito imaginar un futuro diferente. Uno donde puedo acercarme a ella, tomarla en mis brazos, ser parte de esa escena.

Pero ese futuro no existe. No para mí. No para nosotros.

Soy el ejecutor de la familia Caruso. Mis manos están manchadas de sangre, mi alma cargada de pecados que ninguna confesión podría limpiar. Y ella... ella es luz, es alegría, es todo lo bueno que queda en este mundo podrido.

La veo reír de algo que dice Elena, y siento cómo mi corazón se contrae dolorosamente en mi pecho. ¿Cómo puede alguien ser tan hermosa? No solo físicamente, aunque Dios sabe que lo es, sino en su esencia misma. Chiara irradia una bondad, una fuerza que me deja sin aliento.

Y sé, con una certeza que me aterra, que no importa cuán lejos esté ella en la universidad. Chiara Caruso se ha metido bajo mi piel, en mi sangre, en mi alma. Cada latido de mi corazón lleva su nombre, cada respiración es un recordatorio de su existencia.

Y no tengo ni puta idea de cómo lidiar con eso. Cómo seguir adelante sabiendo que lo único que realmente quiero es lo único que nunca podré tener.

La voz de Adriano me saca de mis pensamientos una vez más. Está hablando de precauciones, de medidas a tomar. Asiento mecánicamente, mi mente procesando la información de forma automática mientras otra parte de mí sigue pendiente de cada movimiento de Chiara.

La fiesta continúa a nuestro alrededor. Risas, música, el tintineo de los vasos. La vida sigue su curso, ajena al tormento que se desata en mi interior. Y yo sigo aquí, atrapado entre el deber y el deseo, entre lo que debo ser y lo que anhelo ser.

Chiara Caruso es mi perdición. Mi tormento y mi salvación. Y mientras la observo bailar, reír, vivir, sé que daría cualquier cosa por ser el hombre que pudiera estar a su lado. Por ser digno de su luz.

Pero no lo soy. Y esa verdad me desgarrar por dentro más que cualquier bala, más que cualquier cuchillo. Adriano me mataría si me atreviese a poner un dedo sobre su hermana. Y haría bien. Porque al final del día, no importa cuánto la desee. Algunas cosas simplemente no están destinadas a ser.

Y nosotros, Chiara y yo, somos una de ellas.

CHIARA

Mi corazón late desbocado mientras me deslizo por el pasillo. Estoy a punto de jugármela a lo grande. El silencio de la madrugada me envuelve, cómplice de mi locura.

Pero tengo que hacer algo o la situación con Enzo no cambiará jamás. Estoy segura de ello. Si estoy esperando a que él de el primer paso me puedo quedar así por toda la eternidad.

Abro la puerta de su habitación con el sigilo de una ladrona. Ahí está Enzo, dormido profundamente. Incluso durmiendo está para comérselo. Respiro hondo y me acerco a la cama. El camisón de seda se me pega al cuerpo como una segunda piel. Debajo, la lencería más sexy que he podido encontrar. Como esto no funcione, me rindo.

Me detengo un momento junto a la cama, observándole. La luz de la luna se cuela por la ventana, dibujando sombras sobre su rostro. Incluso con las cicatrices, es el hombre más guapo que he visto en mi vida. Mis ojos recorren su torso desnudo, los tatuajes que cubren su brazo derecho, su pecho. Quiero memorizar cada detalle.

Con el corazón en la garganta, levanto las sábanas y me deslizo dentro. El calor de su cuerpo me envuelve de inmediato y tengo que contener un suspiro. Estoy tan cerca que puedo oler su perfume, esa mezcla de cuero y algo picante que me vuelve loca.

Me pego a él, conteniendo la respiración. Por un momento, temo que se despierte, pero sigue durmiendo plácidamente. Armándome de valor, paso mi mano por su torso. Su piel es cálida y suave, y noto cómo se le eriza al contacto con mis dedos.

De repente, Enzo se mueve en sueños. Me rodea con sus brazos y me aprieta contra él. Su abrazo es fuerte, posesivo, como si incluso dormido quisiera protegerme. Me quedo sin aliento cuando noto su erección contra mi vientre. Está respondiendo, aunque sea inconscientemente.

Su cara se hunde en mi cuello y puedo sentir su respiración cálida sobre mi piel. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Sus manos, grandes y callosas, se deslizan por mi espalda, atrayéndome aún más hacia su cuerpo. Es como si encajáramos perfectamente.

El deseo me recorre como una corriente eléctrica. Quiero besarle, tocarle, sentirle por completo. Subo mi mano hasta su nuca y enredo mis dedos en su pelo. Es tan suave como siempre he imaginado. Acercó mis labios a su cuello, respirando su aroma. Estoy a punto de besarle cuando...

—¿Chiara? —su voz ronca me paraliza—. ¿Qué haces aquí?

Me aparto lo justo para mirarle a los ojos. Están abiertos como platos, una mezcla de sorpresa y... ¿deseo? Sí, estoy segura. Me desea.

—Lo que debería haber hecho hace tiempo. Te deseo, Enzo. No dejo de pensar en ti —susurro, y me lanzo a por sus labios.

Pero Enzo es más rápido. Me agarra de las muñecas y me aparta.

—Para —gruñe—. Esto no está bien.

—¿Por qué no? —insisto—. Sé que me deseas, Enzo. Lo noto.

Sus ojos recorren mi cuerpo y por un momento veo el fuego en ellos. Pero tan rápido como aparece, se extingue.

—Eso da igual —dice, soltándome como si quemara—. No podemos hacer esto.

—¿Es por mi hermano? —pregunto, desesperada—. Podemos irnos lejos de aquí, empezar de cero.

Enzo se levanta de la cama como un resorte. La luz de la luna dibuja sus músculos y sus tatuajes. Es perfecto.

—No lo entiendes, ¿verdad? —dice, pasándose una mano por el pelo—. Esto no va a pasar. Nunca.

Sus palabras me golpean con fuerza. Le miro fijamente, buscando algún indicio de que me está mintiendo. Pero no. Su mirada es fría, seria.

—No te creo —digo, levantándome también de la cama—. He visto cómo me miras, Enzo. Sé que sientes algo por mí.

Él niega con la cabeza, su rostro una máscara de determinación.

—Lo que siento es cariño, Chiara. Nada más.

—Mientes —insisto, acercándome a él—. No reaccionarías a mi contacto como lo has hecho hace un momento.

Enzo retrocede, manteniendo la distancia entre nosotros.

—Eso ha sido una reacción física, nada más. Cualquier hombre reaccionaría así si una mujer atractiva se mete en su cama.

Sus palabras me hieren, pero no me rindo.

—Mírame a los ojos y dime que no me deseas —le reto—. Dime que no has fantaseado conmigo, que no has soñado con besar me, con tocarme.

Por un momento, veo un destello de duda en sus ojos. Pero desaparece tan rápido que me pregunto si lo he imaginado.

—No te deseo, Chiara —dice, su voz firme—. No de esa manera. Y aunque lo hiciera, nunca pasaría nada entre nosotros. Le debo demasiado a tu hermano como para traicionarle así.

—Adriano lo entendería —argumento—. Él quiere que sea feliz, y tú me haces feliz.

Enzo suelta una risa amarga.

—¿Entendería que su mejor amigo, el hombre en quien más confía, se acueste con su hermana pequeña? Lo dudo mucho.

Enzo niega con la cabeza, su rostro una máscara de determinación.

—No lo entiendes, Chiara. No se trata solo de tu hermano. No puedo darte lo que buscas. Te veo como si fueras mi hermana pequeña.

Sus palabras me golpean como una bofetada. La vergüenza inicial se transforma rápidamente en ira.

—¿Una hermana pequeña? —escupo las palabras—. ¿Es así como me ves? ¿Como a una niña?

—Chiara, por favor...

—No —le corto—. No te atrevas a tratarme con condescendencia. No soy una niña, Enzo. Soy una mujer que sabe lo que quiere.

—Lo que quieres es imposible —dice él, su voz firme—. Soy lo último que necesitas en tu vida. Vuelve a tu habitación y olvidemos que esto ha pasado.

Le miro, la rabia y la humillación ardiendo en mi pecho. Ya no busco grietas en su armadura. Ahora solo quiero herirle como él me ha herido a mí.

—Bien —digo, mi voz fría como el hielo—. Si así es como quieres que sean las cosas, perfecto. Pero no creas que voy a seguir comportándome como tu *hermanita*. Se acabó, Enzo. A partir de ahora, tú y yo no somos nada.

Me dirijo hacia la puerta, la cabeza alta a pesar de las lágrimas que amenazan con caer. Antes de salir, me giro una última vez.

—Espero que disfrutes viéndome vivir mi vida sin ti —escupo las palabras—. Porque te juro que voy a hacer todo lo posible por olvidarte.

No espero su respuesta. Salgo de la habitación dando un portazo, sin importarme si despierto a toda la casa. En cuanto estoy en el pasillo, las lágrimas empiezan a caer. Pero ya no son lágrimas de tristeza, sino de rabia.

Sé que soy demasiado intensa. Que debería tranquilizarme. Pero en este momento me da igual. Estoy demasiado dolida por el desprecio de Enzo. Por sus continuos desprecios.

Me encierro en mi habitación y me dejo caer en la cama. La furia recorre mi cuerpo como fuego líquido. ¿Cómo se atreve a tratarme así? ¿A rechazarme como si fuera una niña tonta?

Me quito el camisón y la lencería, tirándolos al suelo con rabia. Ya no me siento tonta o ingenua. Me siento furiosa, traicionada.

Pero entre lágrimas de rabia, una determinación empieza a crecer en mi interior. Si Enzo quiere tratarme como a una niña, le demostraré lo equivocado que está. Le haré arrepentirse de haberme rechazado.

Mañana mismo empezaré a buscar la manera de demostrarle a todos, especialmente a Enzo, que ya no soy una niña. Que puedo ser una mujer fuerte e independiente. Y si para ello tengo que darle donde más le duele, que así sea.

Enzo Falcone no sabe lo que ha desatado. Pero pronto lo descubrirá.

CAPÍTULO 5

ENZO

El puño de Alessandro impacta contra mi mandíbula. El dolor explota en mi cara, pero lo recibo con gratitud. Saboreo la sangre en mi boca y sonrío. Esto es exactamente lo que necesito.

—¿Eso es todo lo que tienes? —le provocho, escupiendo sangre al suelo.

Sus ojos brillan con ese destello salvaje que tanto me recuerda a su hermana. Mierda. No debería pensar en ella ahora. No aquí, no así.

Alessandro carga contra mí como un toro embravecido. Esquivo su ataque por milímetros, sintiendo el aire desplazarse junto a mi oreja. Contraataco con un gancho al hígado que le hace doblarse sobre sí mismo. Gruñe de dolor, pero no se detiene. Nunca lo hace. Es como un maldito animal rabioso.

Mientras intercambiamos golpes, mi mente vuelve una y otra vez a la noche anterior. Chiara en mi cama, su cuerpo pegado al mío como si quisiera fundirse conmigo. Su voz suplicante, quebrándose en la oscuridad de mi habitación.

«Quiero estar contigo, Enzo. Solo contigo.»

Joder. Rechazarla es lo más difícil que he hecho en la vida.

Aprieto los dientes hasta que me duele la mandíbula y golpeo con más fuerza. Alessandro lo recibe con una carcajada salvaje que resuena en el gimnasio vacío.

—¿Qué pasa, Falcone? —se burla, limpiándose la sangre de la nariz—. ¿Problemas en el paraíso?

Si él supiera. Si alguno de ellos supiera lo que realmente siento por Chiara... Me pregunto si Alessandro me mataría aquí mismo o si me entregaría a Adriano para que lo hiciera él.

Bloqueo un golpe que iba directo a mi plexo solar y le devuelvo otro que le hace trastabillar. Necesito este dolor, esta descarga de adrenalina. Cualquier cosa para no pensar en ella, en cómo se sentía entre mis brazos, en cómo su piel parecía arder bajo mis manos.

«Podemos irnos lejos de aquí, empezar de cero.»

Joder, cómo desearía poder hacerlo. Largarme con ella, mandar todo a la mierda. La familia, el negocio, mi lealtad a Adriano. Todo. Pero no puedo. No debo. Se lo debo todo a su hermano, y traicionarle así sería imperdonable. Además, ¿qué clase de vida podría ofrecerle a Chiara? Una vida de huida constante, siempre mirando por encima del hombro, esperando el momento en que nos alcancen.

La lucha se vuelve más intensa, más brutal. Alessandro y yo nos movemos como bestias salvajes, desgarrándonos mutuamente sin piedad. Él descarga su sed de sangre, esa necesidad constante de violencia que le consume. Yo, mi frustración, mi deseo reprimido, mi autoodio por querer algo que nunca podré tener.

Un codazo me alcanza en las costillas, robándome el aliento. Respondo con una patada que hace que Alessandro pierda el equilibrio. Caemos al suelo, rodando, golpeándonos sin control. Ya no es un entrenamiento, es una pelea real. Y lo agradezco. Necesito esto, necesito sentir algo que no sea este deseo abrumador por Chiara.

Finalmente, tras lo que parecen horas, nos separamos. Ambos estamos cubiertos de sangre y sudor, jadeando como perros bajo el sol del verano. Me duele cada centímetro del cuerpo, y sé que mañana estaré lleno de moratones. Bien. El dolor físico es más fácil de manejar que el otro tipo de

dolor. El dolor del alma.

—Buen entrenamiento —murmura Alessandro, limpiándose la sangre del labio partido.

Asiento, incapaz de hablar. La garganta me arde y el sabor metálico de la sangre inunda mi boca. Me levanto con dificultad y me dirijo a las duchas, necesitando desesperadamente lavar no solo la sangre y el sudor, sino estos pensamientos que me atormentan.

Bajo el chorro de agua caliente, cierro los ojos buscando un momento de paz. Pero en lugar de encontrarla, solo veo a Chiara. Su cuerpo perfecto envuelto en ese camisón de seda que no dejaba nada a la imaginación. Sus ojos, oscuros de deseo y luego llenos de dolor cuando la rechacé.

«No soy una niña, Enzo. Soy una mujer que sabe lo que quiere.»

Y vaya si lo sabe. El problema es que yo también sé lo que quiero. Y es ella. Toda ella. Cada centímetro de su piel, cada suspiro, cada latido de su corazón. La quiero de una manera que me asusta, que me consume.

Apoyo la frente contra los azulejos fríos, dejando que el agua corra por mi espalda, llevándose la sangre y el sudor. Pero no puede llevarse el recuerdo de Chiara, de cómo se sentía su cuerpo contra el mío, de cómo encajaba perfectamente entre mis brazos como si hubiera sido creada solo para mí.

Mi mano se desliza casi sin pensarlo hasta mi polla, dura como una roca. Me imagino que es su mano, su boca. Pienso en todas las cosas que me gustaría hacerle, en cómo gemiría mi nombre, en cómo se arquearía bajo mi cuerpo. La imagino entregada, apasionada, tan hambrienta de mí como yo lo estoy de ella.

El orgasmo me golpea con la fuerza de un tren de carga, dejándome sin aliento y con las piernas temblorosas. Por un momento, toda la tensión desaparece de mi cuerpo. Pero tan pronto como el placer se desvanece, la culpa regresa con más fuerza que nunca.

La rechacé por su propio bien. Para que tenga una vida normal, lejos de toda esta mierda. Lejos de la violencia, de la sangre, de la muerte que nos rodea constantemente. Merece algo mejor que esto, mejor que yo. Alguien que pueda darle el jodido mundo entero.

Ahora me odia, pero quizás es lo mejor. Mejor que me odie a que acabe destrozada por mi culpa. Mejor que me vea como el monstruo que soy y se aleje antes de que sea demasiado tarde.

Salgo de la ducha, sintiéndome física y emocionalmente agotado. Me visto mecánicamente, cada movimiento un recordatorio del castigo que le he infligido a mi cuerpo. Sé que he hecho lo correcto al rechazar a Chiara, pero eso no hace que duela menos.

Mientras me pongo la camiseta, mis ojos se detienen en el tatuaje que cubre mi pecho. El escudo de la familia Caruso. Un recordatorio constante de mi lealtad, de mi deuda con Adriano. ¿Cómo podría traicionar eso por un deseo egoísta?

Salgo del vestuario y me encuentro con Alessandro en el pasillo. Ya no hay rastro de la furia animal de antes. Ahora solo parece cansado, casi en paz.

—¿Estás bien? —me pregunta, su mirada evaluándome con preocupación.

—Sí —respondo, mi voz ronca—. Solo necesitaba desahogarme.

Asiente, comprendiendo. Todos tenemos nuestros demonios en esta familia.

—Si necesitas hablar... —deja la frase en el aire.

Niego con la cabeza. No puedo hablar de esto con nadie, mucho menos con uno de los hermanos de Chiara.

—Estoy bien —insisto—. Gracias por el entrenamiento.

Se encoge de hombros y se aleja por el pasillo. Me quedo allí un momento, sintiendo el peso de

mis decisiones sobre mis hombros. Sé que he hecho lo correcto, pero eso no hace que sea más fácil.

Chiara Caruso será mi perdición. Y lo peor es que no me importaría arder por ella. Pero no puedo. No debo. Por ella, por Adriano, por la familia. Tengo que ser fuerte, tengo que resistir.

Pero mientras camino hacia mi habitación, sé que es una batalla perdida. Porque cada latido de mi corazón grita su nombre, y no sé cuánto tiempo más podré silenciarlo.

CHIARA

Miro fijamente la pantalla del ordenador, intentando concentrarme en los campos del formulario de matrícula. Nombre, apellidos, fecha de nacimiento... debería ser fácil, pero mi mente está en otra parte. En la habitación de Enzo, para ser exactos.

Aprieto los dientes con fuerza. Solo pensar en él hace que me hierva la sangre. ¿Cómo se atreve a tratarme como a una niña? ¿A rechazarme como si fuera una mocosa con un *crush*?

Intento teclear mi número de identificación, pero mis dedos parecen tener vida propia. Error tras error. Borro y vuelvo a empezar. Una y otra vez. La frustración crece en mi interior como una olla a presión.

Al otro lado del despacho, Elena está sumergida en sus libros de psicología. La observo de reojo, envidiando su concentración. Su mano acaricia distraídamente su vientre ligeramente abultado mientras lee. Por un momento, me pregunto cómo sería estar en su lugar. Amada, esperando un hijo...

Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos. No. No voy a pensar en eso. No voy a pensar en él.

Vuelvo a centrarme en la pantalla, determinada a terminar esta maldita matrícula de una vez por todas. Pero cada campo es una batalla perdida. Cada error, un recordatorio de mi fracaso de anoche.

—¡Mierda! —exclamo, golpeando el teclado con más fuerza de la necesaria.

Elena levanta la vista de su libro, sobresaltada por mi arrebato.

—¿Chiara? —su voz está llena de preocupación—. ¿Estás bien? Llevas un buen rato luchando con el ordenador.

Intento sonreír, pero sé que es más una mueca que otra cosa.

—Estoy bien —respondo, mi tono demasiado agudo para ser creíble—. Solo... concentrada.

Elena cierra su libro y se levanta con cuidado. La veo acercarse, una mano apoyada en su espalda para equilibrar el peso extra de su embarazo. Se sienta en la silla a mi lado, sus ojos estudiándome con esa mirada de futura psicóloga que a veces me pone nerviosa.

—Vale, está claro que no estás bien —dice suavemente—. ¿Qué pasa, Chiara? Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

Aparto la mirada, centrándome en la pantalla del ordenador. Las letras se vuelven borrosas mientras lucho contra las lágrimas que amenazan con derramarse.

—Nada —murmuro—. Solo estoy teniendo un mal día.

Elena pone su mano sobre la mía, deteniendo mi inútil intento de seguir con la matrícula.

—Chiara —su tono es suave pero firme—, te conozco. Esto no es solo un mal día. ¿Ha pasado algo?

Siento un nudo en la garganta. Las palabras pugnan por salir, pero las contengo. No quiero llorar. No por él. No otra vez.

—No quiero hablar de ello —digo, mi voz quebrándose traicioneramente.

Elena aprieta mi mano con cariño.

—Eh, mírame —dice con dulzura—. Sea lo que sea, puedes contármelo. Estoy aquí para ti. Siempre.

Y entonces, como si sus palabras hubieran abierto una compuerta, todo sale a borbotones. Le cuento sobre mis sentimientos por Enzo, sobre cómo me he estado enamorando de él desde hace años. Le hablo de mis sueños, de mis esperanzas. Y finalmente, con la voz entrecortada por el llanto, le cuento sobre anoche.

—Me metí en su cama, Elena —confieso, las lágrimas corriendo libremente por mis mejillas—. Pensé... pensé que si le mostraba cómo me sentía, él...

—Oh, Chiara —murmura Elena, atrayéndome hacia ella en un abrazo.

—Me rechazó —sollozo contra su hombro—. Me trató como a una niña, como si mis sentimientos no importaran, como si fuera un capricho tonto.

Elena me abraza con fuerza, acariciando mi pelo como lo haría una hermana mayor.

—Lo siento tanto, cariño —susurra—. Debe dolerte muchísimo.

Me aferro a ella, dejando salir toda la frustración y el dolor que he estado conteniendo desde anoche. Las lágrimas empapan su blusa, pero a ella no parece importarle.

—Lo amo —confieso entre sollozos—. Lo amo tanto que duele. Y él... él ni siquiera me ve como una mujer.

Elena me mece suavemente, dejándome llorar hasta que no me quedan más lágrimas. Cuando por fin me calmo, se aparta un poco, limpiando mis mejillas con ternura.

—Escúchame bien, Chiara —dice, su voz llena de convicción—. Eres una mujer increíble. Hermosa, inteligente, valiente. Estoy segura de que Enzo lo ve.

Sorbo por la nariz, agradecida por sus palabras, pero aún dolida.

—¿Entonces por qué me rechazó? —pregunto, odiando lo vulnerable que suena mi voz—. Si soy tan increíble, ¿por qué no me quiere?

Elena suspira, pensativa. Puedo ver en sus ojos que está eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—No puedo hablar por Enzo —dice finalmente—, pero a veces las personas tienen razones complicadas para hacer lo que hacen. Aunque eso no hace que duela menos, lo sé.

Asiento, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Solo quiero olvidarlo —digo, mi voz tornándose dura—. Olvidarlo y demostrarle que no me afecta.

Elena me mira con una mezcla de comprensión y preocupación.

—Entiendo que quieras hacerlo —dice suavemente—, pero ten cuidado, ¿vale? A veces, cuando actuamos desde el dolor, podemos hacer cosas de las que luego nos arrepentimos.

—No lo haré —prometo, aunque una parte de mí ya está planeando cómo hacer que Enzo se arrepienta de haberme rechazado—. Solo quiero seguir adelante.

Elena asiente, aunque puedo ver que no está del todo convencida.

—Sabes —dice después de un momento—, en psicología estudiamos mucho sobre el duelo y cómo las personas manejan el rechazo. Es normal sentirse herida, enfadada incluso. Pero es importante no dejar que esos sentimientos nos controlen.

La miro, intrigada a pesar de mí misma.

—¿Y cómo se supone que debo manejarlos? —pregunto—. Porque ahora mismo, solo quiero

gritar y romper cosas.

Elena sonríe con comprensión.

—Bueno, gritar puede ser terapéutico —dice—. Pero quizás podríamos encontrar una forma más constructiva de canalizar esa energía. ¿Qué te parece si dejamos esto por hoy? —sugiere, señalando el ordenador—. Podríamos ir a dar un paseo, o tal vez al gimnasio. El ejercicio es excelente para liberar tensiones.

Considero su oferta. La idea de golpear un saco de boxeo hasta el agotamiento suena tentadora.

—Eso suena bien —digo finalmente—. Gracias, Elena. Por escucharme y... por todo.

—Para eso está la familia —responde, dándome otro abrazo—. Y no te preocupes por la matrícula. Te ayudaré con eso mañana, ¿vale? Con una mente fresca, será mucho más fácil.

Asiento, sintiéndome un poco mejor. Mientras nos levantamos para salir del despacho, Elena se detiene un momento, su mano en mi brazo.

—Chiara —dice suavemente—, sé que ahora mismo parece que el mundo se ha acabado. Pero te prometo que este dolor pasará. Eres fuerte, mucho más de lo que crees. Y pase lo que pase con Enzo, tu valía no depende de él ni de nadie más. ¿Lo entiendes?

Sus palabras me conmueven más de lo que esperaba. Asiento, incapaz de hablar por el nudo en mi garganta.

Mientras salimos del despacho, una parte de mí sigue dolida y furiosa. Pero otra parte, una parte que intento ignorar, sigue esperando que Enzo cambie de opinión.

Sacudo la cabeza, alejando ese pensamiento. No. He terminado de esperar. Es hora de que Enzo Falcone vea exactamente lo que se está perdiendo. Y si para ello tengo que convertirme en alguien nuevo, que así sea.

Porque una cosa es cierta: la Chiara que entró en su habitación anoche ya no existe. Y la nueva Chiara no se conformará con menos de lo que merece.

CAPÍTULO 6

ELENA

Mientras camino por el pasillo, la conversación con Chiara sigue resonando en mi mente. Sus lágrimas, su dolor palpable, la desesperación en su voz... todo ello me ha afectado más de lo que esperaba. En el fondo, siempre lo había sospechado. Esas miradas furtivas entre Chiara y Enzo, la tensión palpable cada vez que estaban en la misma habitación, la forma en que Enzo parecía siempre estar pendiente de ella sin parecer obvio... Había algo entre ellos, algo que iba más allá de una simple amistad o un vínculo familiar.

Suspiro, acariciando distraídamente mi vientre abultado. La vida en esta familia nunca es sencilla, ¿verdad? Siempre hay complicaciones, secretos, deseos ocultos. La situación es difícil, potencialmente explosiva incluso. Pero si alguien puede resolverla, ese es Adriano. Mi marido, el hombre que tiene el poder de mover montañas en este mundo, de hacer que lo imposible parezca fácil.

Y yo... bueno, yo tengo el poder de mover a Adriano.

Una sonrisa se dibuja en mis labios ante este pensamiento. Desde que entré en este mundo, en esta familia, he aprendido que el poder viene en muchas formas. Y aunque mi marido puede ser el Don temido y respetado por todos, yo tengo mis propias armas.

Lo encuentro en su despacho, como esperaba. Está inmerso en una montaña de papeles, su ceño fruncido en concentración. Ni siquiera levanta la vista cuando entro, pero sé que es consciente de mi presencia. Siempre lo es. Es parte de lo que lo hace tan peligroso... y tan atractivo.

Me tomo un momento para observarlo. Su perfil fuerte, la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos, capaces de tanta violencia, manejan los documentos con delicadeza. A pesar de todo lo que hemos pasado, sigue quitándome el aliento.

—Cariño —ronroneo finalmente, cerrando la puerta tras de mí con un suave clic—. ¿Tienes un momento?

Adriano finalmente alza la mirada, sus ojos oscuros estudiándome con una mezcla de curiosidad y deseo. Conoce ese tono de voz, sabe lo que significa. Veo cómo su postura cambia sutilmente, cómo su atención se enfoca completamente en mí.

—Para ti, siempre —responde, recostándose en su silla. Su voz es suave, pero puedo detectar el trasfondo de anticipación.

Me acerco lentamente, contoneando las caderas de una manera que sé que le vuelve loco. A pesar del embarazo —o quizás debido a él— me siento más sensual que nunca. Hay algo en la forma en que Adriano me mira, como si fuera la cosa más preciosa y deseable del mundo, que me hace sentir poderosa.

—Has estado trabajando muy duro —digo, rodeando el escritorio. Mis dedos rozan ligeramente los papeles esparcidos, un recordatorio de todas sus responsabilidades—. Creo que mereces un descanso.

Sus labios se curvan en una sonrisa lobuna, una expresión que promete placeres inimaginables.

—Ah, ¿sí? —murmura, sus ojos siguiendo cada uno de mis movimientos—. ¿Y qué tienes en mente, mi amor?

En lugar de responder, me siento a horcajadas sobre él, agradeciendo mentalmente que su silla sea

lo suficientemente grande y resistente. Sus manos encuentran inmediatamente mis caderas, grandes y cálidas, atrayéndome más cerca. El contraste entre la suavidad de mi vestido y la aspereza de sus callos envía escalofríos por mi columna.

—Elena... —gruñe, su voz ronca de deseo.

Lo silencio con un beso apasionado, enredando mis dedos en su pelo. Siempre me ha encantado su pelo, la forma en que se siente entre mis dedos. Adriano responde con entusiasmo, sus manos recorriendo mi cuerpo con familiaridad y reverencia. Conoce cada curva, cada punto sensible, y lo usa a su favor.

Sé que él sospecha que quiero algo. Mi marido es demasiado inteligente como para no darse cuenta. Años de negociaciones y tratos le han enseñado a leer a las personas, a detectar cuando alguien tiene una agenda oculta. Pero también sé que no puede resistirse a mí, especialmente cuando estoy así, cargada de hormonas y deseo.

Nos perdemos el uno en el otro, la pasión consumiéndonos como un incendio forestal. Es rápido, intenso, casi desesperado. Nuestros gemidos y suspiros llenan el despacho, y por un momento me preocupa que alguien pueda oírnos. Pero luego recuerdo que a Adriano no le importaría. Probablemente le excitaría más.

Cuando terminamos, estamos jadeantes y sudorosos, pero satisfechos. Me desplomo contra su pecho, escuchando el latido acelerado de su corazón. Sus manos acarician mi tripa con ternura, un contraste con la pasión desenfrenada de hace unos momentos.

Adriano me mira con una mezcla de amor y diversión cuando finalmente levanto la cabeza. Sus ojos, normalmente duros y calculadores, están suaves y cálidos.

—Muy bien, cariño —dice, acariciando mi mejilla con el pulgar—. ¿Qué es lo que quieres?

Sonrí, besando la palma de su mano. A pesar de la situación, no puedo evitar sentirme conmovida por su perspicacia y su cariño.

—¿Tan transparente soy? —pregunto, mitad en broma, mitad en serio.

—Para mí, siempre —responde, su tono suave pero firme—. Te conozco, Elena. Sé cuándo tienes algo en mente. Vamos, suéltalo.

Respiro hondo, preparándome para soltar la bomba. Por un momento, dudo. Lo que estoy a punto de pedir podría cambiar todo. Podría enfurecer a Adriano, podría poner en peligro el delicado equilibrio de la familia. Pero entonces recuerdo la cara de Chiara, su dolor, su desesperación. Y sé que tengo que intentarlo.

—Necesito que hagas algo por mí —digo, mirándolo directamente a los ojos—. Algo importante.

Adriano asiente, esperando. Su rostro es una máscara de calma, pero puedo sentir la tensión en su cuerpo.

—Necesito que ayudes a tu hermana y a Enzo —suelto finalmente—. Para que estén juntos.

La expresión de Adriano cambia instantáneamente. Sus ojos se abren de par en par, y puedo ver una sucesión de emociones pasar por ellos: sorpresa, confusión, incredulidad y... ¿es eso un destello de ira? Su cuerpo se tensa bajo el mío, y por un momento temo haber cometido un error terrible.

Pero antes de que pueda decir nada, antes de que pueda reaccionar a la bomba que acabo de soltar, lo beso de nuevo. Es un beso diferente al de antes, no cargado de pasión sino de súplica silenciosa. Silencio cualquier protesta que pueda estar formándose en sus labios, intentando transmitirle sin palabras lo importante que es esto.

Porque sé que lo que viene a continuación no va a ser fácil. Conozco a mi marido, sé lo protector

que es con Chiara, lo mucho que confía en Enzo. Esta revelación podría sacudir los cimientos mismos de nuestra familia.

Pero también sé que, por el bien de Chiara, de Enzo, y de toda la familia, es necesario. El amor no es algo que se pueda controlar o negar, y tratar de hacerlo solo llevará a más dolor y resentimiento.

Cuando finalmente rompo el beso, Adriano me mira con una expresión indescifrable. Sé que su mente está trabajando a toda velocidad, procesando esta nueva información, considerando todas las implicaciones.

Y yo espero, mi corazón latiendo con fuerza. Porque sé que lo que diga a continuación, lo que decida hacer, cambiará el curso de nuestras vidas para siempre.

Pero estoy preparada. Haré lo que sea necesario para proteger a los que amo. Incluso si eso significa enfrentarme al hombre más poderoso de la ciudad. Incluso si significa desafiar las reglas no escritas de este mundo en el que vivimos.

Porque al final del día, el amor es la fuerza más poderosa que existe. Y yo lucharé por él con uñas y dientes.

ADRIANO

Las palabras de Elena resuenan en mis oídos como un disparo en la noche. «Necesito que ayudes a tu hermana y a Enzo. Para que estén juntos.» Por un momento, me quedo paralizado, incapaz de procesar lo que acabo de escuchar.

La furia es lo primero que siento, una ira ardiente que me recorre el cuerpo. ¿Enzo? ¿Mi mejor amigo, mi mano derecha, desea a mi hermanita? La idea de que alguien, cualquiera, se atreva siquiera a mirar a Chiara de esa manera hace que me hierva la sangre.

Aprieto los puños, luchando contra el impulso de levantarme y buscar a Enzo ahora mismo. Una parte de mí quiere matarlo, hacerle pagar por atreverse a poner sus ojos en Chiara. Es mi hermana pequeña, por el amor de Dios. Se supone que debía protegerla, no desearla.

Pero entonces, como un relámpago, un recuerdo cruza mi mente. Enzo, hace años, jurando lealtad a nuestra familia. Sus ojos, llenos de determinación y gratitud. «Daría mi vida por vosotros», había dicho. Y lo ha demostrado una y otra vez a lo largo de los años.

Respiro hondo, intentando calmar la tormenta en mi interior. La verdad es que, si soy honesto conmigo mismo, ya sospechaba que algo estaba pasando. Pequeñas miradas, gestos sutiles... Enzo siempre ha sido demasiado protector con Chiara, incluso para los estándares de nuestra familia. Últimamente está muy distraído... le he visto mirar en más de una ocasión a mi hermana... Joder. Cómo he estado tan ciego.

Miro a Elena, que me observa con una mezcla de preocupación y determinación. Mi esposa, siempre tratando de mantener unida a nuestra familia. Siempre viendo más allá de lo evidente.

Poco a poco, la ira comienza a dar paso a una reflexión más fría. ¿Realmente podría encontrar a alguien más leal que Enzo? ¿Alguien que cuidara mejor de Chiara, que daría literalmente su vida por ella sin dudarlo?

La respuesta es clara: no.

Enzo conoce nuestro mundo, sus peligros y sus reglas. Sabe cómo proteger a Chiara, cómo mantenerla a salvo en este ambiente hostil. Y, lo más importante, la ama. Puedo verlo ahora, claro como el día. La forma en que la mira, cómo siempre está pendiente de ella... No es solo deseo, es

amor verdadero.

Además, si lo pienso bien, tener a Enzo como parte oficial de la familia solo fortalecería nuestra posición. Un vínculo más fuerte, una lealtad inquebrantable sellada no solo por el deber, sino también por el amor.

Y luego está Chiara. Mi impetuosa y terca hermana pequeña. Si la conozco bien, y sé que la conozco, no se rendirá fácilmente. Si la separo de Enzo siempre estará resentida y dolida. Eso podría llevarla a cometer errores, a buscar consuelo en lugares o personas peligrosas.

No, mantenerlos separados no es la solución. Pero tampoco puedo simplemente dar mi bendición y permitir que estén juntos así sin más. Necesito asegurarme de que Enzo es realmente digno de Chiara, de que sus intenciones son puras y su compromiso es real.

Y entonces, como si todas las piezas de un rompecabezas encajaran de repente, un plan comienza a formarse en mi mente. Un plan que pondrá a prueba a Enzo, que asegurará la felicidad de Chiara y que, si todo sale bien, fortalecerá aún más a nuestra familia y los lazos con nuestros aliados.

Una sonrisa lenta se extiende por mi rostro. Elena me mira, sus ojos brillando con curiosidad.

—¿Adriano? —pregunta, su voz cargada de preocupación.

La miro, mi decisión ya tomada. Un plan brillante comienza a formarse en mi cabeza.

CAPÍTULO 7

CHIARA

Corro como si pudiera dejar atrás todos mis problemas. El viento me golpea la cara, se enreda en mi pelo y, por un momento, me siento libre. Libre de expectativas, libre de decepciones, libre de... Enzo.

Mis pies golpean el suelo con fuerza, marcando un ritmo constante que se mezcla con mi respiración agitada. Detrás de mí, oigo los pasos del guardaespaldas que mi hermano insiste en que me acompañe. No necesito girarme para saber que me sigue sin dificultad. Estos hombres están entrenados para situaciones mucho más exigentes que seguir a una chica confundida por los terrenos de la mansión.

El cielo está cubierto de nubes grises, como si reflejara mi estado de ánimo. Hace días que no veo el sol, y empiezo a preguntarme si alguna vez volveré a sentir su calidez. Es absurdo pensar así por un hombre, lo sé. Pero Enzo no es cualquier hombre. Es... es todo lo que siempre he querido y todo lo que nunca podré tener.

Su rechazo aún escuece como una herida abierta. Es el dolor de saber que el hombre que amo no me ve como una mujer, sino como una niña. La hermana pequeña de su mejor amigo. Alguien a quien proteger, no a quien amar.

Acelero el paso, como si pudiera dejar atrás estos pensamientos, esa realidad. El camino se vuelve empinado, y mis músculos protestan, pero no me detengo. El dolor físico es casi un alivio comparado con el torbellino emocional en mi interior.

—¡Chiara! —la voz de Adriano me saca de mis cavilaciones.

Me giro y lo veo acercarse al trote. Su rostro muestra una mezcla de preocupación y determinación que conozco bien. Es la misma expresión que tenía cuando me dijo que nuestros padres habían muerto.

Me detengo, con el corazón aún acelerado por la carrera. El guardaespaldas se mantiene a una distancia respetuosa, dándonos espacio, pero sin perder de vista su objetivo.

—¿Qué ocurre? —pregunto, intentando que mi voz no revele lo perdida que me siento.

Adriano llega a mi lado y me estudia con su mirada penetrante. A veces me pregunto si puede leer mis pensamientos, si sabe lo que siento por Enzo. La idea me aterra y me reconforta a partes iguales.

—Elena me ha comentado que quizás te vendría bien un cambio de aires —dice finalmente.

Me quedo paralizada. ¿Elena le ha contado lo de Enzo? Observo a mi hermano, buscando algún indicio de que sabe más de lo que dice, pero su expresión sigue siendo indescifrable. Parece que Elena no ha revelado ese pequeño detalle. Una oleada de gratitud hacia ella me invade.

—¿Un cambio de aires? —repito, intentando ganar tiempo mientras proceso la información.

Adriano asiente y mira hacia la mansión, como si estuviera midiendo sus palabras.

—Sí, ha surgido una oportunidad —hace una pausa y me mira directamente a los ojos—. He recibido una propuesta de matrimonio concertado para ti.

El mundo se detiene. O quizás soy yo la que se ha quedado congelada en el sitio. Las palabras *matrimonio concertado* resuenan en mi cabeza como un eco lejano.

—¿Matrimonio? —logro articular—. ¿Con quién?

—El hermano del Pakhan de Chicago, Aleksander —responde Adriano, con un tono que intenta

ser casual pero que no logra ocultar la importancia de la propuesta.

Mi mente se llena de imágenes contradictorias. Por un lado, la idea de unirme a otro hombre que no sea Enzo me provoca un nudo en el estómago. La más absoluta repulsión. Por otro, una pequeña parte de mí, esa parte herida y resentida, se pregunta si esto no sería la solución perfecta. Una forma de demostrarle a Enzo, y a mí misma, que puedo seguir adelante.

—Chiara, ¿estás bien? —la voz de Adriano me devuelve a la realidad.

Asiento lentamente, incapaz de formar palabras coherentes. Mi hermano me mira con preocupación y entonces suelta la bomba final:

—Han propuesto que vayas dos meses a Chicago a conocerlo antes de tomar la decisión definitiva.

Y de repente, todo cobra un nuevo sentido. Dos meses lejos de aquí. Lejos de la mansión que se ha convertido en una jaula dorada. Lejos de las miradas de lástima de Elena. Lejos de Enzo y de su presencia constante que me atormenta.

—¿Dos meses? —repito, saboreando la idea.

Adriano asiente.

—Sí, para que puedas conocerlo sin presiones. Si después de ese tiempo decides que no quieres seguir adelante, volverás a casa y no habrá consecuencias negativas para la familia.

Lo miro, sorprendida por la consideración. En nuestro mundo, las alianzas matrimoniales son una moneda corriente, y rara vez se tiene en cuenta la opinión de la novia. Que me estén dando esta opción... bueno, es más de lo que muchas chicas en mi posición pueden soñar. Más de lo que Elena pudo tener con mi hermano.

—¿Y si decido quedarme? —pregunto, más por curiosidad que por verdadero interés.

—Entonces se formalizaría el compromiso y empezaríamos a planear la boda —responde Adriano con seriedad.

Un escalofrío me recorre la espalda. La idea de casarme con un desconocido, de dejar atrás todo lo que conozco, es aterradora. Pero al mismo tiempo, una pequeña parte de mí se pregunta si no sería mejor que quedarme aquí, atrapada en un amor imposible.

—No tienes que decidir ahora —añade Adriano, interpretando mi silencio como duda—. Tómate unos días para pensarlo.

Pero en el fondo, ya he tomado una decisión. Quizás sea una locura, quizás me arrepienta, pero en este momento, la idea de escapar, aunque sea temporalmente, es demasiado tentadora. La idea absurda de poder hacer daño a Enzo. Aunque sea una mínima parte del dolor que yo he tenido que soportar con su rechazo.

—No —digo, y mi voz suena más firme de lo que esperaba—. No necesito pensarlo. Quiero ir.

La sorpresa en el rostro de Adriano es evidente. Claramente, esperaba que me negara o que al menos pidiera tiempo para considerarlo. Pero estoy cansada de ser predecible, de ser la Chiara que todos esperan que sea.

—¿Estás segura? —pregunta, estudiándome con atención—. No tienes que hacerlo si no quieres.

Asiento con determinación.

—Estoy segura. Creo que tienes razón, necesito un cambio de aires.

Adriano me mira por un largo momento, como si intentara descifrar mis verdaderas motivaciones. Finalmente, asiente.

—De acuerdo. Haré los arreglos necesarios.

Comenzamos a caminar de vuelta a la mansión, el guardaespaldas siguiéndonos a una distancia discreta. El silencio entre nosotros está cargado de palabras no dichas. Sé que Adriano quiere preguntarme más, que sospecha que hay algo más detrás de mi rápida aceptación. Pero no lo hace, y se lo agradezco en silencio.

Mientras nos acercamos a la casa, no puedo evitar buscar con la mirada a Enzo. Parte de mí espera verlo en alguna ventana, observándome como tantas veces lo he pillado haciendo. Pero no está. Y esa ausencia duele más de lo que quiero admitir.

—¿Cuándo me iría? —pregunto, rompiendo el silencio.

—En una semana, si todo va según lo planeado —responde Adriano—. Tenemos que preparar tu documentación y arreglar los detalles del viaje.

Una semana. Siete días para preparar mi corazón, para blindarlo contra el dolor y la desilusión. Siete días para decir adiós a la vida que conozco y lanzarme a lo desconocido.

Al entrar en la mansión, el aroma familiar de la cocina de Rosetta me envuelve. Por un momento, la nostalgia me golpea con fuerza. ¿Estoy haciendo lo correcto? ¿No sería más fácil quedarme aquí, en la seguridad de lo conocido?

Pero entonces, como si el destino quisiera recordarme por qué estoy haciendo esto, veo a Enzo saliendo del despacho de Adriano. Nuestras miradas se cruzan por un segundo, y el mundo se detiene. Veo la sorpresa en sus ojos, seguida rápidamente por esa máscara de indiferencia que tanto odio.

—Chiara —dice a modo de saludo, con un leve asentimiento.

—Enzo —respondo, y me sorprende lo normal que suena mi voz.

Pasa junto a nosotros, y puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Por un momento, estoy tentada de agarrarlo del brazo, de gritarle que lo amo, de suplicarle que me vea como la mujer que soy y no como la niña que fui.

Pero no lo hago. En su lugar, mantengo la cabeza alta y sigo mi camino. Porque en una semana, nada de esto importará. En una semana, estaré en Chicago, lejos de Enzo y de todo lo que representa.

Y quizás, solo quizás, cuando regrese, ya no duela tanto mirarlo y saber que nunca será mío.

ENZO

El sudor me empapa la camiseta mientras esquivo otro golpe de Adriano. El ring es nuestro campo de batalla personal, el único lugar donde podemos desahogarnos sin consecuencias. O eso creía.

El olor a cuero y sudor impregna el aire, mezclándose con el rítmico sonido de nuestros puños golpeando los guantes y el cuerpo del otro. La luz tenue del gimnasio proyecta sombras alargadas sobre la lona, dando a la escena un aire casi onírico.

—Vamos, ¿eso es todo lo que tienes? —me provoca Adriano con una sonrisa desafiante, sus ojos brillando con la adrenalina del combate.

Respondo con una combinación rápida de jabs al cuerpo. Mis puños impactan contra su torso con precisión calculada, pero me contengo. Siempre lo hago. Por mucho que esto sea un entrenamiento nunca cruzo ciertas líneas. El respeto que le tengo va más allá de nuestra amistad; es el respeto que se le debe a un líder, a un hermano de armas, al hombre que me sacó de las calles y me dio un propósito y una familia.

El ritmo de la pelea se intensifica. Nuestros cuerpos se mueven en una danza violenta y sincronizada, cada movimiento una respuesta al del otro. Conozco cada uno de sus gestos, como él conoce los míos. Años de entrenar juntos nos han convertido en una extensión del otro en el ring.

Adriano lanza un gancho que roza mi mentón. Lo esquivo por milímetros, sintiendo el aire desplazado por su puño. Contraataco con una serie de golpes al plexo solar, pero él los bloquea con maestría.

—Tengo noticias —dice Adriano entre jadeos, bloqueando uno de mis golpes con el antebrazo.

—¿No puede esperar? —grüño, concentrado en buscar una apertura en su defensa. El sudor me cae por la frente, nublándome momentáneamente la visión.

—Es sobre Chiara.

El nombre actúa como un interruptor en mi cerebro. Por un segundo, bajo la guardia, y Adriano aprovecha para conectar un golpe en mis costillas. El dolor es agudo, pero no tanto como el que siento cada vez que pienso en ella. Chiara, la hermana pequeña de Adriano, la mujer que no puedo tener.

—¿Qué pasa con Chiara? —pregunto, intentando que mi voz no revele el torbellino de emociones que su nombre desata en mí. Retrocedo un paso, buscando distancia, no solo física sino también emocional.

Adriano retrocede también, sus ojos fijos en los míos. Hay algo en su mirada, una intensidad que no logro descifrar. Se pasa el dorso del guante por la frente, secándose el sudor, antes de hablar.

—La voy a mandar a Chicago. Dos meses. Matrimonio concertado con el hermano del Pakhan.

El mundo se detiene. Las palabras de Adriano resuenan en mi cabeza, pero no tienen sentido. Chiara. Chicago. Dos meses. Matrimonio. Cada palabra es un puñal que se clava en mi pecho, desgarrando todo a su paso.

Y entonces, como si un dique se hubiera roto en mi interior, la ira explota. Una ira como nunca antes he sentido. Ciega. Abrasadora. Mortal. Siento cómo se extiende por mi cuerpo, tensando cada músculo, nublando mi juicio.

—¿Qué estás diciendo? —rujo, y mi voz suena extraña incluso para mí, ronca y cargada de una emoción que no me atrevo a nombrar—. ¿Te estás atreviendo a vender a tu hermana para ganar aliados?

Adriano me mira con una expresión que no entiendo, pero no me importa. La rabia nubla mi juicio, borra años de lealtad y amistad. En este momento, no veo a mi mejor amigo, al hombre que me salvó de las calles. Solo veo a alguien que está dispuesto a sacrificar a Chiara por poder.

—Eres un cabrón —escupo las palabras como si fueran veneno, cada sílaba cargada de la ira y el dolor que me consumen—. No me esperaba esto de ti. Pensaba que para ti la familia era lo primero.

Mis puños se cierran con fuerza. Quiero golpear algo, destruir todo a mi alrededor. Y entonces me abalanzo hacia él y le golpeo la boca. La sangre saliendo de la herida.

Pero Adriano mantiene la calma, su postura relajada en contraste con la tensión que emana de cada fibra de mi ser. Y eso solo alimenta mi furia. ¿Cómo puede estar tan tranquilo cuando está hablando de enviar a Chiara lejos? ¿Cuándo está destruyendo mi...?

No puedo completar ese pensamiento. No tengo derecho a sentir lo que siento por Chiara. Pero eso no hace que duela menos. El dolor se mezcla con la ira, creando una tormenta emocional que amenaza con consumirme por completo.

—Enzo —la voz de Adriano es suave, casi conciliadora—, necesito que te calmes y me escuches.

—¿Calmarme? —gruño, la palabra saliendo entre dientes apretados—. ¿Cómo esperas que me calme cuando me estás diciendo que vas a mandar a tu hermana a casarse con un desconocido? ¿Lejos de nosotros?

Doy un paso hacia él, la ira impulsándome hacia adelante. Adriano no retrocede, sus ojos fijos en los míos. Veo algo en su mirada, una chispa de... ¿satisfacción? No tiene sentido.

De repente, Alessandro aparece en el ring, interponiéndose entre nosotros. No lo he oído llegar, tan consumido como estaba por mi ira. Sus brazos se extienden, manteniendo una barrera física entre Adriano y yo.

—¿Qué está pasando aquí? —exige saber Alessandro, su mirada yendo de uno a otro.

No respondo. No puedo. Toda mi atención está en Adriano, que me mira con una mezcla de emociones que no logro descifrar. Hay algo más aquí, algo que no estoy viendo, pero la ira nubla mi juicio, impidiéndome pensar con claridad.

Estamos los tres jadeando, el aire cargado de tensión. La rabia sigue corriendo por mis venas, una bestia salvaje que amenaza con romper las cadenas de mi autocontrol. Quiero gritar, quiero golpear algo, quiero... No sé qué quiero. Solo sé que la idea de Chiara lejos, con otro hombre, me está destrozando por dentro.

Y entonces, Adriano suelta la bomba final:

—Irás con Chiara a Chicago para ser su guardaespaldas personal mientras ella conoce a su futuro marido.

El mundo se desmorona a mi alrededor. La ira da paso a una sensación de vacío, de incredulidad. La idea de ver a Chiara con otro hombre, de tener que protegerla mientras ella... No. No puedo. Es demasiado.

Pero una pequeña parte de mí, esa parte que siempre ha puesto el deber por encima de todo, sabe que no tengo elección. Si Chiara va a ir a ese nido de víboras, necesitará toda la protección posible. Y no confío en nadie más para mantenerla a salvo.

El silencio se extiende entre nosotros, pesado y cargado de tensión. Alessandro nos mira a ambos, confundido y alerta, listo para intervenir si la situación vuelve a escalar.

Finalmente, logro encontrar mi voz:

—¿Por qué? —pregunto, y odio lo vulnerable que sueno—. ¿Por qué ella? ¿Por qué ahora?

Adriano suspira, y por un momento veo un atisbo del peso que carga sobre sus hombros.

—Es complicado, Enzo. Hay muchas cosas en juego aquí, cosas que no puedo explicarte ahora. Pero necesito que confíes en mí. Necesito saber que estarás ahí para proteger a Chiara.

Miro a Adriano, y por un momento, veo a través de su fachada. Veo al amigo, al hermano que ha estado a mi lado todos estos años.

Pero esos pensamientos se desvanecen rápidamente. Porque ahora solo puedo pensar en una cosa: Chiara se va a Chicago. Y yo voy con ella. No la dejaría sola por nada del mundo.

—Lo haré —digo finalmente, mi voz ronca por las emociones contenidas—. La protegeré con mi vida.

Adriano asiente, una mezcla de alivio y algo más en su mirada.

—Sé que lo harás. Por eso tienes que ser tú, Enzo. No confío en nadie más para esto.

Sus palabras deberían hacerme sentir orgulloso, honrado. Pero solo siento un vacío en el pecho, un miedo que no me atrevo a nombrar.

Alessandro, sintiendo que la tensión ha disminuido, baja los brazos lentamente.

—¿Alguien me va a explicar qué está pasando? —pregunta, su voz una mezcla de confusión y preocupación.

Pero ni Adriano ni yo respondemos. Nuestras miradas siguen fijas el uno en el otro, un mundo de palabras no dichas entre nosotros.

Finalmente, Adriano rompe el contacto visual y se dirige a la esquina del ring.

—El entrenamiento ha terminado por hoy —dice, su voz recuperando ese tono de autoridad que tan bien conozco—. Enzo, te quiero en mi despacho en una hora. Tenemos mucho que planear.

Y con eso, sale del ring, dejándome con un torbellino de emociones y un futuro incierto por delante.

Me quedo ahí, en medio del ring, sintiendo cómo el sudor se enfría sobre mi piel. La ira ha dado paso a una mezcla de miedo y determinación. No sé qué me espera en Chicago, no sé cómo voy a sobrevivir viendo a Chiara con otro hombre. Pero sé una cosa con certeza: la protegeré hasta mi último aliento.

Que Dios nos ayude a todos.

CAPÍTULO 8

CHIARA

El coche avanza por la autopista, devorando las millas que me alejan de todo lo que conozco. Miro por la ventanilla, viendo cómo el paisaje se desdibuja en una mancha borrosa, igual que mis pensamientos.

Me voy a Chicago a conocer a otro hombre. Las palabras se repiten en mi cabeza como un mantra cruel, recordándome por qué estoy aquí, por qué me alejo de casa. Por qué huyo de él.

Elena conduce en silencio, lanzándome miradas de preocupación por el espejo retrovisor. Alessandro, sentado a mi lado, intenta distraerme con bromas y anécdotas, pero su voz suena distante, como si viniera de otro mundo.

Delante de nosotros, el coche de Adriano lidera el camino. Sé que Enzo va con él, y la mera idea de su presencia, aunque sea en otro vehículo, hace que mi corazón se acelere. ¿Cómo he llegado a este punto? Estoy huyendo a Chicago para escapar de estos sentimientos, y ahora...

El aeropuerto aparece en el horizonte, y siento cómo mi estómago se contrae. Esto es real. Está pasando. Voy a subir a ese avión y volar hacia una vida que nunca imaginé para mí.

—¿Estás bien, Chiara? —la voz de Elena rompe el silencio.

Asiento, incapaz de formar palabras. ¿Cómo explicarles que estoy destrozada? ¿Que no sé si seré capaz de hacerlo? Pero tengo que poder. Por mí misma.

Los coches se detienen junto a una pista privada. Un jet blanco y reluciente nos espera, la escalerilla ya desplegada. Es hermoso y aterrador a partes iguales. Veo a las azafatas cargando el equipaje, moviéndose con eficiencia profesional.

Salimos de los coches y el viento frío me golpea el rostro. Respiro hondo, dejando que el aire helado llene mis pulmones. Quizás así pueda congelar el dolor que siento en el pecho.

Mi familia me rodea al pie de la escalerilla. Elena es la primera en abrazarme, envolviéndome en un abrazo cálido y reconfortante.

—Recuerda, Chiara —susurra en mi oído—, eres fuerte. Más fuerte de lo que crees. Pase lo que pase en Chicago, no lo olvides.

Asiento contra su hombro, conteniendo las lágrimas que amenazan con desbordarse. Cuando nos separamos, veo que ella también está luchando por no llorar.

Alessandro es el siguiente. Me revuelve el pelo como cuando éramos niños, su sonrisa no logra ocultar del todo su preocupación.

—Eh, enana —dice, intentando sonar despreocupado—, no te olvides de traerme un recuerdo, ¿eh? Y si algún idiota te molesta, solo dímelo. Tomaré el primer vuelo para matarlo.

Suelto una risa entrecortada, agradecida por su intento de aligerar el ambiente.

—Lo tendré en cuenta, Ale —respondo, abrazándolo fuertemente.

Adriano se acerca, llevando a la pequeña Mía de la mano. Mi sobrina me mira con sus grandes ojos llenos de confusión e inocencia.

—¿Te vas, tía Chiara? —pregunta con voz pequeña.

Me arrodillo frente a ella, sintiendo cómo se me encoge el corazón.

—Solo por un tiempo, cariño —le digo, acariciando su mejilla—. Volveré antes de que te des cuenta. Y te traeré un regalo muy especial, ¿qué te parece?

Mia asiente, no del todo convencida, y me abraza con fuerza. Cuando la suelto, Adriano la entrega a Elena y se gira hacia mí.

Mi hermano mayor me mira con una mezcla de orgullo y culpa que no logro entender del todo. Por un momento, veo al niño que solía protegerme de las pesadillas, al adolescente que asumió el control de la familia demasiado pronto, al hombre que ahora carga el peso de nuestro mundo sobre sus hombros.

—Chiara —dice, su voz ronca por la emoción—, si en algún momento sientes que no puedes, si quieres volver a casa...

—Puedo hacerlo —le interrumpo, sorprendida por la firmeza de mi propia voz—. Lo haré, Adriano.

Me abraza entonces, fuerte, como si quisiera protegerme de todo lo que me espera en Chicago.

—Cuídate mucho, pequeña —me dice al oído—. Cualquier cosa que necesites, estaré allí en el primer vuelo.

Asiento contra su pecho, permitiéndome por un momento ser de nuevo la niña pequeña que buscaba la protección de su hermano mayor.

No me despidió de Enzo, ni siquiera lo miro. No me atrevo a hacerlo o sé que me quedaré.

Finalmente, me separo de ellos y me giro hacia la escalerilla. Es la hora. Doy el primer paso, sintiendo el peso del mundo sobre mis hombros. Subo uno a uno los escalones, concentrándome en no tropezar, en no derrumbarme.

Escucho pasos a mi espalda y me doy la vuelta. Cuando veo a Enzo el corazón me da un vuelco. ¿Va a impedir que me vaya?

Estoy a punto de descender corriendo a sus brazos cuando oigo la voz de Adriano.

—Ah, se me olvidaba, Chiara. Enzo va a ser tu guardaespaldas personal durante los dos meses que estés en Chicago.

¿Qué?! No puede ser cierto. Creo que voy a desmayarme.

Por eso sube las escaleras. No es porque me quiera. ¿Cómo puedo ser tan tonta de albergar una mínima esperanza todavía?

El mundo se detiene. Las palabras de Adriano resuenan en mis oídos, pero no tienen sentido.

Mi mundo se destruye y se llena de esperanza a la vez. Es una tortura cruel, tenerlo tan cerca sabiendo que nunca podrá ser mío. Y al mismo tiempo, la idea de pasar dos meses con él, de tenerlo a mi lado... de no alejarme del todo.

La ironía de la situación no se me escapa. Estoy haciendo esto para huir de él, de estos sentimientos que me consumen, y ahora voy a tenerlo conmigo día y noche. Es algo que me alivia y me aterra a partes iguales.

Miro a Enzo, buscando en sus ojos alguna señal, algo que me diga qué está pensando. Pero su rostro es una máscara impenetrable. Solo veo determinación en su mirada, la misma que muestra cuando está en modo trabajo.

—Vamos —dice, su voz grave y profesional—. El piloto está esperando.

Asiento mecánicamente y me giro para entrar en el avión. Mis piernas se mueven por inercia, llevándome hacia el interior lujoso del jet. Me dejo caer en uno de los asientos de cuero, sintiendo como si acabara de correr un maratón.

Enzo entra detrás, moviéndose con esa gracia felina que siempre me ha fascinado. Se sienta frente a mí, su mirada fija en algún punto sobre mi hombro. El silencio entre nosotros es pesado, cargado

de palabras no dichas y sentimientos reprimidos.

Miro por la ventanilla, viendo cómo mi familia se hace cada vez más pequeña a medida que el avión comienza a moverse. Veo a Elena abrazando a Mia, a Alessandro haciendo un gesto de despedida, a Adriano... Adriano me mira fijamente, y por un momento, creo ver un destello de algo en sus ojos. ¿Culpa? ¿Preocupación? ¿O quizás...?

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se derraman, silenciosas y traicioneras. Las dejo caer.

El avión despega, y con él, siento que dejo atrás una parte de mí. La Chiara que llegó hace unas semanas de la universidad, llena de sueños y esperanzas. La Chiara que creía que podría conquistar el corazón de Enzo. La Chiara que pensaba que tenía el control de su destino.

Ahora soy otra. Una Chiara que va a enfrentarse a lo desconocido, que va a fingir interés en un matrimonio concertado mientras el hombre que ama la observa desde las sombras.

Dos meses. Chicago. Enzo.

No sé si esto es un castigo o una bendición. No sé si podré sobrevivir a esta prueba con el corazón intacto. Pero sé una cosa: estos dos meses van a cambiarlo todo.

Miro de reojo a Enzo, que sigue impassible en su asiento. ¿Qué estará pensando? ¿Le molesta esta misión? ¿O quizás...? No. No puedo permitirme esa esperanza.

El avión se estabiliza, y una azafata se acerca para ofrecernos algo de beber. Declino con un gesto, mi estómago demasiado revuelto como para considerar siquiera la idea de ingerir algo.

Cierro los ojos, intentando ordenar mis pensamientos. ¿Cómo voy a sobrevivir estos dos meses? ¿Cómo voy a fingir interés en otro hombre cuando todo lo que quiero está sentado frente a mí?

Pero tengo que hacerlo. Y quizás, solo quizás, estos dos meses me den la oportunidad de cerrar este capítulo de mi vida. De dejar atrás estos sentimientos que me consumen.

O quizás... No. No puedo permitirme pensar en esa posibilidad.

Abro los ojos y miro por la ventanilla. El cielo es de un azul infinito, sin nubes a la vista. Es un nuevo comienzo, me digo. Una oportunidad.

Para bien o para mal, nada volverá a ser igual después de Chicago.

ENZO

El rugido de los motores del jet es un murmullo constante en mis oídos, pero no logra acallar el tumulto de mis pensamientos. Miro por la ventanilla, viendo cómo las nubes pasan a nuestro lado, y no puedo evitar que un pensamiento peligroso cruce por mi mente.

Me dan ganas de secuestrar el puto avión y llevarnos de vuelta a Nueva York o, quizás, a la otra punta del mundo para que nadie pueda arrebatármela jamás.

La idea es tan tentadora que por un momento me permito fantasear con ello. Imagino el rostro sorprendido de Chiara cuando le digo que nos vamos, su risa nerviosa cuando se da cuenta de que hablo en serio. Nos veo aterrizando en una isla desierta, lejos de la mafia, lejos de las obligaciones, lejos de todo lo que nos separa.

Pero la realidad se impone. Soy un soldado, un ejecutor. Mi lealtad está con la familia Caruso, con Adriano. No puedo traicionar eso, no importa cuánto me duela.

Aprieto los puños, odiando toda la jodida situación. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo he permitido que las cosas lleguen tan lejos?

Miro a Chiara sin que ella se dé cuenta. Está sentada frente a mí, con los ojos cerrados y los cascos puestos. Lleva unos jeans desgastados y una camiseta corta de un grupo de rock que no reconozco. Su pelo negro cae en ondas sobre sus hombros, y tengo que reprimir el impulso de extender la mano y tocarlo.

Me hace gracia que vaya a conocer a su futuro marido así, tan... Chiara. Tan auténtica, tan libre. Aunque, si soy honesto conmigo mismo, yo me habría enamorado igual de ella. Me habría enamorado de ella vestida con harapos o con el vestido más elegante. Me habría enamorado de ella en cualquier circunstancia, en cualquier universo.

El pensamiento me golpea con fuerza. Enamorado. Es la primera vez que me permito usar esa palabra, incluso en mis pensamientos. Siempre he intentado negarlo, ocultarlo bajo capas de deber y lealtad. Pero aquí, a miles de pies de altura, con Chiara a unos metros de mí y la perspectiva de verla con otro hombre, ya no puedo seguir mintiéndome.

Estoy enamorado de Chiara Caruso. Y eso me está matando.

La veo moverse inquieta en su asiento, y por un momento temo que haya leído mis pensamientos. Pero solo está cambiando de canción en su teléfono. Sus dedos se mueven con gracia sobre la pantalla, y me pregunto qué estará escuchando. ¿Qué melodía la está ayudando a sobrellevar este viaje?

Pienso en los dos meses que nos esperan en Chicago. Dos meses de verla todos los días, de estar cerca de ella, pero sin poder tocarla. Dos meses de ver cómo otro hombre intenta ganarse su corazón. La idea me revuelve el estómago.

¿Cómo voy a soportarlo? ¿Cómo voy a mantener mi fachada de guardaespaldas impassible cuando todo lo que quiero es tomarla en mis brazos y besarla hasta que olvide su propio nombre?

Cierro los ojos, intentando controlar mi respiración. No puedo permitirme estos pensamientos. No puedo dejar que mis sentimientos interfieran con mi deber. Adriano confía en mí para protegerla, y eso es exactamente lo que voy a hacer. La protegeré de todo y de todos.

Incluso de mí mismo.

El tiempo pasa lentamente. Veo a Chiara dormir, su cabeza ladeada de una manera que sé que le causará dolor de cuello más tarde. Lucho contra el impulso de levantarme y acomodarla. No es mi lugar. No tengo ese derecho. Y joder si no lo odio.

Cuando falta poco para aterrizar, Chiara finalmente se despierta. Se estira como un gato perezoso, y tengo que apartar la vista de golpe para no quedarme embobado mirándola.

—¿Cuánto falta? —pregunta, su voz aún ronca por el sueño.

—Una media hora —respondo, manteniendo mi tono profesional.

Asiente y se levanta, dirigiéndose al baño. La veo tambalearse un poco, aún adormilada, y tengo que resistir el impulso de levantarme y sostenerla. Cuando regresa, parece más despierta, más... resignada.

—Enzo —dice, y el sonido de mi nombre en sus labios hace que mi corazón dé un vuelco—, ¿crees que... crees que todo saldrá bien?

Su pregunta me aprieta el jodido corazón.

Por un momento, veo a la niña que solía correr por la mansión, pidiendo que la alzara en brazos. Veo a la adolescente que me miraba con ojos llenos de admiración. Y veo a la mujer en la que se ha convertido, fuerte y vulnerable a la vez.

—Todo saldrá bien, Chiara —le digo, y por primera vez desde que empezó este viaje, le sostengo

la mirada—. Estoy aquí para asegurarme de ello.

Veo un destello de algo en sus ojos. ¿Alivio? ¿Gratitud? ¿O quizás...? No. No puedo permitirme esa esperanza.

El piloto anuncia que estamos iniciando el descenso. Chiara se abrocha el cinturón, y yo hago lo mismo. A medida que el avión pierde altura, siento que mi determinación se fortalece.

No importa lo que pase en Chicago. No importa cuánto me duela ver a Chiara con otro hombre. La protegeré. La mantendré a salvo. Solo me importa que la vida sea perfecta para ella. Que esté a salvo. Feliz. Bien. Y si eso significa enterrar mis sentimientos tan profundo que nunca vuelvan a ver la luz del día, que así sea.

El avión toca tierra con una sacudida suave. Hemos llegado a Chicago. Veo a Chiara tomar una respiración profunda, preparándose para lo que nos espera.

Y yo... yo me preparo para los dos meses más difíciles de mi vida.

CAPÍTULO 9

CHIARA

El avión toca tierra con una suavidad que contrasta con el torbellino en mi interior. Hemos llegado a Chicago. A mi futuro. A mi intento desesperado de olvidar.

Respiro hondo, intentando calmar los nervios que amenazan con consumirme. Una parte de mí quiere salir corriendo, volver al avión y suplicarle al piloto que me lleve de vuelta a casa. Pero no puedo. No debo. Estoy aquí por decisión propia, para conocer a Aleksander, para intentar olvidar a Enzo.

Lo que no esperaba es que el destino no estuviese de mi parte y lo acercase todavía más a mí.

Miro de reojo a Enzo, su rostro una máscara de profesionalidad. No puedo dejar que vea mis dudas, mi conflicto interno. Necesito que crea que estoy segura de lo que estoy haciendo, aunque por dentro me esté muriendo de miedo. No puede saber que la idea de que otro hombre me toque me revuelve el estómago.

—¿Lista? —pregunta Enzo, su voz grave y controlada.

Asiento, forzando una sonrisa que espero que parezca confiada y emocionada.

—Vamos allá.

Bajamos del avión, el aire fresco de Chicago golpeándome el rostro. La pista privada está casi vacía, a excepción de dos hombres que nos esperan cerca de la escalerilla. Mi corazón se acelera. Uno de ellos debe ser Aleksander Novikov, el hombre que he venido a conocer.

A medida que nos acercamos, los estudio con atención. El más alto, es rubio con ojos azules penetrantes. Su rostro es serio, casi frío. El otro, más bajo, también es rubio de ojos azules, pero su expresión es más relajada, casi jovial.

Cuando llegamos hasta ellos, el más alto toma la iniciativa.

—Bienvenida a Chicago, Chiara —dice, su voz profunda y autoritaria—. Soy Dmitry Novikov, Pakhan de la mafia rusa de Chicago.

Asiento, intentando no mostrar lo intimidada que me siento.

—Es un placer conocerlo, señor Novikov.

Dmitry se gira hacia Enzo, estrechando su mano con un apretón firme.

—Estamos encantados de que estéis aquí —dice, aunque su rostro no muestra ni un atisbo de sonrisa. Es un hombre frío y serio. Me pregunto si alguna vez sonríe.

El otro hombre da un paso adelante, una sonrisa fácil en su rostro.

—Y yo soy Aleksander Novikov —dice, tomando mi mano y besándola suavemente—. El hombre afortunado que espera ganarse tu corazón.

Su tono es ligero, casi bromista, y no puedo evitar sentirme un poco más relajada. Por lo menos Aleksander no es nada intimidador. Su forma de ser parece desenfadada, un claro contraste con su hermano. Con todos los hombres de este mundo, la verdad.

—Espero poder conquistarte durante estas semanas —continúa Aleksander, guiñándome un ojo—. Aunque, con una belleza como tú, sé que tendré competencia.

Me río, más por nervios que por diversión real. Noto que Aleksander lanza miradas a Enzo, y me pregunto, un poco molesta, si es por las cicatrices. Aleksander parece demasiado perfecto, como salido de un catálogo de modelos. La comparación me irrita, aunque sé que no debería.

Me doy cuenta de la dirección que están tomando mis pensamientos y me obligo a detenerlos. No estoy aquí para comparar a nadie. Estoy aquí para intentar olvidar, para darme una oportunidad de seguir adelante. Puede que lo esté haciendo desde el despecho, pero no pienso centrarme en ese minúsculo hecho.

—Bueno, ¿qué te parece si vamos a casa? —sugiere Aleksander, ofreciéndome su brazo—. Debes estar cansada del viaje.

—Ahora nos acercamos —dice su hermano.

Acepto su brazo, permitiendo que me guíe. Antes de alejarnos, miro hacia atrás. Enzo y Dmitry se han quedado cerca del avión, probablemente discutiendo detalles de seguridad. La mirada de Enzo se cruza con la mía por un segundo, y siento como si me hubieran dado una descarga eléctrica.

Mientras caminamos hacia el coche, Aleksander charla animadamente.

—Tengo tantos lugares que mostrarte en Chicago —dice, su entusiasmo casi contagioso—. ¿Has estado aquí antes?

Niego con la cabeza, agradecida por la distracción.

—Es mi primera vez.

—Oh, entonces tenemos mucho que hacer —sonríe—. ¿Qué te gusta? ¿Arte? ¿Música? ¿Comida?

Intento concentrarme en la conversación, en Aleksander, pero una parte de mí sigue siendo dolorosamente consciente de la presencia de Enzo a lo lejos. ¿Qué estará pensando? ¿Le importará verme así, del brazo de otro hombre?

No, me recuerdo. No puedo pensar así. Estoy aquí para olvidarlo, para seguir adelante.

—Me gusta un poco de todo —respondo, forzando una sonrisa—. Estoy abierta a sugerencias.

Aleksander sonríe aún más ampliamente.

—Perfecto. Te prometo que te enamorarás de Chicago... y quizás de mí en el proceso.

Su tono es ligero, bromista, pero no puedo evitar sentir una punzada de culpa. ¿Cómo puedo siquiera considerar enamorarme de alguien más cuando mi corazón sigue firmemente en manos de Enzo?

Llegamos al coche, un lujoso vehículo negro que grita dinero y poder. Aleksander me abre la puerta con una floritura exagerada.

—Su carruaje, mi lady —bromea.

Río suavemente, apreciando su intento de hacerme sentir cómoda. Antes de entrar, no puedo evitar mirar una última vez hacia el avión. Enzo y Dmitry siguen allí, pero ahora Enzo nos está mirando directamente. La intensidad de su mirada me deja sin aliento.

Por un momento, todo desaparece. El ruido del aeropuerto, la presencia de Aleksander, la razón por la que estoy aquí. Solo existimos Enzo y yo, conectados por esa mirada que dice más que mil palabras.

—¿Chiara? —la voz de Aleksander me devuelve a la realidad—. ¿Todo bien?

Parpadeo, rompiendo el contacto visual con Enzo.

—Sí, todo perfecto —respondo, deslizándome en el asiento trasero del coche.

Mientras Aleksander rodea el vehículo para entrar por el otro lado, me permito un último pensamiento. Dos meses, me recuerdo. Solo dos meses para olvidar un amor de años.

¿Será suficiente?

ENZO

Mis ojos no se apartan ni un segundo de Chiara y Aleksander mientras se alejan hacia el coche. Cada movimiento, cada gesto, cada maldita sonrisa... los observo todos como un halcón acechando a su presa. Solo que, en este caso, yo soy el que se siente cazado.

Veo cómo Aleksander le ofrece su brazo a Chiara, cómo ella lo acepta con una sonrisa tímida. Cómo él se inclina ligeramente hacia ella mientras hablan, probablemente soltando alguna broma estúpida. Y siento cómo la bilis me sube por la garganta.

¿Cómo coño voy a aguantar dos meses de esta tortura? Si en unos minutos ya tengo ganas de agarrar a ese cabrón del cuello y...

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me sorprende no oír el crujido de mis dientes. Miro a Aleksander, realmente lo miro, y siento cómo la rabia se mezcla con una inseguridad que odio admitir.

El tío es jodidamente guapo. Rubio, ojos azules, sonrisa perfecta. Parece sacado de una puta revista. Y esa actitud... siempre sonriente, despreocupado. Todo lo contrario a lo que soy yo.

Yo, con mis cicatrices. Con mi pasado de mierda. Con toda esta rabia que llevo dentro y que nunca parece abandonarme. Siempre serio, siempre en guardia. Me doy cuenta, con un dolor agudo en el pecho, de que no puedo competir con él. ¿Cómo podría?

Y tampoco es que quiera.

Me estoy volviendo loco.

Pero joder, cómo me jode. Cómo me duele ver a Chiara sonreírle a él de esa manera. Cómo me mata pensar en las posibilidades, en lo que podría pasar en estos dos meses.

Y entonces, como un puñetazo en el estómago, me golpea la realidad de mi situación. Pensaba que podría hacerlo. Realmente creía que sería capaz de dejarla marchar, de verla con otro hombre. Me había convencido a mí mismo de que sería lo mejor para ella, que alguien como Aleksander podría darle la vida que se merece. Una vida sin peligro, sin la oscuridad que siempre me ha rodeado.

Qué equivocado estaba. Qué ingenuo. Qué estúpido.

Solo están hablando. Ni siquiera se han tocado más allá de ese brazo ofrecido cortésmente. Y ya siento como si me estuvieran arrancando el corazón del pecho. ¿Cómo voy a soportar verla besarlo? ¿Verla enamorarse de él? ¿Verla construir una vida con alguien que no soy yo?

La idea me golpea con tanta fuerza que por un momento me cuesta respirar. Me había preparado para el dolor, sí, pero no para esto. No para esta sensación de que el mundo se está desmoronando a mi alrededor.

—Enzo —la voz de Dmitry me saca de mis pensamientos oscuros—. Estamos muy contentos de tenerte con nosotros.

Me giro hacia él, forzándome a adoptar una expresión neutral. Dmitry me mira con esos ojos fríos suyos, calculadores. Me pregunto si puede ver el tormento detrás de mi fachada. Si puede oler la desesperación que emana de mí.

—Espero que podamos hacer muchos negocios mientras estés aquí —continúa, su tono casual, como si estuviera hablando del tiempo y no de actividades probablemente ilegales.

Asiento, manteniendo mi rostro impassible.

—Estoy a su disposición, señor Novikov.

—Excelente —dice, una sonrisa que no llega a sus ojos curvando sus labios—. Cuando lleguemos a casa, te pondré al corriente de todo para que puedas organizar la vigilancia de Chiara adecuadamente.

Vigilancia. Como si fuera solo eso. Como si no estuviera desgarrándome por dentro cada vez que la veo sonreír a otro hombre. Como si no estuviera luchando contra el impulso de agarrarla y llevármela lejos de aquí, lejos de todos.

—Por supuesto —respondo, mi voz tan fría y profesional como puedo hacerla—. La seguridad de Chiara es mi prioridad.

Y lo es. Siempre lo ha sido. Pero ahora me doy cuenta de que protegerla no solo significa mantenerla a salvo físicamente. También significa protegerla de mí mismo, de estos sentimientos que amenazan con consumirme.

Dmitry asiente, aparentemente satisfecho.

—Bien. Vamos, nos están esperando.

Comenzamos a caminar hacia el coche. Con cada paso, siento cómo se cierra un poco más el nudo en mi garganta. Veo a Chiara entrar en el vehículo, Aleksander sosteniéndole la puerta como un maldito caballero de cuento.

Por un momento, justo antes de entrar, Chiara mira en mi dirección. Nuestros ojos se encuentran y el mundo se detiene. Veo algo en su mirada, algo que no puedo descifrar. ¿Duda? ¿Arrepentimiento? ¿O es solo mi imaginación, mi deseo desesperado de que ella sienta, aunque sea una fracción de lo que yo siento?

El momento pasa. Chiara entra en el coche y la conexión se rompe. Me quedo ahí, sintiendo como si me hubieran arrancado algo vital.

Dos meses, me recuerdo. Solo dos meses de esta tortura.

Pero mientras me acerco al coche, una parte de mí se pregunta si sobreviviré a ellos. Y si lo hago, ¿qué quedará de mí al final?

Porque ahora lo sé. Sé que no puedo dejarla ir. No sin luchar. No sin al menos intentarlo. Pero ¿cómo lucho contra alguien como Aleksander? ¿Cómo compito con su sonrisa fácil, su encanto natural, su vida libre de la oscuridad que me define?

Y más importante aún, ¿tengo derecho a hacerlo? ¿Tengo derecho a intentar arrastrar a Chiara a mi mundo cuando alguien como Aleksander podría ofrecerle una vida mejor?

No tengo respuestas. Solo sé que cada fibra de mí ser grita en protesta ante la idea de verla con otro. Que cada parte de mí anhela ser yo quien esté a su lado, quien la haga reír, quien la proteja.

Mientras subo al coche, tomando mi lugar en el asiento del copiloto, me preparo para lo que serán, sin duda, los dos meses más difíciles de mi vida. Dos meses de vigilar cada movimiento, cada interacción. Dos meses de fingir que no me está matando por dentro.

Dos meses para decidir si lucho por ella o si la dejo ir definitivamente.

Que Dios me ayude, porque no tengo ni puta idea de cómo voy a sobrevivir a esto.

CAPÍTULO 10

CHIARA

El coche se detiene frente a un edificio imponente en pleno centro de Chicago. Observo la fachada moderna y elegante a través de la ventanilla tintada. Cristal y acero se alzan hacia el cielo en una estructura que, aunque impresionante, no me resulta ajena. Al fin y al cabo, he crecido rodeada de lujo.

Dmitry, sentado en el asiento del copiloto, es el primero en salir. Aleksander, a mi izquierda, me lanza una mirada antes de abrir su puerta. Enzo, silencioso como siempre, espera a que yo salga antes que él. La tensión en el reducido espacio del coche es casi palpable.

Cuando salgo, el aire fresco de Chicago me golpea la cara. Aleksander está a mi lado en un instante, ofreciéndome su brazo con una sonrisa.

—Bienvenida a tu nuevo hogar temporal —dice, mientras Dmitry y Enzo nos flanquean.

—Gracias —respondo con una leve inclinación de cabeza, manteniendo mi expresión neutral.

Dmitry tan parecido a su hermano, pero con un aire mucho más autoritario, se adelanta para abrir la puerta del edificio.

—Espero que el viaje no haya sido muy cansado —comenta, su voz grave resonando en el vestíbulo mientras entramos.

—En absoluto —respondo, agradeciendo mentalmente mis años de práctica en el arte de la conversación ligera—. Aunque confieso que estoy ansiosa por conocer mi nuevo... alojamiento.

Dmitry asiente, una leve sonrisa curvando sus labios.

—Por supuesto. Aleksander te dará un *tour* completo.

Nos dirigimos hacia los ascensores. Enzo nos sigue como una sombra, sin decir palabra. Su presencia constante me mantiene en un estado de alerta que intento disimular.

Mientras subimos, Aleksander retoma su papel de anfitrión:

—Tenemos de todo en el edificio. Gimnasio, piscina, cine... No necesitarás salir para nada si no quieres.

—Entiendo —respondo, sin mostrar demasiado entusiasmo. No quiero que piensen que estoy impresionada.

El ascensor se detiene en el último piso y salimos a un pasillo corto que termina en una puerta doble de madera oscura. Dmitry la abre y nos hace un gesto para que pasemos.

Entro en un espacio amplio y luminoso. Las paredes de cristal ofrecen una vista panorámica de Chicago que, debo admitir, es bastante impresionante. El río serpentea entre los edificios, reflejando la luz del atardecer.

—Las vistas son magníficas —comento, permitiéndome un momento de admiración.

—Me alegro de que te gusten —dice Dmitry, colocándose a mi lado—. Este será tu hogar durante los próximos dos meses. Espero que te sientas cómoda aquí.

Asiento, agradeciendo sus palabras.

—Ven, te mostraré dónde te quedarás —dice Aleksander, guiándome por un pasillo.

Mientras nos alejamos, soy consciente de las miradas de Dmitry y Enzo sobre mi espalda. Cada uno, a su manera, parece estar evaluándome. Me enderezo un poco más, decidida a no mostrar ninguna debilidad.

Pasamos frente a varias puertas cerradas hasta que llegamos al final del corredor. Aleksander abre una puerta y me hace pasar.

—Esta será tu habitación —anuncia—. Está en un ala diferente de la casa para darte más privacidad.

Entro y observo el espacio. Es una habitación amplia y bien decorada, con una cama *king size* y grandes ventanales que ofrecen una vista parcial de la ciudad.

—Es muy bonita —comento, apreciando los detalles. No queriendo parecer una desagradecida.

—Me alegro de que te guste —responde Aleksander—. El único inconveniente es que solo hay un baño en este lado. Está al final del pasillo. Espero que no te importe.

—No te preocupes, no será un problema.

Aleksander asiente, pareciendo aliviado.

—Bueno, ¿quieres ver el resto del edificio? —pregunta.

—Claro —respondo, siguiéndole de vuelta al salón principal.

Durante la siguiente hora, Aleksander me muestra las diferentes áreas del edificio. El gimnasio equipado con máquinas de última generación, la piscina cubierta con su jacuzzi y sauna, la sala de cine con sus butacas de cuero, la sala de juegos... Todo es lujoso y bien cuidado, pero no muy diferente a lo que estoy acostumbrada.

Mientras recorremos el edificio, soy consciente de la presencia constante de Enzo. Siempre a unos pasos de distancia, siempre en silencio. Su proximidad me mantiene en un estado de tensión constante que intento disimular.

Finalmente, volvemos al ático. Dmitry nos espera en el salón, con una copa de whisky en la mano.

—¿Ha sido de tu agrado? —pregunta, su mirada intensa fija en mí.

—Impresionante —respondo con una sonrisa educada—. Tenéis un edificio magnífico.

Dmitry asiente, satisfecho.

—Me alegro de que te guste. Ahora, si me disculpas, tengo algunos asuntos que con tu guardaespaldas. Enzo, acompáñame a mi despacho—dice, terminando su bebida—. Aleksander, asegúrate de que nuestra invitada tenga todo lo que necesita.

Por un momento, Enzo y yo nos miramos en silencio. La tensión entre nosotros es casi palpable y comienza a llenar la sala de forma opresiva. Finalmente, sin decir una palabra, Enzo inclina la cabeza en un gesto de despedida y se marcha.

—Bueno, yo también me voy —dice Aleksander después de un momento de silencio—, te dejaré que te instales. Si necesitas algo, no dudes en pedirlo.

Asiento, agradecida por la oportunidad de estar sola.

—Gracias por todo, Aleksander.

Me quedo sola en el salón, mirando la ciudad que se extiende ante mí. El sol ya se ha puesto y las luces de Chicago brillan en la oscuridad. Respiro hondo, intentando procesar todo lo que ha pasado hoy.

Dos meses, me recuerdo. Dos meses viviendo aquí, con Aleksander, con Dmitry... y con Enzo. Dos meses para demostrar que puedo olvidarme de él. Que puedo estar con otro hombre que no sea él.

Dos meses para intentar no perder el corazón en el proceso.

Con ese pensamiento, me dirijo a mi habitación. Es hora de enfrentarme a mi nueva vida, por muy temporal que sea. Y quién sabe, tal vez estos dos meses cambien más cosas de las que espero.

Cierro la puerta tras de mí, dejando fuera el lujo y la tensión del ático, adentrándome en el único espacio que puedo llamar mío en este nuevo mundo.

ENZO

Observo a Chiara mientras Aleksander le muestra el lugar. Su sonrisa educada, su postura elegante, la forma en que sus ojos brillan cuando algo capta su atención. Cada gesto, cada movimiento, queda grabado en mi memoria. Es una tortura autoimpuesta, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Dmitry termina su bebida y se gira hacia nosotros. Su voz grave rompe el hilo de mis pensamientos.

—Me alegro de que te guste —dice, dirigiéndose a Chiara—. Ahora, si me disculpas, tengo algunos asuntos que tratar con tu guardaespaldas. Enzo, acompáñame a mi despacho. Aleksander, asegúrate de que nuestra invitada tenga todo lo que necesita.

Asiento en silencio y me dispongo a seguir a Dmitry. Puedo sentir la mirada de Chiara clavada en mi espalda mientras me alejo. Es como un peso físico, una fuerza que me atrae hacia ella. Pero me obligo a seguir caminando, a mantener la compostura.

El despacho de Dmitry está al final del pasillo. Es una habitación amplia, con estanterías llenas de libros cubriendo las paredes y un gran escritorio de madera oscura frente a los ventanales. La vista de Chicago de noche es impresionante desde aquí, pero no me permito distraerme con ella. Mi mente sigue en el salón, con Chiara.

Dmitry cierra la puerta tras de sí y se sienta detrás de su escritorio. Yo me quedo de pie, esperando. El silencio se prolonga durante unos segundos que se me hacen eternos.

—Siéntate, Enzo —dice finalmente, señalando la silla frente a él.

Obedezco, manteniendo mi expresión neutral. He aprendido a lo largo de los años que mostrar emociones puede ser una debilidad, especialmente en este mundo. Pero con Chiara tan cerca, mantener esa fachada se vuelve cada vez más difícil.

—Tenemos que organizar la vigilancia de Chiara mientras estéis en Chicago —empieza Dmitry, su voz grave y seria—. ¿Prefieres vivir en otra planta? Puedo asignarte un apartamento para ti solo.

Niego con la cabeza antes incluso de que termine la frase.

—No —respondo—, prefiero estar cerca de ella.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlas. Por un momento, me preocupa haber sonado demasiado ansioso, demasiado interesado. Pero la expresión de Dmitry no cambia.

—Bien —asiente, sin mostrar sorpresa—. Entonces elige el sitio que quieras en el ala de Chiara.

Me quedo en silencio, procesando la información. Estar cerca de ella... es lo que quiero y lo que temo a partes iguales. Es una tortura que he elegido voluntariamente.

—¿Quieres que te asigne más personal para que te ayude con la vigilancia? —continúa Dmitry—. Así podrías descansar.

—No —respondo de inmediato, quizás con demasiada vehemencia—. He venido aquí para protegerla. No pienso hacer otra cosa. Me ocuparé de ella las veinticuatro horas, los siete días de la semana.

Dmitry me mira fijamente, como evaluándome. Sus ojos, tan parecidos a los de su hermano, parecen querer leer mis pensamientos. Me mantengo impassible, sosteniendo su mirada.

—Como quieras —dice finalmente—. Te pasaré el contacto de los guardaespaldas de mi hermano

para que os conozcáis. Y te presentaré al resto de los capos.

Asiento, agradecido por su eficiencia. Dmitry es un hombre de pocas palabras, pero cada una de ellas cuenta.

—Bienvenido, Enzo —añade, y por primera vez, veo un atisbo de calidez en sus ojos—. Sé que cuidarás bien de ella.

Esas últimas palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba. Cuidar de ella. Eso es lo que he estado haciendo desde que la conozco, ¿no? Cuidarla, protegerla, quererla en silencio. Incluso cuando eso significa alejarme de ella.

—Gracias —respondo, mi voz apenas un murmullo.

Dmitry se levanta, dando por terminada la conversación.

—Vamos, te presentaré al equipo.

Las siguientes horas pasan en un borrón de presentaciones y reuniones. Conozco a los guardaespaldas, hombres duros y eficientes que me miran con una mezcla de curiosidad y respeto. Les devuelvo la mirada, evaluándolos. Serán mis compañeros durante los próximos dos meses, pero no pienso confiarles la seguridad de Chiara. Esa es mi responsabilidad. Mi jodido privilegio.

Luego vienen los capos. Hombres de negocios con manos manchadas de sangre, como todos en este mundo. Me estudian, intentando determinar si soy una amenaza o un aliado. Mantengo mi expresión neutra, mis respuestas breves y precisas. No estoy aquí para hacer amigos.

Entre presentación y presentación, mi mente vuelve constantemente a Chiara. ¿Estará cómoda en su nueva habitación? ¿Habrá cenado algo? Aparto estos pensamientos, concentrándome en memorizar nombres, caras y detalles de seguridad.

Dmitry me lleva por el edificio, explicándome los protocolos de seguridad. Aprendo sobre las cámaras ocultas, los puntos ciegos, las rutas de escape. Absorbo toda la información, sabiendo que podría ser crucial para mantener a Chiara a salvo.

Para cuando terminamos, la madrugada ha caído sobre Chicago. El cansancio pesa sobre mis hombros, pero mi mente sigue alerta. Siempre alerta, siempre vigilante. Es lo que me ha mantenido vivo todos estos años.

—Es tarde —dice Dmitry, mirando su reloj—. Deberías descansar. Mañana será un día largo.

Asiento, agradecido por poder retirarme al fin. Dmitry me da una última palmada en el hombro antes de marcharse, dejándome solo en el pasillo.

Agotado, me dirijo al ala donde viviré los próximos dos meses. El pasillo está en penumbra, iluminado solo por la tenue luz de las lámparas de pared. Mis pasos resuenan en el silencio de la noche.

Me detengo en seco cuando veo la puerta de la habitación de Chiara entreabierta. El corazón me da un vuelco. ¿Está bien? ¿Ha pasado algo?

Sin poder evitarlo, me acerco. La veo dormida, su rostro sereno bañado por la luz de la luna que se cuela por la ventana. El alivio me inunda, seguido inmediatamente por una oleada de anhelo tan intensa que me deja sin aliento.

Es tan hermosa que me duele el pecho. Su cabello oscuro esparcido sobre la almohada, sus labios ligeramente entreabiertos, su pecho subiendo y bajando con cada respiración tranquila. Cierro los ojos, intentando controlar el torbellino de emociones que me invade.

Soy un masoquista, lo sé. Un gilipollas masoquista. Pero no puedo evitarlo. Abro los ojos y miro la puerta frente a la habitación de Chiara. Sin pensarlo dos veces, entro.

Este será mi cuarto. Frente al suyo. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Es una tortura que me he impuesto a mí mismo, pero es la única forma en la que puedo estar cerca de ella sin traicionar la confianza de Adriano.

La habitación es amplia y está bien amueblada, pero apenas la registro. Mi atención está completamente centrada en la puerta que da al pasillo, la puerta tras la cual duerme Chiara.

Me dejo caer en la cama, sin molestarme en desvestirme. El cansancio del día finalmente me alcanza, pero sé que el sueño tardará en llegar. Los próximos dos meses van a ser un infierno.

Cierro los ojos, intentando dormir, pero la imagen de Chiara durmiendo sigue grabada en mis párpados. Su rostro sereno, su belleza etérea, la paz que irradia en su sueño. Una paz que yo nunca podré tener mientras esté cerca de ella.

Va a ser una noche muy larga. La primera de muchas. Pero no importa. Estoy aquí para protegerla, para cuidarla. Y eso es exactamente lo que voy a hacer, aunque me cueste el corazón en el proceso.

Con ese pensamiento, me sumerjo en un sueño intranquilo, lleno de sueños de ojos oscuros y sonrisas prohibidas.

CAPÍTULO 11

CHIARA

Me despierto con la boca seca y un hambre voraz. Miro el reloj: las siete y media de la mañana. Demasiado temprano para estar despierta, pero mi estómago no entiende de horas decentes. Intento ignorarlo y volver a dormir, pero es inútil. El sueño se ha esfumado completamente.

Con un suspiro de resignación, me incorporo en la cama. La habitación, aún nueva para mí, se ve diferente a la luz de la mañana. Es elegante, sin duda, pero fría. Impersonal. Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que sienta este lugar como un hogar, aunque sea temporal.

Me levanto de la cama, estirándome como un gato perezoso. Mis pies descalzos tocan el suelo frío y me estremezco. Debería ponerme algo más que esta camiseta vieja que uso para dormir, pero el café me llama con más fuerza que el sentido común. Además, una parte de mí, esa parte rebelde que siempre ha desafiado las normas, disfruta de la idea de pasear así por este lugar tan elegante.

Salgo de mi habitación y me dirijo a la cocina, guiada por el aroma del café recién hecho. Alguien se me ha adelantado, y tengo una ligera sospecha de quién puede ser. El corazón me da un vuelco ante la posibilidad de encontrarme con Enzo. Es ridículo cómo reacciono ante su mera presencia, pero no puedo evitarlo.

Efectivamente, al entrar en la cocina, me encuentro con mi infierno personal apoyado en la encimera, justo al lado de la cafetera. Tiene el pelo mojado en los laterales, señal inequívoca de que se ha duchado hace poco. ¿Cómo puede estar tan despierto y presentable a estas horas? Es injusto que alguien pueda verse tan bien por la mañana.

—Buenos días —murmuro, mi voz todavía ronca por el sueño—. No me fío de la gente mañanera, que lo sepas. Necesito un café urgentemente.

Intento que mi tono suene ligero, despreocupado, como si su presencia no me afectara en absoluto. Como si no hubiera pasado la mitad de la noche pensando en él, en la forma en que me miró ayer, en cómo su presencia llenaba toda la habitación.

En que, Dios, ha venido conmigo hasta Chicago.

Espero que Enzo se aparte para dejarme acceder a la cafetera, pero se queda inmóvil. Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo y, de repente, soy muy consciente de mi atuendo, o más bien, de la falta de él. Estoy descalza y la camiseta apenas me llega a medio muslo. Debería sentirme avergonzada, pero no lo estoy. Una parte de mí se regocija en su mirada, en la forma en que sus ojos se oscurecen al verme.

El silencio se prolonga más de lo normal y noto cómo el ambiente se carga de tensión. Enzo parece haberse quedado paralizado, su mirada fija en mí como si nunca me hubiera visto antes. Me pregunto qué estará pensando, qué verá cuando me mira. ¿Me ve como la hermana pequeña de su jefe? ¿O como una mujer?

De repente, como si despertara de un trance, Enzo reacciona. Su rostro se contrae en una mezcla de emociones que no logro descifrar del todo. Veo deseo, sí, pero también frustración, quizás incluso un poco de ira.

—¿Qué haces así vestida? —suelta, su voz ronca y alterada—. Vete a ponerte algo para taparte, por Dios. Vas medio desnuda.

Arqueo una ceja, divertida por su reacción exagerada. Es fascinante ver cómo pierde el control,

aunque sea por un momento.

—No pienso hacerlo —respondo, cruzándome de brazos—. Hace calor y estoy cómoda así. Además, ¿qué más te da a ti cómo vaya vestida? Al fin y al cabo, quieres que te olvide, ¿no? Está claro que no me ves como una mujer.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Hay más amargura en mi tono de la que pretendía mostrar, pero ya es tarde para retractarme.

—No quiero que nadie te vea así —insiste, su mirada intensa clavada en la mía, ignorando completamente mi comentario sobre olvidarlo.

Mi corazón da un vuelco ante sus palabras. ¿Está celoso? ¿Le importa que otros me vean? La felicidad me invade, pero decido estirar un poco más la cuerda. Quiero ver hasta dónde puedo llevarlo.

—Vaya —digo, fingiendo sorpresa—, ¿y eso por qué? Ya que quieres que te olvide, que no te vea como un hombre, ¿qué mejor manera que seduciendo a otro? A mi futuro marido, por ejemplo. Seguro que él apreciaría verme así.

La reacción de Enzo es instantánea y explosiva. Sus ojos se oscurecen peligrosamente y, antes de que pueda reaccionar, se acerca a mí en dos zancadas. Sin mediar palabra, me agarra y me echa sobre su hombro como si no pesara nada.

—¡Enzo! —exclamo, mitad sorprendida, mitad divertida—. ¿Qué haces? ¡Bájame!

—Te llevo a tu cuarto para que te vistas —gruñe, empezando a caminar.

Intento protestar, pero la verdad es que estoy disfrutando demasiado de la situación como para quejarme en serio. El contacto de su cuerpo contra el mío, incluso en esta posición incómoda, me provoca un hormigueo por toda la piel. Su olor me envuelve, una mezcla de jabón y algo puramente Enzo que me hace querer enterrar la nariz en su cuello y no moverme nunca.

—¿Sabes? —digo, intentando mantener un tono ligero a pesar de mi posición—. Si querías llevarme a la cama, solo tenías que pedirlo.

Siento cómo se tensa bajo mis palabras y no puedo evitar una sonrisa de satisfacción. Es tan fácil provocarlo, y al mismo tiempo, tan gratificante.

Justo cuando salimos de la cocina, nos encontramos de frente con Aleksander. Se queda mirándonos boquiabierto, sus ojos pasando de Enzo a mí y viceversa, como si no pudiera creer lo que está viendo. Por un momento, me pregunto qué imagen debemos dar: yo, medio desnuda sobre el hombro de Enzo, y él, con una expresión que oscila entre la furia y algo que se parece peligrosamente al deseo.

—Buenos días, Aleksander —saludo alegremente desde mi posición sobre el hombro de Enzo—. Bonita mañana, ¿verdad?

Enzo suelta un gruñido de frustración y acelera el paso, dejando atrás a un Aleksander todavía paralizado por la sorpresa. Me pregunto qué estará pensando, qué conclusiones sacará de esta escena. ¿Creerá que hay algo entre Enzo y yo? ¿Se lo contará a Dmitry?

Mientras Enzo me lleva de vuelta a mi habitación, no puedo evitar sonreír. Puede que esté intentando mantener las distancias, puede que insista en que debo olvidarlo, pero sus acciones hablan más fuerte que sus palabras. Y sus acciones me dicen que le importo, que le afecto.

Cuando llegamos a mi puerta, Enzo me baja con más delicadeza de la que esperaba. Por un momento, nuestros cuerpos están tan cerca que puedo sentir el calor que emana de él, ver las motas doradas en sus ojos verdes. El deseo de besarlo es tan fuerte que tengo que apretar los puños para

no ceder a la tentación.

—Vístete —dice, su voz ronca y baja—. Y por favor, no vuelvas a salir así.

Hay algo en su tono, una súplica apenas disimulada, que me hace querer ceder. Pero no puedo. No cuando estoy tan cerca de romper sus barreras.

—¿O qué, Enzo? —pregunto, mi voz apenas un susurro—. ¿Qué harás si vuelvo a salir así?

Por un momento, veo un destello de algo en sus ojos. Deseo, frustración, tal vez incluso miedo. Pero tan rápido como aparece, desaparece, reemplazado por su habitual máscara de indiferencia.

—Solo... vístete —repite, antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo.

Lo veo marcharse, su espalda tensa, sus puños apretados a los costados. Sé que lo estoy empujando al límite, que estoy jugando con fuego. Pero no puedo evitarlo. Necesito que me vea, que me reconozca no como la hermana pequeña de su jefe, sino como una mujer.

Entro en mi habitación y cierro la puerta, apoyándome contra ella con un suspiro. Mi corazón late desbocado, mi piel aún hormiguea donde me ha tocado. Cierro los ojos, recordando la forma en que me miró, la forma en que reaccionó.

Quizás estos dos meses no sean tan malos después de todo. Quizás, solo quizás, pueda hacer que Enzo me vea como realmente soy. Y tal vez, solo tal vez, pueda hacerle admitir que siente algo por mí.

Con una sonrisa, me dirijo al armario. Tengo que elegir cuidadosamente mi atuendo para el desayuno. Después de todo, la guerra apenas ha comenzado.

Mi idea de olvidarme de él completamente olvidada.

Ahora solo quiero ver hasta dónde le puedo llevar.

ENZO

El museo de arquitectura es un laberinto de salas blancas y luminosas, llenas de maquetas, planos y fotografías. Para mí, todo se ve igual: edificios, más edificios y aún más edificios. Pero para Aleksander, cada pieza parece ser una obra maestra digna de explicación detallada.

Los sigo a través de las salas, manteniendo una distancia prudente, pero sin perderlos de vista ni un segundo. Mis ojos están constantemente en movimiento, evaluando cada esquina, cada visitante, cada guardia de seguridad. Es un hábito que no puedo —ni quiero— romper. Pero una parte de mi atención, una parte demasiado grande para mi gusto, está fija en ellos dos.

Aleksander señala cada maldito edificio en miniatura, cada plano, cada maqueta, y Chiara asiente educadamente. El muy imbécil no para de hablar, y yo no puedo evitar que la bilis me suba por la garganta. Su voz, suave y educada, me irrita como una lija sobre la piel.

—Este es un ejemplo perfecto de arquitectura brutalista —le oigo decir, señalando una maqueta de hormigón gris—. Fíjate en la forma en que las líneas...

Dejo de escuchar. En su lugar, me concentro en Aleksander, estudiándolo como estudiaría a un enemigo. Su pelo está perfectamente peinado, ni un solo cabello fuera de lugar. Su traje, de un azul oscuro que probablemente cueste más que todo mi guardarropa, le sienta como un guante. Incluso su postura exuda confianza y refinamiento.

Arquitecto. Por supuesto que tenía que ser arquitecto. Con sus estudios universitarios y sus gustos refinados. Probablemente sepa el nombre de cada edificio importante en el mundo, su historia, su estilo. Seguro que puede mantener conversaciones interesantes sobre arte y cultura. Todo lo que yo

no puedo ofrecer.

Me siento como un puto neandertal a su lado. Yo, con mis manos callosas y mis cicatrices, con mi educación de la calle y mi conocimiento de armas y tácticas de combate. ¿De qué coño voy a hablar yo con Chiara? ¿De la mejor forma de romperle el cuello a alguien?

Mis ojos se desplazan hacia Chiara. Lleva un vestido veraniego que le sienta increíble, resaltando cada curva de su cuerpo. Su pelo oscuro cae en ondas sobre sus hombros, y cada vez que se mueve, capta la luz de una manera que me hipnotiza. Está preciosa, como siempre, y verla junto a Aleksander me revuelve las entrañas.

Y lo peor es que no puedo decidir qué me jode más: si sentirme inferior a este niño o el hecho de que esté tan cerca de Chiara. Porque soy un gilipollas, eso está claro. Un gilipollas que quiere mantener a Chiara lejos y al mismo tiempo no soporta verla cerca de otro.

Pasamos a otra sala, llena de fotografías en blanco y negro de rascacielos. Aleksander comienza otra explicación entusiasta sobre el estilo art déco, y veo cómo Chiara asiente, su expresión educada pero cada vez más tensa.

De repente, el móvil de Aleksander suena, interrumpiendo su monólogo sobre las líneas y ángulos de no sé qué edificio. Se disculpa y se aleja para atender la llamada. Veo cómo Chiara mira a su alrededor, como asegurándose de que Aleksander está lo suficientemente lejos, y luego se acerca a mí rápidamente.

Mi corazón se acelera con cada paso que da. Es ridículo cómo reacciono ante su proximidad, como un adolescente con su primer amor. Me obligo a mantener una expresión neutral, a no dejar que vea cómo me afecta.

—Enzo, por favor, sálvame —me susurra con un tono dramático pero cómico—. Te juro que, si tengo que escuchar una sola historia más sobre edificios, voy a volverme loca. ¿No puedes hacer saltar la alarma de incendios o algo así?

No puedo evitarlo. Una carcajada se me escapa antes de que pueda controlarme. El alivio que siento es tan intenso que casi me marea. No está disfrutando con el niño perfecto. No le interesan sus historias de edificios. Es como si un peso se levantara de mi pecho, permitiéndome respirar por primera vez en horas.

—¿Tan malo es? —pregunto, tratando de mantener un tono serio, pero fallando miserablemente. Puedo sentir cómo las comisuras de mis labios se curvan hacia arriba, traicionándome.

—Peor —responde ella, poniendo los ojos en blanco de una manera que encuentro adorable—. Creo que preferiría escuchar a mi hermano hablar de sus estrategias de negocio. Al menos eso implica algo de acción.

La mención de Adriano me trae de vuelta a la realidad por un momento. Recuerdo por qué estoy aquí, por qué no puedo permitirme estos momentos de cercanía con Chiara. Pero su proximidad, su sonrisa cómplice, hacen que todo eso parezca lejano e insignificante.

Contra todo mi buen juicio, me encuentro preguntando:

—¿Y qué te gustaría estar haciendo?

En el momento en que las palabras salen de mi boca, sé que he cometido un error. Estoy dándole una oportunidad de acercarse, de derribar los muros que con tanto esfuerzo he construido entre nosotros. Pero no puedo evitarlo. Quiero saber qué pasa por su mente, qué desea.

Chiara me mira, sus ojos brillando con picardía. Esa mirada debería ser ilegal.

—Oh, no sé... ¿Comer un helado? ¿Jugar una partida de póker? ¿Tirarme de un puente? Cualquiera

cosa sería mejor que esto.

Su respuesta me hace sonreír. Es tan... Chiara. Impredecible, atrevida, siempre buscando la emoción. Es una de las cosas que más me atraen de ella, y al mismo tiempo, una de las que más me asustan.

Justo en ese momento, Aleksander regresa. Su expresión es seria, probablemente por la llamada que acaba de recibir. Antes de que pueda pensar en lo que estoy haciendo, me oigo decir:

—Aleksander, Chiara acaba de decirme que se siente un poco mareada. Creo que deberíamos ir a comer algo que le suba la tensión.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Una parte de mí se sorprende de mi propia audacia. ¿Desde cuándo me he convertido en alguien que miente para complacer a una mujer? Pero otra parte, una parte que se hace más fuerte cada día, se regocija en la idea de alejar a Chiara de Aleksander, aunque sea por un momento.

Aleksander parece preocupado de inmediato. Su rostro perfecto se arruga con preocupación, y por un momento, casi me siento culpable por mentirle.

—Oh, Chiara, ¿por qué no me lo has dicho? Por supuesto, vamos a comer algo.

Veo a Chiara lanzarme una mirada de agradecimiento mezclada con diversión. Me guiña un ojo cuando Aleksander no está mirando y yo siento que el corazón me da un vuelco. Ese simple gesto hace que todo mi cuerpo se tense, que mi pulso se acelere. Es ridículo cómo puede afectarme con algo tan simple.

Salimos del museo y nos dirigimos a una heladería cercana. El aire fresco de la calle es un alivio después del ambiente controlado del museo. Observo cómo Chiara respira profundamente, cerrando los ojos por un momento, y me pregunto si está tan aliviada de salir de allí como aparenta.

La heladería es un lugar pequeño pero acogedor, con mesas de mármol y sillas de hierro forjado. El aroma dulce del azúcar y la vainilla llena el aire. Mientras Chiara y Aleksander eligen sus sabores, yo me quedo atrás, observando. Veo cómo Chiara se debate entre el chocolate y el stracciatella, mordiendo el labio inferior de una manera que me hace querer... No. No puedo permitirme pensar así.

Cuando llega el momento de pagar, me adelanto.

—Yo invito —digo, sacando mi cartera.

Aleksander parece sorprendido, pero no dice nada. Chiara, por su parte, me mira con una sonrisa que hace que se me acelere el pulso. Es una sonrisa diferente a las que le ha estado dando a Aleksander toda la mañana. Es más genuina, más cálida. O quizás solo estoy viendo lo que quiero ver.

—Gracias, Enzo —dice suavemente.

Su voz, la forma en que dice mi nombre, hace que un escalofrío me recorra la espalda. Asiento en respuesta, no confiando en mi voz en este momento.

Mientras los veo sentarse en una mesa, con sus helados en la mano, me doy cuenta de lo jodido que estoy. Porque a pesar de todos mis esfuerzos por mantener las distancias, a pesar de saber que no puedo ofrecerle nada, que no soy lo suficientemente bueno para ella, aquí estoy, celoso como un adolescente y pagando por su helado.

Me siento en una mesa cercana, lo suficientemente lejos para darles privacidad, pero lo suficientemente cerca para intervenir si es necesario. Veo cómo Chiara ríe por algo que ha dicho Aleksander, y siento una punzada de celos tan intensa que me deja sin aliento. Quiero ser yo quien la

haga reír así. Quiero ser yo quien esté sentado frente a ella, compartiendo un momento de normalidad en medio de nuestras vidas caóticas.

Soy un idiota. Un completo y absoluto idiota. Pero mientras veo a Chiara lamer una gota de helado que se le ha escapado por la comisura de los labios, sé que no puedo evitarlo. Estoy perdido, irremediablemente perdido por ella.

Y lo peor es que no quiero encontrarme.

CAPÍTULO 12

CHIARA

Menudo día más aburrido. Si llego a saber que visitar museos con Aleksander iba a ser así, me habría quedado en casa pintándome las uñas de los pies. O mejor aún, me habría escapado para explorar Chicago por mi cuenta. Cualquier cosa sería más emocionante que pasar horas mirando cuadros antiguos y esculturas polvorientas.

Mientras subimos en el ascensor, noto cómo se me escapa un bostezo. El espejo refleja nuestras tres figuras: Aleksander, impecable como siempre en su traje a medida; yo, con cara de querer estar en cualquier otro lugar; y Enzo, mi ahora guardaespaldas personal, con su eterna expresión seria y ese aura de peligro que me hace temblar por dentro.

Aleksander me mira y sonrío.

—¿Cansada? —me pregunta con ese acento ruso que suena tan exótico.

—Qué va —miento descaradamente, esbozando mi mejor sonrisa falsa—. Es que el aire acondicionado me da sueño.

Enzo, que va detrás de nosotros, resopla. Le miro por el rabillo del ojo y veo que tiene el ceño fruncido. Lleva todo el día así, como si algo le molestara profundamente. Me pregunto si será por mí, por tener que aguantar a una cría caprichosa como yo todo el día. O quizás sea por Aleksander y su interminable charla sobre arte renacentista. Sea lo que sea, me muero de ganas por quedarme a solas con él y descubrirlo. Aunque debería odiarlo, de hecho, lo odio y por eso estamos aquí, hay algo que me hace sentir como en casa cuando lo tengo cerca. La verdad es que estoy tan desubicada que ya no sé ni como me siento.

El ascensor se detiene con un suave tintineo y las puertas se abren. Salimos al pasillo alfombrado de nuestro piso, el silencio roto solo por el sonido de nuestros pasos. Cuando llegamos a la separación del ala donde están los cuartos de Enzo y el mío, Aleksander se gira hacia mí.

—¿Te apetece que vayamos a cenar a un sitio elegante? —propone con una sonrisa amable—. Conozco un restaurante maravilloso con vistas al río. Luego podríamos dar un paseo por la orilla, la ciudad es preciosa de noche.

Maldita sea. Lo último que me apetece es ponerme tacones y un vestido incómodo para ir a un restaurante ostentoso donde seguro que tengo que usar tres tenedores distintos para comer una ensalada microscópica. Además, lo que realmente quiero es pasar tiempo con Enzo, hacer cosas normales, cotidianas. Ver una peli tirados en el sofá, pedir comida basura, reírnos de tonterías... Cosas que probablemente él nunca haría, pero que no puedo evitar imaginar.

Quizás si se lo pido amablemente, ahora que es mi guardaespaldas no se niegue.

Pienso rápido, buscando una excusa creíble.

—Ay, lo siento —digo poniendo cara de pena y llevándome una mano a la sien—. Me está empezando a doler la cabeza. Creo que mejor me quedo en casa y descanso. Ha sido un día muy largo.

Aleksander parece decepcionado, pero asiente comprensivo. Es un buen tipo, realmente. Guapo, educado, refinado... cualquier chica estaría encantada de estar en mi lugar. Cualquiera excepto yo, claro.

—Por supuesto, no te preocupes —dice con dulzura—. Descansa y mejórate. Iré a cenar solo,

entonces. Quizás aproveche para hacer algunas llamadas de negocios.

—Gracias por entenderlo —respondo con una sonrisa genuina. Al menos en eso puedo ser sincera—. Espero que disfrutes de la cena.

Siento la mirada de Enzo clavada en mi nuca mientras abro la puerta de mi habitación. Me giro para mirarlo antes de entrar.

—Buenas noches, Enzo —digo, intentando sonar casual—. Que descanses.

Él asiente levemente.

—Buenas noches, Chiara —dice con seriedad, ya olvidada la forma en la que me ha sonreído en el museo. Odio que pase del calor al frío cada media hora. A veces siento unas ganas profundas de estrangularlo. O de comérmelo a besos. Depende mucho del momento.

Odio que me trate con tanta formalidad, como si fuera una extraña y no la chica que ha visto crecer. Entro en mi habitación y cierro la puerta, apoyándome contra ella con un suspiro.

Espero pacientemente, contando los minutos. Me pongo ropa cómoda.

Por fin, oigo que tocan a mi puerta. Mi corazón da un vuelco, pero me obligo a calmarme. Es Aleksander, me recuerdo. No Enzo.

—Chiara, me voy ya —dice su voz desde el otro lado—. Que descanses.

—Gracias, que disfrutes la cena —contesto, conteniendo mi emoción.

Espero a oír sus pasos alejándose antes de salir disparada hacia la habitación de Enzo. Mi corazón late con fuerza mientras toco a su puerta. ¿Estoy cometiendo una locura? Probablemente. ¿Me importa? En absoluto.

—Adelante —dice su voz grave desde dentro.

Abro la puerta y lo veo tumbado en la cama, con un libro en las manos. La imagen me deja sin aliento por un momento. ¿Cómo puede estar tan *sexy* haciendo algo tan simple como leer? Lleva unos vaqueros desgastados y una camiseta negra que se ajusta perfectamente a su torso musculoso. Su pelo negro está despeinado, como si se hubiera pasado la mano por él varias veces. Tiene el ceño ligeramente fruncido mientras lee, concentrado en las páginas.

Me quedo ahí parada como una tonta, observándolo. Él levanta la vista del libro y me mira, alzando una ceja.

—¿Necesitas algo, Chiara? —pregunta, su voz teñida de curiosidad.

Su pregunta me saca de mi ensimismamiento. Sacudo la cabeza y sonrío, intentando parecer segura y no la bola de nervios que soy por dentro.

—Venga, levanta —le digo con una sonrisa traviesa—. Nos vamos a la sala.

Enzo me mira con más curiosidad aún, incorporándose en la cama. El libro queda olvidado a su lado.

—¿No estás indispuesta? —pregunta, su tono serio, pero no desagradable. Hay un brillo en sus ojos que me hace pensar que sabe perfectamente que estaba mintiendo.

—Venga ya, sabes que era una excusa —respondo, poniendo los ojos en blanco—. ¿O es que no me conoces?

Se levanta de la cama con un movimiento fluido que me hace tragar saliva. Es como un depredador, todo músculos y gracia contenida. Se acerca a mí y por un momento pienso que va a tocarme, pero se detiene a un paso de distancia.

—Te conozco mejor de lo que crees, pequeña —dice en voz baja, y un escalofrío me recorre la espalda—. ¿Y por qué no has ido a cenar con Aleksander?

Hay algo en su voz, una tensión subyacente que no logro identificar. ¿Celos? No, imposible. ¿O sí? Quizás estoy viendo lo que quiero.

—Porque me apetece hacer algo normal —respondo, mirándole directamente a los ojos—. No ir a un restaurante elegante a comer lechugas diminutas y fingir que me interesan las conversaciones aburridas sobre arte y política.

Veo un atisbo de diversión en sus ojos verdes.

—¿Y qué propones entonces?

—Pizza y póquer —digo sin dudarlo—. Venga, vamos.

Sin pensarlo dos veces, lo agarro del brazo y tiro de él. Su piel está caliente bajo mis dedos y siento cómo se tensa por un segundo antes de relajarse. Para mi sorpresa y deleite, se deja llevar hasta la sala.

El apartamento es enorme, decorado con un lujo discreto que grita *dinero* sin ser ostentoso. La sala de estar tiene ventanales del suelo al techo que ofrecen una vista impresionante de Chicago de noche. Las luces de la ciudad parpadean como estrellas caídas, reflejándose en el río Chicago que serpentea entre los edificios.

Me planto frente a Enzo con los brazos en jarras, intentando parecer decidida y no la masa de nervios que soy por dentro.

—Vale, ahora vas a pedir unas pizzas —le ordeno, aunque suena más a súplica—. Y consigue unas cartas, que vamos a jugar al póquer.

Enzo alza una ceja, un atisbo de diversión en sus ojos.

—¿Y de dónde quieres que saque unas cartas?

—No sé, pídelas por algún sitio de comida a domicilio —sugiero, improvisando—. Seguro que hay alguno que las vende. O ve a comprarlas a alguna tienda cercana. Eres un hombre de recursos, ¿no? —le reto.

Sé que no va a salir porque eso implicaría dejarme sola, pero lo cierto es que quiero que consiga las cartas.

Suspira, pero veo que coge su móvil y empieza a buscar. Sonrío triunfante. Esta noche va a ser divertida, y pienso ganarle todas las manos a este hombre irresistible.

—¿Qué tipo de pizza quieres? —pregunta mientras teclea en su teléfono.

—Sorpréndeme —respondo, dejándome caer en el sofá—. Pero que lleve mucho queso. Y nada de piña, por favor. Eso es un crimen contra la pizza.

Enzo resopla, lo que en él equivale a una carcajada.

—Estoy de acuerdo en eso.

Mientras él se ocupa de pedir la comida, yo me dedico a explorar la sala. Hay un mueble bar en una esquina y no puedo evitar acercarme a curiosear. Está lleno de botellas de licores caros.

—¿Qué haces? —la voz de Enzo me sobresalta. No le he oído acercarse.

—Pensaba que podríamos tomar algo mientras esperamos la pizza —digo, girándome para mirarlo—. ¿Qué me recomiendas?

Él me mira por un momento, como si estuviera evaluando algo. Luego se acerca al mueble bar y saca una botella de whisky y dos vasos.

—Esto te gustará —dice, sirviendo un dedo de líquido ámbar en cada vaso—. Pero con moderación, ¿entendido? No quiero tener que explicarle a tu hermano por qué su hermanita se emborracha bajo mi protección.

Pongo los ojos en blanco.

—No soy una niña, Enzo. Sé beber.

—Lo sé —dice, y hay algo en su voz que me hace estremecer—. Ese es el problema.

Me tiende uno de los vasos y nuestros dedos se rozan al cogerlo. Una corriente eléctrica me recorre el brazo y tengo que hacer un esfuerzo para no soltar el vaso. Enzo retira la mano rápidamente, como si el contacto le hubiera quemado.

Nos sentamos en el sofá, uno en cada extremo. El silencio se extiende entre nosotros, pero no es incómodo. Es más bien... expectante. Como si ambos estuviéramos conteniendo la respiración, esperando que algo suceda.

—Entonces —digo finalmente, incapaz de soportar el silencio por más tiempo—, ¿qué estabas leyendo?

Enzo me mira por encima de su vaso de whisky.

—«El conde de Montecristo».

—Oh —digo, sorprendida—. No te hacía fan de los clásicos.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Chiara —responde, y hay un deje de advertencia en su voz.

—Pues cuéntamelas —le reto, inclinándome hacia él—. Tenemos toda la noche.

Veo cómo se tensa, cómo aprieta el vaso con más fuerza de la necesaria. Por un momento pienso que va a levantarse e irse, pero entonces suena el timbre.

—Debe ser la pizza —dice, levantándose rápidamente—. Y las cartas.

Lo veo alejarse hacia la puerta y no puedo evitar sentirme decepcionada. Pero no pienso rendirme tan fácilmente. Todavía es pronto, y yo soy muy, muy persistente cuando quiero algo.

Y lo que quiero es a Enzo Falcone.

Ya vale de mentirme a mí misma y creer que en algún momento he querido otra cosa.

ENZO

El aroma de la pizza recién llegada inunda el apartamento, una mezcla tentadora de queso fundido, especias y masa horneada. Pero no es eso lo que me tiene distraído. Es ella. Chiara. Sentada en el sofá con las piernas cruzadas, sonriendo como si acabara de ganar la lotería solo porque he accedido a pasar la noche jugando al póquer con ella.

Observo cómo se inclina para abrir las cajas de pizza, su pelo oscuro cayendo como una cortina sobre su rostro. Hace un gesto de aprobación al ver el contenido y levanta la mirada, sus ojos encontrándose con los míos. Por un momento, me quedo sin aliento.

Cuando vino a buscarme a mi habitación hace un rato, una parte de mí se sintió ridículamente satisfecha. Elegirme a mí sobre Aleksander, sobre una noche de lujos y romanticismo... es peligroso lo bien que me hizo sentir eso. Peligroso y estúpido. Ella es la hermana pequeña de Adriano, por el amor de Dios. Está prohibida en todos los sentidos posibles.

Y, sin embargo, aquí estoy, incapaz de negarle nada.

—¿Vas a quedarte ahí parado toda la noche, o vas a venir a comer? —su voz me saca de mis pensamientos. Está abriendo la segunda caja de pizza, el vapor elevándose en el aire—. Mmm, huele de maravilla.

Me acerco y me siento en el suelo, al otro lado de la mesa de café. Es más seguro así, con esta

barrera entre nosotros. Como si esa distancia física pudiera de alguna manera protegerme de lo que siento.

—Come —le digo, empujando una caja hacia ella—. Luego jugaremos.

Chiara no necesita que se lo diga dos veces. Coge una porción y le da un mordisco, cerrando los ojos con deleite. Un pequeño gemido de placer escapa de sus labios y tengo que desviar la mirada.

—Dios, esto está buenísimo —murmura, lamiéndose un poco de salsa de la comisura de los labios—. Mucho mejor que cualquier ensalada diminuta en un restaurante pijo.

No puedo evitar sonreír. Su entusiasmo por las cosas simples es contagioso. Es refrescante ver a alguien que ha crecido rodeada de lujos disfrutar tanto de algo tan mundano como una pizza.

—Me alegro de que lo apruebes —digo, cogiendo mi propia porción. El primer bocado es tan bueno como prometía el aroma.

Comemos en un silencio cómodo, solo interrumpido por el sonido de la ciudad que se filtra a través de las ventanas y los ocasionales murmullos de apreciación de Chiara. Es agradable. Demasiado agradable. Me recuerda a otras noches, hace años, cuando ella era solo una niña y yo un adolescente recién acogido por la familia Caruso. Noches de películas y palomitas, de risas.

Recuerdo cómo solía trepar a mi regazo, exigiendo que le contara historias de aventuras. Cómo se quedaba dormida con la cabeza apoyada en mi hombro, confiando en mí completamente. En aquellos días, mi deber de protegerla parecía simple, claro.

Pero ya no es una niña. Y yo ya no soy ese chico perdido buscando un lugar en el mundo. Ahora soy el ejecutor de la familia Caruso, con las manos manchadas de sangre y un corazón endurecido por años de lealtad y violencia.

Y ella... ella es una mujer hermosa y vivaz, con toda la vida por delante. Una vida que no debería incluirme a mí, no de la manera en que a veces, en mis momentos más débiles, deseo.

—Bueno, ¿estás listo para que te dé una paliza al póquer? —pregunta Chiara cuando terminamos de comer, sacando la baraja nueva de su envoltorio. Sus dedos ágiles rompen el plástico y empiezan a barajar las cartas con una habilidad que me sorprende.

Alzo una ceja, intrigado.

—¿Estás segura de que sabes jugar?

Ella me lanza una mirada desafiante, un brillo travieso en sus ojos.

—Oh, ya lo creo. Pero hagámoslo más interesante, ¿qué te parece si el que pierde cada mano se quita una prenda?

La sugerencia me golpea como un puñetazo en el estómago. Por un momento, mi mente se llena de imágenes que no debería tener. Chiara, con menos ropa, su piel suave expuesta...

—Ni de broma —respondo inmediatamente, mi voz más ronca de lo que me gustaría. Lo último que necesito es verla... No. Ni siquiera voy a pensar en eso.

Chiara hace un puchero, pero sus ojos brillan con diversión. Claramente, está disfrutando provocándome.

—Aguafiestas. Vale, ¿qué tal un secreto por cada partida perdida?

Lo considero por un momento. Parece inofensivo, y estoy seguro de que puedo ganarle. Además, una parte de mí anhela conocerla mejor, descubrir quién es esta nueva Chiara que ha regresado de la universidad.

—De acuerdo —acepto finalmente—. Pero nada demasiado personal.

—Trato hecho —dice con una sonrisa triunfal, y empiezo a preguntarme si no habré caído en

algún tipo de trampa.

Mis sospechas se confirman en cuanto empezamos a jugar. Chiara es buena. Muy buena. Sus ojos escanean las cartas con una intensidad que nunca le había visto antes, su rostro una máscara de concentración. Me gana la primera mano con una escalera de color que no vi venir.

—Bueno, bueno —dice, reclinándose con una sonrisa de satisfacción—. Parece que me debes un secreto, Enzo.

Suspiro, pensando rápidamente en algo que pueda decir sin comprometer demasiado. No puedo permitirme ser vulnerable con ella, no cuando cada instinto me grita que me aleje, que mantenga las distancias.

Por eso no entiendo muy bien por qué termino compartiendo con ella algo que es a todas vistas demasiado íntimo.

—De niño le tenía miedo a la oscuridad —confieso finalmente—. Dormía con una lamparita hasta los doce años.

Chiara se ríe, pero no hay malicia en su risa. Es un sonido cálido, genuino, que me hace querer oírlo más a menudo.

—Eso es adorable —dice—. Me cuesta imaginarte con miedo a algo.

Si ella supiera... Tengo miedo de muchas cosas. De fallarle a Adriano. De no estar a la altura de lo que se espera de mí. De perder el control y hacer algo imperdonable. Y, sobre todo, tengo miedo de lo que siento cuando estoy cerca de ella. De cómo su mera presencia hace que todos mis muros cuidadosamente contruidos amenacen con derrumbarse.

El juego continúa y, para mi sorpresa y creciente frustración, Chiara sigue ganando más manos de las que pierde. Sus *secretos* cuando pierde son triviales, cosas como que una vez se tiñó el pelo de azul o que les tiene fobia a las arañas. Los míos se vuelven igual de superficiales, pero cada vez me cuesta más pensar en cosas que decir.

—No sabía que te gustara tanto el póquer —comento después de perder otra mano, genuinamente intrigado por esta habilidad oculta.

Ella me devuelve mis propias palabras con una sonrisa traviesa.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Enzo.

Y tiene razón. Esta Chiara, confiada y hábil, me resulta tan familiar y a la vez tan desconocida... Es como si estuviera descubriendo una nueva faceta de ella con cada secreto compartido, con cada risa y cada mirada. Me doy cuenta de que quiero conocer todas esas cosas que no sé de ella, y ese deseo me asusta más que cualquier amenaza que haya enfrentado.

La noche avanza y el juego se vuelve cada vez más relajado. Las cartas se convierten en una excusa para hablar, para compartir. Hablamos de todo y de nada, saltando de tema en tema con una facilidad que me sorprende.

Me cuenta sobre la universidad, sobre las amistades que hizo y las clases que más disfrutó. Habla con pasión sobre sus sueños de futuro, y me encuentro deseando poder ser parte de ese futuro, aunque sé que es imposible. Aunque no me la merezco.

Me habla de las travesuras que hacía de niña, muchas de las cuales desconocía. Río al enterarme de cómo una vez puso pegamento en las zapatillas de Adriano como venganza por no dejarla ir a una fiesta.

Yo, a mi vez, le hablo de mis primeros días con la familia Caruso. De cómo me sentía perdido y asustado, un chico de la calle de repente rodeado de lujo y expectativas. Le cuento cómo Adriano me

tomó bajo su ala, cómo me enseñó a conducir, a vestirme, a comportarme en sociedad.

—Siempre pensé que habías nacido siendo así de elegante —dice Chiara, mirándome con una mezcla de asombro y algo más que no puedo identificar—. Tan seguro de ti mismo, tan... imponente.

Niego con la cabeza, una sonrisa irónica en mis labios.

—Todo es una fachada, Chiara. Una máscara que he aprendido a llevar.

—¿Y el verdadero Enzo? —pregunta ella, inclinándose hacia mí—. ¿Cómo es él?

La pregunta me deja sin palabras. ¿Quién soy realmente, debajo de todas las capas de deber y lealtad? Hace tanto tiempo que no me lo pregunto que ya no estoy seguro de conocer la respuesta.

Es peligrosamente fácil estar con ella así. Me hace olvidar quiénes somos, cuáles son nuestros roles. Me hace sentir... normal. Como si fuéramos solo un chico y una chica, pasando una noche agradable juntos.

Pero no lo somos. Y cuanto más tiempo pasa, más consciente soy de lo cerca que estamos sentados ahora, de cómo su rodilla roza ocasionalmente la mía, de cómo su risa hace que algo se retuerza en mi pecho.

El reloj en la pared marca las horas, pero ninguno de los dos parece notarlo. El juego ha quedado olvidado hace rato, las cartas esparcidas sobre la mesa como testigos silenciosos de esta noche que se siente como un sueño.

—Enzo —dice en un momento dado, su voz suave, casi un susurro—. ¿Alguna vez has pensado en cómo sería tu vida si... si las cosas fueran diferentes?

La pregunta me pilla por sorpresa. La miro y veo algo en sus ojos, una vulnerabilidad que me hace querer protegerla y alejarme al mismo tiempo. Hay esperanza en su mirada, y eso es más peligroso que cualquier arma.

—Chiara... —empiezo, pero no sé cómo continuar. ¿Cómo explicarle que sí, que he pensado en ello? Que a veces, en mis momentos más débiles, imagino una vida diferente. Una vida donde no tengo las manos manchadas de sangre, donde puedo ser el hombre que ella merece.

El ambiente ha cambiado. Ya no es el juego ligero y divertido de antes. Hay una tensión en el aire, una expectativa que me asusta. Puedo sentir el calor de su cuerpo, tan cerca del mío. Veo cómo sus labios se entreabren, como si estuviera a punto de decir algo más.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que estamos al borde de un precipicio. Un paso más y caeremos en algo de lo que no habrá vuelta atrás.

—Se está haciendo tarde —digo finalmente, levantándome abruptamente. Mi voz suena ronca, forzada—. Deberíamos irnos a dormir.

Veo la decepción en su rostro, el dolor que cruza sus ojos por un instante antes de que lo oculte. Se recupera rápidamente, una habilidad que ha perfeccionado creciendo en este mundo.

—Claro —dice, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Ha sido divertido, ¿no?

—Sí —respondo, y es la verdad. Ha sido una de las mejores noches que he tenido en mucho tiempo. Y eso lo hace aún más peligroso—. Buenas noches, Chiara.

—Buenas noches, Enzo —dice ella, y por un momento pienso que va a decir algo más. Que va a desafiarme, a exigirme que enfrente lo que hay entre nosotros. Pero solo sonrío, una sonrisa triste y resignada, y se dirige a su habitación.

Me quedo solo en la sala, mirando el desastre de cajas de pizza y cartas esparcidas. Debería limpiar, pero estoy agotado. No físicamente, sino emocionalmente. Esta noche ha sido una montaña

rusa que no esperaba. Pero aun así recojo. No quiero que mañana Dmitry y Aleksander vean el desastre.

Mientras me dirijo a mi propia habitación, no puedo evitar pensar en la pregunta de Chiara. ¿Cómo sería mi vida si las cosas fueran diferentes? Si no le debiera lealtad a Adriano, si no fuera quien soy...

Sacudo la cabeza, intentando deshacerme de esos pensamientos peligrosos. No tiene sentido pensar en eso. Esta es mi vida, y tengo un deber que cumplir. No importa lo que sienta, no importa lo mucho que desee poder ser el hombre que Chiara merece.

Cierro la puerta de mi habitación, como si pudiera dejar fuera todas estas emociones confusas. Mañana será otro día. Mañana volveré a ser el Enzo de siempre: frío, profesional, distante. El ejecutor de la familia Caruso, temido y respetado.

Un hombre que conoce su lugar en el mundo.

Pero por esta noche, me permito recordar la risa de Chiara, el brillo de sus ojos, la calidez de su presencia. Me permito imaginar, solo por un momento, cómo sería besarla.

CAPÍTULO 13

ENZO

El amanecer apenas comienza a teñir el cielo de Chicago cuando abro los ojos. Por un momento, me quedo mirando el techo desconocido, desorientado. Entonces los recuerdos de la noche anterior inundan mi mente: la pizza, el póquer, la risa de Chiara...

Sacudo la cabeza, intentando despejarme. Necesito aire fresco, necesito moverme. Necesito alejarme de estos pensamientos peligrosos.

Me levanto en silencio, años de entrenamiento haciendo que mis movimientos sean casi imperceptibles. Me visto con ropa de deporte y salgo de mi habitación, deteniéndome un momento frente a la puerta de Chiara. Escucho atentamente, asegurándome de que su respiración es profunda y regular. Está dormida.

Bien. No quiero que esté sola por muy blindado que esté este edificio. Los años me han enseñado que ningún lugar es completamente seguro. Nunca nada me parece lo suficientemente seguro para ella.

Mientras bajo en el ascensor hacia el gimnasio del edificio, una sensación extraña me invade. La distancia con nuestra casa en Nueva York tiene un efecto curioso en mí. Todo lo que me preocupaba entonces, ahora, parece perder todo el sentido. ¿Cómo voy a conseguir mantenerme alejado de ella cuando ahora los motivos por los que me obligaba a hacerlo se desdibujan?

Es como si Chicago fuera otro mundo, un lugar donde las reglas que han gobernado mi vida ya no se aplican. Y eso me aterra tanto como me emociona.

El gimnasio está casi vacío a esta hora temprana. Perfecto. Necesito esta soledad, esta rutina familiar para anclarme. Comienzo con una serie de estiramientos, luego paso al saco de boxeo. Cada golpe es un intento de expulsar estos sentimientos confusos, de volver a ser el Enzo de siempre: frío, calculador, en control.

Estoy tan concentrado en mi entrenamiento que al principio no noto las voces. Es solo cuando hago una pausa para beber agua que las escucho: dos hombres hablando en voz baja cerca de las máquinas de pesas. No puedo ver sus rostros desde donde estoy, pero hay algo en su tono que me pone en alerta.

«...tío, te digo que las cosas van a cambiar», dice uno de ellos, su voz apenas un susurro.

«Venga ya, no te flipes», responde el otro. «Que Dmitry tiene esto controlado.»

Me quedo inmóvil, fingiendo estar ocupado con mi botella de agua. ¿Están hablando de Dmitry Novikov? ¿El Pakhan de la mafia rusa de Chicago? ¿El hombre bajo cuyo techo vivimos?

«Ya, pero su hermano...», comienza el primero, solo para ser interrumpido.

«Aleksander es muy débil. Ese tío no pinta nada aquí.»

Frunzo el ceño, intrigado. No es una conversación abiertamente amenazante, pero hay algo en el tono, en las palabras elegidas, que me deja una sensación incómoda. Podría no ser nada, solo chismorreos de gimnasio. O podría ser algo más.

Los hombres se mueven, dirigiéndose hacia la salida. Me giro, pretendiendo estar absorto en ajustar los pesos de una máquina. Por el rabillo del ojo, veo a dos tipos que no reconozco. Uno es alto y delgado, con un tatuaje asomando por el cuello de su camiseta. El otro es más bajo y fornido, con una cicatriz que le cruza la mejilla izquierda.

Memorizo sus rostros por costumbre, pero no le doy demasiada importancia. Tengo cosas más urgentes en las que pensar. Como Chiara.

Termino mi entrenamiento y subo de vuelta al apartamento. Mi mente está llena de ella, de la noche anterior, de lo que significa su presencia aquí en Chicago. La conversación que escuché en el gimnasio queda relegada a un segundo plano, una nota mental para investigar más adelante si tengo tiempo.

Entro en el apartamento, mis sentidos en alerta máxima como siempre. Todo parece normal, tranquilo. Escucho el sonido de la ducha: Chiara debe haberse despertado.

Me dirijo a la cocina para preparar café, mi mente trabajando a toda velocidad. Necesito encontrar la manera de mantener la distancia con Chiara. Necesito protegerla sin que ella se dé cuenta de lo mucho que me afecta su presencia. Y, sobre todo, necesito mantener la cabeza fría y no dejar que mis sentimientos por ella nublen mi juicio.

Porque si hay una cosa que tengo clara, es que Chiara es mi prioridad. Su seguridad, su felicidad, son lo más importante. Incluso si eso significa sacrificar mis propios deseos.

El aroma del café llena la cocina, y oigo los pasos de Chiara acercándose. Respiro hondo, preparándome para enfrentar el día. Sea lo que sea que esté por venir, estaré listo.

Tengo que estarlo. Porque Chiara lo merece. Y haré lo que sea necesario para mantenerla a salvo y feliz, incluso si eso significa romper mi propio corazón en el proceso.

CHIARA

El agua caliente de la ducha despeja mi mente, pero no logra lavar la sensación agridulce que me ha dejado la noche anterior. Cierro los ojos y por un momento vuelvo a sentir la cercanía de Enzo, su voz grave contándome secretos, esa conexión que parecía haberse formado entre nosotros. Fue especial, íntimo. Estuvimos más cerca el uno del otro de lo que habíamos estado nunca.

Me visto con cuidado, eligiendo un conjunto que sé que me favorece. No es que importe, me digo a mí misma, pero una parte de mí espera que Enzo lo note. Salgo de mi habitación y el aroma del café recién hecho me guía hacia la cocina.

Y allí está él, tan perfecto que duele mirarlo. Enzo, impecablemente vestido como siempre, está de pie junto a la encimera, completamente absorto en su móvil. Ni siquiera levanta la mirada cuando entro.

—Buenos días —murmuro, dirigiéndome directamente a la cafetera.

—Buenos días —responde él, su voz fría y distante.

El dolor me atraviesa como un cuchillo. ¿Cómo puede actuar como si anoche no hubiera significado nada? ¿Como si no hubiéramos pasado horas hablando, riendo, conociéndonos de verdad?

Me sirvo una taza de café y me siento a la mesa. Enzo sigue en su posición, tecleando en su móvil como si fuera lo único que existe en el mundo. El silencio entre nosotros es pesado, cargado de palabras no dichas.

Odio cómo me hace sentir. Pasa del calor al frío con una rapidez pasmosa.

Aleksander aparece en la cocina, impecable en su traje gris.

—Buenos días, Chiara —me saluda con una inclinación de cabeza—. ¿Has pensado en algún plan para hoy?

Su tono es cortés. No hay cercanía en su voz, nada que indique que soy algo más para él. Y la verdad es que lo prefiero así. No tengo ningún interés real en Aleksander, más allá de usarlo como distracción de mis sentimientos por Enzo.

—De hecho, sí —respondo, forzando una sonrisa—. He visto que hay un recorrido por los lugares significativos de la mafia de Al Capone. Me gustaría ir.

Aleksander arquea una ceja, sorprendido.

—Interesante elección. Si es lo que deseas, podemos hacerlo.

Y así es como terminamos, unas horas más tarde, paseando por las calles de Chicago siguiendo los pasos de Al Capone y compañía. Aleksander parece más resignado que entusiasmado, y no para de recibir llamadas y contestar mensajes.

—Disculpa, Chiara —se excusa por enésima vez—. Hay algunos asuntos urgentes que requieren mi atención.

Asiento, pero la verdad es que apenas me importa. Mi atención está en Enzo, que camina unos pasos detrás de nosotros, alerta como siempre. El guía turístico es un hombre mayor que habla con una voz monótona, y pronto me encuentro desconectando de sus explicaciones.

Estamos frente al Green Mill, un antiguo jazz club, cuando Enzo se acerca a mí por primera vez en el día.

—Este lugar era uno de los favoritos de Al Capone —me dice en voz baja—. Aún conserva los túneles subterráneos que usaban durante la Prohibición para el contrabando de alcohol.

Le miro sorprendida, tanto por la información como por el hecho de que me esté hablando.

—¿Cómo sabes tanto sobre esto?

Él se encoge de hombros, una sonrisa apenas perceptible en sus labios.

—Leo mucho. Historia, sobre todo.

A partir de ese momento, mientras Aleksander sigue pegado al teléfono, Enzo se convierte en mi guía personal. En cada parada del recorrido, tiene una historia que contar, un detalle fascinante que compartir.

En el Biograph Theater, mientras el guía oficial habla sobre la arquitectura del edificio, Enzo me susurra:

—Aquí es donde abatieron a John Dillinger en mil novecientos treinta y cuatro. Era un famoso ladrón de bancos, lo llamaban el «enemigo público número uno». Dicen que acababa de ver la película «Manhattan Melodrama» con Clark Gable cuando salió del cine y se encontró rodeado de agentes del FBI.

Su voz grave y su cercanía me hacen olvidar el frío de la mañana de Chicago. Por un momento, es como si volviéramos a estar en el apartamento anoche, compartiendo secretos.

Seguimos caminando y llegamos a la Holy Name Cathedral. Es un edificio imponente, de estilo gótico, que parece fuera de lugar entre los rascacielos modernos que lo rodean.

—Mira la fachada —me indica Enzo, señalando unas marcas en la piedra—. Esas son marcas de bala. En mil novecientos veintiséis, el gánster Hymie Weiss fue asesinado justo aquí, frente a la catedral. Era rival de Al Capone.

—¿Todos los gánsteres acababan muertos a tiros? —pregunto, medio en broma, medio en serio.

Enzo me mira, sus ojos verdes intensos.

—La mayoría. Era un mundo violento, Chiara. No muy diferente al nuestro, en algunos aspectos.

Hay algo en su tono que me hace estremecer. Un recordatorio de quiénes somos, de dónde

venimos. Por un momento, la realidad de nuestra situación me golpea con fuerza.

Pero no tengo tiempo de reflexionar sobre ello, porque ya estamos en movimiento de nuevo. Nuestro siguiente destino es 2122 N. Clark Street.

—Aquí tuvo lugar la infame Masacre del Día de San Valentín de mil novecientos veintinueve —explica Enzo mientras nos detenemos frente a una placa conmemorativa—. Siete hombres de la banda de Bugs Moran fueron asesinados por hombres de Capone vestidos como policías. Fue uno de los eventos más sangrientos de la guerra de bandas de Chicago.

—Es horrible —murmuro, imaginando la escena.

—Lo es —asiente Enzo—. Pero también fue el principio del fin para Capone. La opinión pública se volvió en su contra después de esto, y el gobierno federal empezó a tomarse en serio la tarea de derribarlo.

Mientras caminamos hacia nuestro siguiente destino, no puedo evitar reflexionar sobre cómo un solo evento puede cambiar el curso de la historia. Me pregunto si en nuestra propia historia habrá un punto de inflexión similar.

Llegamos al barrio de Bridgeport, y Enzo me explica que esta zona estaba históricamente asociada con Al Capone y otros mafiosos.

—Capone tenía su cuartel general aquí, en el Lexington Hotel —me cuenta—. Aunque el edificio ya no existe, este barrio sigue siendo un símbolo de la era dorada del crimen organizado en Chicago.

Mientras recorremos las calles, Enzo me va señalando edificios y contando anécdotas. Es como si el pasado cobrara vida a través de sus palabras, y por un momento puedo imaginar cómo era Chicago en aquellos días turbulentos.

Nuestra siguiente parada es el Excalibur, un edificio imponente que antiguamente albergaba la Sociedad Histórica de Chicago.

—Se rumorea que este lugar está embrujado —dice Enzo, con un brillo divertido en los ojos—. Dicen que se pueden oír los gritos de las víctimas de la mafia.

—¿Tú crees en fantasmas, Enzo? —le pregunto, mitad curiosa, mitad provocadora.

Él me mira, pensativo.

—Creo que todos tenemos nuestros propios fantasmas, Chiara. Algunos son más reales que otros.

Hay algo en su tono, en la forma en que dice mi nombre, que me hace estremecer. Y no es por el frío.

Continuamos nuestro recorrido hasta llegar a Harry Caray's Italian Steakhouse. Mientras Aleksander está fuera atendiendo otra llamada, Enzo me cuenta en voz baja:

—Este edificio era donde vivía Frank Nitti, el sucesor de Capone. Era conocido como «El Ejecutor» y se encargaba de las operaciones diarias de la organización.

—¿Cómo alguien pasa de ser un mafioso temido a tener un restaurante con su nombre? —pregunto, genuinamente intrigada.

Enzo sonríe, una sonrisa real que hace que mi corazón dé un vuelco.

—La historia tiene una forma curiosa de transformar a los villanos en leyendas, Chiara. Con el tiempo, incluso los criminales más notorios pueden convertirse en parte del folclore local.

Nuestro recorrido nos lleva después al Palmer House, un hotel histórico de aspecto lujoso.

—Aquí es donde se realizaban muchas reuniones de la mafia —explica Enzo mientras admiramos la ornamentada entrada—. Los gánsteres se mezclaban con la alta sociedad de Chicago, haciendo tratos y planeando sus próximos movimientos bajo la apariencia de respetabilidad.

—No muy diferente de algunas fiestas a las que hemos asistido, ¿verdad? —comento, pensando en las elegantes galas de la familia donde sé que se cierran negocios casi nunca legales.

Enzo me mira, sorprendido por mi perspicacia.

—Exactamente. Algunas cosas nunca cambian.

Nuestra penúltima parada es el Burr Oak Cemetery. Mientras caminamos entre las lápidas, Enzo me va señalando las tumbas de varios mafiosos famosos.

—Aquí están enterrados algunos de los nombres más notorios de la historia del crimen organizado de Chicago —me dice—. Es como un quién es quién del inframundo.

Hay algo inquietante en ver todas estas tumbas, en pensar en las vidas violentas que terminaron aquí. Me hace reflexionar sobre nuestra propia mortalidad, sobre las consecuencias de las elecciones que hacemos.

Finalmente, llegamos a nuestra última parada: Bella Luna Cafe, antiguamente conocido como Counsellors Row. Mientras tomamos un café, Enzo me cuenta que este era uno de los restaurantes favoritos de la mafia.

—Aquí es donde se cerraban muchos tratos —me explica—. Los abogados de la mafia se reunían con sus clientes, planeando estrategias y negociando con la policía y los fiscales.

Miro a mi alrededor, a los clientes que ahora ocupan las mesas, ajenos a la historia sangrienta que impregna estas paredes. Es una sensación extraña, estar sentada aquí, bebiendo café donde una vez se sentaron algunos de los criminales más peligrosos de la historia de Chicago.

Aleksander por fin guarda su teléfono y se une a nosotros.

—¿Ha sido interesante el recorrido? —pregunta, su tono educado pero distante.

Asiento, lanzando una mirada a Enzo.

—Ha sido fascinante. He aprendido mucho.

—Me alegro —responde Aleksander, aunque es evidente que su mente está en otra parte—. ¿Estás lista para volver al apartamento?

Mientras nos levantamos para irnos, no puedo evitar pensar en lo irónico de la situación. Aquí estoy, la hermana de un jefe de la mafia de Nueva York, de turismo por los lugares emblemáticos de la mafia de Chicago, acompañada por el hermano del jefe de la mafia rusa y guiada por el hombre del que estoy enamorada.

El recorrido de hoy ha sido como un viaje al pasado, pero también un recordatorio del mundo en el que vivo. Un mundo de secretos, de lealtades divididas, de peligro constante. Y, sin embargo, cuando miro a Enzo, que camina unos pasos por detrás de nosotros, alerta como siempre, no puedo evitar sentir esperanza.

Porque si la historia de la mafia me ha enseñado algo hoy, es que incluso en los tiempos más oscuros, incluso entre la violencia y el peligro, puede florecer algo hermoso. Algo inesperado.

Y quizás, solo quizás, Enzo y yo podamos escribir nuestra propia historia, una que desafíe todas las reglas del mundo al que pertenecemos.

CAPÍTULO 14

ENZO

La semana transcurre en una nebulosa de visitas turísticas y noches de póquer. Durante el día, recorremos Chicago, con Aleksander más pendiente de su teléfono que de Chiara. Gracias al cielo por las pequeñas bendiciones; su distracción me permite mantener la cabeza sobre los hombros, aunque sea a duras penas.

Las noches son otra historia. Cuando no tenemos compromisos y Aleksander y Dmitry se ausentan del piso, Chiara y yo caemos en una rutina peligrosamente cómoda. Comida basura, partidas interminables de póquer, conversaciones que se alargan hasta la madrugada.

Recuerdo una noche en particular. Estábamos sentados en el suelo, rodeados de cajas de pizza vacías y cartas esparcidas.

«Enzo», me dijo Chiara, sus ojos brillantes por el vino que habíamos estado bebiendo, «si pudieras cambiar una cosa de tu vida, ¿qué sería?»

La pregunta me pilló desprevenido. La miré, pensando en todas las cosas que quisiera cambiar. Mi pasado, mis obligaciones, la distancia entre nosotros...

«Nada», respondí finalmente. «Cada decisión, cada momento me ha llevado a donde estoy ahora. Y ahora mismo, no hay ningún otro lugar donde preferiría estar.»

Ella me miró fijamente, como si intentara descifrar el significado oculto tras mis palabras. Luego sonrió, una sonrisa que iluminó toda la habitación.

«Yo tampoco», dijo suavemente.

Es en estos momentos cuando mi resolución flaquea, cuando me permito imaginar un «y si...».

Es una mañana como cualquier otra. Me despierto temprano, como siempre, mi mente dividida entre las tareas del día y el recuerdo de la risa de Chiara la noche anterior. Quizás por eso no estoy tan alerta como debería. Quizás por eso cometo el error.

Entro al baño distraídamente, sin pensar, sin llamar. El sonido de la ducha me golpea al mismo tiempo que la visión frente a mí.

Chiara.

El agua cae sobre ella, dibujando caminos por su piel desnuda. Sus curvas, suaves y perfectas, brillan bajo la luz de la mañana. Sus pechos, firmes y redondos, se mueven ligeramente con cada respiración. El agua se desliza por su vientre plano, perdiéndose en la unión de sus muslos.

Por un momento, el tiempo se detiene. Espero que grite, que se cubra, que me eche a gritos. Pero no lo hace.

En lugar de eso, me mira directamente a los ojos. Hay desafío en su mirada, determinación. Y luego, con un movimiento deliberado, aparta las manos que instintivamente habían cubierto su cuerpo.

Me quedo paralizado. Sé que debería irme, que debería apartar la mirada. Pero no puedo. Es como si toda mi existencia se hubiera reducido a este momento, a esta visión.

Chiara es hermosa. Cada curva, cada línea de su cuerpo cuenta una historia. La pequeña cicatriz en su cadera, recuerdo de una caída de la infancia. El lunar en su hombro que solía hacerme gracia cuando era pequeña. Sus pezones, erguidos por el agua fría, son de un rosa perfecto que me hace desear probarlos.

Pero ya no es una niña. Es una mujer, y la realización me golpea con la fuerza de un puñetazo.

Siento cómo mi cuerpo reacciona, traicionándome. El calor se extiende por mis venas, mi respiración se acelera. Mi erección se hace dolorosamente evidente. Es entonces cuando la realidad de la situación me golpea.

Salgo corriendo del baño, cerrando la puerta tras de mí. Mi corazón late desbocado, mi mente un torbellino de emociones contradictorias.

Me encierro en mi habitación, apoyándome contra la puerta. Cierro los ojos, pero la imagen de Chiara está grabada en mis párpados. Intento pensar en otra cosa, en cualquier cosa, pero es inútil.

Mi cuerpo sigue reaccionando, exigiendo una liberación que me niego a darle. Soy un profesional, me digo. Soy el guardaespaldas de Chiara, el hombre de confianza de Adriano. Soy un jodido ejecutor que utiliza sus manos para torturar a nuestros enemigos. No puedo permitirme estos pensamientos, estos sentimientos por Chiara. Ella es demasiado buena para mí, demasiado perfecta.

Pero la voz de la razón es cada vez más débil, ahogada por el rugido de la sangre en mis oídos, por el recuerdo del agua corriendo por la piel de Chiara.

Al final, la necesidad es más fuerte que mi voluntad. Con un gruñido de frustración, me rindo a lo inevitable. Me desabrocho los pantalones y tomo mi polla en la mano. Comienzo a moverme, rápido y duro, sin gentileza. Esto no es por placer, es por necesidad.

Intento pensar en otra cosa, en cualquier otra cosa. Pero es el cuerpo de Chiara el que veo. Sus pechos perfectos, la curva de su cintura, la suavidad de sus muslos. Imagino cómo sería tocarla, besarla, hacerla mía.

El orgasmo me golpea con una intensidad que me deja sin aliento. Por un momento, todo desaparece excepto la sensación de placer que recorre mi cuerpo.

Luego, tan rápido como vino, se va, dejando solo vergüenza y culpa en su estela.

Me limpio mecánicamente, mi mente un torbellino de emociones contradictorias. ¿Qué he hecho? ¿En qué me he convertido?

La vergüenza y la culpa caen sobre mí como una losa. Sé que esto cambia las cosas. Sé que ya no puedo seguir negando que no puedo controlar lo que siento por Chiara.

Pero también sé que no puedo actuar sobre estos sentimientos. El deber, la lealtad, el honor... todo lo que soy, todo lo que he construido, se interpone entre nosotros.

Me miro en el espejo del armario. El hombre que me devuelve la mirada parece un extraño. ¿Dónde está el profesional frío y calculador? ¿Dónde está el hombre que pondría el deber por encima de todo?

Respiro hondo, intentando reconstruir mis murallas emocionales. Mañana, me digo, volveré a ser el profesional de siempre. Mañana, mantendré las distancias, seré frío, eficiente. Mañana, enterraré estos sentimientos tan profundo que ni yo mismo podré encontrarlos.

Pero una parte de mí sabe que es una mentira. Porque ahora que he visto a Chiara, realmente la he visto, no hay vuelta atrás. Esa imagen, esa sensación, vivirá en mí para siempre.

Y aunque sé que es imposible, aunque sé que nunca podremos estar juntos, una pequeña parte de mí se aferra a la esperanza. A la posibilidad de un futuro diferente, un mundo donde yo podría ser digo de Chiara.

Es un sueño imposible, lo sé. Pero es todo lo que tengo.

Y por ahora, tendrá que ser suficiente.

CAPÍTULO 15

CHIARA

El reflejo en el espejo me devuelve una mirada determinada. Mientras me aplico el lápiz de labios, no puedo evitar que mis pensamientos vuelvan a esa mañana en la ducha. Enzo puede mostrarse frío y distante ahora, pero yo sé la verdad. Vi cómo me miraba, cómo sus ojos recorrían cada centímetro de mi cuerpo. Y, sobre todo, vi cómo reaccionó su cuerpo.

Sonríó para mí misma, recordando cómo su miembro se endureció de forma evidente bajo sus pantalones. Esa reacción, tan honesta y visceral, es lo que me da esperanzas. Por mucho que intente negarlo, por mucho que se esconda tras su fachada de profesionalismo, sé que me desea.

Por mucho que me haya dicho que me ve como a una niña.

Suspiro, dejando el lápiz de labios y alisando mi vestido. Esta noche hay una gala benéfica patrocinada por el negocio inmobiliario de Dmitry. Una fachada perfecta para sus actividades menos legales, supongo. El vestido que he elegido es de un rojo intenso, con un escote que insinúa más de lo que muestra y una abertura en la falda que deja al descubierto mis piernas. Si Enzo quiere seguir fingiendo que no siente nada por mí, voy a ponérselo muy difícil.

Me miro una última vez en el espejo, asegurándome de que cada detalle esté perfecto. El collar de diamantes que me regaló mi hermano en mi último cumpleaños brilla en mi cuello, un recordatorio constante de quién soy y de dónde vengo. Me pregunto qué pensaría él si supiera lo que siento por Enzo.

Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos. Esta noche no es sobre mi hermano o sobre el negocio familiar. Es sobre Enzo y yo, sobre romper finalmente esa barrera que ha construido entre nosotros.

Salgo de mi habitación y me dirijo a la sala de estar. Aleksander está allí, impecable en su esmoquin, hablando por teléfono como siempre. Me dedica una sonrisa cortés cuando me ve, pero sus ojos vuelven rápidamente a la pantalla de su móvil. A veces me pregunto si hay algo más en su vida además de negocios y llamadas telefónicas.

Y entonces lo veo. Enzo está de pie junto a la ventana, su traje negro acentuando su figura musculosa y enorme. Por un momento, nuestras miradas se cruzan en el reflejo del cristal. Veo cómo sus ojos se abren ligeramente al verme, cómo traga saliva. Pero tan rápido como aparece, la emoción desaparece de su rostro, reemplazada por su habitual máscara de indiferencia.

—Estás muy guapa, Chiara —dice Aleksander, guardando por fin su teléfono—. ¿Nos vamos?

Asiento, lanzando una última mirada a Enzo. Ni siquiera se ha girado para mirarme directamente. La frustración burbujea en mi interior. ¿Cómo puede ser tan terco? ¿Tan ciego a lo que hay entre nosotros?

El trayecto hasta el hotel donde se celebra la gala es silencioso. Aleksander vuelve a estar pegado a su teléfono, y Enzo... bueno, Enzo podría ser una estatua por lo mucho que interactúa conmigo. Mantengo mi mirada fija en la ventana, viendo pasar las luces de Chicago, intentando no dejar que su indiferencia me afecte.

Recuerdo las noches que hemos pasado juntos esta semana, jugando al póquer, comiendo pizza, hablando hasta altas horas de la madrugada. En esos momentos, cuando estábamos solos, parecía que las barreras caían. Veía destellos del verdadero Enzo, del hombre detrás del guardaespaldas. ¿Por

qué no puede ser así todo el tiempo?

El hotel es impresionante, todo mármol y cristal. En el vestíbulo nos recibe Dmitry, acompañado de un séquito de hombres de aspecto serio. Observo cómo saludan a Aleksander, cómo intercambian palabras en ruso que no entiendo. Enzo se mantiene un paso por detrás, siempre alerta, siempre profesional.

Dmitry se acerca a mí, besando mi mano con galantería.

—Señorita Caruso, es un placer tenerla con nosotros esta noche.

—El placer es mío, señor Novikov —respondo con una sonrisa practicada—. Es una gala preciosa.

—Por favor, no me hables de manera tan formal —dice, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Después de todo, pronto seremos familia, ¿no?

Siento cómo Enzo se tensa detrás de mí. No necesito mirarlo para saber que su mandíbula está apretada, sus ojos alertas. ¿Son celos lo que detecto? ¿O solo su habitual instinto protector?

La gala en sí es como tantas otras a las que he asistido. Gente rica pretendiendo que les importa alguna causa benéfica, cuando en realidad solo están aquí para presumir y hacer contactos. Me muevo entre los invitados con una sonrisa practicada, respondiendo preguntas sobre Nueva York, sobre mi familia. Siento la mirada de Enzo sobre mí en todo momento, vigilante, pero nunca se acerca.

Veo cómo algunas mujeres lo miran, cómo le sonríen invitadoramente. Una rubia despampanante incluso se acerca a hablar con él. Desde la distancia, veo cómo ella le toca el brazo, riendo de algo que ha dicho. Los celos me corroen por dentro, pero me obligo a mantener la compostura. Enzo la rechaza educadamente, por supuesto, pero eso no calma la rabia que siento.

Después de la cena, cuando la música empieza y la gente se mueve a la pista de baile, mi frustración alcanza su punto máximo. No puedo soportar más esta distancia, esta indiferencia.

Estoy a punto de acercarme a él, de obligarle a reconocer mi presencia, cuando Aleksander aparece a mi lado.

—¿Te apetece bailar? —me pregunta, ofreciéndome su mano.

Por un momento, dudo. Pero luego veo a Enzo, todavía impassible en su rincón, y tomo una decisión.

—Claro —respondo, tomando la mano de Aleksander—. Me encantaría.

Mientras nos movemos por la pista de baile, no puedo evitar buscar a Enzo con la mirada. Lo encuentro en el mismo lugar, sus ojos fijos en nosotros. Y por un momento, creo ver un destello de algo en su mirada. ¿Celos? ¿Arrepentimiento?

Sea lo que sea, desaparece tan rápido como apareció. Pero es suficiente para alimentar mi esperanza. Porque ahora sé que, por mucho que intente ocultarlo, Enzo siente algo por mí.

Aleksander es un buen bailarín, tengo que admitirlo. Me guía por la pista con gracia y seguridad. En otras circunstancias, quizás podría haberme sentido atraída por él. Es guapo, rico, poderoso. El tipo de hombre que mi hermano aprueba.

Pero no es Enzo.

—Estás preciosa esta noche, Chiara —me dice Aleksander, su voz baja y seductora—. Todos los hombres de la sala me envidian.

Sonrío, pero mis ojos siguen buscando a Enzo.

—Gracias, eres muy amable.

—No es amabilidad, es la verdad —responde él—. Sabes, creo que esto podría funcionar entre nosotros.

Sus palabras me devuelven a la realidad. Ciertamente, se supone que estoy aquí para evaluar si Aleksander y yo podríamos ser una buena pareja. Para ver si esta alianza entre nuestras familias podría funcionar.

Pero mi corazón ya ha elegido. Y no ha elegido a Aleksander. Vine aquí para olvidarme de Enzo y esta situación cada vez me acerca más a él. Me hace darme cuenta de lo perfecto que es para mí. Lo estoy conociendo mucho más profundamente.

—Quizás —respondo vagamente, sin comprometerme. Tampoco quiero herir sus sentimientos. Me ha tratado muy bien desde que llegué y, sobre todo, si ahora digo que no existe la más mínima posibilidad de que pase algo entre nosotros, tendré que marcharme. Y eso es lo último que quiere. Enzo parece otro desde que estamos en Chicago.

La canción termina y Aleksander me acompaña de vuelta a nuestra mesa. Enzo está allí, de pie junto a mi silla. Por un momento, nuestras miradas se encuentran y el mundo a nuestro alrededor desaparece. Veo tantas emociones en sus ojos: deseo, frustración, miedo...

Pero entonces él aparta la mirada y el momento se rompe. Vuelve a ser el guardaespaldas profesional, distante y frío.

Pero yo no me rindo tan fácilmente. Estoy decidida a hacer que admita lo que siente por mí, cueste lo que cueste. Porque lo que vi en la ducha, lo que veo en sus ojos cuando cree que no lo miro, me dice que vale la pena luchar por esto.

Por nosotros.

Y no pienso rendirme hasta que Enzo lo admita también.

ENZO

La gala benéfica es un infierno personal. Cada risa de Chiara, cada sonrisa que le dedica a Aleksander, son como un puñal en mi pecho. Intento mantener mi fachada profesional, pero por dentro soy un torbellino de emociones.

Me mantengo en las sombras, como siempre, observando. Es mi trabajo, después de todo. Vigilar, proteger. Pero esta noche, cada segundo es una tortura. Veo cómo los hombres la miran, cómo sus ojos la siguen por la sala. La desean, igual que yo. Pero ellos pueden permitirse ese deseo. Yo no.

Verla con ese vestido rojo... Dios, es como si hubiera sido diseñado específicamente para torturarme. Cada movimiento suyo atrae mi mirada, y tengo que luchar constantemente para mantener mi expresión neutral. El escote, la abertura en la falda que revela sus piernas con cada paso... Es un recordatorio constante de lo que vi en la ducha, de lo que nunca podré tener.

La irritación crece en mi interior con cada minuto que pasa. La veo bailar con Aleksander, tan cerca, tan cómoda. Sus cuerpos se mueven al ritmo de la música, y no puedo evitar imaginarme en su lugar. ¿Cómo se sentiría tener a Chiara en mis brazos, movernos juntos, sin preocupaciones, sin culpa?

¿Es esto lo que quiere? ¿Una vida de lujo y poder con el heredero de los Novikov? Debería alegrarme por ella. Aleksander puede ofrecerle una vida que yo nunca podría. Seguridad, estatus, un futuro sin el peligro constante que conlleva mi posición en la familia Caruso. Pero solo siento una rabia sorda que amenaza con consumirme.

Observo cómo Chiara se mueve por la sala, encantando a todos a su paso. Siempre ha tenido ese don, la habilidad de iluminar una habitación con su mera presencia. La veo hablar con los invitados, riendo de sus chistes, escuchando atentamente sus historias. Es perfecta en este papel, la princesa de la mafia en su elemento.

Y yo soy solo una sombra en el fondo, un guardaespaldas silencioso. ¿Cómo pude siquiera pensar que podría haber algo entre nosotros por mucho que ella crea que me desea? En el fondo, si me probase, se daría cuenta de que no soy suficiente para ella.

Las horas pasan y mi tensión aumenta. Cada vez que Chiara mira en mi dirección, cada vez que nuestros ojos se encuentran por un breve momento, siento que estoy al borde de un precipicio. Un paso más y caeré, y no estoy seguro de poder sobrevivir a la caída.

Cuando Chiara se excusa para ir al baño, la sigo automáticamente. Es mi trabajo, después de todo. Pero mientras caminamos por el pasillo, lejos de las miradas indiscretas, siento que algo está a punto de estallar entre nosotros. La tensión es palpable, el aire cargado de electricidad.

Chiara se detiene abruptamente antes de llegar al baño y se gira para enfrentarme. Sus ojos brillan con una mezcla de frustración y determinación que me deja sin aliento.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con esto, Enzo? —me espeta, su voz baja pero intensa.

—No sé de qué hablas —respondo, intentando mantener mi voz neutral. Pero incluso yo puedo oír la mentira en mis palabras.

Ella suelta una risa amarga, un sonido que me duele físicamente.

—Por favor, no me tomes por tonta. Sé que me deseas. Lo vi en tus ojos en la ducha, lo veo cada vez que me miras cuando crees que no me doy cuenta.

Su franqueza me descoloca. Por un momento, no sé qué decir. Todos mis años de entrenamiento, todas mis habilidades para mantener la calma en situaciones de tensión, parecen evaporarse frente a esta mujer. Chiara aprovecha mi silencio para acercarse más, invadiendo mi espacio personal.

—Admítelo, Enzo —susurra, su aliento cálido contra mi piel—. Admite que me deseas tanto como yo te deseo a ti.

Está tan cerca que puedo oler su perfume, una mezcla embriagadora. Puedo sentir el calor de su cuerpo, ver cada peca en su rostro, cada matiz en sus ojos. Mis defensas se tambalean. Quiero ceder, quiero tomarla entre mis brazos y besarla hasta que ambos olvidemos quiénes somos y por qué esto está mal.

Chiara se inclina hacia mí, sus labios a centímetros de los míos. Puedo sentir la suavidad de su piel, la calidez de su respiración. Por un instante, estoy a punto de sucumbir. Mi cuerpo se inclina hacia ella por voluntad propia, atraído como un imán.

Pero entonces, como un relámpago, recuerdo quién soy, cuál es mi deber. Veo el rostro de Adriano en mi mente, el hombre que me salvó, que me dio una vida, un propósito. Veo los peligros que acechan en cada esquina de nuestro mundo, las amenazas que constantemente se ciernen sobre la familia Caruso.

El miedo y la ira se apoderan de mí. Miedo por lo que podría pasar si me permito este momento de debilidad. Ira contra mí mismo por desear algo que nunca podré tener.

Me yergo, apartándome bruscamente de ella. Veo el dolor y la sorpresa en sus ojos, y me odio por causarlo. Pero es mejor así. Tiene que serlo.

—Basta, Chiara —digo, mi voz más dura de lo que pretendía—. Esto no puede ser.

—¿Por qué no? —pregunta ella, su voz temblorosa pero desafiante—. Sé que sientes algo por mí,

Enzo. ¿Por qué no podemos...?

—Porque no —la interrumpo, las palabras saliendo de mi boca antes de que pueda detenerlas—. Tú eres la hermana de Adriano, yo soy solo un empleado. Esto —hago un gesto entre nosotros— nunca podrá ser. Te lo dije en casa y te lo repito ahora. No te veo de esa manera.

Chiara me mira, sus ojos ardiendo con una mezcla de dolor y determinación.

—Eso es una excusa y lo sabes. Enzo, por favor...

La frustración y el miedo me hacen decir cosas que no debería. Palabras diseñadas para hierirla, para alejarla, porque es la única forma en que puedo protegerla. De mí mismo, de este mundo, de todo.

—Céntrate en el perfecto y precioso Aleksander, Chiara. Él es lo que necesitas, lo que mereces. Y mantente alejada de mí.

Veó cómo mis palabras la hieren, cómo sus ojos se llenan de lágrimas que se niega a derramar. El dolor en su mirada es como un puñetazo en el estómago. Quiero consolarla, decirle que lo siento, que no lo digo en serio. Que la amo más de lo que he amado a nadie en mi vida, que daría cualquier cosa por poder estar con ella.

Pero me mantengo firme. Es mejor así, me repito. Mejor un corazón roto ahora que una vida de peligro y decepción. Mejor que me odie a que termine herida, o peor, por mi culpa.

—Eres un cobarde, Enzo Falcone —dice Chiara finalmente, su voz fría como el hielo—. Y algún día te arrepentirás de esto.

Se da la vuelta y entra al baño, dejándome solo en el pasillo. Me apoyo contra la pared, sintiendo cómo el peso de mis decisiones me aplasta. El silencio del pasillo es ensordecedor, roto solo por el latido de mi corazón y el eco lejano de la música de la gala.

Tiene razón. Soy un cobarde. Pero es mejor ser un cobarde vivo que un hombre muerto. Y si algo le pasara a Chiara por mi culpa... No podría vivir conmigo mismo.

Cierro los ojos, intentando recuperar el control. Pero todo lo que veo es el rostro de Chiara, herido y traicionado. Todo lo que siento es el fantasma de su cercanía, el calor de su cuerpo que casi tuve entre mis brazos.

Respiro hondo, una, dos, tres veces. Recompongo mi expresión, enderezó mi postura. Soy Enzo Falcone, el ejecutor de la familia Caruso. No puedo permitirme estos momentos de debilidad.

Vuelvo a mi puesto, consciente de que la noche aún es larga. Tengo un trabajo que hacer, una misión que cumplir. No importa cuánto me duela, no importa cuánto desee que las cosas fueran diferentes.

Mientras observo desde mi rincón, veo a Chiara emerger del baño. Su maquillaje está impecable, su sonrisa es radiante. Nadie adivinaría el momento que acabamos de compartir. La veo dirigirse directamente hacia Aleksander, tomarlo del brazo, reír de algo que él dice.

Cada risa, cada sonrisa, es como un cuchillo en mi corazón. Pero me lo merezco. Este es el precio que debo pagar por mi lealtad, por mi deber. Por ser el asesino que soy.

Porque soy Enzo Falcone, el ejecutor de la familia Caruso. Y el amor no tiene lugar en mi vida.

Aunque mi corazón se rompa un poco más con cada latido.

CAPÍTULO 16

ENZO

El silencio de mi habitación me está volviendo demente. Llevo días sin pegar ojo, dando vueltas en la cama como un gilipollas. Chiara me está volviendo loco y ni siquiera está haciendo nada. Ese es el puto problema.

Desde la gala, se ha vuelto... distante. Ya no hay noches de póker, ni charlas hasta las tantas. Nada. Es como si yo no existiera y joder, duele más de lo que estoy dispuesto a admitir.

Ayer por la mañana, me la crucé en la cocina. Estaba preparándose un café, con esa camiseta enorme que usa como pijama y que le deja los hombros al descubierto. Antes, me habría sonreído, me habría preguntado si quería una taza. Quizás incluso se habría burlado de mis ojeras. Pero no. Ni siquiera me miró. Cogió su taza y se largó sin decir una sola palabra.

Y luego está lo de anoche. Aleksander vino a cenar y Chiara parecía otra persona. Riéndose de sus chistes, tocándole el brazo como si nada. Joder, incluso le preparó tiramisú que sabe que me encanta. ¿Desde cuándo cocina Chiara?

No lo soporto más. Necesito salir de aquí, hacer algo, lo que sea. Miro el reloj: las cinco de la mañana. Perfecto, el gimnasio estará vacío a estas horas.

Me visto rápido y bajo al gimnasio del edificio. Como esperaba, está desierto. Mejor. No estoy de humor para aguantar a nadie.

Empiezo con la cinta, corriendo como si pudiera dejar atrás todos mis problemas. Pero por mucho que corra, la imagen de Chiara sonriéndole a Aleksander no se va de mi cabeza. ¿Es esto lo que quería? ¿Que pasara de mí? Pues enhorabuena, Enzo, lo has conseguido. Eres un puto genio.

Después de media hora, paso a las pesas. Necesito sentir el dolor físico, algo que me distraiga del caos en mi cabeza. Cargo más peso del habitual en la barra. Mientras hago la primera serie de press de banca, escucho voces que se acercan.

—Te digo que Dmitry se está ablandando —dice una voz que reconozco como la de Sergei, uno de los lugartenientes de Dmitry—. Ya no es el mismo de antes.

—Baja la voz, joder —responde otra voz, que creo que es de Pavel—. ¿Quieres que te oiga todo el mundo?

Me quedo quieto, conteniendo la respiración. Los dos entran en el gimnasio, pero se detienen al verme. Les saludo con un gesto de cabeza y sigo con mis ejercicios, como si no hubiera escuchado nada.

Pavel e Igor se van a la zona de las máquinas, lejos de mí, pero aun así puedo oír fragmentos de su conversación.

—...reunión esta noche...

—...ver quién está de nuestro lado...

—...si Dmitry se entera...

Mierda. Esto es serio. No son solo rumores como creí la vez anterior, ahora está claro que están planeando algo contra Dmitry. Y de repente, como un puñetazo en la cara, recuerdo lo que me dijo Adriano al inicio de todo esto: que Dmitry creía que podía tener ratas en su organización.

Termino mi entrenamiento lo más rápido que puedo sin levantar sospechas. Necesito hablar con el Pakhan ya.

Mientras me ducho, mi mente no para de dar vueltas. Si hay inestabilidad en la organización rusa, nuestra alianza podría irse a la mierda. Y eso pondría en peligro a Chiara. Joder, ¿cómo no lo he pensado antes? Si esto se va a la mierda, Chiara podría acabar en medio del fuego cruzado.

Me visto a toda prisa y subo directamente al despacho de Dmitry. Sé que es temprano, pero esto no puede esperar. Golpeo la puerta y entro cuando escucho su voz.

Dmitry está sentado tras su escritorio, con una taza de café en la mano y el ceño fruncido mientras lee unos documentos. Levanta la vista cuando entro, sorprendido de verme tan temprano.

—Falcone —dice—. ¿Qué ocurre?

Le cuento lo que he oído en el gimnasio, sin entrar en detalles sobre quiénes eran. Veo cómo su expresión se endurece con cada palabra.

—Ya veo —dice cuando termino—. Gracias por la información, Enzo.

Se levanta y camina hacia la ventana, dándome la espalda. Por un momento, solo se escucha el tictac del reloj en la pared.

—Necesito que estés atento —dice finalmente, girándose para mirarme—. Parece que se relajan en tu presencia al no pertenecer directamente a la organización. Cualquier información que puedas recoger será valiosa.

Asiento, pero dudo un momento antes de hablar.

—Dmitry, mi prioridad es la seguridad de Chiara. No puedo descuidar esa misión.

Dmitry me mira fijamente, como evaluándose. Luego asiente.

—Lo entiendo. No te estoy pidiendo que investigues activamente. Solo que mantengas los ojos y los oídos abiertos. Si oyes algo más, házmelo saber de inmediato.

—Por supuesto —respondo—. Te mantendré informado de cualquier cosa que descubra.

Cuando salgo de su despacho, me siento... no sé, ¿aliviado? Por fin tengo algo en lo que centrarme que no sea solo Chiara y toda esta mierda emocional. Pero al mismo tiempo, la preocupación me corroe. Si esto se descontrola, Chiara podría estar en peligro.

Vuelvo a nuestro lado del piso, necesito pensar. ¿Cómo puedo proteger a Chiara si ella ni siquiera quiere estar cerca de mí? Joder, si tan solo pudiera hablar con ella, explicarle...

Pero no. No puedo. Es mejor así, me repito por enésima vez. Mejor que me odie a que la ensucie con mi mierda.

Al entrar en la sala de estar, el sonido de risas me golpea como un puñetazo en el estómago. Y ahí están otra vez: Chiara y Aleksander, sentados en el sofá. Ella lleva puesto ese vestido marrón que me encanta, el que resalta el color de sus ojos. Están demasiado cerca para mi gusto, y Chiara ríe de algo que él ha dicho, tocándole el brazo con una familiaridad que me revuelve las tripas.

Aprieto los puños, sintiendo cómo la rabia y los celos me corroen por dentro. Quiero separarlos, decirle a Chiara que tenga cuidado, que las cosas se están poniendo feas. Pero no puedo. No tengo derecho.

Me dirijo a mi habitación, cerrando la puerta quizás con demasiada fuerza. Me paso las manos por el pelo, frustrado. Tengo que centrarme. Chiara está pasando de mí, vale. Duele como mil demonios, pero quizás sea lo mejor. Al menos así estará a salvo de mí, de lo que soy, de lo que hago.

Me siento en el borde de la cama, intentando poner en orden mis pensamientos. Tengo que encontrar una manera de mantenerla a salvo sin que se dé cuenta de lo mucho que me afecta su cercanía con Aleksander. De vigilarla sin que parezca que la estoy acosando más allá de mi deber como guardaespaldas. Y al mismo tiempo, tengo que estar atento a cualquier movimiento

sospechoso de la gente de Dmitry.

Joder, ¿en qué momento se complicó todo tanto? Hace una semana, mi mayor preocupación era no demostrar cuanto me afectaba Chiara cuando se paseaba en pijama por la cocina. Y ahora... ahora tengo que lidiar con una posible guerra entre mafias y con el corazón hecho pedazos.

Pero no tengo opción. Aunque eso signifique que nunca volveré a ver esa sonrisa dirigida a mí.

Me levanto, decidido. No puedo cambiar lo que ha pasado, pero puedo controlar lo que hago a partir de ahora. Voy a mantener a Chiara a salvo, aunque sea lo último que haga. Y si para eso tengo que tragarme mis sentimientos y ver cómo es feliz con Aleksander, que así sea.

Porque al final del día, lo único que importa es que ella esté bien. Y si eso significa que yo tenga que sufrir en silencio, que así sea. Después de todo, ¿no es eso lo que he estado haciendo toda mi vida?

CAPÍTULO 17

CHIARA

El Río Chicago brilla bajo las luces de la ciudad, un espejo negro que refleja los rascacielos y el cielo nocturno. La brisa juega con mi pelo mientras Aleksander y yo caminamos por el muelle, acercándonos al barco casino. Su mano descansa ligeramente en mi espalda, un toque tan sutil que apenas noto. No como el de Enzo, que siempre parece quemar a través de la tela cuando me toca, enviando escalofríos por mi columna.

Basta, Chiara. Se supone que no debes estar pensando en él.

No solo te ha rechazado una vez. ¡Han sido dos! Dios, soy tan ingenua. Está claro que para él no es suficiente con la atracción para acercarse a mí.

Intento concentrarme en el momento, en la noche, en el hombre a mi lado. Aleksander es todo lo que debería desear: guapo, simpático, poderoso. Y, sin embargo, aquí estoy, con la mente perdida en pensamientos de otro.

—¿Te gusta? —pregunta Aleksander, señalando el barco que se acerca. Es una visión impresionante, todo luces y cristal, un palacio flotante que promete una noche de lujo y emoción.

—Es... impresionante —respondo, intentando infundir entusiasmo en mi voz. Y lo es, supongo. Objetivamente, es hermoso. Pero no puedo evitar que mi mente divague hacia noches más simples, más íntimas. Noches de póker en casa, con Enzo...

No. Para. Enzo no existe esta noche. Ni ninguna otra. Debo recordarme lo mucho que lo odio y que ya me ha rechazado dos veces. No pienso darle la opción de que pueda hacerlo una tercera vez.

—Cuando me dijiste que te gustaba jugar al póker, supe que tenía que traerte aquí —dice Aleksander, con una sonrisa que pretende ser encantadora. Y lo es, supongo. Si te van los tipos rubios de ojos azules con sonrisas de anuncio de dentífrico.

Intento devolverle la sonrisa, recordando esa conversación. Había mencionado el póker casi sin pensar, un recuerdo escapándose antes de que pudiera atraparlo. Un recuerdo de noches de risas, de miradas cómplices sobre las cartas, de la voz grave de Enzo diciendo «hora de pagar».

Mierda. Otra vez pensando en él.

Mientras nos acercamos a la pasarela, no puedo evitar sentir una punzada de culpabilidad. Aleksander se ha esforzado por organizar esta noche, por impresionarme. Y aquí estoy yo, incapaz de apreciar completamente sus esfuerzos porque mi mente insiste en volver a un hombre que me ha dejado claro que no me quiere. Por mucho que mi corazón entero le pertenezca.

Subimos a bordo y el interior del barco es aún más ostentoso que el exterior. Lámparas de cristal cuelgan del techo, derramando una luz dorada sobre la moqueta roja. Mesas de juego se extienden en todas direcciones, rodeadas de gente elegantemente vestida. El tintineo de las fichas y el murmullo de las conversaciones llenan el aire, creando una atmósfera de anticipación y emoción.

Es como entrar en otro mundo, uno hecho de lujo y excesos. Un mundo muy diferente al que estoy acostumbrada, a pesar de la riqueza de mi familia. Nuestro lujo siempre ha sido más... discreto.

—Vamos a por unas fichas —propone Aleksander, guiándome hacia el mostrador.

Asiento y le sigo, muy consciente de la presencia de Enzo justo detrás de nosotros. No le miro, me niego a darle esa satisfacción, pero puedo sentir su mirada clavada en mi nuca. Es como si tuviera un sexto sentido para él, siempre sé dónde está, siempre soy consciente de su presencia.

Mientras Aleksander compra las fichas, dejo que mi mirada vague por el casino. Hay gente de todo tipo: hombres con trajes caros y mujeres con vestidos de diseñador, turistas con camisas hawaianas, parejas jóvenes que parecen tan fuera de lugar como yo me siento. Me pregunto cuántos de ellos están aquí por negocios menos legales que el simple juego.

—¿Lista para ganar? —la voz de Aleksander me devuelve a la realidad. Tiene un montón de fichas en las manos y una sonrisa expectante en el rostro.

—Siempre —respondo, forzando una sonrisa.

Nos dirigimos a una mesa de póker y el croupier nos da la bienvenida con un gesto de la cabeza. Tomo asiento, consciente de que Enzo se ha colocado a unos metros, en una posición desde la que puede ver toda la mesa y las entradas más cercanas. Siempre alerta, siempre vigilante. Siempre tan terriblemente profesional.

El croupier reparte las cartas e intento concentrarme en el juego, en las apuestas, en los faroleos. Soy buena en esto. Pero ahora, cada vez que rozo las cartas, recuerdo las manos de Enzo barajando, sus dedos largos y ágiles...

—¿Chiara? —la voz de Aleksander me saca de mis pensamientos—. Es tu turno.

Cielos. Miro mis cartas, intentando recordar qué estaba pasando en la partida. Tengo una pareja de reyes, no está mal. Hago una apuesta, esperando no haber cometido un error.

La partida continúa y yo sigo en piloto automático. Gano algunas manos, pierdo otras, pero mi mente está en otra parte. En el hombre que está de pie a unos metros, vigilante, serio. El hombre que me apartó como si fuera una niña tonta.

Ni siquiera tiene la decencia de parecer incómodo. Está ahí, tan profesional como siempre, como si no pasara nada. Como si no hubiera estado a punto de besarme hace unas semanas. Como si no me hubiera mirado en la ducha como si quisiera devorarme.

—Buena jugada —dice Aleksander, cuando gano una mano particularmente grande. Su mano se posa sobre la mía, un toque que supongo que debería ser reconfortante, quizás incluso seductor. Pero todo lo que puedo pensar es en lo diferente que se siente de la mano de Enzo.

Intento concentrarme en Aleksander, en su sonrisa, en la forma en que sus ojos brillan cuando gana una mano. Es guapo, no puedo negarlo. Y parece genuinamente interesado en mí. Debería estar emocionada, ¿no? Debería estar disfrutando de esto, de la atención, del juego.

Pero cada risa de Aleksander suena hueca en mis oídos. Cada sonrisa que le devuelvo se siente como una máscara. Y cada vez que miro las cartas, todo lo que puedo ver son los ojos verdes de Enzo, su media sonrisa cuando tenía una buena mano, la forma en que fruncía el ceño cuando intentaba adivinar mi farol.

Cielos, ¿cómo he llegado a esto? ¿Cómo he pasado de estar loca por un hombre que no me quiere a fingir que me interesa otro que no deseo?

La partida se alarga y yo cada vez me siento más incómoda. El vestido que antes me parecía perfecto ahora pica y aprieta. Las luces del casino, que al principio eran deslumbrantes, ahora me dan dolor de cabeza. Y la charla constante de Aleksander, sus intentos de impresionarme, solo me hacen desear el silencio cómodo que solía compartir con Enzo.

—¿Quieres tomar un poco el aire? —pregunta Aleksander después de un rato—. Pareces un poco... distraída.

Asiento, agradecida por la excusa para salir de aquí. Necesito alejarme de Enzo, de su mirada, de su presencia que parece llenar todo el maldito barco. Pero también necesito alejarme de Aleksander,

de su atención constante, de la presión que siento por corresponder a sus avances.

Salimos a la cubierta y el aire fresco de la noche me golpea la cara. Respiro hondo, intentando aclarar mi mente. Chicago se extiende ante nosotros, un mar de luces y sombras. Por un momento, me permito olvidarme de todo.

—Es una vista preciosa, ¿verdad? —dice Aleksander, acercándose a mí.

—Sí, lo es —respondo, y esta vez no tengo que fingir el asombro en mi voz.

Aleksander se gira hacia mí, sus ojos brillando bajo las luces del barco. Se acerca más, y sé lo que va a pasar. Debería quererlo, ¿no? Aleksander es guapo, es rico, es poderoso. Es todo lo que debería desear.

Pero cuando se inclina para besarme, todo mi cuerpo grita en protesta. No es él, no es Enzo, no es...

—Chiara —la voz de Enzo corta el aire como un cuchillo, cargada de una intensidad que hace que mi corazón se acelere—. Disculpa la interrupción, pero tu hermano acaba de llamar. Dice que es urgente.

El alivio que siento es tan intenso que casi me mareo. Aleksander se aparta, desconcertado, y yo... yo no sé si quiero gritarle a Enzo o abrazarle. Probablemente las dos cosas.

—Lo siento, Aleksander —digo, intentando sonar decepcionada—. Tengo que atender esto.

Pero lo único que siento es alivio.

Algo que no pienso demostrarle a Enzo.

ENZO

El tintineo de las fichas y las risas de los jugadores son como cuchillos en mis oídos. Llevo toda la noche en un infierno personal, observando a Chiara con Aleksander, luchando contra el impulso de arrancarla de sus brazos. Cada segundo es una tortura, cada minuto una eternidad.

Veó cómo Aleksander la toca, cómo le susurra al oído, cómo la hace reír. Y con cada gesto, siento que algo dentro de mí se rompe un poco más. La rabia y los celos me consumen, nublando mi juicio, haciendo que me cueste respirar.

Mía. Es mía. El pensamiento se repite en mi mente como un mantra enloquecedor.

Aprieto los puños con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos. El dolor de mis uñas clavándose en las palmas es lo único que me mantiene anclado a la realidad, que me impide cruzar la sala y reclamar lo que siento que me pertenece.

Me repito una y otra vez que esto es lo que quería, que es lo mejor para ella. Que Aleksander puede darle una vida que yo nunca podré ofrecerle. Pero cada fibra de mi ser se rebela contra esa idea.

Los veo levantarse de la mesa de póker y dirigirse hacia la cubierta. Los sigo como una sombra, manteniendo la distancia profesional, pero con todos mis sentidos en alerta máxima. Cada movimiento de Chiara, cada susurro del viento en su pelo, cada destello de luz en sus ojos... todo me llama, me atrae como un imán.

El aire fresco de la noche parece aliviar un poco la tensión, pero solo por un momento. Veó cómo Aleksander se acerca a ella, cómo sus ojos brillan con intención. Y sé lo que va a pasar. Lo he sabido toda la noche, me he estado preparando para ello. Pensaba que podría soportarlo, que podría ver a Chiara en brazos de otro hombre.

Qué iluso.

Cuando Aleksander se inclina para besarla, algo dentro de mí explota. La rabia, los celos, el deseo contenido... todo estalla en un instante de pura agonía. Es como si alguien hubiera prendido fuego a mi sangre. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, estoy interrumpiéndolos, mi voz ronca y cargada de una intensidad que apenas reconozco.

—Chiara —gruño más que hablo—. Disculpa la interrupción, pero tu hermano acaba de llamar. Dice que es urgente.

Veo el alivio en sus ojos, y eso solo alimenta el fuego en mi interior. La tomo del brazo, quizás con más fuerza de la necesaria, y la guío hacia el interior del barco. Lejos de Aleksander, lejos de miradas curiosas. Necesito alejarla de él, necesito... no sé qué necesito, pero siento que voy a explotar si no hago algo.

En cuanto alcanzamos un pasillo desierto, me giro hacia ella. Estamos tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo, oler su perfume. Es intoxicante.

—¿De verdad ibas a dejar que te besara? —las palabras salen de mi boca como un torrente incontrolable, cargadas de rabia y celos—. ¿Ibas a dejar que tocara los labios que me pertenecen?

Chiara suelta un jadeo sorprendido, sus ojos abriéndose de par en par. Y eso es todo lo que necesito. Toda mi resistencia, todo mi autocontrol, se desvanecen en un instante.

La tomo entre mis brazos y la beso como si mi vida dependiera de ello. No es un beso dulce ni tierno. Es hambriento, desesperado, cargado de toda la frustración y el deseo que he estado reprimiendo durante tanto tiempo. Mis manos se enredan en su pelo, atrayéndola más cerca, como si quisiera fundirme con ella.

Y Chiara... Dios, Chiara me devuelve el beso con la misma intensidad. Sus manos se aferran a mi camisa, su cuerpo se arquea contra el mío. Gimo contra sus labios, perdiéndome en su sabor, en su calor. Es mejor de lo que jamás había imaginado, y he imaginado este momento mil veces.

El mundo a nuestro alrededor desaparece. No hay nada más que Chiara, sus labios, su piel, su aroma. Mis manos recorren su espalda, memorizando cada curva, cada línea. La presiono contra la pared, devorando sus labios como un hombre sediento que por fin encuentra agua.

—Chiara —murmuro contra sus labios, su nombre una plegaria y una maldición al mismo tiempo—. Me estás volviendo loco.

El beso se vuelve más intenso, más desesperado. Años de deseo reprimido, de anhelo silencioso, explotan en este momento. Mi lengua se desliza contra la suya, explorando, reclamando. Chiara gime suavemente, y el sonido envía escalofríos por mi columna.

Mis labios abandonan su boca para trazar un camino ardiente por su mandíbula, su cuello. Quiero marcarla, reclamarla como mía. Necesito que todos sepan que me pertenece, que yo le pertenezco. Chiara inclina la cabeza, dándome mejor acceso, sus manos tirando de mi pelo.

—Enzo... —suspira, y mi nombre en sus labios suena como la más dulce de las melodías.

Vuelvo a capturar sus labios, incapaz de saciarme de ella. Mis manos recorren sus costados, acariciando, explorando. Siento como si estuviera en llamas, consumido por un deseo que amenaza con devorarme por completo.

—Eres mía —gruño contra sus labios, mi voz ronca de deseo—. Dilo, Chiara. Di que eres mía.

—Soy tuya —jadea ella, sus ojos brillando con una mezcla de deseo y algo más profundo—. Siempre he sido tuya, Enzo.

Sus palabras encienden algo primitivo dentro de mí. La beso con renovada pasión, mis manos

recorriendo su cuerpo con abandono. Quiero memorizar cada centímetro de ella, quiero grabar este momento en mi mente para siempre.

El deseo me nubla la mente, hace que olvide dónde estamos, quiénes somos. En este momento, no soy el ejecutor de la familia Caruso, no soy un asesino con las manos manchadas de sangre. Soy solo un hombre enamorado, desesperado por la mujer en sus brazos.

Y entonces...

El sonido de disparos corta la noche como un cuchillo, rompiendo la burbuja de pasión en la que nos habíamos sumergido.

Nos separamos abruptamente, la realidad cayendo sobre nosotros como un balde de agua fría. En un instante, el amante apasionado desaparece, reemplazado por el guardaespaldas entrenado.

Empujo a Chiara detrás de mí, mi cuerpo convirtiéndose en un escudo. Mis ojos escanean el pasillo, buscando la fuente del peligro, mi mano ya en mi arma. El contraste entre la pasión de hace un momento y la tensión actual es vertiginoso.

—¿Qué está pasando? —susurra Chiara, su voz teñida de miedo.

—No lo sé —respondo, mi mente trabajando a toda velocidad—. Pero voy a mantenerte a salvo. Pase lo que pase.

El caos estalla a nuestro alrededor. Gritos y más disparos llenan el aire. Y mientras sostengo a Chiara cerca, protegiéndola con mi cuerpo, sé que todo ha cambiado.

Nada volverá a ser igual después de esta noche. Y que Dios ayude a quien intente lastimarla, porque no tendré piedad.

CAPÍTULO 18

ENZO

El mundo se mueve en cámara lenta y a toda velocidad al mismo tiempo.

—¡Al suelo! —grito, mi voz ronca por la adrenalina. Mis ojos escanean frenéticamente el área, buscando la amenaza, cada fibra de mi ser en alerta máxima.

Recorro el pasillo y me acerco a la ventana que me da una clara vista de la cubierta.

Es entonces cuando lo veo: un punto rojo bailando sobre el pecho de Aleksander. Un francotirador. Mi corazón se detiene por un segundo antes de acelerar a un ritmo frenético.

Salgo corriendo para alcanzarlo.

—¡Aleksander, abajo! —vocifero, pero uno de sus guardaespaldas ya está en movimiento, reaccionando con una velocidad que solo viene de años de entrenamiento.

El guardaespaldas se lanza sobre Aleksander, derribándolo justo cuando suena otro disparo. El sonido retumba en mi pecho, haciendo que me estremezca. Veo a Aleksander caer, agarrándose el brazo. Herido, pero vivo. El alivio me inunda por un segundo, pero no hay tiempo para relajarse.

No hay tiempo para pensar. Mi entrenamiento se hace cargo, años de experiencia tomando el control de mis acciones. Localizo el origen de los disparos: una figura en las sombras del nivel superior del barco. La adrenalina corre por mis venas, agudizando mis sentidos.

—¡Chiara, quédate aquí! —ordeno, mi voz no admite discusión. La miro a los ojos, intentando transmitirle toda la seriedad de la situación—. No te muevas hasta que yo regrese. ¿Entendido?

Veo el miedo en sus ojos, pero también determinación. Asiente brevemente. Quiero besarla, abrazarla, prometerle que todo estará bien. Pero no hay tiempo.

Sin esperar más, me lanzo hacia adelante. Veo por el rabillo del ojo a los otros guardaespaldas moviéndose también, convergiendo hacia el atacante. Nos movemos como una unidad bien engrasada, cada uno conociendo su papel sin necesidad de palabras.

Subimos las escaleras de tres en tres, nuestros pasos resonando en el metal. El tirador intenta huir, pero estamos en todas partes. Lo acorralamos contra la barandilla, cerrando todas sus vías de escape.

—¡Suelta el arma! —grito, mi propia pistola apuntando directamente a su cabeza. Puedo sentir el sudor corriendo por mi espalda, mi pulso acelerado, pero mi mano está firme.

Por un segundo, creo que va a resistirse. Veo la duda en sus ojos, el cálculo. Pero entonces, lentamente, deja caer el rifle. El sonido del arma golpeando el suelo es casi ensordecedor en el silencio repentino.

Viktor uno de los guardaespaldas de Aleksander lo derriba de una patada, inmovilizándolo contra el suelo. Mientras lo esposamos, mi mente ya está trabajando a toda velocidad. ¿Quién es? ¿Por qué Aleksander? ¿O el objetivo era Chiara?

El pensamiento hace que mi sangre se hiele. Chiara. La imagen de ese punto rojo sobre ella en lugar de Aleksander me golpea con fuerza, haciendo que me sienta enfermo.

—Aseguradlo —ordeno a los otros guardaespaldas, mi voz tensa.

Me giro para irme, pero luego me detengo. Miro al tirador, que ahora yace inmóvil en el suelo, rodeado de guardaespaldas. Me agacho, acercando mi rostro al suyo.

—Si descubro que ibas tras Chiara —susurro, mi voz cargada de una amenaza apenas velada—, querrás morir rápidamente.

Me enderezo y me dirijo hacia las escaleras.

—Yo voy por Chiara y Aleksander. Aseguren el perímetro y preparen los coches. Nos vamos en cinco minutos.

Bajo las escaleras de dos en dos, mi corazón latiendo con fuerza. Cada segundo lejos de Chiara se siente como una eternidad. La encuentro donde la dejé, pálida pero ilesa. El alivio que siento es tan intenso que por un momento me mareo.

Aleksander está sentado en el suelo, presionando su brazo sangrante. Su rostro está pálido, pero sus ojos están alerta. Bien. No necesitamos que entre en *shock* ahora.

—Necesitamos salir de aquí, ahora —digo, tomando a Chiara de la mano. Su tacto me ancla, me recuerda por qué hago todo esto—. ¿Puedes caminar? —le pregunto a Aleksander. Él asiente, poniéndose de pie con ayuda de su guardaespaldas.

Salimos del barco en tiempo récord, nuestros vehículos ya esperando. El viaje de regreso a la casa es tenso, silencioso. Chiara no suelta mi mano en todo el trayecto, y yo no puedo dejar de pensar en lo cerca que estuvo todo de salir terriblemente mal. Cada semáforo en rojo, cada giro, me pone más tenso. Siento como si tuviéramos un blanco pintado en el coche.

Una vez en la seguridad de la casa, me aseguro de que Aleksander reciba atención médica. El médico de la familia ya está esperando, discreto y eficiente. Mientras lo atienden, me retiro a mi habitación para llamar a Dmitry. Necesita saber lo que ha pasado, y necesitamos un plan.

La conversación es breve pero intensa. Puedo sentir la tensión en la voz de Dmitry incluso a través del teléfono.

—¿Estás seguro de que Aleksander era el objetivo? —pregunta, su voz tensa.

—No al cien por cien —admito, pasándome una mano por el pelo—. Pero el láser estaba sobre él cuando lo vi. Aunque no puedo descartar que Chiara también fuera un objetivo.

Hay un largo silencio al otro lado de la línea. Casi puedo ver a Dmitry frotándose el puente de la nariz, como le he visto hacer cuando está estresado.

—Esto cambia las cosas, Enzo —dice finalmente—. Si alguien se está atreviendo a atacarnos tan abiertamente...

—Lo sé —interrumpo, la gravedad de la situación pesando sobre mí—. La seguridad de Chiara y Aleksander es ahora más importante que nunca. Necesitamos reforzar todas nuestras medidas.

—Exacto —dice Dmitry—. Voy para allá ahora mismo. Necesito ver la situación con mis propios ojos.

—Entendido —respondo—. Ah, y Dmitry ... tenemos al tirador.

Puedo sentir la sorpresa y la satisfacción en su voz cuando responde.

—Buen trabajo, Enzo. Asegúrate de que esté listo para hablar cuando llegue.

Termino la llamada y me quedo mirando el teléfono por un momento. La situación es grave, más de lo que ninguno de nosotros esperaba. Alguien se ha atrevido a atacarnos en público, a poner en peligro no solo a Aleksander, sino potencialmente a Chiara. Esto no puede quedar sin respuesta.

Me giro y me encuentro a Chiara de pie en la puerta de mi habitación. No la oí llegar, lo cual es una muestra de lo distraído que estoy. Parece pequeña, vulnerable, tan diferente de la mujer apasionada que besé hace apenas unas horas. El contraste hace que mi corazón se encoja.

—Enzo... —comienza, pero se detiene, como si no supiera qué decir. Veo el miedo en sus ojos, pero también determinación. Es más fuerte de lo que cree.

En dos zancadas estoy frente a ella. La tomo en mis brazos, abrazándola con fuerza. Siento cómo

tiembla ligeramente contra mí, y desearía poder absorber todo su miedo, toda su preocupación.

—Estás a salvo —murmuro en su pelo, inhalando su aroma. Huele a flores y a Chiara—. No voy a dejar que nada te pase, lo juro por mi vida.

Ella se aferra a mí como si fuera su ancla en medio de una tormenta. Y quizás lo soy. Quizás siempre lo he sido.

—Tengo miedo, Enzo —susurra contra mi pecho—. No por mí, sino por ti. Por Aleksander. Por todos nosotros.

Me aparto ligeramente para mirarla a los ojos. Tomo su rostro entre mis manos, acariciando suavemente sus mejillas con mis pulgares.

—Escúchame bien, Chiara —digo, mi voz suave pero firme—. Vamos a superar esto. Todos nosotros. No voy a permitir que nada malo te pase a ti o a nadie más. ¿Me entiendes?

Ella asiente, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas. Quiero besarla, quiero borrar todo el miedo y la preocupación de su rostro. Pero ahora no es el momento. Hay demasiado en juego, demasiado que hacer.

—Dmitry viene en camino —le informo—. Necesito que te quedes en tu habitación hasta que yo regrese. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Sí —responde, su voz apenas un susurro—. Pero, Enzo... prométeme que tendrás cuidado.

—Lo prometo —digo, y sello la promesa con un beso en su frente.

La acompaño a su habitación, asegurándome de que esté cómoda antes de irme. Tengo que revisar a Aleksander, preparar al prisionero para el interrogatorio, coordinar con el resto del equipo de seguridad. La noche será larga, y presiento que es solo el comienzo.

Mientras camino por el pasillo, mi mente ya está trabajando en planes y estrategias. Quien sea que esté detrás de esto, sea cual sea su objetivo, han cometido un grave error. Han puesto en peligro a Chiara.

Y yo, Enzo Falcone, no soy un hombre que perdone fácilmente. Encontraré a los responsables, y cuando lo haga, desearán nunca haberse cruzado en mi camino.

Porque ahora, más que nunca, tengo algo por lo que luchar. Algo que proteger. Y que Dios ayude a cualquiera que se interponga en mi camino.

CAPÍTULO 19

ENZO

El sótano está en penumbra, iluminado solo por una bombilla desnuda que cuelga del techo. El aire es denso, cargado de tensión y miedo. Dmitry está de pie frente a mí, su silueta recortada contra la tenue luz. Sus ojos, normalmente fríos y calculadores, ahora brillan con una mezcla de rabia y preocupación.

—Enzo —dice, su voz baja y tensa, casi un susurro—. Necesito tu ayuda.

Me enderezo, todos mis sentidos en alerta. Dmitry no es un hombre que pida ayuda a la ligera. Si lo está haciendo ahora, la situación debe ser más grave de lo que pensaba.

—No puedo confiar en nadie de mi organización en este momento —continúa, pasándose una mano por el rostro en un gesto inusual de vulnerabilidad—. Necesito que me asistas en el interrogatorio.

Entiendo inmediatamente lo que me está pidiendo. Es necesario para proteger a Chiara y lo haré sin dudar. Tal y como lo hago siempre, aunque eso implique mancharme las manos de sangre.

—Por supuesto, Dmitry —respondo, mi voz firme a pesar de la inquietud que siento.

Dmitry asiente, una sombra de alivio cruzando su rostro por un instante antes de que su máscara de dureza vuelva a caer en su lugar.

—Bien —dice—. Empecemos.

Las siguientes horas son un borrón de gritos, sudor y sangre. El atacante es resistente, tengo que reconocérselo. Pero como he aprendido a lo largo de los años, todos tienen un punto de quiebre. Es solo cuestión de encontrarlo.

Dmitry lidera el interrogatorio, sus preguntas son como cuchillos, precisas y afiladas. Yo me mantengo en segundo plano, interviniendo solo cuando es necesario. Añadiendo mi punto de crudeza cuando hace falta. Conozco muchas torturas que son bastante novedosas y siempre hacen que los hombres se sientan mucho más abiertos a colaborar.

Finalmente, después de lo que parecen días, pero probablemente solo han sido unas horas, obtenemos la información que necesitamos. Nombres, fechas, lugares. Un mapa de la conspiración que se ha estado tramando bajo las narices de Dmitry. No son muy listos, no deberían de haberle dado acceso a tanta información a un hombre que se quiebra tan fácilmente. Yo moriría sin dudarlo por una causa que me pareciese justa. Moriría sin dudarlo por Chiara y ni todas las torturas del mundo podrían hacerme dudar.

Cuando todo termina, me siento exhausto física y mentalmente. El sabor metálico de la bilis se asienta en mi garganta, un recordatorio amargo de lo que acabo de hacer.

—Buen trabajo —dice Dmitry, poniendo una mano en mi hombro—. Ve a descansar. Yo me encargaré del resto.

Asiento en silencio y salgo del sótano. Necesito aire fresco, necesito un momento para recomponerme. Mis pasos me llevan automáticamente hacia la enfermería. Quiero revisar cómo está Aleksander, asegurarme de que su herida no es grave. Es lo mínimo que puedo hacer.

Abro la puerta sin pensar y me quedo congelado en el umbral. La escena frente a mí me deja sin aliento, como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Aleksander está en la cama de la enfermería, pero no está solo. Hay un enfermero arrodillado

frente a él que le está haciendo una mamada. Me toma un segundo procesar lo que estoy viendo, mi mente negándose a aceptar la realidad frente a mis ojos.

—¿Pero qué coño...? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, cargadas de sorpresa y confusión.

Aleksander y el otro hombre se separan de golpe, como si los hubiera electrocutado. El pánico en los ojos de Aleksander es evidente, mezclado con algo que parece... ¿vergüenza? ¿resignación?

La rabia me inunda, caliente y abrasadora. No por lo que acabo de ver, me da igual lo que le guste a Aleksander, sino por lo que implica. Por todas las mentiras, por el peligro en el que ha puesto a Chiara.

—¿Cómo cojones puedes tener los huevos de cortejar a Chiara cuando...? —No puedo terminar la frase, la ira ahogando mis palabras.

Aleksander se pasa una mano por el rostro, luciendo derrotado. Sus hombros se hunden, como si todo el peso del mundo hubiera caído sobre él de repente.

—Enzo, yo... —comienza, su voz apenas un susurro—. He intentado negarlo, joder. He intentado que me guste Chiara, de verdad. Pero no puedo cambiar lo que soy. Lo que siento.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. La rabia inicial se desvanece lentamente, reemplazada por una mezcla de confusión y, sorprendentemente, alivio. Un alivio que me hace sentir culpable casi de inmediato.

Aleksander me mira, una sonrisa triste en su rostro.

—No me digas que no estás feliz, tío. Sé que estás enamorado de Chiara. Me he dado casi cuenta desde el primer día por la forma en que la miras.

Sus palabras me golpean como un puño en el estómago. ¿Tan obvio soy? ¿Tan transparente en mis sentimientos que, hasta Aleksander, un hombre que apenas conozco, ha podido verlo?

No puedo encontrar las palabras para responder. Mi mente es un torbellino de pensamientos y emociones contradictorias. En su lugar, me doy la vuelta y salgo de la habitación, cerrando la puerta tras de mí con más fuerza de la necesaria.

El pasillo está desierto, el silencio roto solo por el sonido de mis pasos apresurados y mi respiración agitada. Mi mente no deja de dar vueltas mientras camino sin rumbo fijo. El alivio de saber que Aleksander no es una amenaza para mi relación con Chiara se mezcla con la preocupación por las implicaciones de este secreto. ¿Cómo afectará esto a la alianza entre nuestras familias? ¿Qué pasará cuando Dmitry se entere?

Y luego está la verdad que Aleksander ha expuesto tan crudamente. Estoy enamorado de Chiara y sé que no voy a permitir que esté con otro. Ya no puedo negarlo, ni siquiera a mí mismo. El pensamiento me aterroriza y me emociona a partes iguales.

Me detengo frente a una ventana, mirando sin ver realmente la ciudad. El reflejo que me devuelve el cristal es el de un hombre agotado, con los ojos atormentados por secretos y verdades incómodas.

¿Cómo hemos llegado a esto? Hace apenas unas semanas, mi mayor preocupación era mantener mis sentimientos por Chiara bajo control. Y ahora... ahora estoy hasta el cuello en conspiraciones, secretos y mentiras.

Cierro los ojos, respirando profundamente. Necesito calmarme, necesito pensar con claridad. Hay demasiado en juego como para dejarme llevar.

Cuando abro los ojos de nuevo, mi reflejo en el cristal me devuelve una mirada determinada. Sí, las cosas se han complicado. Sí, hay secretos y peligros acechando en cada esquina. Pero mi

prioridad sigue siendo la misma: proteger a Chiara.

Con un último suspiro, me aparto de la ventana y me dirijo a mi habitación. Necesito descansar, necesito estar en plena forma para lo que sea que nos depare el mañana.

Porque tengo el presentimiento de que esto es solo el comienzo. Y que Dios nos ayude a todos cuando la verdad salga a la luz.

CHIARA

La oscuridad de mi habitación parece engullirme. Estoy tumbada en la cama, hecha un ovillo, con las rodillas pegadas al pecho como si quisiera hacerme lo más pequeña posible. Quizás así pueda desaparecer, fundirme con las sábanas y olvidar todo lo que ha pasado esta noche.

Los disparos siguen resonando en mis oídos. Cada vez que cierro los ojos, veo el caos, el pánico, la sangre. Aleksander herido. Enzo, mi Enzo, convirtiéndose en una máquina de matar para protegernos.

Pero antes de eso... antes de que todo se fuera al traste, hubo un momento. Un momento perfecto que ahora parece un sueño lejano. El beso.

Inconscientemente, mis dedos rozan mis labios, recordando la sensación de los de Enzo contra los míos. Dios, fue como si el mundo entero se detuviera. Como si todo lo demás desapareciera y solo quedáramos él y yo. Sus manos en mi pelo, su cuerpo presionado contra el mío, el sabor de sus labios... Fue el momento más maravilloso de mi vida.

Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, todo se rompió.

¿Cómo pueden la felicidad y el terror estar tan cerca el uno del otro?

Un escalofrío me recorre la espalda y me acurruco aún más. ¿Cómo ha podido cambiar todo tan rápido? Hace unas horas estaba en sus brazos, sintiendo que por fin todo encajaba. Y ahora...

El sonido de la puerta abriéndose me saca de mis pensamientos. No necesito girarme para saber quién es. Reconocería esos pasos en cualquier parte.

—Chiara —la voz de Enzo es suave, casi un susurro—. ¿Estás despierta?

Asiento en silencio, sin confiar en mi voz para hablar. Siento cómo se acerca a la cama, puedo imaginar su expresión de preocupación sin necesidad de verla.

—Solo quería comprobar cómo estabas —dice, y hay algo en su tono, una vulnerabilidad que no estoy acostumbrada a oír en él.

Me giro lentamente para mirarlo. Está de pie junto a la cama, su figura recortada contra la tenue luz que entra por la ventana. Parece cansado, más mayor de lo que es. La culpa me golpea al darme cuenta de que probablemente no ha descansado nada, ocupado protegiendo a todos.

—Enzo... —mi voz suena ronca, como si no la hubiera usado en días—. ¿Te puedes quedar?

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlas. Por un momento, temo haber cruzado una línea. Espero que se tense, que se excuse y se vaya. Pero para mi sorpresa, asiente.

—Claro —dice simplemente.

Le veo quitarse los zapatos y, tras un momento de duda, también la chaqueta. Luego, con movimientos lentos, como si temiera asustarme, se tumba en la cama detrás de mí.

Por un instante, nos quedamos así, separados por unos centímetros que parecen kilómetros. Puedo sentir el calor de su cuerpo, oír su respiración. Y entonces, como si hubiera tomado una decisión, Enzo se acerca y me rodea con sus brazos.

Encajo perfectamente contra su pecho, como si nuestros cuerpos hubieran sido diseñados para estar así. Su abrazo es fuerte, protector, y por primera vez desde que sonaron los disparos, me siento segura.

—Estás a salvo —murmura contra mi pelo—. No voy a dejar que nada te pase.

Las lágrimas que he estado conteniendo toda la noche finalmente se desbordan. Lloro en silencio, mi cuerpo temblando con sollozos contenidos. Enzo no dice nada, solo me abraza con más fuerza, una mano acariciando suavemente mi brazo.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Podría haber sido minutos u horas. Poco a poco, mis lágrimas se secan y mi respiración se calma. El calor de Enzo, el ritmo constante de su corazón contra mi espalda, actúan como un bálsamo para mis nervios destrozados.

—Gracias —susurro finalmente.

Siento cómo Enzo niega con la cabeza.

—No tienes que agradecerme nada.

Quiero decirle tantas cosas. Quiero preguntarle por qué me rechazó antes, por qué ahora está aquí, qué significa todo esto. Quiero preguntarle si ese beso significó tanto para él como para mí. Pero el cansancio me pesa en los párpados y las palabras mueren en mis labios.

Mientras me dejo llevar por el sueño, envuelta en los brazos de Enzo, pienso que quizás, solo quizás, algo bueno puede salir de toda esta locura. Porque aquí, en este momento, con el recuerdo de ese beso perfecto y la promesa de su abrazo, todo parece posible.

Y con ese pensamiento, me dejo caer en un sueño profundo, soñando que Enzo estará ahí cuando despierte.

CAPÍTULO 20

ENZO

Me despierto lentamente, envuelto en una calidez que no reconozco al principio. Abro los ojos y me encuentro con la visión más hermosa del mundo: Chiara, dormida entre mis brazos. Su rostro está relajado, libre de las preocupaciones que la atormentaban anoche. Un mechón de pelo negro cae sobre su mejilla y, sin pensarlo, alargo la mano para apartarlo suavemente.

Joder, es preciosa. Y yo soy un cabrón por estar aquí, por permitirme este momento de debilidad. No la merezco, no merezco su confianza ni su cariño. Mis manos están manchadas de sangre, mi alma está podrida. Debería alejarme, mantener la distancia que he intentado imponer desde el principio.

Pero no puedo.

Me quedo un rato más, observándola dormir, grabando cada detalle en mi memoria. Sé que no debería, que esto solo hará las cosas más difíciles, pero soy demasiado débil para resistirme.

Finalmente, con un suspiro, me levanto con cuidado de no despertarla. Antes de irme, no puedo evitar acariciar su mejilla con el dorso de la mano. Es un gesto pequeño, casi imperceptible, pero para mí significa el mundo.

Salgo de su habitación en silencio y me dirijo a la mía. Necesito una ducha y ropa limpia antes de enfrentarme a lo que sea que nos depare el día. Mientras el agua caliente cae sobre mí, intento aclarar mis pensamientos. Tengo que centrarme, joder. La situación es demasiado peligrosa como para permitirme distracciones.

Pero no puedo evitar que mi mente vuelva al beso de anoche. La forma en que sus labios se amoldaron a los míos, el sabor de su boca, la suavidad de su piel bajo mis manos... Mierda. ¿Cómo van a estar las cosas entre nosotros ahora? Tengo miedo de dejarme llevar, de perder el control que tanto me ha costado mantener.

Una vez vestido y más o menos presentable, salgo en busca de Dmitry. Lo encuentro en su despacho, inclinado sobre unos papeles con el ceño fruncido. Justo cuando estoy a punto de hablar, mi teléfono suena. Es Adriano.

—Buenos días, jefe —contesto, poniendo el altavoz para que Dmitry también pueda oír.

—Enzo —la voz de Adriano suena tensa—. ¿Cómo está todo por allí? ¿Chiara está bien?

—Está bien —respondo, intentando mantener un tono neutral—. Asustada, pero ilesa. Todos lo estamos.

Adriano suelta un suspiro de alivio.

—Bien. He estado pensando en lo que me contaste anoche. Creo que lo mejor es llevar a Chiara y a Aleksander a un lugar seguro hasta que sepamos qué coño está pasando.

Miro a Dmitry, que se inclina hacia el teléfono.

—Tengo una casa cerca de Marquette, en la península superior de Michigan —dice—. Nadie fuera de mi círculo más cercano sabe de su existencia.

—Perfecto —dice Adriano—. ¿Cuánto se tarda en llegar allí en coche?

Dmitry hace un rápido cálculo.

—Unas seis horas, dependiendo del tráfico. Pueden salir hoy mismo si es necesario.

—Hacedlo —ordena Adriano—. Enzo, quiero que vayas con ellos. Eres el único en quien confío

plenamente para proteger a mi hermana.

—Y al mío, mientras yo me encargo de limpiar la mierda de mi organización —añade Dmitry entre dientes apretados.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Si supieran lo que pasó anoche, lo cerca que estuve de cruzar una línea... Pero asiento, porque tienen razón. Tenemos que alejarlos de aquí.

—Por supuesto —digo—. Me encargaré de que lleguen sanos y salvos.

Dmitry se pasa una mano por el rostro, la preocupación evidente en sus ojos.

—Adriano, hay algo más que debes saber —dice, su voz grave—. Ya he puesto a mi gente de confianza tras las ratas. Los que ahora sé que son leales están trabajando para dismantelar esta conspiración desde dentro.

—¿Y los traidores? —pregunta Adriano, su voz fría como el hielo.

Dmitry esboza una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—Me encargaré de ellos personalmente. Nadie amenaza a mi familia y sale impune.

Puedo ver la furia apenas contenida en los ojos de Dmitry. Es la mirada de un hombre dispuesto a todo por proteger a los suyos. Me recuerda a la mirada que vi en el espejo esta mañana.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —pregunto, evaluando mentalmente nuestras opciones.

Dmitry considera la pregunta por un momento.

—Un par de semanas, como mucho. Para entonces será seguro que vuelvan.

Adriano suelta un gruñido de aprobación.

—Bien. Enzo, ¿crees que puedes mantenerlos a salvo durante ese tiempo?

—Con mi vida —respondo sin dudarlo.

—Excelente —dice Adriano—. Dmitry, ¿necesitas algo de nuestra parte?

Dmitry niega con la cabeza.

—Tengo esto bajo control. Vosotros concentraos en mantener a Chiara y a Aleksander a salvo. Yo me encargaré de limpiar este desastre.

—De acuerdo —dice Adriano—. Mantenedme informado de cualquier novedad. Y Enzo... —hace una pausa, y puedo sentir el peso de sus siguientes palabras—. Cuida de mi hermana.

—Lo haré —prometo, sintiendo el peso de esa responsabilidad sobre mis hombros.

Terminamos la llamada y nos quedamos en silencio por un momento. Finalmente, Dmitry habla.

—Enzo, sé que esto es mucho pedir, pero...

—No tienes que decirlo —le interrumpo—. Haré todo lo que sea necesario para mantenerlos a salvo. A ambos.

Dmitry asiente, el alivio evidente en su rostro.

—Gracias. Y... cuida también de mi hermano, ¿vale? Sé que Aleksander puede ser... complicado a veces, pero es mi familia.

Asiento, recordando lo que vi en la enfermería. Las cosas van a ser jodidamente complicadas, pero no tengo elección. Tengo que mantenerlos a salvo, a ambos, sin importar lo que cueste.

—Lo haré —prometo—. Ahora, será mejor que empecemos a prepararlo todo. Tenemos un largo viaje por delante.

Mientras salgo del despacho de Dmitry para empezar los preparativos, no puedo evitar pensar en Chiara. En cómo reaccionará cuando le diga que tenemos que irnos, en cómo serán estos días aislados juntos.

Y luego está Aleksander. Después de lo que vi anoche en la enfermería, ¿cómo vamos a manejar esta situación? ¿Cómo voy a proteger a Chiara no solo del peligro externo, sino también de la verdad? Espero que no esté interesado en él. No solo porque no puede darle lo que ella necesita, sino porque me gustaría poder ser yo el que se lo diese.

Sacudo la cabeza, intentando apartar esos pensamientos. Tengo que mantener la cabeza fría. La seguridad de Chiara y Aleksander es lo único que importa ahora. Todo lo demás, mis sentimientos, mis deseos... todo eso tiene que esperar.

Pero una pequeña parte de mí, esa parte que se permitió besarla anoche, no puede evitar sentir una chispa de esperanza. Quizás, solo quizás, este tiempo juntos nos dé la oportunidad de... No. No puedo permitirme pensar así. Tengo que ser fuerte, tengo que resistir la tentación de dejarme llevar.

Con un suspiro, me dirijo a prepararlo todo. Sea lo que sea que nos depare el futuro, estaré listo para enfrentarlo. Por Chiara. Siempre por Chiara.

CHIARA

Me despierto sintiendo un cosquilleo en la mejilla. Abro los ojos justo a tiempo para ver a Enzo apartando su mano de mi cara. Su mirada... nunca le había visto mirarme así. Hay algo en sus ojos, una mezcla de ternura y tormento que me deja sin aliento.

Finjo seguir dormida mientras él se levanta con cuidado y sale de la habitación. En cuanto la puerta se cierra, me incorporo, mi mente dando vueltas.

¿Qué ha pasado esta noche? Primero ese beso que me hizo tocar el cielo, luego el ataque, y ahora... ahora Enzo durmiendo conmigo, abrazándome toda la noche como si su vida dependiera de ello.

Me toco los labios, recordando la sensación de los suyos. Fue increíble. Pero, ¿qué pasará ahora? ¿Volverá a hacer como que no somos nada el uno para el otro? ¿Como si ese beso no hubiera significado nada?

Con un suspiro, me levanto y me dirijo al baño. Necesito una ducha para aclarar mis ideas. Mientras el agua cae sobre mí, no puedo evitar preguntarme cómo serán las cosas entre nosotros a la luz del día.

Una vez aseada y vestida, salgo de mi habitación y me dirijo a la cocina del ático. Me sorprende encontrar a Aleksander allí, sentado a la mesa con una taza de café intacta frente a él. Parece... derrotado. No es la imagen del hombre seguro y encantador que he conocido estas semanas.

—Buenos días —digo, acercándome a la cafetera—. ¿Estás bien?

Aleksander levanta la vista y esboza una sonrisa que no llega a sus ojos. —Buenos días, Chiara. Físicamente, estoy bien. Mentalmente... —se encoge de hombros—. Estoy hecho un lío.

Me siento frente a él, preocupada.

—¿Qué quieres decir?

Suelta un suspiro pesado.

—No soy capaz de defenderme, Chiara. Anoche... me sentí tan inútil. Siempre estoy escondido detrás de mi hermano y de los guardaespaldas, ¿sabes? Y eso me molesta. Ni Dmitry me toma en serio, ni yo mismo lo hago.

Sus palabras me sorprenden. Nunca le había visto así de vulnerable.

—Pero eres bueno en los negocios, ¿no? Eso es importante.

Asiente, pero su expresión sigue siendo amarga.

—Sí, soy bueno con los números, con las estrategias... pero cuando se trata de defenderme, de proteger a los que me importan... no sirvo para nada.

Estoy a punto de responder cuando la puerta de la cocina se abre. Enzo y Dmitry entran, sus rostros serios.

—Buenos días —dice Dmitry—. Tenemos que hablar.

Enzo me mira por un segundo antes de apartar la vista rápidamente. Siento una punzada de decepción. Parece que volvemos a la normalidad, después de todo.

—¿Qué pasa? —pregunto, intentando mantener mi voz firme.

—Os vamos a llevar a un lugar seguro —dice Enzo—. Una casa cerca de Marquette, en Michigan. Estaréis allí hasta que las cosas se calmen aquí.

Mi corazón da un vuelco. ¿Enzo y yo solos en una casa? Bueno, con Aleksander, pero aun así... La idea me emociona más de lo que debería.

—Me parece perfecto —digo, quizás demasiado rápido.

Aleksander, sin embargo, no parece compartir mi entusiasmo. Se levanta de golpe, sus ojos fijos en su hermano.

—¿Qué? ¿Me vas a esconder otra vez, Dmitry? ¿Crees que no puedo manejar esto?

Dmitry frunce el ceño.

—Aleksander, esto es por tu seguridad.

—¡Mi seguridad! —Aleksander suelta una risa amarga—. ¿O es porque no confías en mí para manejar esta situación? Siempre es lo mismo contigo. Siempre me tratas como a un niño inútil.

—No es eso —intenta Dmitry, pero Aleksander le interrumpe.

—¡Sí lo es! Siempre lo ha sido. Soy tu hermano, joder. ¿Cuándo vas a empezar a tratarme como a un igual?

La tensión en la cocina es palpable. Miro a Enzo, buscando... no sé el qué. Él me devuelve la mirada por un instante, y veo en sus ojos la misma confusión que siento yo.

Dmitry da un paso hacia su hermano.

—Aleksander, por favor. Esto no se trata de confianza. Se trata de manteneros a salvo.

Pero Aleksander ya está saliendo de la cocina, empujando a su hermano al pasar.

—Lo que tú digas, Dmitry. Como siempre.

La puerta se cierra de golpe tras él, dejándonos a todos en un silencio incómodo.

Dmitry suelta un suspiro cansado.

—Preparad vuestras cosas —dice finalmente—. Salís en una hora.

Mientras voy a mi habitación para hacer la maleta, no puedo evitar pensar en lo que acaba de pasar. En la frustración de Aleksander, en la preocupación de Dmitry... y en Enzo.

Siempre en Enzo.

¿Qué nos depararán estos días juntos? Solo el tiempo lo dirá. Pero una cosa es segura: no permitiré que las cosas sigan igual.

CAPÍTULO 21

ENZO

Me siento tras el volante del SUV, intentando mantener mi mente enfocada en la carretera y no en la mujer sentada a mi derecha. Una parte de mí desearía no haber visto lo que vi en la enfermería. No haber descubierto que Aleksander no desea a Chiara, que no le interesa lo más mínimo. Porque ahora... ahora siento que tengo vía libre para estar con ella.

Y eso me aterra.

Lo cierto es que, en el fondo de mi mente, siempre he sabido que Aleksander no era una verdadera amenaza. Pero tenerlo como excusa, como barrera entre Chiara y yo, me hacía sentir seguro e iracundo a partes iguales. Nada es sencillo cuando se trata de Chiara. Ahora esa barrera ya no existe.

Las seis horas de viaje se hacen eternas. La tensión en el SUV es palpable, como una nube oscura que nos envuelve a todos. Aleksander está en el asiento trasero de nuestro coche, su rabia por la falta de confianza de su hermano emanando de él en oleadas. De vez en cuando, nuestras miradas se cruzan en el espejo retrovisor. La suya está llena de desconfianza, temeroso de que revele lo que vi en la enfermería.

Viktor y Sergei, los guardaespaldas de Aleksander, nos siguen en el otro SUV. Su presencia añade otra capa de complejidad a nuestra situación. Son profesionales, sí, pero también son los ojos y oídos de Dmitry. Me pregunto cuánto saben realmente sobre lo que está pasando.

Chiara, sin embargo, parece ajena a toda esta tensión. Su rostro refleja una mezcla de emoción y curiosidad por la aventura que tenemos por delante. Su alegría es lo único que me mantiene cuerdo durante este viaje interminable.

Porque yo... yo estoy aterrorizado. Tengo pánico de no conseguir controlarme. De sucumbir a mis deseos, a mis sentimientos por ella. Cada vez que gira su cabeza hacia mí, cada vez que me sonrío o me hace una pregunta inocente sobre el viaje, siento que mi resolución se debilita un poco más.

Hacemos una parada a mitad de camino para estirar las piernas, ir al baño y comer algo rápido en un restaurante de carretera. Ver a Chiara moverse con tanta naturalidad, riendo de algún chiste tonto que ha hecho para aligerar el ambiente, me hace darme cuenta de lo profundamente colgado que estoy de ella. Viktor y Sergei mantienen una vigilancia discreta, sus ojos siempre atentos a nuestro entorno.

Y eso solo hace que todo sea más difícil.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, llegamos a la cabaña. Es un lugar hermoso, aislado, rodeado de bosque. En otras circunstancias, podría ser el escenario perfecto para una escapada romántica.

Pero no estamos aquí para eso.

Mientras observo a Chiara y Aleksander bajarse del coche y mirar a su alrededor con asombro, no puedo evitar reflexionar sobre cómo mi vida ha dado un giro tan drástico por segunda vez en pocas semanas. Viktor y Sergei comienzan inmediatamente a asegurar el perímetro, su profesionalidad evidente en cada movimiento.

Primero, la llegada de Chiara puso mi mundo patas arriba, desafiando todo lo que creía saber sobre mí mismo y mis límites. Y ahora... ahora estoy aquí, en medio de la nada, con la mujer que

amo, un hombre que guarda un secreto que podría destruirlo todo, y dos guardaespaldas que añaden otra capa de complejidad a nuestra situación.

Los retos que me esperan en esta cabaña no son los que imaginaba. Más que proteger a Chiara de peligros externos, voy a tener que protegerla de mí mismo. De todo lo que siento por ella. De este amor que amenaza con consumirme por completo.

Porque lo más peligroso aquí no son los enemigos que puedan venir a buscarnos. Nadie sabe que este lugar existe. Lo más peligroso soy yo, y lo que siento por ella.

Y mientras los veo entrar en la cabaña, cargando con sus maletas y sus propios secretos, me pregunto si seré lo suficientemente fuerte para mantener a raya mis sentimientos. Si seré capaz de protegerla no solo de los peligros del mundo exterior, sino también de la intensidad de mi amor por ella.

Solo el tiempo lo dirá. Y eso, más que nada, es lo que más me aterra.

CAPÍTULO 22

CHIARA

La cabaña es... impresionante. No hay otra palabra para describirla. Mientras subimos por el camino de tierra, rodeados de pinos y abedules, la veo aparecer frente a nosotros como sacada de un cuento de hadas.

Es una estructura de madera rústica, perfectamente integrada en el paisaje. Está situada en lo alto de un acantilado, con una vista panorámica del Lago Superior que me deja sin aliento. Enzo menciona que estamos a unos veinte minutos en coche al norte de Marquette, pero bien podríamos estar en el fin del mundo.

Lo primero que noto es el silencio. Un silencio roto solo por el canto de los pájaros y el susurro del viento entre los árboles. Es tan diferente del constante ruido de la ciudad que por un momento me siento desorientada.

El amplio porche que rodea la cabaña tiene varias mecedoras de madera. Me imagino sentada allí, observando el atardecer sobre el lago, y no puedo evitar sonreír. Hay un muelle privado que se adentra en el agua cristalina del lago, invitándome a explorar.

Dentro, la cabaña es cálida y acogedora. Hay una gran sala de estar con una chimenea de piedra, una cocina rústica pero bien equipada, y varias habitaciones. Enzo nos asigna nuestros cuartos y no puedo evitar notar que ha elegido para sí mismo la habitación más alejada de la mía.

—Tu habitación está aquí, Chiara —dice Enzo, señalando una puerta cerca de la sala de estar—. Aleksander, tú estarás en la de al lado. Viktor y Sergei compartirán la habitación del fondo del pasillo.

—¿Y tú? —pregunto, intentando que mi voz no revele mi decepción.

—Yo tomaré la habitación del ático —responde, evitando mi mirada—. Desde allí tendré una mejor vista del perímetro.

Intento no sentirme herida por eso, pero es difícil. Después de lo que pasó en Chicago, después de ese beso que me hizo tocar el cielo, después de dormir en sus brazos... ¿ahora vuelve a alejarse? La frustración se mezcla con la tristeza en mi pecho.

Los primeros dos días pasan en una especie de nebulosa. Aleksander apenas habla, encerrándose en su habitación la mayor parte del tiempo. Viktor y Sergei mantienen una presencia silenciosa pero constante. Y Enzo... Enzo parece estar en todas partes y en ninguna al mismo tiempo. Siempre vigilante, siempre cerca, pero manteniendo una distancia que me duele más de lo que quiero admitir.

Lo veo patrullar el perímetro de la cabaña, revisar las ventanas, hablar en voz baja con Viktor y Sergei. Pero cuando intento acercarme, cuando intento iniciar una conversación, siempre encuentra una excusa para alejarse. Es como si hubiera construido un muro invisible entre nosotros, y no sé cómo derribarlo.

La tercera noche, durante la cena, decido que ya he tenido suficiente. No puedo soportar más esta tensión, este silencio.

—Necesitamos un plan —digo de repente, rompiendo el silencio que se ha instalado en la mesa—. Algo que hacer. No podemos seguir así, encerrados y sin hablarnos.

Aleksander levanta la vista de su plato, una chispa de interés en sus ojos por primera vez en días. Enzo me mira con una mezcla de sorpresa y... ¿es eso admiración?

—¿Qué sugieres? —pregunta Enzo, su voz suave.

Miro a Aleksander, esperando que proponga algo, pero él solo se encoge de hombros y vuelve a su comida. Bien, supongo que depende de mí.

—He leído que se pueden ver auroras boreales desde aquí —digo, la idea formándose en mi mente mientras hablo—. ¿Por qué no vamos a buscarlas?

Veo cómo la idea toma forma en sus mentes. Aleksander parece intrigado, y hasta Viktor y Sergei intercambian una mirada de interés.

—Es peligroso salir... —empieza Enzo, pero le interrumpo.

—Estaremos juntos. Tú y los chicos pueden protegernos —digo, mirándole directamente a los ojos.

Veo la lucha en sus ojos, el deseo de mantenerme a salvo luchando contra la lógica de mi argumento.

—Chiara, entiendo que quieras salir, pero vuestra seguridad es lo primero —insiste Enzo—. No sabemos quién podría estar ahí fuera.

—¿Y qué sugieres? ¿Que nos quedemos aquí encerrados hasta que nos volvamos locos? —replico, la frustración tiñendo mi voz—. Enzo, nadie sabe que estamos aquí. Nadie va a saber que salimos por unas horas.

—Tiene razón —interviene Aleksander, sorprendiéndonos a todos—. No podemos vivir con miedo eternamente.

Enzo mira a Viktor y Sergei, buscando apoyo, pero ambos parecen estar de acuerdo conmigo.

—Podríamos hacer un reconocimiento previo del área —sugiere Viktor—. Asegurarnos de que es seguro antes de llevarlos.

Veo cómo Enzo considera la idea, su ceño fruncido en concentración. Finalmente, suelta un suspiro de derrota.

—Está bien —cede—. Pero necesitaremos prepararnos adecuadamente. El clima puede ser traicionero aquí.

Sonrío, emocionada por primera vez en días.

—Perfecto. Prepararos, chicos. En dos días, nos vamos de caza de auroras.

—¿Dos días? —pregunta Enzo, alzando una ceja—. ¿Por qué no mañana?

—Porque necesitamos planear esto bien —respondo—. Quiero que sea perfecto. No quiero regresar sin haberlas visto y tengo que investigar en Internet.

Mientras recogemos los platos, noto que el ambiente ha cambiado. Hay una energía nueva, una anticipación que no estaba allí antes. Incluso Aleksander parece más animado, discutiendo con Viktor sobre el mejor equipo para la expedición.

—Necesitaremos ropa abrigada —dice Sergei—. Las noches pueden ser muy frías, incluso en esta época del año.

—Y linternas —añade Aleksander—. No queremos tropezar en la oscuridad.

Escucho sus sugerencias mientras organizo la ruta, mi mente ya planeando todos los detalles. Quizás podamos llevar una manta para sentarnos, tal vez incluso un termo con chocolate caliente...

De repente, siento una presencia detrás de mí. Me giro y me encuentro cara a cara con Enzo. Está tan cerca que puedo oler su colonia, ese aroma que me vuelve loca.

—Chiara —dice en voz baja—. ¿Estás segura de esto?

Le miro a los ojos, esos ojos que han estado evitándome durante días.

—Sí, Enzo. Estoy segura. Necesitamos esto. Todos lo necesitamos.

Por un momento, veo un destello del hombre que me besó hace unos días, del hombre que me abrazó toda la noche. Su mano se levanta, como si quisiera tocarme, pero se detiene a medio camino.

—Solo... prométeme que me harás caso si sucede algo —dice finalmente.

—Siempre —respondo con una sonrisa—. Además, te tendré a ti para protegerme, ¿no?

Algo parpadea en sus ojos, una emoción que no puedo descifrar. Asiente una vez y luego se aleja, dejándome con una mezcla de esperanza y frustración.

No puedo evitar pensar en lo que podría significar esta excursión. Quizás, bajo la luz mágica de las auroras boreales, Enzo finalmente baje sus defensas. Quizás podamos hablar, realmente hablar, sobre lo que está pasando entre nosotros.

Porque tiene que haber algo, ¿verdad? No puedo haber imaginado la intensidad de ese beso, la ternura de su abrazo. El Enzo que conocí en Chicago tiene que seguir ahí, escondido detrás de este muro de profesionalidad y distancia. Por mucho que él niegue sentirse atraído por mí, su cuerpo cuenta otra historia.

Y estoy determinada a encontrarlo, sin importar lo que cueste.

Con esa resolución en mente, me dirijo a mi habitación para empezar a planear nuestra aventura. Mañana será un día ocupado, lleno de preparativos. Pero en dos días... en dos días, todo podría cambiar.

Y no puedo esperar.

CAPÍTULO 23

ENZO

El amanecer apenas despunta cuando escucho movimiento en la cabaña. Chiara, por supuesto. Lleva dos días planeando esta excursión con un entusiasmo que me recuerda a un niño en la mañana de Navidad. No puedo evitar sonreír al pensar en su energía contagiosa, aunque rápidamente borro esa sonrisa de mi rostro. No puedo permitirme esos pensamientos.

Bajo las escaleras, preparado para enfrentar el día que nos espera. Chiara ya está en la cocina, moviéndose como un torbellino, preparando el desayuno y revisando por enésima vez el equipo que hemos preparado.

—¡Buenos días, Enzo! —exclama al verme, su sonrisa tan brillante que casi duele mirarla—. ¿Estás listo para nuestra gran aventura?

Asiento, incapaz de no contagiarme un poco de su emoción.

—Buenos días, Chiara. Sí, todo está listo.

Justo entonces, Aleksander aparece en la puerta de la cocina. Su rostro está pálido y parece que ha pasado una mala noche.

—Chicos, lo siento —dice, su voz ronca—. No me encuentro bien. No voy a poder ir de excursión.

Veo cómo la sonrisa de Chiara vacila por un momento, pero rápidamente se recupera. Sé lo mucho que quería hacer esta escapada.

—Oh, no te preocupes, Aleksander, no pasa nada. Iremos en otro momento. Como tenemos todo preparado podemos ir cuando te encuentres mejor —dice, acercándose a él y poniendo una mano en su frente—. Creo que tienes fiebre. Deberías descansar.

Su cara está triste, aunque finge encontrarse bien, y yo me encuentro como un gilipollas queriendo hacer cualquier cosa para cambiar eso. Es increíble el poder que tiene sobre mí. Es increíble lo enamorado que estoy de ella, joder.

Aleksander asiente agradecido y luego, para mi sorpresa, dice:

—Pero vosotros deberíais ir de todos modos. No dejéis que mi malestar arruine los planes.

Antes de que pueda protestar, Chiara se gira hacia mí, sus ojos brillando con determinación.

—Tiene razón, Enzo. Podemos ir nosotros dos solos. Viktor y Sergei pueden quedarse aquí con Aleksander.

Mi mente se llena inmediatamente de todas las razones por las que esto es una mala idea. Chiara y yo, solos, en medio de la naturaleza, bajo el cielo estrellado... Durmiendo solos en una tienda de campaña... Es una receta para el desastre.

—No sé si es una buena idea... —empiezo, pero Chiara me interrumpe.

—Por favor, Enzo —dice, su voz suave pero firme. Una voz a la que me resulta imposible negarle nada. Joder—. Hemos estado planeando esto durante días. No podemos echarnos atrás ahora.

Miro a Aleksander, buscando apoyo, pero él se pone de su parte el muy cabrón.

—Id —dice—. Estaré bien aquí con los chicos.

Me encuentro atrapado, sin excusas válidas para negarme. La idea de pasar todo ese tiempo a solas con Chiara me aterra. Es una muy mala idea. Aquí, rodeados de gente, todavía me cuesta recordar los motivos por los que debía mantenerme alejado de ella... solos, en medio de la jodida nada. Esto

va a ser una puta catástrofe.

—Está bien —cedo finalmente, porque, ¿de verdad tengo otra opción? Voy a permitir que la ilusión de Chiara se destruya. No. No lo voy a hacer —. Iremos nosotros dos.

La sonrisa que Chiara me dedica es tan radiante que por un momento olvido todas mis preocupaciones. Pero rápidamente la realidad vuelve a golpearme.

Mientras terminamos de preparar todo, mi mente no deja de dar vueltas. Esta pequeña escapada se va a convertir en mi infierno personal y lo sé. Tenerla tan cerca, sin nadie más alrededor, bajo el cielo estrellado y la luz mágica de las auroras boreales... ¿Cómo voy a mantener mi distancia? ¿Cómo voy a resistir la tentación de besarla de nuevo, de abrazarla, de decirle todo lo que siento por ella?

Observo a Chiara mientras carga la mochila en el coche, su entusiasmo evidente en cada movimiento. Es tan hermosa, tan llena de vida... Y yo soy un idiota por ponerme en esta situación.

Pero ya es tarde para echarse atrás. En unos minutos estaremos en camino, solos ella y yo, hacia lo desconocido. Y aunque sé que cada minuto será una tortura, una parte de mí no puede evitar anhelar lo que está por venir.

Que Dios me ayude, porque sé que voy a necesitar toda mi fuerza de voluntad para sobrevivir a esta noche sin cometer un error que podría costarnos todo.

CHIARA

No puedo creer que esté pasando. Enzo y yo, solos, de camino a ver las auroras boreales. Mi corazón late con fuerza mientras subimos al coche, una mezcla de emoción y nervios revoloteando en mi estómago.

Es mejor que cualquier fantasía que haya podido tener nunca.

—¿Lista? —pregunta Enzo, su voz grave y seria como siempre.

Asiento con entusiasmo.

—Más que lista. ¡Vámonos!

El viaje en coche comienza en silencio. Enzo mantiene su atención fija en la carretera, sus manos agarrando el volante con tanta fuerza que sus nudillos se vuelven blancos. Yo, por mi parte, no puedo contener mi emoción y empiezo a hablar, señalando cada cosa interesante que veo por la ventana.

—¡Mira ese árbol, Enzo! ¿Has visto alguna vez uno tan grande? —exclamo, señalando un pino enorme que se alza majestuoso junto a la carretera.

Enzo asiente levemente, sus ojos nunca dejando la carretera.

—Es impresionante —admite, su tono aún formal.

Al principio, sus respuestas son cortas, casi monosílabas. Pero no me desanimo. Sigo hablando, compartiendo mis pensamientos sobre el paisaje, sobre nuestra aventura, sobre cualquier cosa que se me ocurra.

Poco a poco, noto cómo se va relajando. Sus hombros ya no están tan tensos, y de vez en cuando incluso me mira de reojo. No sonrío aún, pero puedo ver una chispa de algo —¿interés? ¿diversión? — en sus ojos.

—¿Sabes? —digo después de un rato—. Nunca he acampado antes. Esta es mi primera vez.

Esto parece captar su atención.

—¿En serio? —pregunta, y por primera vez desde que salimos, me mira directamente—. ¿Nunca?

Niego con la cabeza.

—Nunca. Supongo que no es algo que se haga mucho en nuestra... línea de trabajo.

Enzo suelta una pequeña risa, el sonido me sorprende y me encanta a partes iguales.

—Supongo que tienes razón —dice, y noto que su tono es un poco más suave—. Bueno, entonces tendremos que asegurarnos de que sea una buena primera experiencia.

Su comentario me llena de una calidez inesperada. ¿Es esto una grieta en su armadura? ¿Un atisbo del Enzo que conocí en Chicago?

El viaje continúa, y con cada milla que pasa, siento que Enzo se va relajando más. Ya no está tan rígido en su asiento, y de vez en cuando incluso añade algo a mis observaciones sobre el paisaje.

—Ese lago de allí —dice en un momento, señalando con la cabeza—. Es conocido por sus truchas. Quizás podríamos venir a pescar algún día.

Su sugerencia me llena de esperanza. ¿Está pensando en futuras excursiones juntos?

Después de lo que parece un viaje demasiado corto, llegamos al lugar que hemos elegido para acampar. Es un claro hermoso, rodeado de árboles y con una vista perfecta del cielo.

—Bien, vamos a montar la tienda —dice Enzo, sacando el equipo del maletero.

Y aquí es donde empieza la diversión de verdad. Resulta que montar una tienda de campaña es mucho más complicado de lo que parece en los vídeos de YouTube que he estado viendo estos días.

—No, Chiara, ese palo va aquí —dice Enzo, su tono aún serio, pero puedo detectar un toque de diversión en su voz mientras yo lucho con una de las varillas.

—¿Estás seguro? Porque yo creo que... ¡Ups! —La varilla se me escapa de las manos y golpea a Enzo en la cabeza.

Por un momento, nos quedamos congelados, mirándonos el uno al otro. Y entonces, para mi sorpresa y deleite, veo cómo la comisura de sus labios empieza a temblar. Está tratando de contener una sonrisa, puedo verlo.

—Lo siento —digo, mordiéndome el labio para no reír—. ¿Estás bien?

Enzo asiente, y finalmente, finalmente, deja escapar una pequeña risa.

—Estoy bien —dice, frotándose la cabeza—. Pero creo que deberíamos tener más cuidado con esas varillas. Pueden ser armas letales en las manos equivocadas.

Su broma, tan inesperada, me hace estallar en carcajadas. Y para mi deleite, Enzo se une a mí. Es una risa profunda y genuina que nunca le había escuchado antes, y es contagiosa.

Pronto, ambos estamos riendo a carcajadas, sentados en el suelo rodeados de palos y lona.

—Lo siento —digo entre risas, secándome las lágrimas de los ojos—. Creo que no soy muy buena en esto de acampar.

Enzo me mira, y por primera vez desde que salimos de la cabaña, veo verdadera calidez en sus ojos.

—Está bien —dice, todavía sonriendo—. Yo tampoco soy un experto. Aunque estoy seguro de que juntos podremos resolverlo.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, como si lo que acabase de decir significase mucho más. Como si, a pesar de todo lo que él siente que nos separa pudiésemos ser una pareja. El corazón se me acelera y la boca se me seca. Estoy a punto de plantearme la posibilidad de inclinarme y besarlo, cuando él retira la mirada de golpe rompiendo la magia del momento.

Todavía no. Pero tengo la esperanza de que este día juntos, con su noche, haga que pueda acercarme a él. Que al fin me lo permita.

Regresamos a nuestra tarea de montar la tienda, nuestras risas llenando el aire cada vez que algo sale mal. Que es bastante a menudo. Enzo sigue intentando mantener cierta seriedad, pero puedo ver cómo se le escapa una sonrisa cada vez que me tropiezo o digo algo tonto.

—¿Sabes? —digo mientras luchamos con la lona—. Creo que esto es más divertido que si lo hubiéramos hecho bien a la primera.

Enzo me mira, una ceja arqueada.

—Ah, ¿sí? ¿Te divierte mi sufrimiento, Chiara?

Su tono es juguetón, tan diferente de su habitual seriedad que me quedo momentáneamente sin palabras. Pero me recupero rápidamente.

—Oh, vamos —digo, dándole un suave empujón en el hombro—. Admite que te estás divirtiendo.

Por un momento, veo un destello de duda en sus ojos, como si estuviera luchando consigo mismo. Pero entonces, para mi sorpresa y alegría, asiente.

—Tienes razón —admite, su voz suave—. Me estoy divirtiendo.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, logramos montar la tienda. No es la tienda más bonita o estable del mundo, pero es nuestra, y no puedo evitar sentirme orgullosa.

—Lo hicimos —digo, ofreciéndole mi mano para chocar los cinco.

Enzo mira mi mano por un momento, y por un segundo temo que vaya a ignorarla. Pero entonces, con una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco, choca su palma contra la mía.

—Sí, lo hicimos —dice, y hay un tono de satisfacción en su voz que me encanta.

Mientras observamos nuestra obra maestra, no puedo evitar pensar en lo mucho que ha cambiado Enzo en estas pocas horas. Es como si hubiera dejado caer poco a poco esa máscara de seriedad, permitiéndome ver al hombre que hay detrás.

Y me gusta lo que veo. Me gusta mucho.

El sol empieza a ponerse, pintando el cielo de tonos naranjas y rosas. Enzo y yo nos sentamos en silencio, admirando el espectáculo.

—Es hermoso —murmuro, más para mí misma que para él.

—Sí, lo es —responde Enzo, y cuando lo miro, me sorprendo al ver que no está mirando el cielo, sino a mí.

Nuestras miradas se encuentran y por un momento, siento que el tiempo se detiene. Hay algo en sus ojos, una intensidad que me recuerda a esa noche en Chicago, justo antes de que me besara.

Pero entonces Enzo aparta la mirada, aclarándose la garganta.

—Deberíamos preparar algo de cenar —dice, poniéndose de pie—. Va a ser una noche larga si queremos ver las auroras.

Asiento, tratando de ignorar la punzada de decepción. Pero mientras lo veo moverse por nuestro pequeño campamento, preparando todo para la cena, no puedo evitar sonreír.

Porque, aunque Enzo sigue manteniendo cierta distancia, puedo ver que sus muros se están agrietando. Y tengo toda la noche por delante para seguir derribándolos.

Ahora, con la tienda montada y el sol casi desaparecido en el horizonte, solo nos queda esperar a que caiga la noche y, con suerte, ver las auroras boreales. Pero incluso si no las vemos, pienso, esta aventura ya ha valido la pena.

Porque por primera vez desde que llegamos a la cabaña, siento que Enzo y yo estamos conectando de verdad. Y eso, para mí, es más hermoso que cualquier luz en el cielo.

CAPÍTULO 24

ENZO

Cenamos en un silencio agradable, pero joder, cada vez me cuesta más mantener la compostura. Chiara está ahí, tan cerca, tan jodidamente hermosa bajo la luz de la hoguera. Sus ojos brillan con una mezcla de inocencia y picardía que me está volviendo loco. Cada vez que se lleva el tenedor a la boca, no puedo evitar fijarme en sus labios, recordando cómo se sentían contra los míos hace apenas unas noches.

—Oye, Enzo —dice de repente, con esa sonrisa que me desarma—. ¿Qué te parece si nos damos un chapuzón en el lago mientras esperamos las auroras? He leído que son aguas termales.

La miro, incrédulo. ¿Es que no se da cuenta de lo que está diciendo? ¿De lo peligroso que es?

—Chiara —gruño, pasándome una mano por el pelo—, no sabes lo que me estás pidiendo.

Ella se ríe, como si mis palabras fueran un chiste en lugar de una advertencia.

—Además, ¿cómo pretendes que nos bañemos? —pregunto, intentando ser razonable—. No hemos traído bañadores.

Su sonrisa se vuelve traviesa.

—Podemos hacerlo en ropa interior, es como si llevásemos un bañador.

Joder. La imagen mental me golpea como un puñetazo en el estómago. Chiara, en ropa interior, mojada... Noto cómo la excitación se apodera de mí, y tengo que reprimir un gemido.

—Ni de coña —le digo, pero mi voz suena más ronca de lo que me gustaría.

Por supuesto, ella no me hace ni puto caso. En un instante, se ha puesto de pie y está quitándose la ropa. Me quedo paralizado, incapaz de apartar la mirada mientras se desprende de su camiseta, revelando un sujetador de encaje negro que contrasta perfectamente con su piel pálida.

—Vamos, Enzo —me provoca, sus manos jugando con el botón de sus vaqueros—. ¿No me digas que tienes miedo?

Debería darme la vuelta. Debería entrar a la tienda y encerrarme allí hasta que amanezca. Pero no puedo. Mis ojos siguen cada uno de sus movimientos mientras se quita los pantalones, revelando unas bragas a juego con el sujetador. Luego sale corriendo.

—¡Venga! —me grita desde el agua—. ¡Está buenísima!

Sé que debería mantener la distancia. Pero mis pies parecen tener vida propia. Antes de darme cuenta, me estoy quitando la ropa y entrando en el agua.

Está caliente, como ella dijo. Pero no tanto como mi piel cuando Chiara se acerca, salpicándome.

—¡Te pillé! —grita, hundiéndome en el agua.

Emerjo, escupiéndome agua y riéndome a mi pesar.

—Ah, ¿sí? Ya verás.

La persigo por el agua, consciente de cada roce, de cada risa. Finalmente, la atrapo entre mis brazos, su espalda contra mi pecho. Puedo sentir su corazón latiendo tan rápido como el mío.

—Te tengo —murmuro contra su oído.

Ella se gira en mis brazos, sus ojos fijos en los míos. Hay deseo allí, pero también algo más profundo, algo que me asusta y me atrae a partes iguales.

—Siempre me has tenido, Enzo —susurra.

Su frase rompe por completo todas mis barreras. Es todo lo que siempre he querido escuchar de

sus labios, pero con lo que jamás me había atrevido a soñar.

Y entonces, como si fuera lo más natural del mundo, nos estamos besando. Sus labios son suaves, cálidos, con sabor a deseo y promesas. Mis manos recorren su espalda, acercándola más a mí, como si quisiera fundirme con ella.

Es intenso, crudo, apasionado. Todos los sentimientos que he estado reprimiendo explotan de golpe. La beso como si el mundo se estuviera acabando y este fuera nuestro último momento.

Nuestras lenguas se encuentran, bailan, luchan por el dominio. Mis manos se enredan en su pelo mojado, inclinando su cabeza para profundizar el beso. Ella gime en mi boca, y ese sonido enciende un fuego en mi interior que amenaza con consumirlo todo.

Pero entonces, como un rayo de lucidez en medio de la tormenta de deseo, recuerdo dónde estamos, quiénes somos. Y todo lo que no podemos ser.

Me separo bruscamente, jadeando. Chiara me mira, confundida, sus labios hinchados por el beso.

—Enzo... —empieza, pero la interrumpo.

—Tenemos que salir —digo, mi voz ronca—. Vamos a perdernos las auroras boreales.

Es una excusa patética y lo sé. Pero necesito algo, cualquier cosa, para no dejarme llevar. Para no cometer un error del que ambos podríamos arrepentirnos.

Chiara frunce el ceño, claramente frustrada.

—¿Las auroras? ¿En serio, Enzo? ¿Es eso lo que te preocupa ahora?

Niego con la cabeza, incapaz de mirarla a los ojos.

—No es solo eso, Chiara. Esto... nosotros... no puede ser.

—¿Por qué no? —pregunta, su voz un desafío—. ¿Por Adriano? ¿Por tu sentido del deber? ¿O porque tienes miedo?

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Porque tiene razón, joder. Tengo miedo. Miedo de lo que siento por ella, de lo que podría pasar si me dejo llevar.

—No lo entiendes —gruño, pasándome una mano por el pelo mojado—. No es tan simple.

—Lo es si lo permitimos —dice ella, acercándose de nuevo. Su mano acaricia mi mejilla, y tengo que usar toda mi fuerza de voluntad para no inclinarme hacia su toque—. Enzo, yo...

—No —la interrumpo, sabiendo que si dice lo que creo que va a decir, estaré perdido—. No lo digas, Chiara. Por favor.

Veo el dolor en sus ojos, y me odio por ser yo quien lo causa. Pero es mejor así. Tiene que serlo.

—Vamos —digo, tomando su mano y guiándola hacia la orilla—. Hace frío y no queremos perdernos el espectáculo.

Salimos del agua en silencio, la tensión entre nosotros tan densa que casi se puede cortar con un cuchillo. Nos secamos y nos vestimos rápidamente, evitando mirarnos.

Finalmente, nos sentamos junto al fuego, esperando ver las auroras. El silencio se extiende entre nosotros, lleno de palabras no dichas y sentimientos reprimidos.

—Enzo —dice Chiara después de un rato, su voz apenas un susurro—, ¿alguna vez vas a dejar de luchar contra esto?

La miro, viendo la determinación en sus ojos, y siento que algo se rompe dentro de mí. Porque sé que tiene razón. Sé que estoy luchando una batalla perdida.

—No lo sé, Chiara —admito finalmente—. No lo sé.

Y mientras el cielo comienza a iluminarse con los colores etéreos de las auroras, me encuentro preguntándome cuánto tiempo más podré resistir. Porque con cada minuto que paso con ella, mis

defensas se debilitan un poco más.

Y tengo la sensación de que, tarde o temprano, voy a rendirme a lo inevitable.

CHIARA

No me lo puedo creer.

No puedo creer que Enzo haya usado las auroras boreales como excusa para dejar de besarnos. A veces me encantaría matarlo.

Salgo del agua detrás de él, frustrada y excitada a partes iguales. Porque sé que me está mintiendo. Sé que lo desea tanto como yo. Incluso pude sentir lo excitado que estaba mientras nos besábamos en el agua. Su cuerpo no puede mentir, por mucho que su boca lo intente.

Me seco rápidamente y me visto, observándolo de reojo. Está tenso, evitando mirarme directamente. Casi puedo ver los engranajes de su cerebro trabajando a toda velocidad, buscando más excusas para mantener la distancia. Es fascinante y exasperante al mismo tiempo, ver cómo lucha contra sus propios deseos.

Pero no pienso rendirme. No ahora que he estado tan cerca. Porque ese beso... Dios, ese beso ha sido todo lo que he soñado y más. Perfecto. Increíble. Pasional. Como si Enzo por fin hubiera dejado caer esa máscara de tipo duro y me hubiera mostrado lo que realmente siente.

Nos sentamos junto al fuego, esperando las dichas auroras, que antes me moría por ver. El silencio entre nosotros está cargado de tensión sexual, de palabras no dichas. Casi puedo sentir la electricidad en el aire. Es como si todo el bosque contuviera la respiración, esperando a ver qué pasará a continuación.

—Enzo —le digo después de un rato, incapaz de aguantar más el silencio—, ¿alguna vez vas a dejar de luchar contra esto?

Lo veo tensarse aún más, si es que eso es posible. Sus ojos se encuentran con los míos, y por un momento veo toda la lucha interna reflejada en ellos. Es como mirar dentro de un torbellino de emociones: deseo, miedo, culpa, anhelo... todo mezclado en esos ojos verdes que me vuelven loca.

—No lo sé, Chiara —admite finalmente—. No lo sé.

Su respuesta me da esperanzas. No es un no rotundo. Es una puerta entreabierta, y pienso aprovecharla al máximo. Porque si hay algo que he aprendido en la vida, es que una grieta en la armadura es todo lo que se necesita para que eventualmente se derrumbe por completo.

Decido cambiar de estrategia. La paciencia nunca ha sido mi fuerte, pero por Enzo... por Enzo estoy dispuesta a esperar. A seducirlo poco a poco, hasta que no pueda resistirse más. Es como un juego de ajedrez, y aunque él crea que tiene todas las piezas a su favor, no sabe que yo tengo un as bajo la manga: mi determinación.

De repente, el cielo se ilumina con colores etéreos. Las auroras boreales. Tengo que admitir que son impresionantes, un espectáculo de luz y color que parece sacado de un sueño. Pero ni de lejos tan impresionantes como el hombre que tengo al lado.

—Qué frío hace —digo, fingiendo un escalofrío.

Enzo me mira, dudando por un momento. Veo la indecisión en sus ojos, la lucha interna entre lo que quiere hacer y lo que cree que debe hacer. Luego, como si no pudiera evitarlo, me rodea con sus brazos.

—Ven aquí —murmura, atrayéndome hacia su pecho.

Me acurruco contra él, inhalando su aroma. Podría quedarme así para siempre. Es un momento tan romántico, tan perfecto, que casi me olvido de respirar. Su calor me envuelve, y siento cómo mi cuerpo se amolda perfectamente al suyo, como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Levanto la mirada hacia el cielo, maravillada por el espectáculo de luces. Es como si el universo estuviera bailando solo para nosotros, pintando el cielo con pinceladas de verde, azul y púrpura.

—Es precioso —susurro, mi voz apenas audible sobre el crepitar del fuego.

—No tanto como tú —murmura tan bajo que no sé si he escuchado bien.

Mi corazón da un vuelco. ¿Cómo puede ser tan tremendamente sexy sin siquiera intentarlo? La intensidad de su mirada me deja sin aliento. Solo somos Enzo y yo, bajo este cielo mágico, y nada más importa.

Nos quedamos así un buen rato, abrazados bajo las auroras. Puedo sentir cómo Enzo se va relajando poco a poco, su cuerpo amoldándose al mío como si estuviera hecho para ello. Sus músculos, antes tensos, se aflojan gradualmente, y su respiración se vuelve más profunda y regular.

Me permito fantasear por un momento. Imagino cómo sería si Enzo dejara de luchar contra esto, si se permitiera amarme como sé que quiere hacerlo. Imagino noches como esta, pero sin la tensión, sin el miedo. Solo nosotros dos, amándonos libremente bajo las estrellas.

El tiempo parece detenerse mientras observamos las luces danzar en el cielo. Es como si el universo nos estuviera dando un regalo, un momento de perfecta armonía antes de que tengamos que volver a la realidad.

Cuando finalmente decidimos irnos a dormir, tengo un plan. Un plan que, con suerte, acabará de derribar sus defensas. Porque si hay algo que he aprendido de Enzo, es que a veces hay que ser sutil para conseguir lo que uno quiere.

—Enzo —digo mientras entramos en la tienda—, hace mucho frío. ¿Podrías... podrías dormir conmigo en mi saco? Ya sabes, para hacerme entrar en calor.

Lo veo dudar, su mandíbula apretada mientras considera mis palabras. Por un momento, temo que vaya a negarse. Veo el conflicto en sus ojos, la lucha entre el deseo y el deber. Es fascinante y frustrante a partes iguales.

—Vale —dice finalmente, y tengo que contener un grito de victoria—. Pero solo vamos a dormir, Chiara. Nada más.

Asiento, intentando parecer inocente.

—Claro, Enzo. Solo dormir.

Nos metemos en el saco juntos, nuestros cuerpos tan cerca que puedo sentir el calor que emana de él. Su brazo rodea mi cintura, manteniéndome pegada a su pecho. Es como si mi cuerpo encajara perfectamente en el hueco de su abrazo, como si hubiera sido diseñado específicamente para estar ahí.

Puedo sentir su corazón latiendo contra mi espalda, un ritmo constante y reconfortante. Su respiración me hace cosquillas en la nuca, enviando pequeños escalofríos por todo mi cuerpo. Es una tortura dulce, estar tan cerca y a la vez tan lejos.

—Buenas noches, Chiara —murmura contra mi pelo, su voz ronca y profunda.

—Buenas noches, Enzo —respondo, una sonrisa formándose en mis labios.

Mientras me quedo dormida, acurrucada contra el cuerpo de Enzo, no puedo evitar sentir que la victoria está cerca. Puede que no haya conseguido todo lo que quería esta noche, pero he avanzado.

Pienso en todo lo que ha pasado hoy. En cómo Enzo ha bajado la guardia, aunque sea por

momentos. En cómo me ha mirado bajo las auroras, como si yo fuera la única persona en el mundo. En cómo, a pesar de sus protestas, no ha podido evitar abrazarme, besarme, desearme.

Y sé, con una certeza que me llena de esperanza, que pronto, muy pronto, lograré derribar todas sus barreras. Porque Enzo Falcone es mío, aunque él aún no lo sepa. Y no pienso rendirme hasta que lo tenga por completo.

Sueño con el futuro, con más noches como esta. Noches donde no haya dudas, ni miedos, ni barreras entre nosotros. Noches donde podamos amarnos libremente, sin preocuparnos por nada más que el uno al otro.

Con ese pensamiento, me dejo llevar por el sueño, una sonrisa de satisfacción en mi rostro. La guerra aún no ha terminado, pero esta batalla... esta batalla la he ganado yo. Y mañana, cuando salga el sol, estaré lista para la siguiente.

Porque Enzo Falcone puede ser fuerte, puede ser terco, puede ser el hombre más obstinado que he conocido. Pero yo soy Chiara Caruso. Y cuando quiero algo, nada ni nadie puede detenerme.

Así que, que se prepare, porque no pienso darme por vencida. No hasta que entienda que estamos destinados a estar juntos. No hasta que acepte que lo nuestro es inevitable.

Y mientras el sueño me vence, rodeada por el calor de su cuerpo y el sonido de su respiración, sé que es solo cuestión de tiempo. Porque el amor, el verdadero amor, siempre encuentra su camino.

Y lo nuestro, sin duda, es amor verdadero.

CAPÍTULO 25

ENZO

Me despierto de golpe, desorientado y jadeante. El calor me envuelve, pero no es solo el calor de la noche. Es el calor de un cuerpo junto al mío, suave y tentador. Chiara. Su presencia me inunda los sentidos, su aroma a vainilla y algo puramente suyo nubla mi mente.

Tardo un momento en darme cuenta de lo que está pasando. La niebla del sueño se disipa lentamente, reemplazada por una conciencia aguda de cada punto donde nuestros cuerpos se tocan. Chiara se está moviendo contra mí, sus caderas ondulando de una manera que me está volviendo loco. Sus curvas se amoldan perfectamente a mi cuerpo, como si hubieran sido creadas para encajar conmigo.

Sus labios rozan mi cuello, dejando un rastro de fuego a su paso. Cada beso, cada caricia de su aliento contra mi piel, envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Es como si cada terminación nerviosa cobrara vida bajo su toque.

Estoy duro como una roca.

—Chiara —gruño, mi voz ronca por el sueño y el deseo—. Tenemos que parar.

Las palabras salen de mi boca, pero mi cuerpo me traiciona. Mis manos, que deberían apartarla, se aferran a su cintura, acercándola más. Es una contradicción viviente, querer alejarla y al mismo tiempo anhelar tenerla más cerca.

Pero ella no se detiene. Sus manos exploran mi pecho, trazando cada músculo, cada cicatriz. Sus dedos son como plumas, suaves y delicados, pero dejan un rastro de fuego a su paso. Siento como si estuviera marcándome, reclamándome como suyo.

—Por favor, Enzo —susurra contra mi piel, su voz cargada de deseo—. Te deseo tanto...

Sus palabras son como gasolina en el fuego que arde en mi interior. Intento resistirme, de verdad que lo intento. Pienso en Adriano, en la confianza que ha depositado en mí. Pienso en todas las razones por las que esto está mal, por las que no debería suceder.

Pero cuando sus dedos se deslizan por mi abdomen, rozando el borde de mis pantalones, mi autocontrol se hace añicos. Es como si un dique se rompiera en mi interior, liberando todo el deseo, toda la pasión que he estado reprimiendo durante tanto tiempo.

Con un gruñido que surge desde lo más profundo de mi ser, la giro sobre su espalda. Por un momento, nuestras miradas se encuentran. Sus ojos, esos ojos que me han perseguido en sueños, están oscuros de deseo, pero también hay algo más. Algo que me asusta y me atrae a partes iguales.

No puedo resistirme más. Capturo sus labios en un beso hambriento, volcando en él toda la pasión, todo el anhelo que he estado guardando. Ella responde con igual fervor, sus manos enredándose en mi pelo, atrayéndome más cerca. Es como si quisiera fundirnos en uno solo.

El beso es intenso, casi desesperado. Nuestras lenguas danzan, explorando, saboreando. Sabe a deseo, a promesas susurradas en la oscuridad. Mis manos recorren su cuerpo, memorizando cada curva, cada valle. Es como si estuviera descubriendo un territorio inexplorado, y quiero conocer cada centímetro.

—¿Estás segura? —pregunto entre besos, apartándome lo suficiente para mirarla a los ojos. Necesito saber que esto es real, que no es solo un sueño del que voy a despertar en cualquier momento.

Le estoy dando una última oportunidad de echarse atrás. Una parte de mí, la parte racional que aún lucha por mantener el control, espera que lo haga. Que ponga fin a esta locura antes de que sea demasiado tarde.

Pero Chiara, mi Chiara, siempre tan valiente, tan decidida, me sorprende una vez más.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —responde, sus ojos brillando con determinación y deseo.

Y entonces me pierdo en ella. En su piel suave, en sus curvas tentadoras, en sus gemidos ahogados. Es como un sueño hecho realidad, un sueño que he intentado negar durante tanto tiempo. Cada caricia, cada beso, es como descubrir un nuevo mundo. Un mundo donde solo existimos Chiara y yo.

Mis labios trazan un camino desde su boca hasta su cuello, saboreando la sal de su piel. Ella arquea la espalda, ofreciéndose a mí, y yo acepto su regalo con reverencia. Mis manos exploran su cuerpo, maravillándome de su suavidad, de cómo responde a mi toque.

Chiara no se queda atrás. Sus manos recorren mi espalda, mis brazos, mi pecho. Es como si quisiera memorizar cada músculo, cada cicatriz. Y por primera vez en mi vida, no me avergüenzo de ellas. Bajo su toque, me siento hermoso, deseado.

Pero cuando estoy a punto de dar el paso final, me detengo. Una duda me asalta, una inseguridad que creía haber enterrado hace mucho tiempo. Es como si de repente, la realidad de lo que estamos a punto de hacer me golpeará con toda su fuerza.

—Chiara —murmuro, mi voz teñida de asombro y confusión—. ¿Cómo... cómo puedes dejar que alguien como yo te toque? Con estas cicatrices, estas manos de criminal...

Miro mis manos, esas manos que han causado tanto dolor, tanta destrucción. ¿Cómo pueden ser dignas de tocar algo tan puro, tan hermoso como Chiara?

Ella debe ver la duda en mis ojos, porque toma mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarla. Sus ojos, esos ojos que podrían ser mi perdición, están llenos de una emoción que no me atrevo a nombrar.

—Eres hermoso, Enzo —dice con fiereza, con una convicción que me deja sin aliento—. Cada cicatriz, cada callosidad en tus manos... todo eso te hace quién eres. Y es a ti a quien deseo. A ti, Enzo Falcone, con todo lo que eres.

Con eso firma la sentencia.

Me saco de los pantalones y dirijo mi polla a su abertura. Está húmeda y resbaladiza por el deseo y a mí se me escapa un gemido. Empujo con suavidad y enseguida me topo con la barrera de su virginidad.

—No me puedo creer que me estés haciendo este regalo, joder —las palabras caen de mi boca mientras lucho para no correrme en ese mismo momento.

—Siempre ha sido para ti. Quiero sentirte dentro de mi cuerpo. Me estoy muriendo de placer.

Gimo y empujo hacia dentro con fuerza. Me hubiera gustado poder ser más delicado, pero estoy absolutamente perdido por esta mujer. Por mí mujer.

Chiara hunde sus uñas en mi espalda y me quedo quieto permitiendo que se ajuste a mi tamaño. Meto la mano entre nuestros cuerpos y masajeo su clítoris para que el dolor se mezcle con el placer. Muy pronto está jadeando y frotándose contra mí en una súplica silenciosa para que me mueva. Y no me hago de rogar. Le doy unas estocadas llenas de deseo y me pierdo en el inmenso placer que me hace sentir su cuerpo. Saber que soy su primera vez es casi una jodida experiencia religiosa.

Solo existimos nosotros dos, nuestros cuerpos moviéndose al unísono, nuestros jadeos y gemidos llenando el aire de la noche.

Es intenso, crudo, maravilloso. Cada movimiento, cada caricia, cada beso está cargado de una emoción que va más allá del deseo físico. Es como si nuestras almas se estuvieran tocando, reconociéndose.

Chiara se aferra a mí como si temiera que fuera a desaparecer, sus uñas dejando marcas en mi espalda. Y lejos de molestarme, esas marcas son como un ancla, recordándome que esto es real, que no es solo otro sueño del que voy a despertar.

Y yo la sostengo como si fuera lo más precioso del mundo, porque lo es. Mis manos, esas manos que han causado tanto dolor, ahora solo quieren dar placer, proteger, amar. Es una revelación, un renacimiento.

—Eres todo lo que siempre he deseado —confiesa ella en un momento, su voz entrecortada por el placer. Sus palabras son como un bálsamo para mi alma herida, llenando grietas que ni siquiera sabía que tenía.

—Y tú eres más de lo que jamás me atreví a soñar —respondo, besando cada centímetro de piel que puedo alcanzar. Y es la verdad. Chiara es como un sueño hecho realidad, un sueño que nunca creí merecer.

Nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía, como si hubieran sido creados el uno para el otro. Cada embestida, cada caricia, cada beso nos lleva más cerca del borde. Puedo sentir cómo Chiara se tensa bajo mi toque, su respiración cada vez más agitada.

—Enzo —gime, mi nombre en sus labios como una plegaria—. Enzo, por favor...

Y yo respondo a su súplica, llevándola al límite y más allá. Cuando finalmente alcanzamos el clímax, es como si todas las piezas del universo encajaran en su lugar. Por un momento, todo tiene sentido. Todo está bien.

Es una explosión de sensaciones, de emociones. Es como caer y volar al mismo tiempo. Y a través de todo, solo puedo pensar en Chiara, en cómo se siente en mis brazos, en cómo su cuerpo tiembla contra el mío.

Después, mientras yacemos enredados el uno en el otro, jadeantes y saciados, me permito pensar que quizás, solo quizás, esto podría funcionar. Que quizás merezco esto. Que quizás merezco a Chiara.

La miro, maravillándome de su belleza. Su pelo está revuelto, sus mejillas sonrojadas, sus labios hinchados por nuestros besos. Nunca la he visto más hermosa.

Acaricio su rostro con ternura, trazando el contorno de sus labios, la curva de su mejilla. Ella me mira con ojos soñolientos, una sonrisa de satisfacción en sus labios.

—¿Estás bien? —pregunto, recordando que esta era su primera vez. La culpa amenaza con apoderarse de mí, pero ella la disipa con una sola mirada.

—Estoy perfectamente —responde, acurrucándose más cerca de mí—. Ha sido... maravilloso.

Sus palabras alivian mis preocupaciones, y me permito relajarme. La atraigo hacia mí, envolviendo mis brazos a su alrededor. Encaja perfectamente contra mi cuerpo, como si hubiera sido creada para estar ahí.

Y mientras Chiara se queda dormida en mis brazos, su respiración volviéndose profunda y regular, me doy cuenta de que ya no hay vuelta atrás. Que pase lo que pase mañana, ya nada volverá a ser igual.

Porque esta noche, en esta tienda de campaña, bajo las estrellas y las auroras boreales, Chiara Caruso se ha convertido en una parte de mí. Ha dejado su huella en mi alma, en mi corazón, en cada fibra de mi ser.

Miro hacia el techo de la tienda, escuchando el suave sonido de su respiración, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío. Y por primera vez en mucho tiempo, me permito sentir esperanza. Esperanza de que quizás, solo quizás, pueda tener esto. Pueda tenerla a ella.

Sé que mañana tendremos que enfrentar la realidad. Que tendré que lidiar con las consecuencias de mis acciones, con la culpa, con el miedo a lo que dirá Adriano. Pero por ahora, en este momento perfecto, nada de eso importa.

Y que Dios me ayude, porque no seré capaz de dejarla ir.

CAPÍTULO 26

CHIARA

El sol apenas comienza a asomarse por el horizonte cuando emprendemos el viaje de regreso a la cabaña. Estoy agotada, pero no puedo borrar la sonrisa de mi rostro. Cada vez que miro a Enzo, que está concentrado en la carretera, los recuerdos de la noche anterior inundan mi mente y siento un cosquilleo en todo el cuerpo.

No me puedo creer que haya sucedido de verdad.

Observo su perfil, sus fuertes manos agarrando el volante, y no puedo evitar pensar en cómo esas mismas manos me acariciaron anoche. Cómo sus labios recorrieron mi piel, cómo sus ojos me miraron con una intensidad que me robó el aliento. Fue todo lo que siempre había soñado y más.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Enzo, lanzándome una mirada de reojo.

Asiento, sin poder contener una risita.

—Como nunca antes.

Y es cierto. Nunca me he sentido mejor. Es como si por fin todas las piezas de mi vida encajaran en su lugar. Como si hubiera estado esperando este momento durante toda mi existencia.

Enzo vuelve a concentrarse en la carretera, pero puedo ver una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios. Esa sonrisa me da esperanzas. Quizás, solo quizás, él también sienta que esto es el comienzo de algo maravilloso.

Mientras el paisaje pasa a nuestro alrededor, mi mente vuelve una y otra vez a la noche anterior. A cómo Enzo intentó resistirse al principio, cómo luchó contra sus deseos. Y cómo, finalmente, se rindió ante lo inevitable. Ante nosotros.

Recuerdo sus palabras, susurradas contra mi piel en la oscuridad de la tienda. «Eres más de lo que jamás me atreví a soñar». Esas palabras resuenan en mi mente, llenándome de una calidez que nada tiene que ver con el sol de la mañana.

Pero junto con la felicidad, hay un temor que no puedo ignorar. ¿Y si Enzo vuelve a ser como antes? ¿Y si decide que fue un error y vuelve a alejarse de mí? No creo que pudiera soportarlo. No ahora que he probado lo que es estar realmente con él.

—Enzo —digo suavemente, rompiendo el cómodo silencio que nos envuelve—. Sobre anoche...

Lo veo tensarse ligeramente, sus manos apretando el volante.

—Chiara, yo...

—No —lo interrumpo, poniendo mi mano sobre la suya—. No quiero que te arrepientas. No quiero que te alejes de mí. No otra vez.

Enzo suspira, pero no aparta su mano. Es un pequeño gesto, pero me da esperanzas.

—No es tan simple, Chiara —dice finalmente—. Tu hermano...

—Mi hermano no tiene nada que ver con esto —replico con firmeza—. Esto es entre tú y yo, Enzo. Nadie más.

Veo la lucha en sus ojos, el conflicto entre lo que quiere y lo que cree que debe hacer. Quiero sacudirlo, hacerle ver que merece ser feliz. Que merecemos ser felices juntos.

—Solo... prométeme que lo intentarás —le pido, mi voz apenas un susurro—. Prométeme que no volverás a cerrarte, a alejarte de mí.

Enzo me mira por un largo momento, sus ojos verdes llenos de una emoción que no puedo

descifrar. Finalmente, asiente.

—No sé si puedo prometerle eso. Pero tampoco puedo mantenerme alejado de ti. Créeme, lo he intentado —dice, y aunque sus palabras no son hermosas, por ahora son suficientes. Me vale con saber que la realidad es que quiere estar conmigo pese a las pegadas que ha formado en su cabeza. Por lo menos ya no se atreve a decir que no me desea.

Pero no dejo que eso mate mi ánimo.

El resto del viaje transcurre en un cómodo silencio. De vez en cuando, nuestras miradas se encuentran y no puedo evitar sonreír. Cada una de esas miradas es como una promesa silenciosa, un recordatorio de lo que compartimos.

Cuando finalmente llegamos a la cabaña, siento una mezcla de alivio y nerviosismo. Por un lado, estoy ansiosa por volver a la normalidad, por ver cómo evolucionará nuestra relación en nuestro entorno habitual. Por otro lado, temo que la realidad de nuestra situación nos alcance y arruine la burbuja de felicidad en la que hemos estado la noche anterior.

Pero cuando Enzo rodea el coche para abrirme la puerta, cuando su mano roza la mía al ayudarme a bajar, sé que no tengo nada que temer. Porque lo que tenemos es real, es fuerte. Y lucharé con uñas y dientes para mantenerlo.

Incluso si con quien tengo que luchar es con él.

Mientras caminamos hacia la cabaña, con nuestras mochilas al hombro y el recuerdo de nuestra noche juntos aún fresco en nuestras mentes, me permito soñar con el futuro. Un futuro donde Enzo y yo podamos estar juntos abiertamente, sin miedos ni secretos.

Y aunque sé que el camino no será fácil, que tendremos obstáculos que superar, estoy lista para enfrentarlos. Porque ahora que he probado lo que es estar realmente con Enzo Falcone, no pienso renunciar a ello.

Tengo clara la respuesta que le voy a dar a mi hermano cuando pasen los dos meses de prueba. No quiero una relación con Aleksander, no quiero una relación con nadie que no sea Enzo Falcone.

Con una última mirada a Enzo antes de entrar en la cabaña, me hago una promesa silenciosa. Haré todo lo que esté en mi mano para que esto funcione. Para que Enzo vea que merece ser amado, que merece ser feliz.

Porque él es todo lo que siempre he querido. Y ahora que por fin lo tengo, no pienso dejarlo ir.

CAPÍTULO 27

ENZO

Apenas cruzamos el umbral de la cabaña, la realidad me golpea con la fuerza de un puñetazo. El peso de lo que he hecho, amenaza con aplastarme. Es como si el aire se volviera denso, difícil de respirar. Cada paso que doy dentro de la cabaña es un recordatorio de lo que está en juego, de lo que podría perder.

Observo a Chiara, con su pelo negro cayendo en ondas sobre sus hombros, sus ojos brillantes de preocupación. La veo caminar hacia la habitación de Aleksander para comprobar cómo está, y una punzada de celos, tan intensa que casi me hace tambalear, me atraviesa el pecho.

Es irracional, lo sé. Maldita sea. Aleksander está enfermo, es normal que Chiara se preocupe. Es lo que hace ella: preocuparse por los demás, cuidar de ellos. Es una de las cosas que amo de ella. Pero no puedo evitarlo. La idea de que alguien más pueda tocarla, de que alguien más pueda tenerla, me vuelve loco. Me hace querer golpear algo, destrozar algo con mis propias manos. A pesar de que sé que Aleksander no está interesado en ella.

Me paso una mano por el pelo, frustrado. El movimiento es brusco, casi violento. Ya no puedo negármelo a mí mismo: Chiara es mía. La quiero para mí. Y eso me aterra más que cualquier amenaza que haya enfrentado en mi vida.

Porque sé que no estoy a su altura. Nunca lo estaré. Ella es luz, es pureza, es todo lo bueno de este mundo. Su sonrisa podría iluminar la noche más oscura, su risa podría hacer florecer un desierto. Y yo... yo soy sombras, soy violencia, soy las manos manchadas de sangre de la familia Caruso. Soy el monstruo del que las madres advierten a sus hijos.

El sonido de mi teléfono corta el hilo de mis pensamientos como un cuchillo. Miro la pantalla y siento que el mundo se detiene por un momento. Es Adriano. Mi amigo. Mi jefe. El hermano de la mujer que amo. El hombre al que estoy traicionando con cada respiración que tomo cerca de Chiara.

—¿Cómo va todo por allí, Enzo? —pregunta, su voz despreocupada. No tiene idea de lo que está pasando. No sabe que su mejor amigo, el hombre en quien más confía, está enamorado de su hermana pequeña. No sabe que le ha robado la virginidad y que no puede dejar de pensar en ella.

Abro la boca para responder y por un momento, estoy a punto de decirle la verdad. Las palabras se agolpan en mi garganta, luchando por salir. Quiero gritarle que todo va mal. Que quiero regresar a casa con Chiara y que voy a hacer que se case conmigo, aunque sea lo último que haga en mi vida. Aunque eso haga que él me odie. Aunque tenga que irme lejos y nunca volver a ver a la única familia que he conocido. Aunque tenga que enfrentarme a él.

Pero en el último momento, me detengo. Las palabras se quedan atascadas en mi garganta, como si mi cuerpo se negara a traicionar a Adriano de esa manera. Como si una parte de mí aún creyera que puedo salir de esto sin lastimar a nadie.

—Todo bien —logro decir finalmente, mi voz tensa incluso para mis propios oídos—. Te mantendré informado.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más, antes de que pueda detectar la mentira en mi voz. Mi corazón late con fuerza, como si quisiera salirse de mi pecho. Mis manos tiemblan, y tengo que apretar los puños para controlarlas. Estoy al límite, a punto de quebrarme.

Necesito a Chiara. La necesito ahora. Es como una sed que no puedo saciar, un hambre que me

consume desde dentro. Necesito sentirla, tocarla, asegurarme de que es real, de que lo que pasó entre nosotros no fue solo un sueño.

Mi cuerpo tenso como un resorte a punto de saltar. Cada segundo que paso sin verla es una tortura. Finalmente, sale de la habitación de Aleksander, una sonrisa en su rostro que se amplía al verme. Es como si el sol saliera después de una larga noche. Por un momento, todo lo demás desaparece.

No le doy tiempo a decir nada. En dos zancadas estoy frente a ella, tomándola por sorpresa. Mis labios encuentran los suyos en un beso apasionado, desesperado. Toda la tensión, todos los celos, todo el deseo que he estado reprimiendo se desbordan en ese beso. Es como si quisiera fundirme con ella, ser uno solo.

Tras unos segundos de sorpresa Chiara responde con igual fervor, sus manos enredándose en mi pelo, atrayéndome más cerca. Puedo sentir su corazón latiendo contra mi pecho, tan rápido como el mío. La levanto, mis manos bajo sus muslos, y ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura. Encaja perfectamente, como si hubiera sido creada para estar en mis brazos.

Sin romper el beso, nos llevo a mi habitación. Cada paso es una lucha contra el deseo de tomarla allí mismo, en medio del pasillo. La necesidad de sentirla es abrumadora, me consume por completo. Cierro la puerta de una patada y la apoyo contra ella, nuestros cuerpos presionados tan cerca que es difícil saber dónde termino yo y dónde empieza ella.

Mis labios trazan un camino ardiente desde su boca hasta su cuello, saboreando su piel, marcándola como mía. El sabor de su piel es adictivo, me vuelve loco. Quiero devorarla, consumirla, hacer que cada centímetro de su cuerpo grite mi nombre.

—Enzo —gime Chiara, su voz ronca de deseo. Mi nombre en sus labios es como una plegaria, una súplica que estoy más que dispuesto a responder.

—Eres mía, Chiara —gruño contra su piel, mis palabras mezcladas con besos y mordiscos que sé que dejarán marca. Quiero que las vea mañana, que recuerde a quién pertenece—. Mía.

La llevo a la cama, nuestras ropas desapareciendo en el camino. Mis manos recorren su cuerpo con urgencia, memorizando cada curva, cada valle. Su piel es como seda bajo mis dedos, y no puedo evitar maravillarme de cómo responde a mi toque. Cada caricia arranca un gemido de sus labios, cada roce enciende un fuego en su mirada.

Chiara no se queda atrás. Sus manos exploran mi cuerpo con igual fervor, sus uñas dejando marcas en mi espalda que solo avivan mi deseo. Es como si quisiera reclamarme tanto como yo a ella.

La tiendo sobre la cama, tomándome un momento para admirarla. Su pelo negro esparcido sobre la almohada, sus ojos oscuros de deseo, sus labios hinchados por mis besos. Es la visión más hermosa que he visto en mi vida, y sé que nunca tendré suficiente de ella.

Me coloco sobre ella, nuestros cuerpos alineándose perfectamente. Puedo sentir el calor de su piel, el latido de su corazón contra mi pecho. Es intoxicante.

—Dilo —exijo, mirándola a los ojos. Necesito oírlo. Necesito saber que siente lo mismo, que no soy el único que se está ahogando en esto—. Di que eres mía.

—Soy tuya, Enzo —responde sin dudar, sus ojos brillando con una intensidad que me deja sin aliento—. Siempre lo he sido.

Sus palabras desatan algo primitivo dentro de mí, pero también despiertan un miedo que no sabía que tenía. No le dejo hablar más. Temo que, si lo hago, me diga que esto no significa nada para ella.

Que solo quería acostarse conmigo, pero que no quiere nada más serio. Y no creo que pudiera soportarlo. Preferiría que me arrancaran el corazón del pecho que escuchar esas palabras de sus labios.

Así que la amo con mi cuerpo, le muestro con acciones lo que no puedo decir con palabras. Cada caricia es un «te quiero». Cada beso es un «te necesito». Cada mirada es un «no me dejes». Intento memorizar cada centímetro de su piel, cada sonido que hace, cada expresión de su rostro. Porque no sé si tendré otra oportunidad de tenerla así.

La beso con fiereza, nuestras lenguas batallando por el dominio. Mis manos recorren su cuerpo, acariciando, pellizcando, explorando cada rincón. Quiero llevarla al límite, quiero hacerla gritar mi nombre.

Dejo un rastro de besos por su cuello, su clavícula, hasta llegar a sus pechos. Los tomo en mis manos, maravillándome de cómo se ajustan perfectamente. Cuando mi boca reemplaza a mis manos, Chiara arquea la espalda, un gemido escapando de sus labios.

—Enzo, por favor —suplica, sus manos enredadas en mi pelo, atrayéndome más cerca.

—¿Qué quieres, Chiara? —pregunto, mi voz ronca de deseo—. Dímelo.

—A ti —responde sin aliento—. Te quiero a ti. Todo de ti.

No necesito más invitación. En un movimiento fluido, me hundo en ella. La sensación es abrumadora, como volver a casa después de un largo viaje. Nos quedamos inmóviles por un momento, nuestras miradas conectadas, nuestras respiraciones sincronizadas.

Y entonces empiezo a moverme. Cada embestida es una declaración, cada gemido una promesa. Nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía, como si hubieran sido creados el uno para el otro.

Chiara envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, cambiando el ángulo, permitiéndome llegar más profundo. Sus uñas se clavan en mi espalda, y el dolor solo intensifica el placer.

—Más fuerte —exige, y yo obedezco gustoso.

Aumento el ritmo, mis embestidas volviéndose más fuertes, más profundas. La habitación se llena con el sonido de nuestros gemidos, de piel contra piel. Es crudo, es intenso, es todo lo que siempre he querido.

Puedo sentir que Chiara está cerca. Sus músculos se tensan alrededor de mí, su respiración se vuelve errática. La miro a los ojos, sin dejar de moverme.

—Eres mía, Chiara —gruño, mis palabras entrecortadas por el esfuerzo—. Di que eres mía.

—Soy tuya, Enzo —gime ella—. Solo tuya.

Esas palabras son mi perdición. Con un último empuje, ambos alcanzamos el clímax. Es como si el mundo entero explotara y se reconstruyera en un instante. Grito su nombre, y ella grita el mío, nuestros cuerpos temblando por la intensidad del orgasmo.

Caigo sobre ella, exhausto pero satisfecho. Nuestros cuerpos están cubiertos de sudor, nuestras respiraciones agitadas. Pero nunca me he sentido más vivo, más completo.

Ruedo a un lado, atrayéndola conmigo. Chiara se acurruca contra mi pecho, su pelo haciéndome cosquillas en la barbilla. La estrecho entre mis brazos, besando su frente.

—Eres mía, Chiara —murmuro contra su piel—. Y yo soy tuyo. Siempre.

Ella asiente, ya medio dormida. Y mientras el sueño nos reclama, sé que mi decisión está tomada. Lucharé por esto, por ella, por nosotros. Porque lo que tenemos es demasiado precioso para dejarlo ir.

Mañana enfrentaré las consecuencias. Pero por ahora, con Chiara en mis brazos, todo está bien en el mundo. Y aunque el miedo aún acecha en los rincones de mi mente, me aferro a este momento, a esta sensación de plenitud.

CAPÍTULO 28

CHIARA

El sonido de cristales rompiéndose rasga la noche como un cuchillo, arrancándome brutalmente del sueño. Mi corazón da un vuelco, latiendo con tanta fuerza que casi puedo oírlo en el silencio que sigue. Por un instante, me quedo paralizada, mi mente luchando por entender qué está pasando. ¿Es esto real o solo una pesadilla persistente?

Pero entonces siento a Enzo moverse a mi lado, su cuerpo tensándose como un resorte. En un segundo, está completamente alerta, sus músculos rígidos bajo mi mano. Y sé, con una certeza que me hiela la sangre, que esto es real. Demasiado real.

—¿Qué pasa? —susurro, el miedo colándose en mi voz como un intruso no deseado. Intento mantener la calma, pero puedo sentir el pánico creciendo en mi pecho, amenazando con ahogarme.

—Shh —me silencia Enzo, su voz apenas audible, un soplo de aire contra mi oído—. Alguien ha entrado en la casa.

Esas palabras caen sobre mí como un cubo de agua helada. Alguien ha entrado. Estamos bajo ataque. Mi mente empieza a girar, imaginando escenarios cada uno peor que el anterior. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren? ¿Vamos a morir esta noche?

Enzo se mueve con una gracia felina, deslizándose fuera de la cama sin hacer el menor ruido. Lo observo en la penumbra, su silueta recortada contra la tenue luz que se filtra por la ventana. Se mueve con una seguridad que me asombra, como si hubiera ensayado esto mil veces. Y tal vez lo ha hecho, me doy cuenta. Esta es su vida, después de todo. La violencia, el peligro, siempre al acecho.

Lo veo recoger su ropa del suelo y vestirse rápidamente. Cada movimiento es preciso, eficiente. No hay pánico en sus gestos, solo una calma fría que me aterra aún más. Porque sé lo que significa. Sé que está preparándose para luchar.

—Enzo —susurro, incapaz de ocultar el temblor en mi voz. Quiero decirle tantas cosas. Que tenga cuidado. Que no me deje. Que lo amo. Pero las palabras se atascan en mi garganta, ahogadas por el miedo—. Ten cuidado, por favor.

Él se gira hacia mí, y aunque la oscuridad oculta gran parte de su rostro, puedo ver sus ojos. Brillan en la penumbra, intensos, determinados. Por un momento, veo una emoción cruzar su rostro, algo que parece ternura mezclada con una feroz protección. Es una mirada que me roba el aliento, que hace que mi corazón se salte un latido por razones que nada tienen que ver con el miedo.

—Escúchame bien, Chiara —dice, su voz baja pero firme. Se acerca a la cama, sus manos encontrando mis hombros en la oscuridad. Su toque es gentil, pero puedo sentir la tensión en sus dedos—. Quiero que te escondas en el armario y no salgas hasta que yo venga a buscarte. Pase lo que pase, no hagas ningún ruido. ¿Entendido?

Asiento, las palabras atascadas en mi garganta. Quiero protestar, quiero decirle que no puedo dejarlo ir solo, que deberíamos escapar juntos. Pero sé que es inútil. Esta es la vida de Enzo, el mundo al que pertenece. Un mundo de violencia y peligro, un mundo del que he sido protegida toda mi vida. Hasta ahora.

Me deslizo fuera de la cama, mis piernas temblando tanto que temo que puedan fallarme. El frío del suelo bajo mis pies desnudos me devuelve a la realidad, agudizando mis sentidos. Me visto

rápidamente con lo primero que encuentro, mis manos torpes por la prisa y el miedo.

Enzo me guía hasta el armario, sus manos firmes pero gentiles en mis hombros. Cada paso que damos resuena en mis oídos como un trueno, aunque sé que en realidad nos movemos en silencio. El miedo agudiza mis sentidos, haciendo que cada sonido, cada sombra, parezca una amenaza.

Nos detenemos frente al armario y Enzo se gira hacia mí. Por un momento, nos miramos en la penumbra, y siento que el tiempo se detiene. Quiero decirle que lo amo, que no puedo perderlo. Pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta, ahogadas por el miedo y la urgencia del momento.

—Volveré pronto —promete, y antes de que pueda reaccionar, se inclina y me besa. Es un beso rápido, apenas un roce de labios, pero está cargado de emoción. Puedo sentir su miedo, su determinación, su promesa silenciosa de volver a mí.

Y entonces se va, empujándome suavemente dentro del armario y cerrando la puerta tras de mí. La oscuridad me envuelve, espesa y sofocante. Escucho sus pasos alejándose, cada uno resonando en mi corazón como un golpe.

Me quedo allí, temblando en la oscuridad, mi espalda presionada contra la pared del armario. El silencio es ensordecedor, roto solo por el sonido de mi respiración entrecortada y los latidos frenéticos de mi corazón. Cierro los ojos, intentando controlar el pánico que amenaza con consumirme.

Imágenes de Enzo inundan mi mente. Lo veo moviéndose por la casa, enfrentándose a peligros desconocidos. Lo imagino herido, sangrando, y el pensamiento es como un puñal en mi corazón. Quiero gritar, quiero correr tras él, pero la promesa que le hice me mantiene clavada en mi lugar.

Los segundos se arrastran como horas. Cada crujido de la madera, cada susurro del viento me hace saltar. Mi mente corre desenfrenada, imaginando los peores escenarios posibles. ¿Y si los intrusos lo superan en número? ¿Y si está herido y necesita mi ayuda? ¿Y si...?

No, me digo a mí misma. No puedo pensar así. Enzo es fuerte, es inteligente. Ha sobrevivido a cosas peores que esto. Tiene que sobrevivir. Tiene que volver a mí.

Pero a medida que pasa el tiempo, el silencio se vuelve insoportable. ¿Por qué no puedo oír nada? ¿Es una buena señal o significa que algo terrible ha sucedido? La incertidumbre me carcome, cada segundo una tortura.

Pienso en nuestra noche juntos, en la pasión que compartimos. ¿Fue eso una despedida? ¿Fue el universo dándonos un último momento de felicidad antes de arrancárnoslo todo? No, me niego a creerlo. No puede terminar así. No después de todo lo que hemos pasado para estar juntos.

Aprieto los puños, clavándome las uñas en las palmas. El dolor agudo es un ancla, manteniéndome en el presente, evitando que me pierda en el pánico. Respiro hondo, intentando calmarme. Enzo me necesita fuerte. Si algo sale mal, si necesita mi ayuda, tengo que estar preparada.

Y así me quedo, temblando en la oscuridad, mi corazón latiendo con fuerza, mis oídos atentos a cualquier sonido. Esperando. Rezando. Porque sé que, si algo le pasa a Enzo, una parte de mí morirá con él.

Y mientras los minutos avanzan, lentos e implacables, me hago una promesa. Si salimos de esta, si Enzo vuelve a mí, no desperdiciaré ni un segundo más. Le diré todo lo que siento, todo lo que he guardado en mi corazón. Porque la vida es demasiado corta, demasiado frágil, y el amor... el amor es lo único que importa.

Así que espero, con el corazón en la garganta y una plegaria en los labios. Espero a Enzo, al

hombre que amo, rezando para que vuelva a mí. Porque sin él, nada tiene sentido. Sin él, estoy perdida.

Y la noche se extiende ante mí, interminable y llena de peligros desconocidos.

ENZO

Desciendo las escaleras en silencio, cada músculo de mi cuerpo tenso, listo para la acción. La oscuridad es mi aliada, ocultándome de ojos hostiles mientras mis sentidos se agudizan, captando cada sonido, cada movimiento. Sé exactamente lo que está pasando: nos han encontrado. La amenaza que nos trajo a esta cabaña aislada nos ha alcanzado.

El cristal roto cruje bajo mis pies cuando llego al vestíbulo. El aire está cargado de peligro, y puedo sentir la presencia de intrusos por toda la casa. Son muchos, más de los que esperaba. La realización me golpea como un puño en el estómago: esto no es un ataque cualquiera, es una operación coordinada. Alguien nos ha traicionado.

Me muevo como una sombra, mi entrenamiento tomando el control. El primer atacante cae antes de que pueda dar la alarma, mi cuchillo encontrando su garganta con precisión letal. No hay tiempo para remordimientos; esto es supervivencia pura y dura.

Avanzo por el pasillo, mis ojos ajustándose a la penumbra. Cada esquina es una amenaza potencial, cada sombra podría ocultar un enemigo. Dos hombres más caen bajo mis manos, sus gritos ahogados antes de que puedan formarse. La facilidad con la que los despacho me confirma que no son simples matones; son profesionales, pero yo soy mejor.

Y entonces lo veo. Un bulto en el suelo, inmóvil. Mi corazón se acelera cuando reconozco a Sergei. Su cuerpo está tendido en un charco de sangre, sus ojos abiertos mirando al vacío. La rabia hierve en mi interior, mezclándose con una determinación fría. Sergei era un buen hombre. Pero no puedo permitirme sentir nada ahora. Cada segundo cuenta.

No hay tiempo para lamentos. Me obligo a seguir adelante, la adrenalina corriendo por mis venas. Cada paso me lleva más profundo en el caos, el sonido de la lucha resonando por toda la casa.

Giro una esquina y me encuentro cara a cara con tres atacantes más. La lucha es feroz, brutal. Siento el ardor de un cuchillo que roza mi costado, pero el dolor solo agudiza mis sentidos. Mis puños encuentran carne, mis movimientos son fluidos, letales. Cuando el último cae, estoy jadeando, pero victorioso.

Es entonces cuando lo veo. Viktor. Su cuerpo está desplomado contra la pared, una expresión de sorpresa congelada en su rostro. Dos de los nuestros, dos buenos hombres, caídos en el cumplimiento del deber. No siento culpa; ellos, como yo, sabían los riesgos. Pero la pérdida pesa, alimentando mi determinación.

Me muevo hacia la sala principal, guiado por el sonido de voces. Me detengo en seco cuando veo la escena frente a mí. Un grupo de hombres armados, al menos una docena, rodean a una figura que reconozco al instante: Aleksander.

Está vivo, pero golpeado. Su rostro está manchado de sangre, y lo sostienen entre dos hombres. Está semiconsciente, apenas capaz de mantenerse en pie. La visión me llena de una furia fría. Aleksander es mi responsabilidad, y estos bastardos lo están lastimando.

Por un momento, considero mis opciones. Podría intentar un ataque sorpresa, tratar de liberarlo. Pero la realidad de la situación me golpea con fuerza: son demasiados. Incluso si lograra derribar a

algunos, los demás podrían matar a Aleksander... o peor, podrían encontrar a Chiara.

Chiara. Su nombre resuena en mi mente como un grito silencioso, y sé que no puedo arriesgarme. No puedo dejarla desprotegida. La frustración me corroe mientras veo cómo arrastran a Aleksander fuera de la casa, pero me obligo a permanecer oculto. Es una decisión imposible, pero es la única que puedo tomar. Chiara es mi prioridad.

Los minutos que siguen son una agonía. Escucho el sonido de vehículos arrancando, alejándose en la noche. Solo cuando estoy seguro de que se han ido, me permito moverme.

Con manos firmes, saco mi teléfono. Marco el número de Dmitry, mi mente ya planeando nuestro próximo movimiento.

—Dmitry —digo en cuanto responde, mi voz tensa pero controlada—. Han secuestrado a Aleksander.

Hay un momento de silencio al otro lado de la línea, y puedo sentir la ira emanando a través del teléfono.

—¿Cuántos? —pregunta Dmitry, su voz fría como el hielo.

—Al menos una docena. Profesionales. —Hago una pausa, la realización golpeándome de nuevo—. Dmitry, conocían la ubicación exacta. Esto fue una traición.

—¿Y Chiara?

—Ella está a salvo. Venían a por Aleksander. Viktor y Sergei están muertos.

Otro momento de silencio, este cargado de una furia apenas contenida.

—Sal de ahí ahora mismo —ordena Dmitry—. Lleva a Chiara a un lugar seguro. Nos han traicionado, y esa cabaña está comprometida. Te enviaré las coordenadas de un punto de encuentro.

—Entendido —respondo, ya moviéndome hacia las escaleras.

—Y Enzo —añade Dmitry, su voz ahora un gruñido peligroso—. Encontraremos al traidor.

Cuelgo sin responder. Encontraremos al traidor. Sí, lo haremos. Y cuando lo hagamos, deseará no haber nacido.

Mientras subo, marco el número de Adriano. Mi jefe, mi amigo, el hermano de Chiara. Merece saber lo que ha pasado.

—Enzo, ¿qué sucede? —La voz de Adriano está alerta, a pesar de la hora.

—Nos atacaron —informo rápidamente mientras llego al piso superior—. Aleksander ha sido secuestrado. Sergei y Viktor están muertos.

—¿Chiara? —La preocupación en su voz es palpable.

—A salvo. Voy por ella ahora. Dmitry cree que hubo otra traición. Nos movemos a un lugar seguro.

—Bien —dice Adriano, su voz ahora fría y dura—. Mantenla a salvo, Enzo. Voy para allá. Esto se ha puesto demasiado serio. Joder.

—Lo sé —interrumpo, llegando a la puerta de mi habitación—. Tenemos que ayudar a Dmitry a liberar a su hermano.

Cuelgo y abro la puerta de un tirón. Mi corazón late con fuerza mientras me dirijo al armario.

—¿Chiara? —llamo suavemente, abro la puerta y me dirijo al armario.

Ella está allí, acurrucada en la esquina, sus ojos grandes y asustados en la penumbra. Al verme, se lanza a mis brazos con un sollozo ahogado.

—Enzo —murmura contra mi pecho—. Estaba tan asustada.

La estrecho contra mí por un momento, permitiéndome este breve instante de consuelo. Pero el

tiempo apremia.

—Tenemos que irnos —digo, apartándome suavemente—. Ahora.

Chiara asiente, la determinación reemplazando al miedo en sus ojos. Es en momentos como este que me recuerda por qué la amo. Su fuerza, su coraje, incluso frente al peligro.

Nos movemos rápidamente. Recojo una mochila con suministros de emergencia que siempre tengo preparada y guío a Chiara fuera de la habitación. Mientras bajamos las escaleras, puedo sentir su shock al ver la destrucción, los cuerpos.

—No mires —le digo suavemente, manteniéndola cerca—. Sigue moviéndote.

Salimos de la casa y nos dirigimos al aparcamiento. El aire frío de la noche es como una bofetada, despertándonos completamente a la realidad de nuestra situación. Abro la puerta del copiloto de uno de los coches y ayudo a Chiara a entrar.

—¿A dónde vamos? —pregunta ella mientras rodeo el coche para subir al asiento del conductor.

—A un lugar seguro —respondo, encendiendo el motor—. Confía en mí.

Mientras salimos y nos adentramos en la noche, miro a Chiara. Su perfil se recorta contra la oscuridad, y siento una oleada de determinación recorrerme. La mantendré a salvo, cueste lo que cueste. Rescataremos a Aleksander. Todo va a salir bien, joder.

Pero por ahora, nos fundimos con la noche, dejando atrás la cabaña y el caos que contiene. El camino por delante es incierto, lleno de peligros. Pero con Chiara a mi lado, sé que puedo enfrentar cualquier cosa.

El motor ruge mientras aceleramos por la carretera desierta, alejándonos de la pesadilla que acabamos de vivir y dirigiéndonos hacia un futuro incierto. Pero estamos juntos. Y eso, por ahora, es suficiente.

CAPÍTULO 29

CHIARA

El coche devora kilómetros en la noche, y yo me siento como si estuviera en una película de suspense. Qué noche tan terrible. El miedo me atenaza la garganta, pero me niego a dejarme llevar por el pánico. Miro a Enzo. Su mandíbula está tensa, sus nudillos blancos sobre el volante. Está concentrado en la carretera, alerta ante cualquier señal de peligro.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja, aunque es una pregunta tonta. Claro que no está bien. Acaban de atacarnos y han secuestrado a Aleksander. Mi corazón se encoge al pensar en él. ¿Dónde estará? ¿Estará herido?

Enzo me lanza una mirada rápida antes de volver a centrarse en la carretera.

—Estoy bien —dice, pero su voz suena tensa—. ¿Y tú?

—Sobreviviré —respondo, intentando sonar más valiente de lo que me siento—. ¿A dónde vamos exactamente?

—A un piso franco a las afueras de Chicago. Es un lugar seguro. Dmitry me acaba de mandar las coordenadas, nos estará esperando allí.

El nombre de Dmitry me provoca una mezcla de emociones. Siempre se ha portado bien conmigo, protector. Pero ahora, con su hermano secuestrado... No puedo evitar preguntarme cómo reaccionará.

El resto del viaje transcurre en un silencio tenso. Cuando por fin llegamos a nuestro destino, es casi un alivio. El edificio parece normal, nada que llame la atención. Supongo que ese es el punto.

Entramos en el edificio y subimos las escaleras hasta el tercer piso. Enzo llama a una puerta con un código específico. Cuando se abre, mi corazón da un vuelco.

Ahí está Dmitry Novikov, y por primera vez, entiendo realmente por qué la gente lo teme tanto. Sus ojos azules, normalmente cálidos cuando me mira, ahora brillan con una furia apenas contenida. Es como si una máscara hubiera caído, revelando al depredador que siempre ha estado ahí, oculto bajo la superficie. La tensión en el aire es tan espesa que casi se puede cortar con un cuchillo.

—Entrad —dice Dmitry, su voz fría como el hielo.

Nos adentramos en el apartamento, y puedo sentir la energía frenética que emana de Dmitry. Está loco de preocupación por su hermano, eso está claro. Y esa locura... revela una faceta de él que nunca había visto antes. El asesino implacable del que todos hablan.

—¿Qué ha pasado exactamente? —gruñe Dmitry, cerrando la puerta tras nosotros.

Enzo empieza a relatarle los detalles del ataque. Yo me quedo a su lado, en silencio, observando. Dmitry escucha con atención, sus puños apretándose cada vez más a medida que Enzo habla. Cuando menciona a los hombres de Dmitry que fueron asesinados, veo cómo sus ojos se oscurecen aún más. Esos hombres eran su responsabilidad, su familia elegida. Puedo sentir su dolor y su rabia creciendo con cada palabra.

—Los encontraremos —dice Dmitry cuando Enzo termina, su voz cargada de una promesa sombría—. Y cuando lo hagamos...

Deja la frase en el aire, pero la amenaza implícita es suficiente para que un escalofrío recorra mi espalda. A pesar del miedo, una parte de mí se siente reconfortada. Ahora entiendo por qué es tan temido. Esa determinación implacable, esa furia controlada... es aterradora, sí, pero también

reconfortante en cierto modo. Sé que moverá cielo y tierra para recuperar a su hermano.

Dmitry se gira hacia mí, como si acabara de recordar mi presencia. Por un momento, veo un destello de su habitual calidez en sus ojos.

—¿Estás bien, Chiara? —pregunta, su tono un poco más suave, pero aún cargado de tensión.

—Sí —respondo, agradecida por su preocupación—. Gracias a Enzo.

Dmitry asiente, una sombra de aprobación cruzando su rostro.

—Bien. Enzo, necesito que me ayudes a planear nuestro próximo movimiento. Chiara, hay una habitación al fondo del pasillo. Deberías descansar un poco. A penas habéis podido pegar ojo.

Quiero protestar, decir que puedo ayudar, que no soy una niña que necesita ser protegida. Pero la mirada de Enzo me detiene. Hay una súplica silenciosa en sus ojos. «Por favor, ve. Déjame manejar esto.»

Suspiro y asiento.

—De acuerdo. Pero mantenedme informada, ¿vale?

Enzo me da un beso rápido en la frente, sorprendiéndome.

—Lo prometo.

Mientras me dirijo a la habitación, escucho a Dmitry empezar a hablar en voz baja y urgente. El miedo y la preocupación me corroen por dentro.

La habitación es pequeña pero acogedora. Me siento en la cama, incapaz de relajarme lo suficiente como para tumbarme. Mis pensamientos vuelan hacia Aleksander. ¿Dónde estará ahora? ¿Estará herido?

Sacudo la cabeza, intentando alejar esos pensamientos.

Miro alrededor de la habitación, buscando algo que me distraiga. Hay un pequeño escritorio en la esquina con algunos libros encima. Me acerco y ojeo los títulos. Son mayormente novelas en ruso, probablemente de Dmitry. Sonríó al pensar en el temible Pakhan leyendo novelas en su tiempo libre. Es un recordatorio de que incluso los hombres más duros tienen su lado humano.

ENZO

Apenas han pasado unos minutos desde que Chiara se fue a descansar cuando la puerta del piso se abre de golpe. Me giro, tenso, listo para enfrentarme a cualquier amenaza, pero me relajo un poco al ver que es Dmitry que regresa. Se había ido a por algo. Sin embargo, no viene solo.

Detrás de él, un hombre enorme llena el marco de la puerta. Es un coloso, todo músculo y amenaza. Una cicatriz profunda le cruza el ojo izquierdo, un recordatorio permanente de alguna batalla pasada. Sus ojos, negros como el carbón, escanean la habitación con una intensidad que pone los pelos de punta.

Dmitry cierra la puerta y se gira hacia mí.

—Enzo, este es Jackson Steele —dice, señalando al gigante—. Es el nuevo jefe de seguridad que he contratado.

Levanto una ceja, sorprendido.

—¿Nuevo jefe de seguridad? ¿Qué pasa con el anterior?

La expresión de Dmitry se endurece.

—No puedo confiar en él. No después de lo que ha pasado. Jackson viene altamente recomendado por contactos de confianza en Nueva York.

Asiento, entendiendo la lógica detrás de su decisión. En nuestro mundo, la confianza lo es todo. Y cuando esa confianza se rompe, las consecuencias son mortales. No puede ser de otra forma.

Jackson da un paso adelante, su voz grave y profunda cuando habla.

—Es un placer conocerte, Enzo. He oído mucho hablar sobre ti.

Le estrecho la mano, notando la fuerza en su agarre.

—Igualmente, Jackson. Espero que estés listo para lo que viene.

Una sonrisa lobuna cruza su rostro.

—Siempre estoy listo. He estado en situaciones peores que esta.

—Ah, ¿sí? —pregunto, intrigado a pesar de la urgencia de la situación—. ¿Como cuáles?

Jackson se encoge de hombros, como si estuviera hablando del tiempo y no de operaciones peligrosas.

—Kabul. Bagdad. Y un par de extracciones en Sudamérica que preferiría no mencionar.

Dmitry interrumpe nuestro intercambio.

—Jackson ha traído a su equipo. Están fuera, asegurando el perímetro. Son los mejores en lo que hacen.

—¿Cuántos son? —pregunto, mi mente ya trabajando en las posibles estrategias.

—Seis —responde Jackson—. Todos ex fuerzas especiales. Tenemos a Mike, nuestro francotirador; Sarah, experta en explosivos; los gemelos Tom y Tim, nuestros especialistas en infiltración; Lucas, nuestro hacker; y Darren, nuestro médico de combate.

Asiento, impresionado por la diversidad de habilidades.

—Bien —digo, volviendo mi atención a la tarea en cuestión—. Porque vamos a necesitar toda la ayuda posible para recuperar a Aleksander.

Dmitry asiente, su expresión volviéndose sombría.

—Tenemos una pista. El rastreador en el anillo de Aleksander.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Está activo?

—Sí —confirma Dmitry, acercándose a un ordenador portátil en la mesa—. Muestra su ubicación en tiempo real.

Nos reunimos alrededor de la pantalla, observando el pequeño punto parpadeante que representa a Aleksander. Está en movimiento, dirigiéndose hacia las afueras de la ciudad.

—Tenemos que movernos ya —dice Jackson, su voz cargada de urgencia—. Cada minuto que pasa es una oportunidad para que lo alejen más.

Asiento, de acuerdo con su evaluación.

—¿Cuál es el plan?

Jackson se inclina sobre el mapa digital, sus ojos escaneando rápidamente el terreno.

—Según la trayectoria actual, parece que se dirigen hacia esta zona industrial abandonada —señala un área en las afueras de la ciudad—. Es un lugar ideal para una operación clandestina. Muchos edificios abandonados, poca vigilancia, fácil acceso y salida.

Dmitry asiente, su rostro una máscara de determinación.

—¿Cómo sugieres que procedamos?

Jackson no duda ni un segundo.

—Dividiremos el equipo en tres unidades. Mike se posicionará aquí —señala un edificio cercano— para proporcionar cobertura desde la distancia. Sarah y Lucas formarán el equipo de apoyo,

manejando la vigilancia electrónica y preparados para cualquier necesidad de demolición controlada.

—¿Demolición controlada? —interrumpo, alzando una ceja.

Jackson me lanza una mirada seria. —En este tipo de operaciones, a veces necesitas crear una distracción o una ruta de escape rápida. Sarah es la mejor en eso.

Asiento, aceptando la explicación. Jackson continúa:

—Los gemelos, Tom y Tim, se infiltrarán primero. Son expertos en entrar sin ser detectados. Nos darán un mapa detallado del interior y la ubicación exacta de Aleksander.

—¿Y si los descubren? —pregunta Dmitry, su voz tensa.

—Son los mejores en lo que hacen —responde Jackson con confianza—. Pero si algo sale mal, el resto del equipo estará listo para entrar. Yo lideraré el equipo de asalto principal, con Darren como apoyo médico. Enzo, tú y Dmitry vendrán con nosotros.

Miro a Dmitry, esperando su aprobación. Él asiente, sus ojos brillando con una mezcla de determinación y furia apenas contenida.

—¿Cuál es el objetivo principal? —pregunto, aunque ya sospecho la respuesta.

—Extraer a Aleksander con vida —responde Jackson sin dudar—. Esa es la prioridad número uno. Si podemos capturar a alguno de los secuestradores para interrogarlo, mejor. Pero no a costa de la seguridad de Aleksander.

—¿Y si nos encontramos con resistencia? —La pregunta de Dmitry está cargada de tensión.

Jackson nos mira a ambos, su expresión seria.

—Haremos lo que sea necesario para completar la misión. Si alguien se interpone entre nosotros y Aleksander, lo neutralizaremos. Permanentemente si es necesario.

Un silencio tenso cae sobre la habitación mientras asimilamos las implicaciones de sus palabras. No es que no estemos acostumbrados a la violencia, pero la frialdad clínica con la que Jackson habla de ella es... inquietante.

—¿Cuánto tiempo necesitas para que tu equipo esté listo? —pregunto, rompiendo el silencio.

Jackson mira su reloj.

—Veinte minutos. Treinta como máximo.

Dmitry asiente.

—Hazlo. Enzo y yo nos prepararemos también.

Mientras Jackson sale para dar instrucciones a su equipo, Dmitry y yo nos quedamos solos en la habitación. La tensión es palpable.

—Deberíamos esperar a Adriano —digo, pensando en mi amigo y jefe—. Querrá estar aquí para esto.

Dmitry niega con la cabeza.

—No hay tiempo. Cada segundo cuenta. Adriano lo entenderá.

Tiene razón, por supuesto, pero eso no hace que la decisión sea más fácil. Pero también sé que la seguridad de Aleksander es la prioridad número uno.

—Está bien —accedo finalmente—. Hagámoslo.

Mientras Dmitry coordina los últimos detalles con Jackson por teléfono, me dirijo al armario donde me han indicado que está el equipo. Saco dos chalecos antibalas y se los paso a Dmitry, escogiendo dos pistolas Glock 19 para mí. La familiaridad del arma en mis manos es reconfortante, un recordatorio de que, a pesar de lo caótica que se ha vuelto la situación, aún tengo control sobre algunas cosas.

—Enzo —la voz de Dmitry me saca de mis pensamientos—. Necesito que me prometas algo. Me giro para mirarlo, notando la gravedad en su tono.

—¿Qué pasa?

Dmitry toma un profundo respiro antes de hablar.

—Si algo me pasa... necesito que cuides de Aleksander.

La intensidad en sus ojos me golpea. Este es Dmitry Novikov, el temido Pakhan de la mafia rusa, confiándome lo máspreciado que tiene. No merezco lo que me pide.

—Nada va a pasarte —digo con más confianza de la que siento—. Vamos a entrar, sacar a Aleksander, y salir. Todos juntos.

Dmitry sonríe, pero es una sonrisa triste.

—Eso espero. Pero en nuestro mundo, nunca se sabe. Prométemelo, Enzo. Ahora no puedo confiar en nadie de los míos.

Asiento solemnemente.

—Lo prometo, Dmitry.

El momento se rompe cuando Jackson vuelve a entrar en la habitación.

—Estamos listos —anuncia.

Intercambio una última mirada con Dmitry antes de dirigirme a la puerta.

—Voy a despedirme de Chiara —informo—. Nos vemos abajo en cinco minutos.

Mientras me dirijo a la habitación donde está Chiara, siento el peso de la responsabilidad sobre mis hombros.

Abro la puerta suavemente y la veo sentada en la cama, con la mirada perdida en la distancia. Al verme, sus ojos se iluminan por un momento antes de llenarse de preocupación.

—Te vas, ¿verdad? —pregunta, aunque es más una afirmación que una pregunta.

Asiento, acercándome a ella.

—Sabemos dónde está Aleksander. Tenemos que movernos ahora.

Chiara se pone de pie, sus ojos buscando los míos.

—Ten cuidado, por favor. Vuelve a mí.

La atraigo hacia mí, besándola con toda la pasión y la emoción que siento por ella. Es un beso cargado de promesas, de esperanza, de todo lo que no puedo poner en palabras.

Cuando nos separamos, apoyo mi frente contra la suya.

—Te lo juro, Chiara. Volveré antes de que te des cuenta. Siempre encontraré el camino de regreso hasta ti.

Ella asiente, sus ojos brillantes con lágrimas no derramadas.

—Te tomo la palabra, Enzo Falcone.

Con un último beso, me separo de ella y me dirijo hacia la puerta. Antes de salir, me giro una última vez.

—Volveré —prometo, las palabras saliendo de mi corazón con una determinación férrea.

Una sonrisa temblorosa aparece en sus labios.

—Más te vale. Ahora ve y trae a Aleksander de vuelta.

Con esa imagen de Chiara grabada en mi mente, salgo de la habitación, listo para enfrentar lo que sea que nos espere. Porque ahora tengo algo por lo que luchar, algo que proteger. Y que Dios se apiade de cualquiera que se interponga en mi camino.

CAPÍTULO 30

ENZO

La noche nos envuelve como un manto mientras nos acercamos al complejo industrial abandonado. El aire está cargado de tensión, tan espeso que casi puedo saborearlo. Cada fibra de mi ser está en alerta máxima, mis sentidos agudizados por la adrenalina que corre por mis venas.

Jackson lidera nuestro grupo, moviéndose con una gracia felina que contradice su tamaño imponente. Detrás de él, Dmitry y yo avanzamos en silencio, nuestras pisadas apenas audibles en el asfalto agrietado. El resto del equipo se ha dispersado según el plan, ocupando sus posiciones estratégicas alrededor del objetivo.

A través del comunicador en mi oído, escucho la voz de Mike, nuestro francotirador:

—Posición asegurada. Tengo visión clara del perímetro.

—Recibido —responde Jackson en un susurro—. ¿Algún movimiento?

—Negativo. Todo está quieto... demasiado quieto.

Esas palabras hacen que un escalofrío recorra mi espalda. En nuestro mundo, el silencio rara vez es una buena señal.

Nos detenemos en la sombra de un edificio decrepito, sus ventanas rotas como ojos vacíos que nos observan. Jackson hace una señal y los gemelos, Tom y Tim, se adelantan. Se mueven como sombras, prácticamente invisibles en la oscuridad. En cuestión de segundos, desaparecen en el interior del complejo.

Los minutos que siguen son una tortura. El silencio es opresivo, roto solo por el ocasional crujido de metal oxidado mecido por el viento. Miro a Dmitry, notando la tensión en su mandíbula, la forma en que sus ojos escanean constantemente nuestro entorno. Sé que está pensando en Aleksander, imaginando lo peor. Yo mismo lucho contra imágenes de Chiara, su rostro preocupado la última vez que la vi. Le prometí que volvería. Que traeríamos a Aleksander de vuelta.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, la voz de Tim suena en nuestros comunicadores:

—Perímetro asegurado. Hemos localizado el objetivo. Sótano, ala este. Cuatro guardias armados. Aleksander está vivo, pero...

Hay una pausa que hace que mi corazón se detenga por un momento.

—Pero ¿qué? —La voz de Dmitry es un gruñido bajo, cargado de furia apenas contenida.

—Está en mal estado. Lo han golpeado... bastante.

Siento la ira ardiendo en mi pecho, veo cómo los ojos de Dmitry se oscurecen con una furia asesina. Pero antes de que cualquiera de nosotros pueda reaccionar, Jackson toma el control.

—Entendido. Mantengan posición. Vamos a entrar.

Con un gesto, nos ponemos en movimiento. Nos deslizamos por el complejo como fantasmas, guiados por las indicaciones de los gemelos. Cada paso nos acerca más a Aleksander, pero también al peligro que acecha en las sombras.

Llegamos a la entrada del sótano sin incidentes, lo cual, en lugar de tranquilizarme, solo aumenta mi inquietud. Todo esto ha sido demasiado fácil.

Jackson parece compartir mis pensamientos.

—Algo no está bien —murmura, sus ojos entrecerrados mientras estudia la puerta frente a

nosotros—. Es una trampa.

Antes de que podamos responder, el infierno se desata.

La explosión sacude todo el edificio, lanzándome contra la pared con fuerza brutal. Por un momento, el mundo se vuelve un caos de luz cegadora y ruido ensordecedor. Mis oídos zumban, mi visión se nubla. Luchó por mantenerme consciente, por orientarme en medio del caos.

A través de la neblina del dolor y la confusión, veo a Jackson ponerse de pie. Su rostro está manchado de sangre, pero sus ojos brillan con una determinación feroz.

—¡Moveos! —grita, su voz apenas audible sobre el rugido de las llamas que ahora devoran el edificio.

Me obligo a levantarme, ignorando el dolor que recorre mi cuerpo. Busco a Dmitry y lo veo a unos metros de distancia, luchando por ponerse en pie. Lo ayudo a levantarse y juntos seguimos a Jackson hacia las profundidades del infierno en llamas.

El humo llena el aire, haciendo que respirar sea una lucha constante. Las llamas lamen las paredes, convirtiendo el pasillo en un horno. Pero seguimos adelante, impulsados por la desesperación y la determinación.

Llegamos al sótano y nos encontramos cara a cara con el caos. Los guardias, tomados por sorpresa por la explosión, luchan por reorganizarse. Jackson no les da la oportunidad. Se mueve como un depredador, rápido y letal. Veo cómo derriba a dos hombres antes de que puedan siquiera levantar sus armas.

Dmitry y yo nos unimos a la refriega. El mundo se reduce a un frenesí de movimiento y violencia. Disparo, esquivo, golpeo. Cada segundo es una lucha por la supervivencia, cada movimiento podría ser el último.

Y entonces lo veo. Aleksander.

Está atado a una silla en el centro de la habitación, su rostro un mapa de moretones y cortes. Sus ojos están medio cerrados, pero puedo ver que aún hay vida en ellos. Vida y miedo.

—¡Jackson! —grito por encima del caos—. ¡Ahí!

Jackson sigue mi mirada y, en un instante, se mueve hacia Aleksander. Lo veo luchar contra las ataduras, sus manos moviéndose con una velocidad y precisión sorprendentes.

Estoy tan concentrado en Aleksander que casi no veo al hombre que se abalanza sobre mí. Siento el impacto de su cuerpo contra el mío, el frío metal de un cuchillo contra mi garganta. Luchamos, rodando por el suelo. Siento el filo mordiendo mi piel, el calor de la sangre corriendo por mi cuello.

Con un rugido de furia, logro girarme y golpear a mi atacante. Una vez, dos veces, tres veces. Siento cómo su agarre se afloja y aprovecho la oportunidad para arrebatarme el cuchillo. Hundo la hoja en su pecho.

Sus ojos se abren de sorpresa, su boca forma una 'O' silenciosa. Y luego, la luz se apaga de sus ojos.

Me pongo de pie, ignorando el dolor punzante en mi cuello. La adrenalina corre por mis venas, amortiguando el dolor y agudizando mis sentidos.

Dmitry está luchando contra dos hombres a la vez, su rostro una máscara de furia asesina. A pesar de la situación, no puedo evitar sentir una punzada de admiración. El Pakhan es verdaderamente aterrador en acción.

Jackson ha logrado liberar a Aleksander y ahora lo sostiene, protegiéndolo con su cuerpo mientras dispara contra cualquiera que se acerque demasiado. Sus movimientos son fluidos, precisos,

mortales. Es como ver a un depredador en su elemento.

Me uno a ellos, cubriendo su retaguardia mientras nos abrimos paso hacia la salida. El humo es cada vez más denso, las llamas más voraces. Cada respiración es una lucha, cada paso una victoria.

—¡Cuidado! —El grito de Aleksander llega un segundo tarde.

Siento el impacto de la bala antes de escuchar el disparo. El dolor explota en mi hombro, caliente y agudo. Caigo de rodillas, pero me niego a quedarme abajo. Con un gruñido de dolor y determinación, me obligo a ponerme de pie. No voy a ser el eslabón débil. No voy a ser el que nos retrase.

A través de la bruma del dolor, veo a Jackson girar, su arma levantada. Dos disparos, rápidos y precisos. El tirador cae, una expresión de sorpresa congelada en su rostro.

—¡Enzo! —La voz de Dmitry suena preocupada, pero no me permito mostrar debilidad.

—Estoy bien —gruño, apretando los dientes contra el dolor—. Sigamos moviéndonos.

Jackson me lanza una mirada evaluadora, pero asiente con aprobación ante mi determinación.

No sé cómo logramos salir del edificio. Todo es un borrón de calor, humo y dolor. Pero de alguna manera lo hacemos. El aire fresco de la noche golpea mi rostro, un alivio momentáneo del infierno que dejamos atrás.

Pero no hay tiempo para descansar. A lo lejos, escucho las sirenas de la policía acercándose.

—¡Vamos! —La voz de Jackson corta a través de la niebla de mi mente—. ¡Al vehículo de extracción!

Nos movemos como podemos. Jackson carga a Aleksander, que parece haber perdido la conciencia. Dmitry intenta ayudarme, pero lo rechazo con un gruñido. Puedo caminar por mí mismo. Cada paso es una lucha contra el dolor y el agotamiento, pero me niego a mostrar debilidad.

Llegamos al vehículo justo cuando las primeras patrullas de policía aparecen en la distancia. Jackson coloca a Aleksander en el asiento trasero con cuidado antes de saltar al volante. Dmitry y yo nos amontonamos en la parte de atrás, y en cuestión de segundos, estamos en movimiento.

El viaje de regreso es un borrón. El dolor en mi hombro es una presencia constante, pulsando con cada latido de mi corazón. Pero me mantengo alerta, vigilante. No podemos bajar la guardia hasta que estemos completamente a salvo.

Miro a Aleksander. Su respiración es superficial, su rostro pálido bajo los moretones. Pero está vivo. Lo logramos.

Dmitry extiende una mano y la coloca sobre el pecho de Aleksander, como si necesitara sentir su corazón latiendo para creer que realmente está allí.

—Gracias —murmura, su voz ronca por el humo y la emoción. No sé si me lo está diciendo a mí, a Jackson, o a algún poder superior. Tal vez a todos nosotros.

Jackson nos mira por el espejo retrovisor.

—No ha terminado —dice, su voz tensa—. Todavía tenemos que llegar a un lugar seguro y atender sus heridas. Y las tuyas, Enzo.

Asiento secamente. Tiene razón, por supuesto. Esto está lejos de terminar. Pero hemos dado el primer paso. Hemos recuperado a Aleksander.

Mientras el vehículo se desliza por las calles oscuras de la ciudad, mi mente vuela hacia Chiara. ¿Cómo reaccionará cuando nos vea así? Una parte de mí anhela su presencia, su consuelo. Pero otra parte, la parte dura y fría que me ha mantenido con vida todos estos años, me recuerda que no puedo permitirme esa debilidad. No puedo dejar que mis sentimientos por ella nublen mi juicio o me

distraigan de lo que debe hacerse.

Este es nuestro mundo, con toda su violencia y peligro. Un mundo de lealtad y familia, sí, pero también de traición y muerte. Miro a los hombres a mi alrededor. Dmitry, el temible Pakhan que arriesgó todo por su hermano; Jackson, el guerrero implacable que nos guio a través del infierno; Aleksander, que sobrevivió a un tormento inimaginable.

Sí, este es nuestro mundo. Con todo lo bueno y lo malo que conlleva. Y mientras tenga aliento en mi cuerpo, lucharé por protegerlo. Por protegerlos a ellos.

El dolor y el agotamiento amenazan con vencerme, pero me mantengo alerta. Lo último que veo antes de que lleguemos a nuestro destino es el rostro de Jackson en el espejo, sus ojos fijos en el camino, guiándonos hacia la seguridad. Hacia el próximo desafío.

Porque sé que esto es solo el comienzo. Hemos ganado esta batalla, pero la guerra está lejos de terminar. Y estaré listo para lo que venga.

CAPÍTULO 31

CHIARA

El tiempo se ha convertido en mi enemigo. Cada segundo que pasa es una tortura, cada minuto una eternidad. No puedo quedarme quieta, así que me paso de un lado a otro de la sala del piso franco. La preocupación me carcome por dentro, imaginando mil escenarios diferentes, cada uno peor que el anterior.

¿Y si algo ha salido mal? ¿Y si Enzo está herido? ¿Y si Aleksander...? No, no puedo permitirme pensar en eso. Tienen que volver. Todos ellos.

El sonido de un motor acercándose me saca de mis pensamientos. Me precipito hacia la ventana, el corazón latiendo con tanta fuerza que parece querer salirse de mi pecho. Un SUV negro se detiene frente al edificio y contengo la respiración.

La puerta del conductor se abre y sale un hombre que no conozco. Es enorme, todo músculo y presencia imponente. Una cicatriz cruza su ojo izquierdo, dándole un aspecto aún más intimidante. Se mueve rápidamente hacia la parte trasera del vehículo. Y entonces los veo.

Dmitry emerge primero, ayudando a alguien más a salir. Mi corazón da un vuelco cuando reconozco a Aleksander. Está vivo, gracias a Dios, pero incluso desde aquí puedo ver que está malherido. Apenas puede mantenerse en pie.

Y entonces, finalmente, lo veo a él. Enzo. Sale del vehículo por su propio pie, pero incluso desde la distancia puedo notar que algo no está bien. Su postura es rígida, su movimiento cauteloso.

Me quedo en la puerta del piso, mi cuerpo temblando de ansiedad mientras espero que suban. Cada segundo se siente como una hora. Finalmente, escucho pasos en las escaleras y la puerta se abre.

Mis ojos se fijan inmediatamente en Enzo y siento que el aire abandona mis pulmones. Está cubierto de sangre y suciedad, su ropa desgarrada en varios lugares. Pero lo que más me alarma es la mancha oscura que se extiende por su hombro.

—¡Enzo! —exclamo, corriendo hacia él sin importarme nada más.

Sus ojos se encuentran con los míos y veo un destello de alivio y ternura que hace que mi corazón se acelere aún más.

—Chiara —murmura, su voz ronca y tensa, pero hay una calidez en ella que me envuelve como un abrazo.

Quiero lanzarme a sus brazos, pero me contengo, temiendo lastimarlo más. En su lugar, tomo su mano, apretándola suavemente.

—Estás herido —digo, mi voz temblorosa—. Necesitas atención médica.

Antes de que pueda responder, el hombre de la cicatriz habla:

—Chiara, soy Jackson Steele. Soy el nuevo jefe de seguridad. Este es Darren, nuestro médico de combate. Él atenderá a Enzo y Aleksander.

Asiento, agradecida por la explicación. Otro hombre, más joven y de aspecto serio, se acerca con un maletín médico.

—Necesitamos llevarlos a una habitación donde pueda trabajar —dice Darren, su voz calmada y profesional.

—Por aquí —indico, guiándolos hacia la habitación principal, sin soltar la mano de Enzo.

Una vez en la habitación, ayudo a Enzo a sentarse en la cama mientras Dmitry y Jackson ayudan a Aleksander a recostarse en el otro lado. Darren comienza a trabajar inmediatamente, moviéndose entre ambos con eficiencia.

Me quedo junto a Enzo, mis ojos fijos en él mientras Darren limpia y venda su herida. Enzo no hace ni un sonido, pero puedo ver el dolor en sus ojos, en la forma en que sus nudillos se vuelven blancos mientras agarra el borde de la cama. Instintivamente, tomo su mano libre entre las mías, ofreciéndole mi apoyo silencioso.

—Has tenido suerte —dice finalmente Darren, mirando a Enzo—. La bala atravesó limpiamente. No hay daño grave, pero necesitarás mantener el brazo inmóvil durante un tiempo.

Enzo asiente, su mandíbula tensa. Quiero decir algo, cualquier cosa para consolarlo, pero las palabras se me atorán en la garganta.

Mientras Darren se mueve para atender a Aleksander, me permito observar al hombre que amo. A pesar de sus heridas, a pesar del cansancio evidente en su rostro, Enzo sigue siendo el hombre más fuerte que conozco. Y en este momento, más que nunca, deseo poder estar con él, poder amarlo abiertamente sin preocuparme por las consecuencias.

El sonido de la puerta abriéndose nos sobresalta a todos. Me giro para ver a mi hermano Adriano entrar, su rostro una máscara de preocupación y determinación.

—¿Dónde está? —pregunta, su voz tensa.

—Estoy aquí —le digo a mi hermano que corre a abrazarme. Me aprieta contra su pecho con mucha fuerza haciéndome sentir amada.

—Si algo te llega a pasar nunca me lo hubiera perdonado —dice contra mi pelo haciendo que mi corazón se encoja.

Adriano se separa de mí y se acerca a Aleksander, su rostro suavizándose por un momento al ver que está vivo.

—¿Cómo está? —pregunta, mirando a Darren.

—Ha recibido una paliza bastante severa —responde Darren sin dejar de trabajar—. Tiene varias costillas fracturadas, posible conmoción cerebral, deshidratación... pero vivirá.

Adriano asiente, su expresión oscureciéndose nuevamente.

—Ponedme al día —ordena, mirando a Enzo y Jackson—. Quiero saber exactamente qué ha pasado.

Durante los siguientes minutos, escucho en silencio mientras Enzo y Jackson relatan los eventos de la noche. La emboscada, la explosión, el rescate... cada palabra hace que mi corazón se encoja un poco más. Ha sido un milagro que todos hayan sobrevivido.

—¿Y el traidor? —pregunta finalmente Adriano, su voz fría como el hielo.

—Aún no lo sabemos —responde Jackson—. Pero estamos trabajando en ello. Quien sea, pagará por esto.

Adriano asiente, su expresión sombría.

—Bien —dice—. No habrá misericordia.

El silencio que sigue a esas palabras es pesado, cargado de promesas oscuras y venganza por venir. Me estremezco, de repente muy consciente del mundo en el que vivo, del peligro que nos rodea constantemente.

Miro a Enzo, buscando consuelo en su presencia. Nuestros ojos se encuentran y veo en ellos una promesa silenciosa. Ya no hay distancia entre nosotros, no hay barreras. En este momento, sé que

haría cualquier cosa por él, y siento que él haría lo mismo por mí.

Y mientras observo a estos hombres, estos guerreros endurecidos por la violencia y la traición, me doy cuenta de que, este es nuestro mundo. Un mundo peligroso y complejo, pero también un mundo donde he encontrado un amor que desafía todas las reglas.

Aprieto suavemente la mano de Enzo, permitiéndome soñar por un momento con un futuro donde podamos estar juntos abiertamente. Sé que no será fácil, que mi hermano podría oponerse, que el mismo Enzo podría no entrar nunca en razón y rechazar lo que tenemos, que habrá obstáculos en nuestro camino. Pero mirando a Enzo, viendo la fuerza y la determinación en sus ojos, sé que vale la pena luchar por ello.

Porque en este mundo de sombras y peligro, Enzo es mi luz. Y no importa lo que venga, estaré a su lado, enfrentando cada desafío juntos.

CAPÍTULO 32

ENZO

Han pasado un par de días desde el rescate. La tensión en el piso franco es palpable, como una cuerda a punto de romperse. Todos nos estamos recuperando, tanto física como mentalmente, pero sé que esto es solo la calma antes de la tormenta.

Cuando Adriano llama a Chiara al despacho improvisado de Dmitry, siento que algo importante está a punto de suceder. No me equivoco.

Nos reunimos todos: Chiara, Aleksander, Dmitry, Adriano y yo. La habitación parece demasiado pequeña para contener todas nuestras emociones y secretos. Mi corazón late con fuerza, consciente de que lo que está a punto de suceder podría cambiarlo todo.

Adriano mira a su hermana, su rostro serio.

—Chiara —comienza—, sé que originalmente tenías dos meses para decidir sobre tu compromiso con Aleksander. Pero las cosas se han precipitado. Necesitamos tomar medidas hasta que la organización de Dmitry esté limpia. Necesito tu decisión ahora.

Veo cómo Chiara palidece, sus ojos buscando los míos por un instante. Y en ese momento, algo dentro de mí se rompe. Ya no puedo contenerme más. Sé que lo que estoy a punto de hacer podría costarme todo, pero el miedo de perder a Chiara es aún mayor.

—No —digo, mi voz firme y clara en el silencio de la habitación—. Chiara es mía. No voy a permitir que se case con Aleksander.

El silencio que sigue a mis palabras es ensordecedor. Puedo sentir los ojos de todos sobre mí, pero solo me importa la mirada de Chiara. Sus ojos están abiertos de par en par, una mezcla de sorpresa y... ¿esperanza?

Mi corazón late con fuerza mientras me giro hacia Adriano. El miedo me atenaza, pero sé que tengo que decir esto.

—Adriano, lo siento —comienzo, mi voz temblando ligeramente—. Sé que me salvaste, que me diste una vida, una familia. Nunca podré pagarte por eso. Pero amo a Chiara. Es lo más importante del mundo para mí. —Trago saliva, reuniendo coraje para las siguientes palabras—. Sé que no la merezco. Sé que soy solo un soldado, que tengo las manos manchadas de sangre. Pero te juro que daría mi vida por ella, que la protegería con cada aliento de mi cuerpo.

Espero ver ira en los ojos de Adriano, tal vez decepción. Pero para mí total asombro, lo que veo es emoción. Sus ojos brillan con algo que parece... ¿orgullo?

Y entonces, para mi total perplejidad, Adriano estalla en carcajadas. No una risa forzada o sarcástica, sino una genuina explosión de alegría. Miro a Chiara, confundido, y veo que ella está tan perpleja como yo.

Cuando Adriano finalmente se calma, me mira con una sonrisa que nunca antes había visto dirigida a mí.

—Enzo, eres un gilipollas —dice, pero su tono es cariñoso—. ¿No te mereces a Chiara? Eres más que digno. Eres un guerrero leal, responsable, un hombre de honor. No se me ocurre nadie mejor para mi hermana.

Sus palabras me dejan sin aliento. No puedo creer lo que estoy escuchando.

Adriano continúa:

—Por supuesto, al principio quise cortarte los huevos —admite con una sonrisa torcida—. Pero luego me di cuenta de la realidad. De lo mucho que la amas, de lo dispuesto que estás a sacrificarte por ella. —Su rostro se vuelve serio—. Así que hazme un favor y empieza a verte realmente como vales. Porque vales mucho más de lo que crees, Enzo.

Siento un nudo en la garganta. Nunca en mi vida esperé escuchar estas palabras de Adriano. Miro a Chiara y veo lágrimas en sus ojos, pero está sonriendo.

Adriano se gira hacia su hermana.

—Chiara, ¿estás de acuerdo con esto?

El corazón me late con fuerza mientras espero su respuesta. Chiara me mira, una sonrisa iluminando su rostro.

—Sí —dice, su voz firme y sin dudas—. Por supuesto que sí. Amo a Enzo. Siempre lo he amado.

Sus palabras son como un rayo de sol después de una larga tormenta. Siento que mi corazón podría estallar de felicidad. Quiero tomarla en mis brazos, besarla, pero la voz de Adriano me detiene.

—Bien —dice, y luego mira a Dmitry—. Creo que es hora de explicarles.

Dmitry asiente, y comienza a hablar.

—Desde el principio, esto fue un plan —dice—. Os enviamos aquí con dos objetivos. Primero, queríamos que Enzo finalmente se diera cuenta de sus sentimientos por Chiara.

Me quedo boquiabierto. ¿Todo esto fue planeado?

Adriano continúa:

—Elena lo notó hace tiempo. Yo estaba ciego, pero ella insistió en que necesitabais un empujón.

—El segundo objetivo —retoma Dmitry— era usar la presencia de alguien ajeno a la organización para hacer que cualquier facción que quisiera derrocar me se relajara y cometiera un error.

Mi mente da vueltas tratando de procesar toda esta información. Pero hay algo que me molesta profundamente.

—¿Pusisteis a Chiara en peligro a propósito? —gruño, la ira creciendo en mi interior.

Adriano levanta las manos en un gesto apaciguador.

—Nunca estuvo realmente en peligro, Enzo. Teníamos todo controlado. Jackson y su equipo han estado vigilando desde el principio.

Frunzo el ceño, una duda surgiendo en mi mente.

—Pero si Jackson estaba vigilando todo el tiempo, ¿cómo pudieron secuestrar a Aleksander?

Veo como Dmitry y Adriano intercambian una mirada incómoda.

—Cometimos un error —admite Dmitry finalmente—. Pensábamos que en la cabaña estarían realmente seguros. Muy poca gente conocía esa ubicación.

—Subestimamos al enemigo —añade Adriano, su rostro sombrío—. Y casi pagamos un precio terrible por ello.

Quiero protestar más, decirles que nada justifica poner a Chiara en riesgo, pero ella pone su mano sobre la mía, calmándose instantáneamente.

Es entonces cuando noto que Aleksander ha estado inusualmente silencioso. Cuando lo miro, veo que su rostro es una máscara de furia contenida.

—¿Y yo qué? —dice finalmente, su voz tensa—. ¿Era solo un peón en vuestro juego?

Dmitry mira a su hermano, su expresión suavizándose ligeramente.

—Aleksander, tú eras una parte crucial del plan. Necesitábamos que fuera creíble.

—¿Creíble? —Aleksander se pone de pie, su voz elevándose—. ¿Y ni siquiera considerasteis la posibilidad de que yo pudiera enamorarme de verdad? ¿De qué Chiara pudiera elegirme a mí?

El silencio que sigue es tenso. Puedo ver el dolor en los ojos de Aleksander, y por un momento, siento una punzada de culpa.

Dmitry es el primero en romper el silencio.

—Lo siento, hermano. Tienes razón, no consideramos esa posibilidad. Fue un error de nuestra parte.

Aleksander sacude la cabeza, claramente no satisfecho con la disculpa.

—Me voy —dice, dirigiéndose a la puerta—. Necesito pensar.

Nadie intenta detenerlo cuando sale de la habitación, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

Nos quedamos en silencio por un momento, procesando todo lo que ha sucedido. Finalmente, miro a Chiara. A pesar de todo el caos, de todas las revelaciones, lo único que realmente importa es que ella me ama. Y yo la amo a ella, aunque las palabras aún no hayan salido de mi boca.

Adriano se aclara la garganta, atrayendo nuestra atención.

—Bueno —dice, su tono volviéndose más serio—, creo que es hora de que os vayáis de aquí.

Frunzo el ceño, confundido.

—¿Irnos? ¿A dónde?

Adriano intercambia una mirada con Dmitry antes de responder.

—Volvemos a casa.

Chiara toma mi mano, apretándola suavemente. Puedo sentir su sorpresa, pero también su alivio.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunta ella.

—En unas horas —responde Adriano—. Así que id a preparaos. Alguien recogerá vuestras cosas de la casa de Dmitry y nos las mandará a Nueva York.

Me quedo en silencio, procesando esta nueva información. Una parte de mí se siente aliviada de poder alejar a Chiara del peligro, pero otra parte se siente culpable por dejar atrás a los demás.

—¿Y qué pasa con el traidor? —pregunto, mirando a Dmitry—. ¿Con la organización?

Dmitry niega con la cabeza.

—Eso no es vuestra preocupación ahora. Nosotros nos encargaremos de eso. Ya nos habéis ayudado a que se destapasen los traidores. Habéis hecho más que suficiente.

Adriano asiente, respaldando las palabras de Dmitry.

—La seguridad de Chiara es lo más importante ahora. Dejadnos el resto a nosotros.

Quiero protestar, decir que puedo ayudar, que debería quedarme y luchar. Pero entonces miro a Chiara y veo la esperanza en sus ojos. La posibilidad de un futuro juntos, lejos del peligro y la violencia. Y sé que no puedo negarle eso.

—Está bien —digo finalmente—. Nos iremos.

Adriano sonríe, una mezcla de alivio y afecto en su rostro.

—Bien. Ahora id a preparaos. El tiempo apremia.

Chiara y yo nos ponemos de pie, aún tomados de la mano.

Y salimos del despacho, dejando atrás un capítulo de nuestras vidas y dirigiéndonos hacia un futuro incierto, pero lleno de posibilidades.

CAPÍTULO 33

CHIARA

Mi corazón late con fuerza mientras Enzo y yo caminamos en silencio hacia la habitación donde he estado durmiendo estos días. La mano de Enzo está entrelazada con la mía, su tacto cálido y reconfortante. Aún no puedo creer todo lo que ha pasado en el despacho de Dmitry. Parece un sueño, uno del que no quiero despertar.

Entramos en la habitación y cierro la puerta suavemente tras nosotros. Por un momento, nos quedamos allí, mirándonos el uno al otro, como si estuviéramos viendo al otro por primera vez.

—Enzo —susurro, rompiendo el silencio—. ¿Es esto real?

Él da un paso hacia mí, su mano subiendo para acariciar mi mejilla. Sus ojos, esos ojos que siempre me han fascinado, están llenos de una emoción que nunca antes había visto en ellos.

—Es real, Chiara —dice, su voz ronca—. Tan real como tú y yo.

No puedo contenerme más. Me lanzo a sus brazos, enterrando mi rostro en su pecho. Siento sus brazos envolverse, fuertes y protectores, y por primera vez en mucho tiempo, me siento completamente segura.

—Te amo, Enzo —murmuro contra su pecho—. Te he amado durante tanto tiempo.

Siento cómo se tensa por un momento, y luego me aprieta aún más fuerte contra él.

—Chiara —dice, su voz temblando ligeramente—. Yo... yo también te amo. Más de lo que jamás creí posible amar a alguien.

Me separo un poco para poder mirarlo a los ojos. Veo en ellos una mezcla de amor, miedo y... ¿duda?

—Enzo —digo suavemente, llevando mi mano a su rostro—. ¿Qué pasa?

Él cierra los ojos por un momento, apoyándose en mi toque.

—Es solo que... —comienza, su voz apenas un susurro—. No puedo creer que esto esté pasando. Que tú... que me ames. Chiara, yo no...

—No te atrevas a decir que no me mereces —lo interrumpo, mi voz firme pero cariñosa—. Enzo, mírame.

Él abre los ojos, y la vulnerabilidad que veo en ellos me rompe el corazón.

—Eres el hombre más valiente, leal y compasivo que conozco —digo, asegurándome de que cada palabra se grave en su mente—. Has pasado por tanto, has sacrificado tanto por los demás. Mereces amor, Enzo. Mereces ser feliz.

Veó cómo sus ojos se humedecen, y mi corazón se hincha de amor por este hombre fuerte que se permite ser vulnerable conmigo.

—Quiero que te des cuenta de lo maravilloso que eres —continúo, acercándome más a él—. Y pienso pasar el resto de mi vida demostrándotelo, si me lo permites.

Enzo me mira con tanta intensidad que siento que podría perderme en sus ojos para siempre.

—Chiara —dice, su voz cargada de emoción—. No sé qué he hecho para merecerte, pero te juro que pasaré cada día de mi vida intentando ser digno de tu amor.

—Ya lo eres —respondo, poniéndome de puntillas para acercar mi rostro al suyo—. Siempre lo has sido.

Y entonces, nuestros labios se encuentran. El beso es diferente a todos los que hemos compartido

antes. Es profundo, apasionado, cargado de todo el amor y el deseo que hemos reprimido durante tanto tiempo. Años de anhelo, de amor contenido, se desbordan en ese beso.

Mis manos se enredan en su cabello, atrayéndolo más cerca, mientras las suyas recorren mi espalda, enviando escalofríos por mi columna. Cada toque, cada caricia, parece encender un fuego en mi interior.

Cuando nos separamos para tomar aire, los ojos de Enzo brillan con una intensidad que me deja sin aliento.

—Te amo, Chiara —dice, y esta vez no hay duda en su voz—. Te amo con todo mi ser.

—Y yo a ti, Enzo —respondo, mi corazón rebosante de felicidad—. Para siempre.

Nuestros labios se encuentran de nuevo, esta vez con más urgencia. Las manos de Enzo bajan por mi espalda, acariciando mis caderas, atrayéndome más cerca de él. Puedo sentir el calor de su cuerpo a través de la ropa, y de repente, esa barrera parece demasiado.

Como si leyera mis pensamientos, Enzo comienza a desabrochar lentamente los botones de mi blusa. Sus dedos rozan mi piel expuesta, enviando oleadas de calor por todo mi cuerpo. Dejo escapar un suave gemido contra sus labios.

—Enzo —susurro, mis manos moviéndose para quitarle la camisa—. Te necesito.

Él me mira, sus ojos oscuros de deseo, pero aún llenos de amor y reverencia.

—¿Estás segura? —pregunta, su voz ronca.

Como respuesta, termino de quitarle la camisa, mis manos recorriendo su pecho tonificado. Siento cómo se estremece bajo mi toque, y una oleada de poder femenino me invade.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —respondo.

Eso parece romper el último vestigio de su autocontrol. Con un movimiento fluido, me levanta en sus brazos y me lleva a la cama. Me deposita suavemente sobre las sábanas, mirándome como si fuera la cosa más preciosa que jamás haya visto.

—Eres hermosa —murmura, inclinándose para besarme de nuevo.

Sus labios trazan un camino desde mi boca hasta mi cuello, y no puedo evitar arquearme hacia él, buscando más contacto. Mis manos exploran su espalda, sintiendo los músculos tensarse bajo mi toque.

Poco a poco, el resto de nuestra ropa desaparece. Cada nueva porción de piel expuesta es explorada con manos y labios, descubriendo puntos sensibles, memorizando cada curva y cada plano.

Cuando finalmente nuestros cuerpos se unen, es como si todo encajara en su lugar. Nos movemos juntos, en perfecta sincronía, nuestros gemidos y suspiros mezclándose en el aire cargado de la habitación.

—Te amo —susurra Enzo contra mi piel, una y otra vez, como una plegaria.

—Te amo —respondo, mi voz entrecortada por el placer.

El mundo exterior desaparece. En este momento, solo existimos nosotros dos, nuestros cuerpos entrelazados, nuestros corazones latiendo al unísono. Cada caricia, cada beso, cada movimiento es una declaración de amor, una promesa de un futuro juntos.

Cuando alcanzamos el clímax, es como si una supernova estallara detrás de mis párpados. Por un momento, todo es luz y calor y éxtasis puro. Aferro a Enzo con fuerza, sintiendo cómo tiembla en mis brazos.

Nos quedamos así, abrazados, nuestros cuerpos aún unidos, nuestras respiraciones agitadas poco a

poco volviendo a la normalidad. Enzo me mira, sus ojos llenos de amor y asombro.

—Eres increíble —murmura, besando mi frente con ternura.

Sonrío, sintiéndome completamente feliz y satisfecha.

—Tú eres increíble —respondo, acariciando su mejilla.

Nos acomodamos en la cama, nuestros cuerpos entrelazados, como si no pudiéramos soportar la idea de separarnos ni por un momento. Enzo traza patrones perezosos en mi espalda con sus dedos, enviando pequeños escalofríos de placer por mi columna.

—¿En qué piensas? —pregunta después de un rato.

Me apoyo en un codo para poder mirarlo mejor.

—En lo mucho que te amo —respondo con sinceridad—. En lo feliz que me haces. En cómo quiero pasar cada día del resto de mi vida haciéndote tan feliz como tú me haces a mí.

Veo cómo sus ojos se suavizan, una sonrisa tierna curvando sus labios.

—Chiara —dice, su voz cargada de emoción—. Tú ya me haces más feliz de lo que jamás creí posible. Cada día a tu lado es un regalo.

—Entonces tendremos una vida llena de regalos —respondo, inclinándome para besarlo.

Nos besamos lentamente, sin prisa, saboreando cada segundo. Cuando nos separamos, Enzo me mira con una intensidad que me quita el aliento.

—Te prometo —dice— que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo y feliz. Para ser el hombre que mereces.

—Ya lo eres —respondo, acariciando su rostro—. Pero acepto tu promesa si tú aceptas la mía. Prometo amarte cada día, recordarte lo maravilloso que eres cuando lo olvides, y estar a tu lado pase lo que pase.

—Acepto —dice Enzo, sellando nuestra promesa con otro beso.

Nos quedamos así, abrazados, hablando en voz baja, riendo suavemente, besándonos. El mundo exterior, con todos sus peligros y complicaciones, parece desvanecerse. Sé que pronto tendremos que enfrentarnos a la realidad. Pero por ahora, nos permitimos este momento de paz y felicidad.

Porque finalmente, después de tanto tiempo, estamos juntos. Y aunque el futuro es incierto, sé que podremos enfrentar cualquier cosa que se nos presente.

Mientras me quedo dormida en los brazos de Enzo, siento una paz que nunca antes había experimentado. Por primera vez en mucho tiempo, me siento completa. Me siento en casa.

CAPÍTULO 34

ENZO

El sol de la tarde baña las calles de Nueva York cuando el coche se detiene frente a la casa familiar de los Caruso. Los rayos dorados se reflejan en las ventanas, dando un aire casi mágico a la escena. Miro a Chiara, sentada a mi lado, y no puedo evitar maravillarme ante cómo la luz juega con su cabello, creando destellos que me recuerdan a un halo. Después de todo lo que hemos pasado, finalmente estamos en casa. Juntos.

—¿Lista? —pregunto, tomando su mano. Su piel es suave contra la mía, un contraste con mis callos endurecidos por años de entrenamiento y lucha.

Ella asiente, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y nerviosismo.

—Contigo, siempre.

Esas dos palabras hacen que mi corazón se hinche de amor. Aún me cuesta creer que esta mujer increíble me haya elegido a mí.

Bajamos del coche y, antes de que podamos dar un paso hacia la casa, la puerta se abre de golpe con tanta fuerza que temo por un momento que se salga de sus bisagras. Elena sale corriendo, una sonrisa radiante en su rostro que ilumina todo el vecindario.

—¡Por fin! —exclama, abrazándonos a ambos con una fuerza sorprendente para alguien de su tamaño—. Ya era hora de que abrierais los ojos. Pensé que tendrías que encerraros en un armario o algo así.

No puedo evitar sonreír. Su aprobación significa más de lo que puedo expresar. Su abrazo huele a hogar, a familia, a todas esas cosas que una vez pensé que nunca tendría.

Adriano está a nuestro lado, con una sonrisa satisfecha en su rostro. Sus ojos, normalmente duros y calculadores, ahora brillan con un orgullo paternal que me conmueve profundamente. Junto a él está Alessandro, con una expresión que oscila entre la diversión y la amenaza fraternal. Conozco esa mirada; es la misma que yo le daría a cualquiera que se acercara a Chiara.

Entramos en la casa, y de repente siento como si un pequeño tornado se abalanzara sobre mí. Mia se aferra a mis piernas con una fuerza sorprendente para alguien tan pequeño.

—¡Tío Enzo! —grita con una alegría que me derrite el corazón—. ¿Ahora eres mi tío de verdad?

Me agacho para estar a su altura, sintiendo una calidez en el pecho que no sabía que era capaz de experimentar. Sus ojos grandes e inocentes me miran con una adoración que me hace sentir humilde y agradecido a partes iguales.

—Sí, pequeña. Ahora soy tu tío de verdad.

Chiara se une a nosotros, envolviendo a Mia en un abrazo. La imagen de ellas dos juntas, tan naturales, tan familiares, me hace imaginar un futuro que nunca antes me había atrevido a soñar. Me imagino teniendo a mis propios hijos.

—Y yo sigo siendo tu tía favorita, ¿verdad? —pregunta Chiara, su voz teñida de un falso tono de celos que hace reír a Mia.

Mia asiente con tanto entusiasmo que temo que su cabeza se desprenda de sus hombros.

—¡Sí! Pero ahora el tío Enzo es mi tío favorito.

—Ah, ¿sí? —pregunta Alessandro, acercándose con una sonrisa burlona en su rostro—. ¿Y qué pasa conmigo, pequeña traidora?

Mia suelta una risita traviesa y se esconde detrás de mis piernas, usándome como escudo humano contra las cosquillas que Alessandro amenaza con hacerle.

Alessandro se endereza, dirigiendo su atención hacia nosotros.

—Vaya, vaya. Por fin te decidiste a hacer tu movimiento, ¿eh, Enzo? Ya pensábamos que tendríamos que encerraros en una habitación hasta que confesarais. Aunque, conociéndote, probablemente habrías derribado la puerta antes de admitir tus sentimientos.

Siento que Chiara se tensa ligeramente a mi lado, lista para replicar, pero yo solo puedo reír. La tensión de los últimos meses se disipa con cada carcajada.

—Créeme, Alessandro —digo, rodeando la cintura de Chiara con mi brazo—, no fue necesario. Tu hermana puede ser muy persuasiva cuando quiere.

Chiara me da un codazo juguetón, sus mejillas sonrojadas de una manera que encuentro absolutamente adorable.

—Como si tú hubieras puesto mucha resistencia —murmura, pero hay una sonrisa en sus labios que me quita el aliento.

No puedo resistir la tentación de inclinarme y besarla suavemente. Sus labios son suaves y cálidos contra los míos, y por un momento, me olvido de que estamos rodeados de nuestra familia. Escucho a Elena soltar un pequeño «aww» y a Alessandro fingir una arcada, pero no me importa. En este momento, solo existimos Chiara y yo.

—Bueno, bueno —dice Adriano, acercándose con una expresión que intenta ser seria pero que no logra ocultar su alegría—. Bienvenidos a casa. Enzo, ¿por qué no llevas las maletas de Chiara a tu habitación?

Me quedo paralizado por un momento, la realidad de la situación golpeándome de repente. Chiara y yo, viviendo juntos. Compartiendo una habitación. Una vida. Es todo lo que siempre he querido y, al mismo tiempo, es aterrador en su perfección.

Chiara debe notar mi sorpresa, porque aprieta mi mano suavemente. Su toque es como un ancla, manteniéndome firme en medio de la tormenta de emociones que amenaza con arrastrarme.

—¿Vamos? —pregunta, su voz suave y reconfortante.

Asiento, incapaz de contener la sonrisa que se extiende por mi rostro. Tomo nuestras maletas y nos dirigimos hacia las escaleras. Puedo sentir los ojos de todos sobre nosotros, una mezcla de alegría, aprobación y, en el caso de Alessandro, una advertencia silenciosa de «cuídala o te las verás conmigo».

Mi habitación —nuestra habitación ahora— se siente diferente cuando entramos. Más cálida, más viva. Las paredes, antes desnudas excepto por algunas armas cuidadosamente colocadas, ahora parecen ansiosas por llenarse de recuerdos que crearemos juntos. Dejo las maletas en el suelo y me giro hacia Chiara, que está de pie en el centro de la habitación, mirando a su alrededor con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

—¿Estás bien? —pregunto, acercándome a ella. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, la realidad de nuestra nueva situación finalmente asentándose.

Ella asiente, volviéndose hacia mí con una sonrisa que ilumina toda la habitación.

—Es solo que... es real, ¿sabes? Tú y yo, juntos. Aquí. Todavía me cuesta creerlo. Jamás pensaba que podría ser tan feliz.

La entiendo perfectamente. A veces todavía me pellizco para asegurarme de que no estoy soñando.

—Lo sé —digo, tomando su rostro entre mis manos. Su piel es suave bajo mis palmas callosas, un recordatorio constante de nuestras diferentes vidas y de cómo, a pesar de todo, hemos encontrado el camino el uno hacia el otro—. Y no podría ser más feliz.

Nos besamos, lenta y profundamente. Es un beso que promete más, que habla de noches compartidas y mañanas perezosas. Es un beso que sella nuestro futuro juntos. Cuando nos separamos, ambos estamos sin aliento, nuestros corazones latiendo al unísono.

—Deberíamos volver abajo —murmura Chiara, aunque sus manos se aferran a mi camisa, contradiciendo sus palabras.

Sonrí, besando la punta de su nariz.

—Deberíamos. Pero primero...

La levanto en mis brazos, haciéndola soltar un pequeño grito de sorpresa que rápidamente se convierte en risa. El sonido de su alegría es como música para mis oídos, una melodía que quiero escuchar todos los días por el resto de mi vida. La llevo hasta la cama y la dejo caer suavemente, inclinándome sobre ella.

—Bienvenida a casa, mi amor —susurro, antes de capturar sus labios en otro beso apasionado.

Nos perdemos el uno en el otro por un momento, nuestras manos explorando, nuestros cuerpos recordando. Cada toque, cada caricia, es una promesa silenciosa de amor eterno. Es Elena quien finalmente nos interrumpe, golpeando la puerta con una fuerza que me hace preguntarme si no la habrá abollado.

—¡Eh, tortolitos! —grita a través de la puerta, su voz una mezcla de diversión y exasperación—. La cena está lista. Y por el amor de Dios, no hagáis nada que no querríais que Mia viera.

Nos separamos, riendo. Chiara se levanta, alisando su ropa y tratando de arreglar su cabello. Incluso así, despeinada y con las mejillas sonrojadas, es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—Será mejor que bajemos —dice, aunque sus ojos brillan con una promesa de «más tarde» que hace que mi corazón se acelere.

Asiento, tomando su mano. Juntos, bajamos las escaleras para unirnos a nuestra familia.

La cena es un asunto bullicioso y alegre. Alessandro no deja de hacer bromas a nuestra costa, pero puedo ver el afecto en sus ojos. Cada broma es su manera de decir «bienvenido a la familia» sin perder su fachada de hermano mayor protector.

Elena no para de sonreír, claramente satisfecha de que su plan haya funcionado. Cada vez que Chiara y yo nos miramos o nos tocamos, suelta un pequeño suspiro de satisfacción, como si estuviera viendo el final feliz de su película romántica favorita.

Adriano nos mira con una mezcla de orgullo y nostalgia, como si apenas pudiera creer que su pequeña hermana haya crecido tanto. De vez en cuando, nuestras miradas se cruzan y veo en sus ojos una aprobación silenciosa que significa más para mí de lo que jamás podría expresar.

Y Mia... Mia está en el séptimo cielo. No para de hacer preguntas sobre cuándo nos vamos a casar y si van a tener primos pronto, lo que hace que Chiara se atragante con su vino y que yo sienta que mi cara está en llamas. Pero incluso en medio de la vergüenza, no puedo evitar imaginar un futuro donde esos sueños infantiles se hacen realidad.

—Entonces, Enzo —dice Alessandro, apuntándome con su tenedor—, ¿ya has pensado en cómo le vas a proponer matrimonio a mi hermana? Porque déjame decirte, tiene gustos caros. Vas a tener que vender un riñón o dos.

—¡Alessandro! —exclama Chiara, su rostro una mezcla adorable de vergüenza e indignación. Río, tomando la mano de Chiara por encima de la mesa.

—No te preocupes, Alessandro. Cuando llegue el momento, te aseguro que será algo especial. Tu hermana se merece lo mejor.

—Más te vale —gruñe Alessandro, pero hay una sonrisa en sus ojos que desmiente su tono amenazante.

A pesar de la vergüenza, no puedo evitar sentirme increíblemente feliz. Esta es mi familia. Nuestra familia. Y por primera vez en mi vida, siento que realmente pertenezco aquí. No soy solo el soldado leal de Adriano. Soy parte de esto, parte de ellos.

Más tarde esa noche, cuando finalmente estamos solos en nuestra habitación, Chiara se acurruca contra mí en la cama. Su cuerpo encaja perfectamente contra el mío, como si hubiéramos sido creados para estar juntos.

—¿En qué piensas? —pregunta, trazando patrones en mi pecho con sus dedos. Su toque es ligero, casi etéreo, pero envía escalofríos por todo mi cuerpo.

—En lo afortunado que soy —respondo honestamente, mi voz apenas un susurro en la quietud de la noche—. En cómo ha cambiado todo. En cómo, de alguna manera, todo encaja perfectamente ahora.

Ella levanta la cabeza para mirarme, sus ojos llenos de un amor tan profundo que me deja sin aliento.

—Te amo, Enzo. Más de lo que jamás creí posible amar a alguien.

—Y yo a ti, Chiara —respondo, inclinándome para besarla—. Para siempre.

Mientras nos perdemos el uno en el otro una vez más, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta sincronía, no puedo evitar pensar en lo perfecta que es esta nueva vida. Chiara y yo, juntos. Dos que ahora son uno. Y aunque sé que habrá desafíos por delante, estoy listo para enfrentarlos. Porque ahora tengo todo lo que siempre he querido, todo lo que nunca me atreví a soñar.

Tengo un hogar. Tengo una familia. Y tengo a Chiara.

Y eso, me doy cuenta mientras el sueño me reclama, con Chiara segura en mis brazos, es más que suficiente. Es todo.

CAPÍTULO 35

CHIARA

La casa está llena de risas y conversaciones animadas, el aire cargado de una alegría contagiosa que hace que mi corazón se sienta ligero. Globos de colores pastel flotan en cada esquina, sus cintas bailando suavemente con la brisa que entra por las ventanas abiertas. Guirnaldas con pequeños zapatitos de bebé adornan las paredes, un recordatorio constante del motivo de nuestra celebración.

El *baby shower* de Elena está en pleno apogeo, y no puedo evitar sonreír al ver a mi cuñada radiante, su vientre redondeado prominente bajo su vestido floral.

Elena está sentada en el centro de la sala, en un sillón decorado con lazos y flores, como una reina en su trono. Su rostro brilla con una felicidad que parece iluminar toda la habitación. Valeria, su mejor amiga, está a su lado, riendo mientras intentan adivinar el contenido de los regalos por su forma. Sus risas son musicales, llenando el espacio con una alegría pura que es contagiosa.

—¡Apuesto a que este es otro body! —exclama Elena, sosteniendo un paquete envuelto en papel de regalo con ositos.

Valeria niega con la cabeza, una sonrisa traviesa en sus labios.

—No, no. Eso es demasiado obvio. Yo digo que son unos pequeños zapatos.

Observo su interacción con una sonrisa, recordando cómo, no hace mucho tiempo, mi vida estaba llena de tensión y peligro. Ver a Elena así, rodeada de amor y felicidad, me llena de una calidez que se extiende por todo mi cuerpo.

Mi mirada se desplaza hacia un rincón de la habitación, donde Dmitry, Aleksander y Jackson están de pie, formando un trío improbable. Sus rostros serios contrastan cómicamente con los gorros de fiesta que Elena insistió en que todos usaran. La imagen de estos hombres duros y peligrosos con gorros de papel me hace soltar una risita. Dmitry, el temible Pakhan, parece particularmente incómodo, ajustando constantemente su gorro como si temiera que alguien pudiera tomarlo en serio con esa cosa en la cabeza.

Aleksander, por su parte, parece más relajado de lo que lo he visto en mucho tiempo. Aunque todavía puedo ver un atisbo de dolor en sus ojos cuando nuestras miradas se cruzan, hoy parece más en paz. Tal vez tenga algo que ver con la forma en que Jackson no se aparta de su lado, como una sombra protectora. La dinámica entre ellos es fascinante, y me encuentro preguntándome si tal vez Aleksander ha encontrado algo más que un guardaespaldas en Jackson.

Enzo entra en la habitación con una bandeja de aperitivos, y mi corazón da un vuelco como siempre que lo veo. Ha pasado un mes desde que volvimos a Nueva York, y el amor que siento por él solo ha crecido más fuerte cada día. Observo cómo se mueve por la habitación, ofreciendo bocadillos a los invitados con una gracia natural que contrasta con su habitual intensidad. Lleva una camisa azul que resalta el color de sus ojos, y no puedo evitar admirar cómo el tejido se tensa sobre sus músculos cuando se estira para alcanzar algo.

Nuestras miradas se encuentran y él me guiña un ojo, provocando un cosquilleo en mi estómago. Incluso después de todo este tiempo, un simple gesto suyo es suficiente para que mi pulso se acelere. Le devuelvo la sonrisa, sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas.

—¡Hora de los juegos! —anuncia Elena, sacándome de mis pensamientos.

Los siguientes minutos son un caos divertido que nunca olvidaré. Elena ha preparado una serie de

juegos temáticos de bebés que son tan ridículos como hilarantes.

El primero involucra pañales manchados con diferentes tipos de chocolate derretido. La tarea es adivinar qué marca de chocolate es cada mancha. Ver a Adriano, mi siempre serio hermano, olisqueando un pañal con una expresión de concentración absoluta es algo que guardaré en mi memoria para siempre.

Luego viene la carrera de biberones. Cada participante recibe un biberón lleno de cerveza (o refresco para los que no beben) y tiene que beberlo lo más rápido posible. Jackson, para sorpresa de todos, resulta ser un experto en esto. Termina su biberón en tiempo récord, ganándose una ronda de aplausos y algunas miradas impresionadas.

Pero el juego que realmente me hace reír hasta que me duele el estómago es el de cambiar pañales con los ojos vendados. Ver a Dmitry, el temible Pakhan, luchando para poner un pañal al revés en un muñeco de plástico mientras Elena le da instrucciones contradictorias a propósito, es algo que nunca olvidaré. Su frustración es palpable, y por un momento, veo al hombre detrás del mito, al hermano que haría cualquier cosa por hacer feliz a Aleksander.

Entre risas y bromas, noto que Enzo parece nervioso. Sus ojos no dejan de moverse hacia el reloj, y más de una vez lo sorprendo susurrando algo a Adriano. Cuando nuestras miradas se encuentran, me da una sonrisa que no llega del todo a sus ojos. Conozco a Enzo lo suficientemente bien como para saber que algo está pasando, pero decido no presionarlo. Si es importante, sé que me lo dirá cuando esté listo.

A medida que la tarde avanza, la fiesta comienza a calmarse. Elena está sentada de nuevo en su *trono*, abriendo sus regalos. Cada pequeño body, cada juguete, cada par de diminutos zapatos es recibido con exclamaciones de alegría y, ocasionalmente, lágrimas de emoción. Valeria está a su lado, tomando notas meticulosamente de quién ha regalado qué, mientras Adriano observa a su esposa con una expresión de amor tan puro que hace que mi corazón se hinche de felicidad por ellos.

De repente, Enzo se pone de pie, aclarándose la garganta. El nerviosismo que he notado en él durante toda la tarde parece haber alcanzado su punto máximo.

—Si me permitís un momento —dice, su voz ligeramente temblorosa—. Hay algo que me gustaría hacer.

El silencio cae sobre la habitación mientras todos los ojos se vuelven hacia él. Mi corazón comienza a latir más rápido, una mezcla de anticipación y nerviosismo apoderándose de mí. ¿Podría ser...? No, seguramente no. No aquí, no ahora. Pero una parte de mí, una parte que no me atrevo a escuchar demasiado de cerca, espera que sí.

Enzo se gira hacia mí, tomando mis manos entre las suyas. Sus palmas están ligeramente sudorosas, y puedo sentir un leve temblor en sus dedos. Sus ojos, esos ojos que me han cautivado desde el primer día, están llenos de amor y determinación.

—Chiara —comienza, su voz suave pero firme—. Desde el momento en que te conocí, supe que mi vida nunca volvería a ser la misma. Has sido mi luz en la oscuridad, mi fuerza en los momentos de debilidad. Me has enseñado que soy digno de amor, que merezco ser feliz. Y cada día a tu lado es un regalo que atesoro.

Siento las lágrimas formándose en mis ojos mientras Enzo se arrodilla frente a mí, sacando una pequeña caja de terciopelo de su bolsillo. El mundo a nuestro alrededor parece desvanecerse, y en este momento, solo existimos él y yo.

—Te amo más de lo que las palabras pueden expresar —continúa, su voz cargada de emoción—.

Y quiero pasar el resto de mi vida demostrándotelo. Chiara Caruso, ¿me harías el extraordinario honor de casarte conmigo?

El tiempo parece detenerse mientras miro el hermoso anillo en la caja y luego a los ojos del hombre que amo. Es un anillo delicado pero elegante, con un diamante central rodeado de pequeñas esmeraldas que me recuerdan al color de los ojos de Enzo. Es perfecto.

En ese momento, veo todo nuestro futuro desplegarse ante mí: días llenos de risas, noches llenas de pasión, una vida compartida con sus altibajos, pero siempre juntos. Veo los desafíos que hemos superado y los que aún nos esperan, pero sé que juntos podemos enfrentar cualquier cosa.

—Sí —susurro, las lágrimas corriendo libremente por mis mejillas—. Sí, Enzo. Mil veces sí.

La habitación estalla en aplausos y vítores mientras Enzo desliza el anillo en mi dedo y me levanta en sus brazos, besándome con una pasión que me deja sin aliento. En ese beso puedo sentir todo su amor, toda su devoción, y sé que nunca me he sentido más feliz o más completa.

Cuando finalmente nos separamos, somos inmediatamente rodeados por nuestra familia y amigos. Elena es la primera en llegar a nosotros, abrazándonos a ambos con sorprendente fuerza para alguien en su estado. Está llorando y riendo al mismo tiempo, sus emociones amplificadas por las hormonas del embarazo.

—¡Lo sabía! —exclama entre lágrimas de felicidad—. Sabía que estabais destinados a estar juntos. ¡Oh, estoy tan feliz!

Adriano se acerca, su rostro una mezcla de orgullo y emoción contenida. Le da a Enzo una palmada en la espalda tan fuerte que casi lo hace tambalearse.

—Bienvenido oficialmente a la familia, hermano —dice, su voz ronca por la emoción—. Cuida bien de ella, o tendremos una conversación muy diferente.

Enzo asiente, su brazo apretándose protectoramente alrededor de mi cintura.

—Con mi vida —promete, y sé que lo dice en serio.

Alessandro es el siguiente, abrazándome con fuerza antes de volverse hacia Enzo con una expresión seria.

—Recuerda, todavía puedo cambiar de opinión sobre darte mi bendición —advierte, pero hay un brillo de humor en sus ojos—. Pero supongo que, si tengo que tener un cuñado, al menos eres uno que sabe cómo manejar un arma.

Río, golpeando suavemente el brazo de mi hermano.

—Compórtate, Ale. O le contaré a Enzo todas tus historias vergonzosas de la infancia.

Alessandro palidece visiblemente ante la amenaza, lo que solo hace que todos riámos más fuerte.

En medio de las felicitaciones y la alegría, mis ojos se encuentran con los de Aleksander. Por un momento, veo un destello de lo que podría haber sido, una sombra de tristeza que pasa rápidamente por su rostro. Pero luego él sonrío, una sonrisa genuina y cálida, y sé que todo está bien.

—Felicidades, Chiara —dice, acercándose—. Enzo es un buen hombre. Seréis muy felices juntos.

—Gracias, Aleksander —respondo, conmovida por su sinceridad—. Eso significa mucho para mí.

La fiesta se transforma en una celebración doble: el futuro bebé y nuestro compromiso. Dmitry descorcha una botella de champagne (y otra de zumo para Elena), y pronto todos tienen una copa en la mano.

—Por Elena y el bebé —brinda Adriano, alzando su copa—. Y por Enzo y Chiara. Que vuestras vidas estén llenas de amor, felicidad y aventuras.

—¡Salud! —responden todos al unísono.

Mientras la fiesta continúa a nuestro alrededor, Enzo me lleva a un rincón tranquilo, sus brazos rodeándome por detrás mientras observamos a nuestra familia y amigos. Su calor es reconfortante, y me apoyo contra su pecho, sintiéndome completamente en paz.

—¿Eres feliz, mi amor? —susurra en mi oído, sus labios rozando mi piel y enviando escalofríos por mi columna.

Me giro en sus brazos, mirándole a los ojos. En ellos veo todo lo que necesito: amor, promesas, un futuro.

—Más de lo que jamás creí posible —respondo, antes de besarle suavemente.

El beso se profundiza rápidamente, cargándose de pasión y promesas. Las manos de Enzo recorren mi espalda, atrayéndome más cerca, y siento que podría perderme en él para siempre. El mundo a nuestro alrededor desaparece, y por un momento, solo existimos nosotros dos y este amor que nos consume.

—Tal vez deberíamos irnos pronto —murmura contra mis labios, su voz ronca de deseo—. Tengo planes para celebrar en privado.

Río suavemente, mordiendo ligeramente su labio inferior. El fuego en sus ojos me dice exactamente qué tipo de celebración tiene en mente.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tipo de planes son esos, futuro marido?

Sus ojos se oscurecen con deseo, y siento cómo su cuerpo se tensa contra el mío.

—El tipo de planes que nos involucran a ti y a mí, y muy poca ropa.

El calor se extiende por mi cuerpo ante sus palabras, y de repente, la fiesta parece durar una eternidad. —Mmm, me gusta cómo suena eso.

Con una última mirada cargada de promesas, volvemos a unirnos a la fiesta. Pero ahora hay una energía diferente entre nosotros, una anticipación eléctrica que hace que cada roce, cada mirada, esté cargada de significado.

Mientras la noche avanza, no puedo evitar pensar en lo lejos que hemos llegado. Desde aquellos primeros días de tensión y deseo reprimido, donde Enzo negaba lo que sentía por mí, hasta este momento de amor puro y completo. Hemos enfrentado peligros, superado obstáculos, y aquí estamos, más fuertes que nunca.

Miro el anillo en mi dedo, sintiendo su peso, su promesa. Y sé, con una certeza absoluta, que este es solo el comienzo. Que no importa lo que nos depare el futuro, Enzo y yo lo enfrentaremos juntos.

Porque nuestro amor es más fuerte que cualquier desafío. Es más profundo que cualquier secreto. Es eterno, apasionado, inquebrantable.

Es nuestro final feliz. Y nuestro nuevo comienzo.

EPÍLOGO

ALEKSANDER

Debería estar feliz, maldita sea.

Es un momento precioso, ¿no? La celebración de una nueva vida, de un amor... Y aquí estoy yo, sintiendo cómo la amargura me corroe por dentro. Porque sé que todo esto, toda esta dichosa felicidad familiar, es algo que nunca voy a tener.

Miro alrededor de la sala, viendo las caras sonrientes, los globos de colores, y siento que me ahogo. Elena está radiante, acariciando su barriga mientras abre otro regalo. Chiara y Enzo no dejan de mirarse como si fueran los únicos en la habitación. Y yo... yo solo quiero desaparecer.

Apenas tenía doce años cuando me di cuenta de que era *diferente*. De que no me gustaban las mismas chicas que a mis amigos. De hecho, meses después, me di de bruces con la realidad: no me gustaban las mujeres en absoluto. Me aterroricé. No solo por ser diferente, sino porque, incluso a esa edad, ya sabía que en mi mundo eso era prácticamente una sentencia de muerte.

Y ahora, años después, sigo con el mismo miedo metido en los huesos. ¿Qué pasaría si se enteraran? ¿Si mi hermano lo supiera? Dmitry, el temible Pakhan, teniendo a alguien como yo en la familia. Seguro que me mandaría al fondo del maldito lago Michigan con zapatos de cemento antes de que pudiera explicarme.

Mis ojos se desvían, casi sin querer, hacia Jackson. Está de pie en una esquina, vigilante como siempre. Demonios, es como si lo hubieran sacado directamente de mis sueños más profundos. Esos brazos que podrían partirme en dos, esa mirada que parece atravesarme... Es todo lo que me atrae en esta vida.

Dice que va a enseñarme a protegerme. Ja. ¿Cómo demonios voy a protegerme de él? De esos ojos que me dejan sin aliento, de esa voz que hace que me tiemblen las rodillas. ¿Cómo voy a comportarme como si nada cuando lo único que quiero es...?

Maldición. Nuestras miradas se cruzan y siento que el mundo se para. Hay algo en sus ojos, algo que no puedo descifrar. ¿Sospecha? ¿Lo sabe? El pánico me invade y aparto la vista rápidamente, sintiendo cómo el sudor me empapa la espalda.

Estoy harto. Harto de tener miedo, de sentirme constantemente en peligro. De no poder ser yo mismo. De desear algo que sé que nunca podré tener.

—¿Estás bien, Aleksander? —La voz de Chiara me saca de mis pensamientos. Me mira con preocupación y yo fuerzo una sonrisa.

—Claro. Solo estoy un poco cansado.

Mentira. Estoy terriblemente aterrorizado. Porque sé que en cualquier momento puedo cometer un error. Una mirada demasiado larga, un roce accidental... Y todo se irá al traste.

Pero lo peor de todo es que una parte de mí ya no quiere esconderse. Una parte de mí quiere mandarlo todo al demonio y gritar la verdad. Quiere acercarse a Jackson y devorarlo, joder.

Pero no puedo. No solo porque estoy seguro de que me rechazaría, sino porque en este mundo, en mi mundo, eso significaría la muerte.

Así que aquí estoy, en medio de toda esta felicidad, sintiéndome más solo que nunca. Atrapado entre lo que soy y lo que el mundo espera que sea.

De repente, siento una mano pesada en mi hombro. Me giro y me encuentro cara a cara con mi

hermano. El temible Pakhan. Maldita sea, ¿cuándo se ha acercado? Ni siquiera lo he visto venir.

—Alek, tenemos que hablar —dice, su voz baja y seria.

Siento cómo se me hiela la sangre. ¿Lo sabe? ¿Se ha dado cuenta? Intento mantener la calma mientras le sigo fuera de la sala, alejándonos del bullicio de la fiesta.

—En casa nos espera trabajo —continúa Dmitry una vez que estamos solos—. Hay que hacer una limpieza en la organización.

Asiento, sin confiar en mi voz para hablar.

—Jackson se va a encargar de ti. Va a ser tu guardaespaldas personal y también tu profesor de defensa ya que insistes en aprender —añade, y juro que siento cómo el suelo se abre bajo mis pies.

¿Mi hermano también quiere esto? Pensaba que solo era una locura de Jackson. Mi mente empieza a dar vueltas. ¿Qué demonios significa eso? ¿Es una amenaza? ¿Una advertencia? ¿O simplemente...?

—Necesito que estés preparado —continúa Dmitry, ajeno a mi tormento interno—. Las cosas se van a poner feas.

Logro murmurar un «Sí, por supuesto» antes de que mi hermano vuelva a la fiesta, dejándome solo con mis pensamientos.

Maldita sea, maldita sea, maldita sea. Estoy metido en un lío hasta el cuello. ¿Cómo demonios voy a salir indemne de esta situación? Por un lado, tengo a mi hermano hablando de limpiezas y de que Jackson se va a *encargar* de mí. Por el otro, tengo a Jackson, el tipo que me vuelve loco, que va a estar pegado a mí durante quién sabe cuánto tiempo.

¿Y si se dan cuenta? ¿Y si Jackson nota cómo lo miro? ¿Y si cometo un error y todo se va al garete?

Vuelvo a la fiesta, intentando que no se note el pánico que me consume por dentro. Jackson está ahí, hablando con uno de sus hombres. Nuestras miradas se cruzan por un segundo y siento que me quedo sin aire.

No sé cómo voy a sobrevivir a esto. No sé cómo voy a poder estar cerca de él sin delatarme. Sin que todos se den cuenta de que soy... *diferente*.

Mientras siguen celebrando, yo solo puedo pensar en que mi vida está a punto de convertirse en un infierno. O tal vez... tal vez ya lo es.

Porque estoy atrapado entre el miedo a que descubran quién soy realmente y el deseo que siento por Jackson. Y no sé qué es peor.

Lo único que sé es que estoy en un aprieto. En un terrible, terrible aprieto.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.



O pulsando [AQUI](#)

SIGUIENTE ENTREGA DE CORAZONES DE LA MAFIA

Lanzamiento el 20 de diciembre

¿Podrá el amor sobrevivir en un mundo de engaños?



Aleksander Novikov, el enigmático hermano del Pakhan ruso, guarda un secreto que podría destruir todo su mundo. Atrapado entre el deber familiar y sus verdaderos deseos, cada día es una lucha por mantener las apariencias.

Jackson Steele, agente encubierto del FBI, se infiltra en la organización Novikov con un objetivo: destruirla. Pero no contaba con que Aleksander se convertiría en su obsesión.

Cuando el destino los une en una peligrosa misión, el deseo y el deber colisionan. Cada mirada, cada toque, los acerca a un amor que amenaza con destruirlo todo.

¿Elegirán la verdad de su amor o la seguridad de sus mentiras?

Corazón de Mentiras, el tercer libro de la saga Corazones de la Mafia, te sumerge en un torbellino de pasión prohibida y lealtades divididas. ¿Te atreves a descubrir el precio de amar con un corazón lleno de mentiras?

Escanea el código QR



RESÉRVALO [AQUÍ](#)

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela romántica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus

duros corazones se derriten por ellas.

Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy